

The book cover features a woman's face in profile, looking towards the left. Her hair is long and wavy, and the overall color palette is a monochromatic yellow-gold. In the background, a human skull is visible, partially obscured by the woman's hair and the overall texture of the cover. The text is overlaid on the image.

CLAUDIO HERNÁNDEZ

BILOGÍA

SUEÑOS ROTOS
Y OSCUROS

Bilología

Sueños rotos y oscuros

Claudio Hernández

Primera edición eBook: enero, 2020.

Título: Biología Sueños rotos y oscuros

© 2018 Claudio Hernández

© 2019 Corrección: Sheila Maldonado

© 2020 Diseño de cubierta: Higinia María

Código SafeCreative: 1912312776650

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una nueva aventura, que sin el valor y la fuerza de Mary Shelley, no hubiera podido escribir. Me inspiró tantas veces desde pequeño... y ahora estoy contando su historia.

Hace ya 200 años que ella nació. Yo la he escrito con el corazón en la mano, y el alma en el teclado de mi ordenador.

Se la dedico a ella: a Mary Shelley, y a mi esposa, que tanto me ha aguantado al escribir esta historia biográfica. Ella también se llama Mary...

Y a mi padre Ángel, que está en espíritu al lado mío, desde hace ya casi ocho años...

Pero en esta segunda edición existe una persona muy importante para mí, y ella es Sheila, quien ha leído todas mis obras, y en esta ocasión-como en muchas-se ha encargado de corregir todo el manuscrito.

LA MUJER DEL SECRETO

Se había ganado algún que otro guantazo, con la mano casi cerrada —sin hacerle demasiado daño— por su rebeldía, obcecamiento, y ese amor prohibido que sentía por el joven y apuesto poeta (además de romántico y filósofo): Percy Bysshe Shelley.

Pero estaba casado.

Su padre, el filósofo y político William Godwin, tenía que erigirla en su camino si no quería perderla.

Falto de amor, sin el calor de su esposa (filósofa y feminista) Mary Wollstonecraft, William no se había refugiado en el alcohol todavía, pero la muerte, y ese miedo que le estaba acompañando cada día que pasaba, le habían dejado un gran dolor en el corazón, y no quería perder lo único que le quedaba, además de sus letras.

Godwin, la fascinada por las letras: por la poesía de su amado y por la muerte, tan solo contaba con dieciséis años de edad en 1814, y todavía estaba muy lejos de crear lo que revolucionó el mundo de las letras: la comprensión humana y la visión de los médicos y científicos de todo el mundo en adelante hasta el día de hoy. Su «Moderno Prometeo» la persiguió desde su infancia y se mostraba como un sueño recurrente.

El rostro de todos los hombres y su creación “*La criatura que se revelaba a la muerte*” se mostraban como los verdaderos monstruos, pues ella misma se revelaba a las costumbres y doctrinas de su tiempo.

Mary Wollstonecraft Shelley lo había bautizado como “*Frankenstein*”, y detrás de todos esos miembros, cosidos y atravesados por una energía tan imponente como los de un rayo o varios, existía toda una vida: fuente inspiradora para muchos.

Tan difícil como crearlo, mucho más era contar su corta vida— que fue muy intensa—, y había que atrapar sus pensamientos con una red, para comprender tan ardua pasión: por la vida, las letras y el amor único.

Esta es su historia.

Ella estaba abierta de piernas, y todo su cuerpo era una sábana puesta en remojo. Su corazón, como un caballo desbocado, pugnaba por salirse del pecho. Los dientes, que apretaban con fuerza la mandíbula, no rechinaban, pero dejaban salir los silbidos de dolor de aquel parto complicado.

Ella se llamaría Mary, como ella. Le lamería la grasa de su sensible piel hasta besarla en la boca. Solo hacía falta que fuera una hembra. Sin embargo, William, su esposo, esperaba que fuera un varón. En el siglo XVIII todavía se mantenía el machismo, y la rebeldía de Mary Wollstonecraft, apellido de soltera —ya que uno de sus principios era el de no utilizar Godwin—, la caracterizaba como una mujer de fuertes convicciones, y revolucionaria para su tiempo. Sin embargo, ahora estaba enseñando el coño a dos mujeres menudas de cara enjuta, con una especie de sábana alrededor de su cabeza, las cuales mostraban cierta preocupación con sus ceños arqueados. Sus manos, embadurnadas de sangre, así como los dedos, se introducían en la vagina dilatada de Mary en busca de la sensible cabeza del bebé, que no quería salir.

Allí había un problema.

El bebé venía de nalgas.

William Godwin se paseaba lento y oficiosamente fuera de la habitación; de un lado para otro, mientras su puño derecho sujetaba el mentón con la boca cerrada, como una cremallera, y unos ojos oscuros más arriba que tenían la mirada perdida. De una familia adinerada, no tenía que preocuparse de que su esposa se pusiera a parir en plena calle —bajo la copiosa lluvia que en esos momentos azotaba los cristales de las ventanas, como nudillos blancuzcos y secos—. La casa, de estilo gótico, tenía su servidumbre e, incluso, su mayordomo. Sin embargo, Godwin no sabría el futuro endeble que le esperaba.

Mary abrió la boca al fin: mostrando sus esputos, y una saliva que se asemejaba a la baba de un perro rabioso. El grito rebotó en la habitación y amortiguó el aullido del viento en los aleros de la gran casa.

El momento era crucial, y los ojos de Mary querían salirse de las órbitas. Las venas de su cuello eran como raíces de árboles viejos que amenazaban con arrancarse de esa tierra blanda y dejar fluir por ellas la sabia espesa y casi seca, por su apresurada muerte. Su frente brillaba como la luna llena en una noche despejada, y reflejaba el brillo del sudor que parecía brotar de cada poro de su piel, como un manantial.

Entonces, sucedió algo.

De espanto.

Su cuerpo se dividió en múltiples trozos, como si fuerzas oscuras tiraran con hilos invisibles por todos lados. Las venas azuladas salieron a brote, y los surcos —como el suelo de un volcán—, dibujaron una gran telaraña resquebrajada por todo el cuerpo, que iba separándose poco a poco, a medida que los gritos aumentaban de volumen y cambiaban de tono. De repente, al tiempo que se desmembraba en un inquietante temblor, salían algo así como raíces de los bordes de las carnes arrancadas, como si la estuvieran cosiendo: un ennegrecido hilo en forma de cremalleras cerradas que dibujaban un zigzag. Por los miembros separados no salía sangre alguna. Las dos

mujeres menudas estaban con las manos sobre la cabeza —berreando como débiles corderos ante las fauces de una manada de lobos—. Estaban absolutamente desconcertadas con lo que estaban viendo. Aquel cuerpo, aunque se convulsionaba, estaba muerto. Los ojos de ella estaban blancuzcos y vueltos del revés, como dos bolas blancas. Aún más blancas que la luna despierta en todo su esplendor.

Mary Wollstonecraft se había convertido en un monstruo, y había parido un bebé. Estaba berreando, entre sus piernas desgarradas, envuelta en grasa y sangre. La única sangre que había sobre la cama. Y cuando Godwin, su alertado marido, entró en la habitación con el rostro enjuto, la vio.

Era una niña.

Una niña que tenía cosida la cabeza al cuerpo.

De repente, Mary Wollstonecraft despertó de la pesadilla, irguiéndose en la cama, como si un resorte la hubiera empujado desde la cabecera del somier. Tenía el rostro y el cuerpo empapado de sudor. Sus ojos —dilatados como platos— observaron la mezquina luz que entraba por la ventana sin cerrar, y una brisa suave acarició la piel tensa y delicada.

No chilló.

Solo tenía trece años.

—¿Mamá nos estará viendo ahora? —preguntó la pequeña Mary. Sus ojos chispeaban como dos velas. Sus rizos rubios brillaban bajo aquel copioso sol de una de tantas mañanas en la que acudía con su padre al cementerio. William enredó sus dedos en el pelo de la niña mientras esta escribía sobre un viejo papel, con una pluma a la que apenas le quedaba tinta. Su trazo era perfecto, aunque levemente inclinado hacia la izquierda.

—Ella está ahora mismo a nuestro lado —explicó William, mientras sus manos se movían en el aire, como lentas aspas de molinos de madera. Sus ojos no estaban brillando, sino que estaban lagrimosos. Él sabía que su Mary Wollstonecraft se había ido para siempre un día después de parir a Mary Godwin.

—Pero ¿no está debajo de esta tumba? —Le preguntó Mary enfurruñada, señalando la lápida en la que estaba apoyada —casi tumbada—, escribiendo.

William abrió más los ojos. Se había quedado incrédulo al escuchar aquello. «La niña ya está creciendo», pensó. Y el dolor se apoderó de él. Su corazón fue atravesado por una emoción demoledora. Y pensó en las noches que había perdido al lado de Mary, su esposa.

—Bueno... —William se había quedado sin palabras. Los puños blancos de su vestimenta (rizados como el cabello de su hija, como el forraje de un ataúd), sobresalían de otras mangas que terminaban antes de la muñeca. —Todos en alguna ocasión, es decir, algún día, debemos ser enterrados. Eso pasa cuando todo ha terminado para nosotros. Cuando ya no nos queda nada de vida. —William habría querido decir otra cosa al final de la expresión, pero los nervios se lo impidieron: «cuando la vida se escapa y llega a su fin».

Mary lo miró con el ceño fruncido. Sus labios estaban arrugados y sus ojos eran profundos. Seguía estando enfurruñada. Su mano derecha dejó de escribir. Pensó en contarle sus pesadillas —que eran recurrentes—, pero no lo hizo. En lugar de ello, dijo:

—Algún día se levantará de aquí, porque yo la devolveré a la vida.

William Godwin abrió la boca como si se hubiera tragado una copa entera. Mary volvió la mirada hacia el papel garabateado y el sol siguió su curso en aquella mañana de primavera de 1811.

Tres años después, hubo un acontecimiento especial que cambiaría la vida de Mary Godwin.

—¿Qué edad tienes? —Le preguntó el joven apuesto Percy Bysshe Shelley; el cual le había confesado antes que era un fiel seguidor político de su padre—. En la fiesta no parabas de mirarme.

—La suficiente como para decidir mi destino —respondió Mary, con una sonrisa burlona en los labios.

—¡Oh! ¿Es eso una respuesta?

—¿Son tus poesías palabras que te salen de tu corazón?

—Soy poeta y filósofo. Es cierto. —La sonrisa de Percy se entremezcló con los rayos del sol de un verano caluroso de 1814.

Estaban en el cementerio.

—Eso no me dice nada —mintió generosamente Mary, dibujando al tiempo una sonrisa en sus rosados labios. Estaba de pie, frente a la tumba de su madre. Percy estaba apoyado en el árbol que había al lado de la lápida.

Ambos se miraron con ojos chispeantes.

—Eres hermosa —dijo al fin, tras una eternidad en silencio—. ¿Puedes amar?

Mary parpadeó un instante.

—Amo la vida. Amo el amor y las letras, porque son estas las que dicen cosas sobre ti.

—¿Eso significa un sí?

—Eres atractivo, pero no quita para que pueda amarte. Ya te dije que tenía la edad como para tomar decisiones, y sí, tan complejas como esta. Pero antes de todo, amo la vida.

—Entonces, ¿me quieres decir que sientes algo por mí? ¿Algún hombre más te ha hecho sentir lo mismo, o se te ha declarado?

Mary, casi tirada de costado sobre la lápida —en la que estaba inscrito el nombre de Mary Wollstonecraft, en el cementerio de St. Pancras Churchyard—, lo miró de soslayo; esta vez sin perder esa dulce sonrisa, tan frágil como es la de una niña de dieciséis años. Sus dedos repicaron con golpes carnosos sobre la piedra mohosa y dijo:

—¿Me has dicho que estás casado con Harriet Westbrook?

Él le dedicó una fría sonrisa. Todavía estaba apoyado en el tronco del árbol que lo cobijaba del plagoso ^[1] sol.

—¿Alguien te ha dicho que estoy separado?

Mary asintió con la cabeza.

—Eso me da igual. Yo tomo mis decisiones. ¿Qué edad tienes?

—Veintidós —acució Percy, inclinándose levemente hacia adelante—. ¿Es un problema la edad?

Mary se puso bocarriba sobre la lápida de su madre. El sol la acarició desde la frente hasta la barbilla, dejando sus huellas en forma de calor: Unos dedos invisibles que la masajearan, y un aliento seco que la penetraba por la boca y los orificios de la nariz. Su cabello rubio estaba dispuesto sobre la lápida como una pequeña alfombra.

—No. ¿Lo es tu posición económica?

Él se quedó sorprendido.

—He prometido librar de las deudas a tu padre. El radicalismo en el que estoy inmerso —principalmente por sus ideas políticas, influenciadas por la obra de tu padre, el señor Godwin— me ha hecho alejarme de mi rica familia aristocrática. Ellos querían que fuese un hacendado, pero yo quise donar grandes cantidades del dinero familiar a proyectos de caridad. Y aquí me ves. —Percy abrió sus brazos como si fuera el Dios Todopoderoso, que se apiada de quienes le necesitan.

—Mi padre no piensa precisamente así de ti. Cree que le has traicionado...

—¿Por qué? —Le interrumpió el joven, con los ojos desencajados, agriando toda sonrisa.

—Tú lo sabes mejor que yo. Dame una explicación.

Percy apretó los dientes.

—A partir de un tiempo para acá, he tenido dificultades para tener acceso al dinero. —Hizo una pausa como para respirar, porque creía que necesitaba aire, y continuó—. Esto fue así hasta que heredé la finca familiar, puesto que mi familia no quería que desperdiciase la fortuna en lo que ellos denominan “proyectos de justicia política”. Sí, es verdad que eso me ha influido en los últimos meses para no pagar las cuentas de tu padre.

—El cual ha reaccionado con furia, y por ello se ha sentido traicionado. No estamos muy bien de dinero. Las deudas nos hostigan cada día. Mi padre ya no es lo que era desde que murió mi madre. Esta es la segunda vez que vengo a Escocia. Me has encontrado por una serie de suertes.

—¿Porque el destino nos ha querido unir! —exclamó Percy, apresurándose en sus palabras, que se escucharon entrecortadas, llenas de ilusión —y sí—, también de compasión.

—El que está enfadado es mi padre, yo no —dijo ella, sin apartar esa bella sonrisa de su rostro, que tan sensible le hacía parecer. El viento era una melodía para sus oídos y tocaba las cuerdas del instrumento que era su rostro.

Percy se quedó desconcertado, habiendo dado un paso hacia ella. Tenía la mano extendida como un barato actor dramaturgo en un monólogo horrible.

—¿Qué significa eso? Me desconciertas, Mary.

Ella respiró profundamente y su jadeo sonó como una música celestial. Emanaba amor por todos los poros de su cuerpo. Estaba realmente enamorada, y lo sabía porque esta no era la única vez que veía a Percy en contra de la voluntad de su padre.

—Acércate —dijo ella, moviendo el dedo índice con la palma hacia arriba. El sol se posaba en ella como una gran bola de fuego. Su corazón empezaba a agitarse.

Percy se acercó a ella con los pies temblorosos. No sabía a qué se enfrentaba.

—Te sigo —dijo él.

—Voy a contestarte —acució ella, toda radiante de hermosura: La que podía tener una niña de dieciséis años.

Percy se agachó lenta y oficiosamente, sin que le crujiera ninguno de sus huesos. Su corazón estaba latiendo con fuerza y pudo comprobar cómo ella jadeaba de placer. Algo insólito para una joven en 1814.

—¿Seguro que lo quieres hacer?

Ella movió la cabeza.

—Sí.

Sus labios se estrecharon como se enlazan unos dedos, y la magia se apoderó de ellos, corriéndoles por las venas como una descarga eléctrica que solo hacia cosquillas en todas las

terminales nerviosas. Él sintió el suave tacto húmedo de su boca, y ella empujó con su lengua hacia dentro de la boca de él, que la recibió con un aliento de locura. No tenía, en un momento como ese, palabras que definieran lo que estaba sintiendo. La deseaba más que a su ex mujer. La deseaba de forma fogosa. Mary también sentía lo mismo por él. Rodeó el cuello de Percy con sus largas manos sonrosadas y de perfectas uñas, clavándoselas en la piel. Los dos empezaron a sudar, y ambas lenguas bailaron dentro de sus bocas. El fluido salival se convirtió en una esencia vital para gozar el uno del otro. El sol calentaba sus cogotes y les acompañaba en silencio, mientras una mariposa revoloteaba alrededor de ellos casi sin agitar las alas. Como si estuviera suspendida en el aire de forma mágica. Como la magia que sentían ellos ahora mismo. El corazón de Mary se sentía en su lengua, y Percy percibió esas vibraciones que comenzaban a parecerse a un orgasmo. Todo el cuerpo de ella estaba arqueado, y emitía fuego y ansiedad. No hubo tocamientos, pero él sintió sus duros pechos debajo del vestido, que le despertaron un fortísimo deseo sexual.

Ese día de marzo de 1814, un día cualquiera, comenzó su romance; claramente rechazado por Godwin.

Y siguieron fundidos el uno en el otro.

—No me gusta la actitud de Mary últimamente. ¿Te distes cuenta cómo miraba a ese joven en la fiesta de la otra noche? —William Godwin estaba cortando un trozo de bistec vacuno con unos relucientes cubiertos bronceados^[2]. Sí, todavía quería vivir sobre su estatus, a pesar de que las deudas le ahogaban. Todavía podía comer carne. Como la clase social alta. Sus dientes rechinaron al hablar.

Mary Jane Clairmont, una suiza ginebrina con quien el viudo Godwin se había casado en 1801, y que ya tenía dos hijos: Charles y Claire, además del propio de William —que se llamaba igual que su padre— no respondió. En su lugar, le miró de reojo como si estuviera cabreada por algo.

En realidad, el matrimonio no funcionaba muy bien, pero seguirían juntos hasta el final a pesar de todo.

—Yo creo que ese chico, bueno, ese casado —rectificó Charles con unos ojos lunáticos—, le gusta. Y bastante.

—¡Cállate! —gritó William Godwin, golpeando la mesa con el mango del cuchillo. Su boca estaba cerrada como una bisagra, pero sus labios brillaban del aceite y la grasa. Sus ojos eran ahora los de un jodido lobo salvaje en su hábitat.

—¡No hables así al chico! —espetó Mary Jane. William tenía especial debilidad por las Mary. Ni a caso hecho, hubo tres Mary en su vida. Los labios de ella se arrugaron como dos morcillas.

William la miró de soslayo, tratando de apaciguar la tensión producida por tal insignificancia, pero que era poco más que un pecado en el siglo XVIII.

La luz de las velas era mezquina, y arrojaba un tenue resplandor sobre la mesa, en donde Mary, su hija, no estaba presente en esos momentos, ya que se había ido a dormir porque decía sentirse algo mal.

Charles, su hermanastro, sabía que aquello era mal de amores, y su risilla se escuchaba como la de un perro bajo tus pies.

—Está bien. Es que solo pensar que mi hija podría estar enamorada a su corta edad, me da pavor. Es muy niña para fijarse en un hombre casado. Yo creo que deberían pasar unos años más, hasta que se haga mujer y conozca a alguien más, merecedor de su amor. —Hablaba así de Percy, porque estaba enojado con él últimamente, cuando habían sido uña y carne anteriormente.

—Pero la perderás —dijo Charles con voz burlona. Le faltaba el respeto a su padrastro.

Mary Jane le dio un cogotazo con la mano de canto, escuchándose un golpe carnoso, y un quejido sonando casi como un susurro.

Los dos William, tanto el padre como el hijo —que también estaba cenando—, ahogaron una risilla malvada. Claire se limitó a seguir comiendo, como si allí no estuviera pasando nada.

Fuera, la noche era bien oscura, y las ventanas estaban cerradas porque se había levantado algo de viento. El mayordomo hizo acto de presencia en la sala, y acercándose al señor Godwin dijo:

—¿Desea ya el siguiente plato, señor? —La cara de aquel tipo era la misma de un anciano desnutrido y abandonado a su suerte. Sus dedos enfundados en unos guantes blancos eran largos y huesudos. Su vestimenta oscura parecía la silueta de un fantasma en mitad de la penumbra.

William padre tragó el trozo de carne que había masticado y dijo:

—Está bien. Sírvanos.

El mayordomo se inclinó hacia adelante como si fuera un saludo de un oriental, y se escucharon crujir levemente sus vértebras. Ahora estaban todos callados, y el silencio parecía inmortal.

—¿Puedo retirarme ya, señor?

—Sí, claro.

Charles lo miraba con una sonrisa en su rostro. Era el garbanzo negro de la familia, y su ego estaba por las nubes. Todavía sostenía el tenedor entre sus dedos rechonchos. El mayordomo lo miró con picardía socarrona. Le caía mal ese pequeño hijo de puta.

—Una cosa más, señor —dijo antes de darse la vuelta y volver por donde había venido.

—¿Qué?

—La señorita Mary está encerrada en su habitación, y creo que he escuchado algo. ¿Desea que vaya a verla, por si necesita algo?

William padre lo miró con sus ojos oscuros, y asintió con la cabeza. El cuello de la camisa, alto y pomposo, estaba rodeando su gaznate como una manta arrugada.

El mayordomo se dio la vuelta, no sin antes decir algo más.

—Cualquier novedad, se lo haré saber, señor.

Pero no hizo ni una cosa ni la otra.

Todavía vestida, con su vestido que le llegaba hasta los tobillos, Mary trataba de amortiguar esa sensación de hambre que desprendía su estómago. Pero no, no era hambre, ya que era como un cosquilleo que le emanaba desde incluso las mismas entrañas. Y al pensar en él, en Percy y en aquel largo beso, se sentía húmeda en sus partes. Algo que no le extrañaba.

Sentada frente al papel y la pluma embadurnada de tinta, pretendía escribir algo hermoso, pero sin saber por qué recordaba que, en junio de 1812, su padre la envió a vivir con la familia disidente del radical William Baxter —ubicada cerca de Dundee— en Escocia, país por donde habría pasado varias veces desde entonces. Y recordó que su padre le escribió una carta a Baxter en la cual decía: «Estoy ansioso de que ella crezca como filósofa, o incluso como escéptica». Esto último, que lo había leído con sus propios ojos, la llevó casi al borde del shock. Después de esto, Mary Godwin vivió en la casa de los Baxter en compañía de sus cuatro hijas, durante al menos diez meses, tras los cuales regresó al norte, en el verano de 1813. Entonces tenía quince años, es decir, hacía solo un año atrás y recordó cómo veía a todos los hombres como monstruos, y de hecho los veía así incluso más adelante. Ahora el hormigueo se transformó en dolor al recordar cómo había esbozado las primeras palabras de la creación de un monstruo: «Fue bajo los árboles que rodeaban la casa, o en las desiertas laderas de las montañas cercanas, en donde tuvieron lugar mis primeras ideas genuinas y los primeros vuelos de mi imaginación para crear al monstruo que representa al hombre, aunque a veces pienso que este monstruo es más humano que los hombres».

La mente de Mary Godwin divagó un poco más entre el beso y el recuerdo, mezclando imágenes y sensaciones encontradas. Allí, con la familia Baxter, no había mejorado nada. Su rebeldía y su espontaneidad estaban delante de todo. Y lo que no sabía era lo que estaba empezando a crear.

Se encontró, media hora más tarde, con todo este relato escrito en varios de los papeles, que ondearon en el aire como hojas marchitas. Sin embargo, cuando terminó, regresó a la cama mientras se quitaba el vestido, y este resbalaba por su delgado cuerpo hasta caer inerte al suelo, momento en el que se apoyó en el colchón, y sus ojos brillaron de amor.

Queriendo pensar en Percy, esa noche tuvo una nueva pesadilla.

Percy Bysshe Shelley se encontraba encorvado sobre una mesa, con la cabeza ladeada, escribiendo con su pluma, hábilmente arrancada de un ave autóctona. Su pulso al escribir era firme, y con una presión constante sobre el papel. Sus palabras eran poemas. Y ahora estaba escribiendo una poesía para su amada. Una erección espontánea, tras recordar aquel largo y apasionado beso, hizo que su mano se deslizara hacia un lado de forma brusca, dejando una mancha de tinta. La luz amarillenta de la vela arrojaba cierta opacidad sobre el texto, y dibujaba extrañas formas en ella. La mancha parecía que se arrastraba sobre el papel, como el monstruo de su amada.

Su amada, sí.

Para ella, los hombres eran monstruos. Cuando estaban vivos eran como depredadores, y sus cuerpos presentaban una apariencia un tanto extraña y espantosa. Era como si todos los miembros del cuerpo hubieran sido amputados y cosidos después de mala gana. Caminaban dejándose por el camino un brazo o perdiendo el pie, peligrando su equilibrio. Pero en las pesadillas no escuchas los ruidos, ¿o sí? Mary Godwin escuchaba los golpes carnosos de aquellos hombres que caminaban alrededor del lago, como si fueran muertos vivientes.

En aquella época era prácticamente imposible pensar en muertos vivientes. Ni siquiera, que la medicina de ese momento, pudiera unir una mano después de ser amputada. La medicina estaba casi en pañales, y las mujeres todavía morían al parir uno o dos días después por una infección.

Ella lo sabía, y por eso, sus ojos lagrimosos dejaban rodar las gotas saladas por sus mejillas. Quería estudiar la anatomía humana hasta el fondo y descubrir cómo podría ser posible curar casi todas las enfermedades, que todas las monedas de oro del mundo no podían parar.

Aquellos hombres.

Sin rostro.

No veía a Percy por ningún sitio. Ella se sentía sola, al lado de ellos, que la rodeaban ahora. Y en sus manos extendidas estaban sus huesudos dedos para agarrarla y casi despellejarla. No sentía el dolor, pero veía la sangre fluir de sus heridas. Quería gritar, pero no podía. Quería sentir el pulso de su corazón, pero había silencio. Quería... Ahora no podía escuchar nada. Quería...

Y después, se vio atada a una cama. Con cuerdas rudimentarias. Sus brazos sujetos y sus piernas cerradas. No. Aquellos hombres sin rostro no iban a abusar de ella, «pero algo tenían que hacer», pensó.

¿Se puede pensar en un sueño?

Espero que no, porque la locura sería extrema.

De repente, ella se encontraba invadida de cuerdas ennegrecidas que salían como raíces del colchón y se introducían dentro de su piel, rajándola en miles de estrías en el silencio más absoluto. Su cuerpo convulso se vio resquebrajado, como si de repente se hubiera convertido en ascua por la cual se veían los filos de color rojo, tan profundos como cortes, pero no era precisamente ese el color en que se veía a sí misma, sino el negro absoluto, como la noche sin luna. El sudor le impregnaba todo el cuerpo y se veía a sí misma, como un monstruo, formado por diferentes partes de cuerpos de mujeres distintas.

Y ahí fue cuando despertó.

Su corazón, desbocado como un caballo, no le hizo pensar ni en Percy ni en sus poesías, ni en ese beso de esa mañana; bueno, ese largo beso fogoso. Vio una sombra en el fondo de su habitación, que desapareció cuando sus ojos se abrieron como platos.

Esos sueños eran recurrentes y no comprendía por qué le sucedían, ni a dónde la llevaban. Ahogó un grito con su mojado puño y trató de apaciguar la respiración.

Una vez más, todo se le había venido encima.

¿Sería su constante lucha por la vida la que le generaba esas pesadillas?

Eso todavía no lo sabía.

¿Sería un trauma por la pérdida de su madre, a la cual no conoció más que su nombre escrito en la lápida?
Sería...

No la quería.

La detestaba.

Su madrastra, Mary Jane Clairmont, era temperamental, y siempre discutía. Mary Godwin había hablado con el ama de llaves, Louisa Jones, que hacía también de enfermera de su padre. Ambas coincidían en que era una mujer perversa. Sin embargo, su padre la adoraba, aunque había veces que los gritos entre ambos imperaban sobre el silencio.

Mary Godwin sabía también que los amigos de su padre no la veían con buenos ojos. Todos coincidían en que era una mujer monstruosa. Godwin recordó, mientras bajaba las escaleras curvadas —al son del repiqueteo de sus zapatos—, que esa noche había tenido una pesadilla muy recurrente en ella, y al hacerlo su mal genio afloró en su piel, cuando encima tuvo que ver el rostro enjuto de su madrastra.

—¿Estas son horas para levantarse, niña mal criada?

—He tenido una mala noche, eso es todo.

Mary Godwin se había quedado inmóvil casi al final de las escaleras, con la mano derecha cerrada sobre el pasamanos. Su corazón le golpeó el pecho. Eso era indicio de que su voz se elevaría ahora a la más mínima.

—¿Eso es todo? ¡Mal criada!

Mary Jane frunció las cejas y sus labios se arrugaron como dos babosas aplastadas. Sus ojos eran oscuros, y su mirada penetrante y llena de odio. Esa voz había sonado grave para ser de una mujer. Una mujer rechoncha, todo había que decirlo.

—¡Te odio! —gritó Godwin, al tiempo que se disponía a bajar el resto de los escalones fríos— ¡Mi padre no te quiere! —mintió, mientras le dedicaba una mirada furibunda. Llena de odio—. ¡Nadie que esté alrededor tuya te aprecia! —Y salió corriendo hacia la puerta de dos metros de altura.

Mary Jane abrió los ojos como platos y apretó los dientes con furia.

—¡Tienes suerte de que esté tu padre vivo, sino te ibas a enterar!

La puerta chirrió dejando paso a un foganazo de luz. Era el sol que entraba con premura, como una lengua de fuego. Una luz del color del oro brillando sembró el suelo de la entrada a la casa de diez habitaciones. A esa casa, que fue un verdadero hogar, hasta que llegó Mary Jane en 1801. En uno de los inviernos más duros y tristes que se habían conocido en Londres.

—¡Y tú tienes suerte de que yo no sea más mayor! ¡Eres un monstruo! —Godwin cerró la puerta de un fuerte golpe que hizo que la pared temblara y la lengua dorada, que alumbraba el suelo y las paredes, cediera a la oscuridad.

—¡Niña mal criada!

Pero ahora, Mary Jane estaba gritándole al aire, con sus puños cerrados y los nudillos blancos. Un graznido, como el de un grajo, se le escapó de su boca, con la salpicadura de la saliva que había salido como proyectiles hacia todos lados.

Esa sería la última vez que gritaría a Mary Godwin.

Solo la tumba de su madre en St. Pancras Churchyard la consolaba. Lugar donde tenía encuentros con su amor Percy. Y ese día, el 28 de julio de 1814, bajo el auspicio del sol, y entregados en un apasionado beso, se puso rumbo en un viaje sin retorno para Mary Godwin. Ese día, habló con mucha seriedad con Percy y Claire Clairmont, su hermanastra, ya que —no de forma casual—, se había reunido con ellos en el cementerio.

Claire tenía el pelo pelirrojo, ese detalle le daba un aspecto místico bajo los rayos del sol. Percy la miraba de reojo mientras sonreía a Mary Godwin. Los tres estaban alrededor de la lápida. Percy tenía agarrada la mano de Mary, y esta miraba también a Claire.

Si Mary era delgada, Claire estaba algo más rellenita, sin bordear la gordura. Tenía su atractivo. Sus curvas eran de escándalo, mientras que Mary mostraba un cuerpo de caderas menos anchas, aunque sus pechos nada tenían que envidiar a los de Claire. El vestido que llevaba Claire era rojo, y mostraba el canalillo donde reposaban y se escuchaban sus latidos, y por el que se podía apreciar una cruz de pequeñas dimensiones y una medalla mediana en la cual tenía el rostro de su padre. Sus manos eran menudas, pero sus dedos no estaban hinchados. Su tacto debiera ser candente y fogoso.

Y esa no fue la única tentación de Percy, aunque estaba enamorado de Mary.

—Mi padre ya no me dirige la palabra —explicó Mary, sentada sobre la lápida de su madre. Ese día no tenía revoloteando una pluma entre sus finos dedos, ni el bote de tinta estaba sobre el mármol rajado.

—Yo he decidido retirarle los fondos —dijo Percy, sin dejar de mirar a Claire de una forma un tanto desenfadada.

—¿De modo que el mal humor de mi madre se refiere a eso? —Se preguntó Claire, en voz alta. Su espalda estaba apoyada en la parte vertical de la tumba de Mary Wollstonecraft. El aire era denso y pegajoso esa mañana. El sol, desde el cielo, sorteaba toda suerte de pájaros que se cruzaban a baja altura, provocando estos débiles sombras sobre sus cabezas. El cementerio estaba rodeado de árboles, pero especialmente la tumba de Mary estaba en el centro de los rayos del sol.

—Sí, esa es una cuestión muy importante para mi padre —acució Mary. Sus ojos buscaron el rostro de Claire—. Según me contaba papá, sus principios no fueron muy buenos, y no siempre se mantuvo en este estatus de vida. Pero el amor a mi madre lo levantaba con ilusión cada día. Durante años lo vi realmente hundido, y cuando conoció a tu madre creí que el dolor saldría por la ventana, pero se ha vuelto más escéptico. Últimamente está insoportable, tanto que ya, ni me mira de reojo —subrayó Mary, volviendo la mirada hacia el suelo, hacia unos tallos secos que atrás habían soportado una flor con pétalos, como la vela de un barco.

—No me has contestado bien —atinó a decir Claire.

—¿Sobre tu madre? No la soporto. —Los labios rosados de Mary se cerraron como una cremallera rota.

Una sombra voló por encima de ellos. En lo alto del cielo, una bandada de pájaros cruzó el inmenso mar azul de allá arriba.

—Creo que yo tampoco la soporto —acució Percy mientras sonreía, ahora, a Mary. No sabía

de qué hablar realmente. Para ser un poeta, se había quedado enfrascado en un bloqueo mental repentino y tuvo miedo de ello. Ahora solo le importaban Mary y las tetas de Claire. Algo que sabía disimular muy bien.

Claire lo miró sonriendo. Algo que impresionó a Percy. No había pensado que reaccionaría así.

—Lo sé. Yo tampoco la soporto —dijo Claire, con un brillo inusual en sus ojos.

—¡Vaya! Por fin estamos de acuerdo en algo los tres —explicó Percy levantando las manos. Sus dedos eran largos y huesudos.

Mary lo miró con un destello en sus ojos. Brillaban como el cielo. Como el mar rociado de los rayos del sol.

—Ella sabe lo nuestro —dijo Mary cambiando de tercio. Su boca era todo un reclamo para los ojos de Percy, que ahora habían dejado de mirar las tetas de Claire.

—¿Lo sabe? —Percy se quedó anonadado. Esa mañana se estaba llevando un paquete de sorpresas, que lo hacían vibrar sobre sus pies hincados en las raíces del árbol.

Mary asintió con la cabeza, y Claire hizo lo mismo un segundo después. Los ojos de Percy buscaron ambos rostros, que estaban complacientes.

—Sabe que nos amamos, Percy —insistió Mary, ahora con un puñado de tallos secos en su mano cerrada. Tiró de ellos, y la tierra se levantó produciendo una pequeña e insignificante nube de polvo, que pasó inadvertida para todos. Incluso para las hormigas, que desfilaban una tras otra, arrastrando partes de una cucaracha que yacía bocarriba tostándose al sol, seccionada y cubierta de puntos negros que se movían enérgicamente, en silencio.

La vida de unos dependía de la muerte de otros.

Percy buscó la mirada cómplice de Claire. Ella estaba moviendo la cabeza a la vez que sonreía.

—Mary me lo ha contado todo. ¡Ojalá yo tuviera un romance así! —suspiró Claire, mientras se acomodaba en el suelo. Le dolía algo la espalda de estar tanto tiempo apoyada en el mármol. Se desplazó un poco más a la izquierda y evitó la esquina cortante del mármol.

—Bueno... —Percy se había quedado sin palabras, pero esa clase de sonrisa socarrona no desaparecía nunca de su rostro y, cuando hubo algo de brillo en su mente, añadió—. ¡Es estupendo!

—También sé que estás casado. Eso debe ser muy emocionante —aduló Claire emocionada. Su voz sonó algo aguda. Como la de una chiquilla.

—Estoy separado en estos momentos —explicó Percy, mientras buscaba una postura más cómoda, apoyado en el árbol, cuyas ramas caían hacia el suelo, como los dedos de un gigante.

Claire no despejó la sonrisa de sus labios. Sus ojos seguían buscando el rostro de Percy. Sin embargo, Claire no lo veía como un deseo carnal, ni se había fijado en su belleza. Sí, le parecía un joven apuesto, pero algo esmirriado para ella. Eso era todo. Aunque había advertido que Percy empezaba a tontear con ella con esa dichosa mirada.

—Esa parte no la debiste entender bien —dijo Mary, buscando el rostro de ella. Había abierto la mano, y los tallos secos se quedaron olvidados en el suelo, sobre aquellas diminutas hormigas. El sol había recorrido cierta distancia y ahora la línea recta de uno de sus dedos largos se pronunciaba sobre el centro de la lápida. Buscó la sombra, arrastrando su culo sobre el mármol, que lejos de estar frío, era como las ascuas del final del fuego que es abatido por su propia fuerza.

Las hormigas seguían transportando los restos roídos de la cucaracha, en fila india. Ajenas a todo.

—Da igual, Mary —dijo Claire, con cierta complicidad en su mirada.

Entonces, los ojos de Percy se volvieron locos dentro de sus cuencas, como si fueran de goma, buscando el rostro de Mary y de Claire. Ambas estaban sonrientes. Y pensó: «qué bien se llevan las dos... y pensar que yo voy a degüello con William, tras un tiempo de amistad».

—Bueno, ya está todo aclarado, ¿no? —Percy, que se sentía un poco nervioso, algo impropio de él, escondió las manos detrás de sus riñones. Esa era la mejor posición que había adoptado en toda la mañana desde que no se despegara del árbol. Además, los lazos del sol no le sacudían el rostro, y evitaba el tener que soportar el sudor en la frente y los pómulos.

Hubo un rato de silencio que pareció largo y tendido, en el que los tres no dejaron de intercambiar miradas, como pequeños críos. Finalmente, Mary rompió el hielo.

—¿Sabes, Percy?

—¿Qué?

—Claire no sabe que vamos a irnos de aquí. Lejos. Donde nadie pueda seguirnos e interponerse a nuestro amor. —Los ojos de Mary brillaban como diamantes, y su rostro sonrosado emanaba una alegría incontenida.

—Supongo que eso será normal —acució Claire, frunciendo el ceño—. Si ambos os amáis, es lo más natural del mundo que deseéis irnos de aquí, ya que no se ve con muy buenos ojos vuestra relación. Yo ya lo sabía, lo sospechaba antes de saber la noticia. Y es que es notorio el cambio de actitud de papá contigo, Mary.

Sin embargo, a Claire no le hacía mucha gracia reconocer a un hombre como padre, no siéndolo en la realidad. A eso se le llama padrastro.

—Sí, claro que es normal. Lo de escaparnos juntos, digo —explicó Percy, casi susurrando—. Esta jovencita me ha robado el corazón.

—¡Igual que tu esposa! —exclamó Mary, mientras su dedo índice se paseaba sobre la inscripción del nombre de su madre. Se había movido de nuevo. El sol le daba en todo el cogote y el culo ya no le daba para más. El mármol era especialmente incómodo, pero era la tumba de su madre.

—Eso pertenece al pasado —respondió Percy, extendiendo ahora la mano derecha con los dedos abiertos. Era como si quisiera agarrar algo del aire.

—Soy muy abierta de mente, si es a eso a lo que te refieres. Podría seguir contigo aunque estuvieras acostándote con otra —declaró Mary.

Claire abrió más los ojos y volvió la cabeza hacia ella.

—¿Estás tan loca como para permitir eso?

—Estoy enamorada —dijo Mary.

Percy dejó escapar una especie de silbido con su sonrisa eterna. Era como si se la hubieran maquillado y no pudiera quitársela nunca de su rostro.

—Bueno, ¿y cuándo será eso? —preguntó Claire mientras sus dedos jugaban con su cabello.

—Ahora mismo —afirmó Mary, tocándose ella también el cabello ondulado.

—¿Qué? —La voz de Claire sonó alta y estridente.

—¿Qué? —Percy había hecho la misma pregunta que Claire, y su voz había sonado como una chicharra. Sus ojos se abrieron como platos, y un fogoso cosquilleo le subió por la garganta todavía más deprisa que los latidos de su corazón.

Mary soltó una carcajada.

—¡Estás loca, Mary! ¿Así, sin más preparativos que lo que lleváis puesto? —Claire estaba casi desconcertada. Al principio creía que Mary estaba bromeando, pero vio en sus ojos que no

era así—. ¡Ojalá pudiera ser yo una jovencita tan atrevida!

—¡Puedes venirte con nosotros! —le invitó Mary con su voz de chiquilla. Se puso cómoda de nuevo sobre la lápida de su madre, y ahora sus yemas dibujaban en el aire formas invisibles y sin sentido alguno.

Percy tosió levemente, y dijo:

—¿Es broma?

Pero en el fondo, lo estaba deseando. Era hombre de gustarle estar bien rodeado de mujeres hermosas.

—No. No lo es —dijo Mary

Claire buscó la mirada cómplice de la pareja, y mientras sonreía dijo:

—Eso es algo hermoso, pero mi madre no me dejará ir.

—¡Nos vamos a Francia! —exclamó Mary, casi saltando como una pelota del suelo.

Percy estaba desconcertado, aunque siempre supo que Mary Godwin había sido una especie de torbellino.

Las hormigas, que seguían en fila india bajo los pies de Mary, continuaban con su trajín de despedazar a la cucaracha y llevársela por partes sobre sus lomos.

—Pero ¿a dónde? —inquirió Percy ahora con las dos manos extendidas. No se estaba oponiendo a ello. En realidad, le estaba gustando esa difícil decisión, y estaba loco por escaparse con ella. Por sentir su fogosidad en la cama.

—¡Primero iremos a Calais! —volvió a exclamar Mary, como si fuera una cría que está jugando al escondite. Sus ojos brillaban ahora todavía más. Sus labios eran carnosos, y ahora se movían con mucha elasticidad. La hacían realmente atractiva. Su cabello era como un espejo dorado.

—¡Está bien! —acució jocosamente Percy. Ahora ya no tenía las manos extendidas. Trataba de disimular su nerviosismo.

—¡Vaya! Esto va en serio —dijo Claire.

—Y tú vendrás con nosotros —insistió Mary. Movié un pie y segmentó de un golpe la fila india de las hormigas, que siguieron su curso en distintas direcciones, desorientadas en un principio.

Claire entornó los ojos.

—Déjame pensarlo, hermana —anunció.

—Esta será la última vez que estaré sobre la tumba de mi madre —añadió Mary.

Pero se equivocó.

Se equivocó.

Mary Godwin hizo lo que su alocada mente pedía a gritos, y abandonó a su padre, a quien seguiría adorando hasta el final, aunque este desaprobara su relación con Percy y pusiera el grito en el cielo, tras no recibir más su ayuda.

Mary Godwin (que pronto cambiaría de apellido) empezó a ver en Percy a un monstruo que había abandonado a su líder —al filósofo y político William Godwin— y a ella misma, como otro ser despreciable más, Pero no se arrepentía de nada.

Mientras viajaban en el camarote del barco, en el viaje entre Inglaterra y Francia, Mary tuvo otra horrible pesadilla, que fue el punto y seguido de sus desórdenes mentales y del monstruo que veía en ella misma. Pero todavía le quedaba mucho para conocer su verdadero destino. Su creación.

Después de leer largo y tendido las obras escritas por su madre, Mary Wollstonecraft, porque las llevaba consigo con lo poco que se había llevado, se rindió al sueño y vio algo que no esperaba.

Sucedió después de una lujuriosa hora de amor, en la que Mary Godwin conoció a un hombre. En la que el miembro de Percy había entrado en ella, y surgió el dolor y el placer al mismo tiempo. La sábana se había salpicado de sangre, y los dos supieron por qué. Ella siguió cabalgando sobre él, extenuada por el placer —muy adelantada a su tiempo—, pues Percy no había hecho el amor de esta manera. No hasta ahora, que la veía agitándose mientras sus pechos se columpiaban como dos péndulos a pesar de estar erectos.

Él se había aferrado a esos dos pechos mientras el escroto parecía inflarse de algo como el dolor; de líquido, aire y placer. Hasta que al fin eyaculó, pero no fue la única vez que lo hizo en esa hora. El cabello de Mary, sudoroso y brillante a la vez, mostraba el deseo sexual que ella tenía. Sus labios acariciaron todo el cuerpo de Percy hasta llegar a su miembro. Entonces había sentido un súbito deseo de lamerla. Y lo hizo. Esa fue la segunda eyaculación.

Mary Godwin pensaba que podría haber peligro de embarazo, pero eso ahora daba igual. Estaban gozando juntos y demostrándose el amor sin poesías de por medio, ni palabras rebuscadas en la prosa. Ahora que los libros de su madre, Mary Wollstonecraft, habían quedado olvidados sobre una mesita de madera realmente oscura, su fogosidad se había abierto camino al desastre natural de las caricias, del sexo y la lividez.

Ante tal espectáculo con Percy —que había dejado de ser un hombre experimentado a pesar de haber estado con otras mujeres—, Mary se puso de espaldas a él, y se apoyó con sus manos sobre el colchón. Percy —idolatrado por su poesía— estaba ante una mujer que dominaba el acto sexual y las rarezas en esos tiempos.

En esa posición, y penetrándola por detrás, tuvo la tercera eyaculación. Mary jadeaba y arqueaba su cuerpo, y el sudor la empapó como si hubiese estado bajo la lluvia. Y sus ojos, casi cerrados, dejaban ver un rostro materialmente orgásmico.

Y cuando hubo finalizado y las sonrisas fueron cómplices, ella apoyó la cabeza en su hombro y entró en el mundo de los sueños.

Tan sorprendido se había quedado Percy ante tal jovencita sin experiencia, pero que dominaba

sobre todas las demás mujeres con las que había estado en modo tradicional (es decir, a la antigua usanza) como terroríficas eran las visiones que ella vio después de todo ese cúmulo de placer experimentado por vez primera en su vida.

Y la luz de la vela se difuminó, y las manchas amarillentas se oscurecieron, dando paso a un silencio absoluto y a una lúgubre habitación.

Mary Wollstonecraft, su madre, estaba chillando en el parto. Ese era un sueño recurrente en ella, y ahora parecía formar parte de su culpabilidad. Las dos mujeres menudas —que ya estaban con los ojos abiertos, y la boca como si se hubieran tragado un vaso entero— lo vieron todo. Pero ella también estaba allí. En el coño de su madre, y mirando desde el techo. En ambas partes y con edades diferentes.

Siempre el mismo sueño, pero esta vez había algo más. Nada nuevo, pero sí que le acercaba a lo que ella creía ser en realidad. Mientras su madre se desangraba piernas abajo, y aquella cabecita no salía afuera, otro par de ojos vio cómo el cuerpo de Mary Wollstonecraft cambiaba de forma.

Sin escuchar un solo sonido, pero viéndolo todo con una claridad espantosa y perturbadora que la arrastró hacia una especie de locura.

William Godwin, su amado padre, estaba allí, callado ante los gritos de su esposa. Una de sus manos estaba apoyada en el respaldo de una de las sillas forradas de tela roja. Sus dedos estaban extendidos sobre la madera de caoba, como los tentáculos de un pulpo. La manga de la camisa, como si estuviera arrugada, asomaba de otra manga cortada a la altura del antebrazo. La parte que asomaba era blanca y le llegaba hasta la muñeca. Era como si su mano hubiera sido rodeada de abanicos. *Vaya una forma estúpida de vestir y complicarse la vida.* Pero ese tipo de atuendo triunfaba en el siglo XVIII en las clases altas. Los pobres tenían mangas hechas de los sacos de patatas.

Y entonces sucedió algo.

Dos finas líneas de sangre recorrieron su mano, desembarcando de debajo de sus mangas. La manga blanca se embadurnó rápidamente de sangre, en una gran mancha oscura y grande. Las gotas de sangre resbalaron hasta sus dedos extendidos para detenerse en las uñas. Una vez allí, como si lo viera a cámara lenta, las gotas se agolpaban y caían sobre la silla, salpicando la tela en la que, simplemente, esta se oscurecía.

De repente, su hombro tiraba con fuerza de la mano, y la misma seguía pegada en el respaldo de la silla, como si estuviera empotrada en ella. Y en un abrir y cerrar de ojos, ella vio —desde el techo donde la pesadilla la había mantenido agazapada hasta ese momento— cómo la piel se rasgaba en dos, separándose la mano de su antebrazo. Los tendones, tan blancos como lo habían sido antes los puños de sus mangas, relucían bajo el resplandor de las velas. Y el hueso crujía, aunque no se escuchaba. Entonces, de los bordes separados de la mano amputada (por una fuerza inexplicable), salieron dos hilos negros que empezaron a unirse borde con borde, trazando formas irregulares. Las venas de la mano salieron a flote, y parecían respirar como la boca de un sapo. Mientras, aquella cuerda —porque era más recia que un hilo de coser— seguía creciendo y uniendo la mano amputada. William Godwin se miraba la mano, sin abrir de forma desmesurada sus ojos, sino que lo veía natural, y entonces ella suspiró en medio de la pesadilla. Tenía el semblante serio y sereno.

Siempre veía cómo un cordel, en forma de raíces, cosían los miembros amputados de los seres que aparecían en sus sueños. Incluso ella misma. Y dentro de la pesadilla, supo que el monstruo era ella.

Mary Wollstonecraft seguía gritando, y la cabeza de Mary Godwin ya estaba fuera.

Ella estaba en dos lugares a la vez, y con dos formas de visión distintas. Una, nula, y la otra, con sus dieciséis años; la cual había cabalgado sobre el pene de Percy un momento antes.

Ella estaba en dos lugares...

En dos lugares.

Las olas zozobraban en los costados de buque (o el casco de la nave), tal como estaba escribiendo una Mary radiante bajo los rayos del sol, que parecían rebotar sobre las aguas intranquilas del mar. En un primer momento, habría querido decir “Barco”, pero se había decantado por llamarlo “buque”, debido a su tamaño y poderío. Se preguntó cómo podía una masa metálica tan enorme flotar en el mar y avanzar lenta y oficiosamente entre las olas que se levantaban por la constante brisa que allí existía. Todo alrededor era azul, y por muy difícil que parezca, había pájaros volando en cuadrilla sobre el buque.

Y por muy difícil que parezca, a pesar del humillante ruido de las chimeneas que soltaban vapor al cielo azul, como si fueran nubes que presagiaban lluvia, Mary podía escuchar el piar de los pájaros. Todo un regalo para sus oídos.

Percy solo estaba escuchando sus propios ronquidos en el camarote, y Claire estaba ya poniéndose el vestido en otro camarote. Sus ojos, apagados por el sueño, no eran los mismos que los de Mary, que estaban bien abiertos desde que viera el sol en toda su plenitud de nacimiento — por primera vez en su vida—, pues los anteriores viajes siempre habían sido en tren y dentro de Inglaterra. Bueno, de Escocia.

Ahora ella estaba repantigada en una tumbona de madera que le parecía cómoda. La brisa le acariciaba las mejillas, y su nariz goteaba una suerte de mocos producidos por la salinidad del aire del mar.

Con su pluma embadurnada de tinta, escribió las que serían las primeras letras de su gran obra maestra, todavía sin saberlo ella.

Y todavía no tenía título.

Aunque sí, un rostro.

No tenían nada que arrastrar, es decir, equipaje alguno. Solo lo que llevaban puesto y dinero. Se hospedaron en un hostel en Calais y dejaron transcurrir los días en medio de una paz aparente. Hasta que sucedió algo.

Sus rostros sonrientes y la ilusión de estar en suelo francés ya lo eran todo para los tres. Sin embargo, todo se truncó con la visita de ella.

Era Mary Jane Godwin.

—Mamá no quería hacer esto —mintió Claire con unos ojos casi llorosos. Ella estaba abajo, en el mostrador del Hostel, apoyada con sus dos manos sobre la tabla que parecía brillar como si estuviera embadurnada de aceite. Sin duda la habían pintado recientemente. Hasta quedaba en el aire un resquicio de aquel olor tan influyente como lo era el aceite en la madera de nogal. Pero en esta ocasión, Mary observó que había algo más que aceite. Ella no lo sabía, pero además habían aplicado una sustancia abrasiva que en superficies de nogal, como en Inglaterra, estaban complementadas con linaza y trípoli; mientras que en Francia era polvo de ladrillo.

El caso es que sus dedos rozaban una y otra vez la superficie lisa de la madera del mostrador. Impaciente y con los dientes apretados.

—¡No te creo! —gritó Mary Jane, arrugando sus secos labios como la forma de un ano.

El joven delgado que había detrás de la barra se hizo el disimulado desviando la vista hacia el techo, como si allí arriba fuera a encontrar algo interesante, una araña.

—¿Cómo nos has encontrado? ¿Cómo sabías donde estábamos?

—Eso no te lo puedo decir.

—¿Eres una bruja o algo así?

—¿Qué insinúas?

Claire estaba a dos metros de su madre, con las palmas de las manos mirando hacia el techo. Sí, hacia algún rincón donde habitaba una araña.

—¿Dónde está William?

—¡William es ahora tu padre! —exclamó Mary Jane, repicando con sus dedos la dura madera. El joven miraba ahora el suelo—. No le menciones. —En la última frase rebajó el tono de su voz, pero sus ojos —lejos de ser bellos— parecían los de una hurraca que se había posado sobre el mostrador con la idea de comerse esa jodida araña que no aparecía por ninguna parte.

—¡No me has contestado a mi pregunta! —vociferó Claire, echando para adelante su cuerpo en un intento de acercarse.

—¡A mí no me levantes la voz! ¡Soy tu madre! —Los ojos inyectados en sangre de aquella mujer parecían querer devorarlo todo, incluido al recepcionista que ahora estaba agachado tras el mostrador.

—¿Qué está sucediendo aquí?

Era la voz inconfundible de Percy. Sus ojos sí brillaban y su sonrisa también, a pesar de haber escuchado los gritos (estaba bajando con una pasividad pasmosa, las escaleras de piedra). Los dedos índice y pulgar de una mano estaban intentando colocar el botón dentro del ojal.

Claire se dio media vuelta en busca de su rostro. Sus ojos parpadearon y reinó el silencio en

sus labios, que parecían ahora sellados por un beso.

Mary Jane dejó de repicar con los dedos sobre el mostrador. En su lugar, desplazó una de sus manos cerca de una campana bronceada, no con la intención de tocarla. El recepcionista estaba tirado en el suelo, donde nadie podía verlo ahora, excepto la araña.

—Vaya. Aquí está el galán —dijo Mary Jane, jocosamente. Un rictus maquiavélico se dibujó cerca de las comisuras. Había sido un ligero temblor de sus labios.

De repente, se escuchó otra voz aguda.

—¡El monstruo eres tú!

—¿Qué estás diciendo? —Mary Jane parecía desconcertada y sus ojos estaban desencajados—. ¿A qué viene eso? ¡Solo he venido a buscar a mi hija! ¡Ella no tiene nada que ver con vuestro romance! —Los esputos, diminutos, salían de su boca como perdigones a toda velocidad, empañando el mostrador y ensuciando el suelo. Si eso era saliva, sus palabras eran impropiedades.

Era Mary Godwin, que bajaba detrás de Percy con su vestido alzado hasta sus rodillas por unos dedos alargados y finos.

—No debes entrometerte en nuestros planes. Ella decidió venirse con nosotros —acució Mary, mientras le tocaba ahora el hombro a su esposo.

Lo era, porque ya había hecho el amor con él múltiples veces. Lo consideraba ya su marido, aunque no hubiera ceremonia de por medio.

—Eso no me lo creo —explicó Mary Jane, apretando sus dientes. Le faltaba un colmillo, por lo que no tenía la boca especialmente atractiva.

—Pues es así. Ella no te quiere.

—¡No es verdad! —El grito rebotó en las paredes y estas contestaron con un eco que impactó sobre la araña que estaba sobre el mostrador ahora. Sí, había una araña, y Mary Jane estaba a punto de sentir sus patitas extremadamente largas sobre el dorso de su mano.

—Eres un monstruo creado por una mente enferma —insistió con su voz dulce Mary Godwin, mientras con sus dedos apretaba el hombro de Percy que permanecía callado, pero sin desviar su sonrisa vetusta de la cara.

La araña subió por el costado del dedo pulgar de la mano de Mary Jane y acarició el vello del dorso de la misma, con tal mimo, que no sintió su presencia en ella. El recepcionista, que se había puesto de pie en ese momento, desvió su mirada hacia la araña. La había encontrado.

Los labios de Mary Jane se arrugaron como dos inútiles gusanos que se retuercen de dolor después de ser aplastados. Sus ojos despedían fuego y sombras al mismo tiempo. Movié la mano hacia el aire, como si quisiera hacer un remolino con ella, y la araña salió despedida al suelo.

Por supuesto que no se escuchó ningún ruido del impacto sordo de la misma, pero el recepcionista alto —y con una nuez de Adán muy pronunciada, como su nariz— sí la había visto volar hacia la parte delantera de esa señora, la cual había levantado el pie derecho para dar un paso.

Todo lo que ocurrió, después, era de esperar.

Por mucho que quiso correr la araña negruzca, la suela de la bota de caña alta de Mary Jane la aplastó y la sangre se esparció como cuando revientas un globo de agua, salvo que en esta ocasión la mancha era infinitamente insignificante.

—¡Claire, deja a este par de indecentes y vuelve a casa! —La voz de Mary Jane se volvía cada vez más grave y ronca. Sus labios estaban más arrugados a medida que avanzaban las agujas en el segundero del reloj.

Un segundo, y una nueva arruga. Como si se estuviera convirtiendo en un monstruo. Un

segundo, y sus ojos se oscurecían más, como los de un cuervo envenenado por el hambre. Un segundo, y las venas de su cuello sobresalían como el hilo de coser que Mary Godwin veía en sus pesadillas.

—¡No, mamá! ¡No regresaré! —gritó Claire, apartando la mano hacia atrás. Su madre la había alcanzado con un arañazo de sus uñas largas. Del dorso de la mano de Claire empezó a brotar una gota de sangre. Esta, mucho mayor que la de la araña, ya olvidada en el tiempo.

—Ya lo ha oído, Señora Jane —La voz de Mary Godwin sonaba vacilante, y no era para menos. Sus ojos rasgados brillaron en cuanto pronunció esas palabras—. Su hija Claire no quiere volver con usted, bueno, tendría que decir, contigo. —Acentuó esta última palabra con especial énfasis picaresca.

La cara de Mary Jane se puso pálida de repente, como si hubiera visto un fantasma. En realidad había sido una bajada de tensión repentina por el disgusto que le suponía el rechazo continuo de su hija. Percy, que no dejaba de sonreír como un idiota, dijo:

—Claire nos dejó bien claro que deseaba estar a nuestro lado. Aquí la tienes, revelándose contra ti. Un buen día, un poeta dijo...

—¡Percy! —Le interrumpió Mary Gowdin con mucha sutileza—. Todo está decidido. Nos iremos a París.

Percy se había quedado con la boca abierta, era el momento de no sonreír más.

La cara de Mary Jane era todo un poema. Su mano en el aire, con los cinco dedos en forma de espátulas, se había quedado congelada en el aire, y su respiración era demasiado angustiada en esos momentos. Le costaba respirar. Su corazón estaba acelerado, no tanto como para salirse del pecho, pero si lo suficiente como para escucharlo en las sienas. Cada latido. Cada segundo.

—Mi hija regresará conmigo. —La voz cada vez más rasgada de Mary Jane se perdía en la atmósfera casi nebulosa de aquel cuchitril (como lo llamaba ella en sus más íntimos pensamientos).

—No, mamá. No regresaré.

Y se equivocaron de nuevo.

Esa misma noche, tras hacer el amor tres veces, tuvo una pesadilla de nuevo. En esta ocasión Mary Godwin estaba cabalgando sobre Percy, sudando copiosamente y sintiendo el placer del orgasmo varias veces. No escuchaba sus propios jadeos, como no se puede escuchar ninguna otra cosa en algunos de los sueños, pero sí sentía. Al parecer, todos los sentidos (menos el oído) estaban en alerta. Solo por esta vez, y durante un limitado espacio de tiempo. El orgasmo seguía siendo igual de intenso y placentero que el real.

Se veía a sí misma como una mala mujer de la vida, haciendo cosas fuera de lo común. Sus ojos estaban abiertos como platos y la boca le babeaba al son de los movimientos de su cadera y sus pechos, a los cuales se había agarrado Percy mientras aguantaba la respiración. Estaba eyaculando de forma precoz. Ella lo sentía. Aquello tan hinchado dentro de ella. Esa humedad resbaladiza. Los músculos tensos de él. Sus brazos sudorosos. Su frente.

Y ella gozando sobre su pene.

Entonces, en medio de la lúgubre luz de las velas —cuyas llamas se inclinaban por la suave brisa que entraba por la ventana—, algo empezó a suceder de nuevo. «El monstruo era ella», se decía en el sueño, y Percy comenzó a transformarse. Sus ojos se volvieron blancuzcos y vueltos del revés. Con los párpados bien abiertos, las lágrimas se escaparon de aquellas dos cuencas que estaban casi a punto de vaciarse. Al menos de momento se le había ido todo el brillo.

Ella dejaba de moverse sobre el miembro de él y notaba cómo se le estaba quedando flácida dentro de ella. Todo rasgo de orgasmos se había esfumado como el humo de un fuego apagado. Entonces sus ojos también dejaron de brillar en medio de las danzas saltarinas de las sombras proyectadas por la luz de las velas.

Percy comenzó a convulsionarse y sus brazos —estirados a ambos lados del cuerpo— parecían haber sido atravesados por un rayo. El colchón se movía enérgicamente, y lo que hubiera dentro del mismo crepitaba como la leña al arder. Ella sintió como una ventosa allí abajo, en su sexo húmedo, y escuchó un sonido ridículo. Chop. Ahora sí escuchaba. Eso era todo. Mientras, Percy comenzaba a babear y a graznar como los patos. Después fueron gruñidos. No los escuchaba, pero en los sueños se presupone todo. Ella se apartó de él lentamente, hasta poner los pies desnudos sobre el suelo.

Lo tocó con la mano sudorosa, caliente, y sintió que el hombro de Percy estaba helado. Como si hubiera estado enterrado bajo la nieve. Después le tocó el pecho, y seguía convulsionándose al tiempo que expulsaba más baba por la comisura de los labios, como un perro rabioso al que tiempo atrás le habría mordido un murciélago.

—Percy, ¿estás bien? —habría susurrado ella. Aunque no se escuchó nada. Pero lo pensaba, y si lo pensaba es que lo preguntaba de verdad. También todo lo que ocurría le parecía realidad, pero no lo era. Solo era una parte de su alma reflejada en un espejo sucio, pero que te muestra la realidad de lo que eres.

De pronto, el cuerpo de Percy empezó a desgarrarse. La piel tensa como una sábana limpia, pero de color rosa, empezó a romperse, produciendo un ruido casi gelatinoso y seco a la vez. Difícil definición, pero era lo que escribiría un día después de despertar de la pesadilla.

Ella lo sabía.

El cuello de Percy se dividía en dos, con un profundo corte atravesándole horizontalmente la nuez de Adán. La sangre brotando a chorro, como en un parto complicado. Pero después, esa sangre se secaba y se volvía negruzca. Y de la piel separada surgían hilos extremadamente largos que lo empezaban a coser. Eran como pelos que salían de los folículos a una velocidad extrema y con un crecimiento inusual.

Ella retiró la mano del pecho de él, y su boca se abrió en una O perfecta. Sus ojos —abiertos como platos— parecían enfocar una luz sobre la cara de Percy, que movía los labios y se relamía la sangre. Unos labios morados, purpúreos. No hablaba ni jadeaba. Solo se convulsionaba y se convertía en un ser monstruoso.

Entonces, como venía siendo habitual, ella despertó de aquella pesadilla.

Sudorosa.

Al lado de ella estaba Percy roncando plácidamente, de costado. Ella se había erguido como si una tabla situada en su espalda se hubiera puesto en vertical como un contrapeso. Su corazón estaba desbocado, pero no sentía miedo. Solo horror, que era mucho peor. Sin embargo, ese horror que sintió nada más despertarse se fue de un soplo, porque ella sabía que Percy no se convertiría en un monstruo. Que esas cosas no pasan en la vida real. Son solo parte de los sueños.

Ella lo sabía, pero aún así, le latía el corazón demasiado deprisa.

Su mano se extendió hacia el hombro de Percy, y sus dedos le rozaron la piel seca y suave. No había nada áspero ni cortante. No era un monstruo.

Ella era el monstruo.

Y después de jadear un instante, pensó que a lo mejor era el resultado de azorada vida, adaptada a los estímulos de los sueños. Es decir, nada. Solo pesadillas.

Pero le molestaba que fueran recurrentes.

Ese día escribió parte del sueño en su diario y no se lo dijo a Percy.

De momento, no.

Ahora era el momento de trasladarse a París. Tierra de sueños, de nuevo.

Pero no de pesadillas.

Eso no.

El tren estaba clavando sus ruedas sobre los raíles, como un toro sus pezuñas en la tierra. La chimenea de vapor escupía una enorme columna de humo ennegrecido que transformaba el aire en un cielo encapotado que amenazaba llover. Los silbidos —en lugar de ser agudos— eran graves, y resonaban como un resoplido metálico. Era como si la máquina del tren estuviera ansiosa de salir de la estación y reventar en el intento. El olor del aire denso y pegajoso era devastador para los pulmones. No era hedor, pero respirar aquello era lo más parecido a estar en medio de un incendio. Y el vapor. Miles de gotitas caían libremente de una altura de cuatro metros en forma de copos de nieve, pero estos estaban calientes al tacto.

Pero eso solo existía en el diario de Mary Godwin, quien supo con certeza que ya se había probado sin éxito una máquina igual entre los años 1801-1808. Estas máquinas, que aprovechaban la fuerza del vapor para desplazarse, fueron utilizadas por vez primera en el transporte experimental dentro de las minas. Anteriormente a estos, el tren era impulsado por la ayuda de caballos, o peor aún, por asnos.

El Inglés Richard Trevithick había sido el creador, pero no el primero. Ya se llevó por primera vez a la práctica en 1769 bajo la forma de un complicado artefacto (destinado a correr sobre raíles) construido por un francés, Nicolás Curgot. La sabiduría de Mary Godwin provenía de los escritos de su madre y también de su padre, a quien recordaba con cierto cariño a pesar de todo.

Y a pesar de todo, la columna de vapor condensada —como una columna de humo o lo más parecido a esta—, provenía de las tres chimeneas del buque que estaba resoplando en el borde del puerto de Calais. Debían hacer el viaje, de nuevo, en barco. Esa era la verdad. Y no. No describió nada sobre el barco humeante en su diario.

Aunque en el diario de Mary había más nombres adelantándose en el futuro y en la lista figuraba Napoleón Bonaparte. Sí, el mismo que gobernó durante cien días antes de la batalla de Waterloo. La tinta se secaba, y las siguientes palabras eran toda una suerte de manchas erróneas que desaparecían con el paso del tiempo. Mary Godwin, que estaba sentada en un banco de madera junto a Claire, decidió por fin levantarse, tras la invitación de Percy, que la esperaba con la mano tendida.

—Señora Mary, ¿está usted preparada para un nuevo viaje?

Su estúpida sonrisa seguía allí mismo, dibujada bajo su nariz. No tenía bigote ni dejaba crecerlo. Su piel era suave y el poder era casi absoluto sobre el padre de Mary, ahora obviado.

—¡Sí, señor Percy! —exclamó Godwin, mostrándole lo mejor que sabía hacer después de escribir: su sonrisa y el brillo de sus ojos.

Claire los miró a los dos, cuando sus labios se estrecharon en un sonoro beso. Mary había dejado el diario olvidado en el banco de madera, con las páginas abiertas y los párrafos expuestos a la vista de cualquiera, cuando Claire logró leer la palabra «Monstruo». Al leerlo, simplemente frunció el ceño y trató de mordisquearse el labio superior.

Algo sabía acerca de los escritos de Mary Godwin y Mary Wollstonecraft. Historias oscuras llenas de tristeza y aberraciones controlando las palabras más obscenas que se podrían imaginar, hilvanándolas todas como si al final fueran una poesía romántica, pero llena de sufrimientos y

miedos, aunque se valoraba mucho la fuerza de la mujer moderna.

—¿Claire? ¡El buque va a zarpar pronto! —le despertó una voz grave. Era Percy, que la estaba avisando mientras sus ojos se habían fijado de nuevo en el canalillo de ella.

Mary Godwin miró hacia otra parte.

En sus escritos del diario, en una variante doble del mismo, Mary Godwin, hacía magia con las palabras y escribió toda una serie de acontecimientos que les sucedieron (en lo que ella pensaba era una aventura amorosa, como en una novela romántica). Desde su llegada a París, hasta que decidieron viajar más allá, en Lucerna (Suiza).

No podía estar más pletórica, y continuaba leyendo a Mary Wollstonecraft, su difunta madre. Percy también lo hacía, y a menudo, cuando el sol se ocultaba en la otra media parte del mundo, comentaban los escritos de Wollstonecraft, concurriendo, que eran extraordinarias historias de amor, drama y coraje.

Siguieron haciendo el amor con frenesí y se dejaban llevar por el vicio del sexo, al igual que se gastaban verdaderas fortunas cada día en ropa nueva, comida y alojamiento. Mary continuó teniendo pesadillas y las siguió reflejando en un segundo diario que Percy nunca leyó. Sin embargo, ambos continuaron sus trabajos como escritores. Aunque ello, en esos momentos, no les reportaba dinero alguno. Escribían por puro placer, y el bolsillo de Percy se iba vaciando como una balsa de agua en un verano muy caluroso.

—¿Eres feliz conmigo? —Le preguntó Mary en una de las noches, mientras dormitaban en París.

Percy la cogió por los brazos desnudos, con suavidad, y con un brillo en los ojos dijo:

—Sí. Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida.

Mary bizqueó un instante a la luz de dos velas que ondeaban como un fuego extendido en un bosque, no por la intensidad, sino por el vaivén que producía las sombras de aquellas dos velas en las paredes. Era dibujos estrafalarios y regocijantes al mismo tiempo.

—En todo este tiempo no me has dedicado una poesía.

Percy frunció el ceño.

—Claro que no, porque estoy escribiendo algo más grande para ti —repuso Percy, mostrándole el sudor en su pecho desnudo. En aquel verano de 1814 hacía un calor de mil demonios.

—Nunca me dejas leer tus obras —acució Mary tapándose los pechos con la sábana, al tiempo que se ponía de lado, junto a él, sobre la cama.

Percy sonrió con tal intensidad que se escapó un silbido de su tráquea.

—Tú tampoco me dejas leer nada tuyo.

—Lo tienes sobre la mesita. Puedes leerlo cuando quieras, aunque te advierto que trata sobre nuestra escapada romántica y que no está corregida. —Mary Godwin, a pesar de haber escrito mucho hasta la fecha y de haber recibido una buena enseñanza, no se veía capaz de terminar sus escritos sin imperfecciones y errores ortográficos. Su estilo era intenso y puro. Destacaba la figura de la mujer por encima de todo y los diálogos eran extenuantes.

Percy sonrió de nuevo. Ante ella nunca dejaban de sonreír, y a veces resultaba incómoda tanta sonrisa dibujada en su rostro. A Mary le parecía bello, pero además necesitaba saber algo más de él. Por ejemplo, cómo se enfadaba.

—Pero tienes un segundo diario que ocultas permanentemente —aclaró con una profunda voz grave. El reflejo de las velas se podía ver en sus retinas.

Fuera del Motel un gato maulló hasta desgañitarse.

—Ahí no escribo nada —acució ella.

—Sí. Sí lo haces. Te veo en varias ocasiones. Muy poco, pero te he visto.

Mary se sintió por un momento algo ruborizada. Sin embargo, de fuerte carácter, se lo explicó a su manera.

—En ese diario, que no lo es, escribo el borrador o frases sueltas de lo que escribo en el diario real. Es para no emborronar las páginas —mintió.

Ahora la sonrisa de Percy sí se había difuminado de su cara, pero solo era una falsa alarma, ya que lo hizo para acercarse a ella y besarla con los labios húmedos y ardientes que mantenía durante todo ese noviazgo.

Mientras los labios de ella acariciaron los suyos en un intercambio de fluidos, pensó: «Ahora es cuando lo aparto de mí y le digo: ¿sabes? Tengo pesadillas recurrentes desde bien pequeña en la que veo a hombres desmembrándose, y después —como si fueran pequeños tentáculos— todos los miembros amputados son cosidos mostrando a un monstruo en cada hombre. Percy, tú eres un monstruo, mi padre lo es y yo también lo soy en muchas ocasiones. Creo que estoy perdiendo el control de mi mente. Me estoy torturando a mí misma y no se lo digo a nadie».

Sin embargo, no le dijo nada de eso. Se limitó a besarle y dejar que Percy la tomara de nuevo, una vez más, esa noche antes de partir hacia Lucerna.

Y la luna reinó sobre los gatos en celo, que estaban en los tejados maullando como descosidos, esperando aparearse en un verano verdaderamente caluroso.

Claire Clairmont llegó a mirar con buenos ojos a Percy, quien la miraba a su vez con cierto deseo. Pero Claire no era ese tipo de mujeres que traicionan a su hermanastra ni a una amiga. Estaba también alocada, pero no lo suficiente como para tener un flirteo con Percy. Lo deseaba, sí, pero sus actos eran contrarios. Le dedicaba una sonrisa y nada más.

Mary Godwin era consciente de esta situación, pero no le parecía importar lo más mínimo, ya que su amor y entrega con Percy era mucho mayor que los deseos carnales de una sola ocasión.

De Percy siempre había llegado a escuchar que era un mujeriego y que además proponía cosas muy indecentes, como que su pareja pudiese tener un amante. Algo muy adelantado a su tiempo, porque él quería que eso fuera así, y convivir tres en un triángulo amoroso siempre había sido su fantasía. Era joven y fogoso, y sus deseos se veían volcados —como el aceite— en sus escritos, que parecían burdas manchas oscuras.

Tras dos semanas en París, hicieron su equipaje —que ahora era mucho mayor que lo que llevaban puesto— y partieron rumbo a Lucerna: La séptima ciudad de Suiza conocida por su atractivo económico, cultural y social. A la pareja les venía bien. Su idea era instalarse allí y seguir escribiendo para equilibrar el bolsillo de Percy, que ya se estaba agotando.

Sin embargo, en Lucerna, los tres viajeros estuvieron tan solo tres días hasta que decidieron regresar a Inglaterra, temiendo lo que se encontrarían en casa. Pero antes debían hacer algunas paradas más en el viaje de retorno.

La noche antes de embarcarse en un navío en el río Rhin, Mary Godwin sucumbió de nuevo a otra pesadilla, pero esta vez estaba despierta.

¿Quería decir esto que se estaba volviendo loca?

Ella misma pensaba que era la ansiedad la culpable de todo.

Pero por un momento —o quizá días—, creyó que aquello que sucedió fue realidad.

Estaba peinándose el cabello ondulado, y las púas del cepillo se enredaban en sus largos cabellos, como los dedos de Percy antes de hacerle el amor. Salvo que las púas del cepillo eran más estrechas y punzantes, y a veces, al tirar del mismo, se enredaba un nudo de cabello que hacía que su mano se detuviera de forma brusca, a la vez que un lacerante dolor le recorriera parte de la cabeza como una descarga eléctrica.

Delante estaba el espejo, y sus ojos estaban hinchados. Tenía sueño, sin embargo, no estaba cansada, ya que no había tenido pesadilla alguna en la siesta, porque también las hacía. Es por ello por lo que se extrañó tanto al ver lo que vino después de dejar el cepillo en un borde del lavabo.

Consistía en una cuenca de porcelana decorada con flores de todos los colores de tamaño más bien reducido. En el centro del cuenco —porque se le podía llamar así— había una jarra o un jarrón, que bien pudiera servir para regar a las plantas; pero no, se usaba para llenar el cuenco con agua natural. Recordó que también se le conocía como «Lava manos», pero Mary siempre decía que eso era un cuenco como los que se utilizaban en un parto. El mueble que lo sostenía era enclenque, y estaba compuesto por una base de cuatro patas de madera. Cada una de ellas arqueadas como si estuvieran doblegadas por el tiempo. Al lado del cepillo había una toalla. Y justo debajo del cuenco, entre las cuatro patas encorvadas, había una especie de cubo metálico que servía para orinar. A veces, en ese lugar es donde estaba el jarrón, pero en este caso había el jodido cubo que hedía. Percy debía haber meado una docena de veces ese día y la orina —tras una eyaculación— presentaba un olor un tanto extraño. Como de lejía. Sin embargo, ese olor profundo resultaba a veces embriagador y excitante.

El espejo era de pequeño tamaño, decorado por los bordes. No era ovalado ni redondo, sino que sorteaba toda una suerte de esquinas decoradas, como si fueran pétalos una sobre la otra. El cristal del espejo tampoco era muy nítido, por lo que sus ojos (hinchados por el cansancio y el suelo arrebatador) no se representaban muy bien en aquella pantalla. Era como verse asimismo muerta. A veces, cuando miraba de reojo, le parecía que el cabello se le oscurecía del todo y perdía el brillo dorado que apenas se podía ver a la luz del candil y las velas.

Entonces, comenzó todo.

Estando despierta.

O quizá no.

A través del espejo vio convulsionarse el cuerpo de Percy sobre la cama. ¿Era la primera vez que lo veía así? No. En esta ocasión surgieron del colchón unas raíces ennegrecidas que lo rodearon por todas partes. Se enrollaban en sus muñecas, brazos, piernas, abdominales y cuello. Los ojos se veían blancuzcos desde esa distancia, y echaba espuma por la boca. No gritaba ni lo intentaba. Era como si miles de rayos de una tormenta lo atravesaran constantemente. Las raíces lo recubrieron casi en su totalidad, y el colchón se hundió dos palmos. Ahora era toda una masa pétrea, oscura, rígida y perturbadora.

Pero para cuando ella quiso darse la vuelta para verlo mejor, sucedió algo más.

El jarrón estaba tirado en el suelo, hecho añicos. No había visto cómo se había caído, pero sí

vio cómo se abrió un orificio en el fondo del cuenco. El agua brillante y clara se estaba escapando como si fuera un desagüe y después algo crepitaba allá dentro. Un sonido como si bulleran miles de cucarachas en el espacio estrecho de lo que podría ser una tubería.

Ella abrió los ojos con expectación, y aunque no escuchaba nada, sabía que allí dentro había toda una suerte de ruidos, porque retumbaban en su cabeza. Eran ruidos extraños. Que solo retumban en su cabeza, y ahora podía escuchar la vaga respiración de lo que quedaba de Percy a sus espaldas. Eso también retumbaba dentro de su cabeza.

Entonces, de pronto, asomaron lo que al principio parecían unas raíces oscuras por el agujero del cuenco, pero su elasticidad le delató. Era cabello mojado, de un color negro azabache. Mary Gowdin pensó en las largas patas de una araña gigante. Eso le extrañó, porque en las pesadillas no se piensa, solo se sigue el camino por donde las locuras te dejan viajar o te arrastran.

A la vez que miraba con más incertidumbre, más cabello salía de aquel hediondo agujero. Esa era otra de las cosas que le extrañaron. En las pesadillas no existen los olores. Sin embargo, ella olía a putrefacto. Otro motivo más por el que la llevó a pensar que lo que sucedió fue real.

Mientras sus ojos brillaban como dos lunas en la penumbra y se apartaba del cuenco retrocediendo sobre sus torpes pies, el cabello iba creciendo en forma de cuerdas empapadas y se retorcían como las tripas de un monstruo. Como aquellas jodidas raíces que tenían atrapado a su amado. Pero en esta ocasión se retorcían y deslavazaban^[3] con mucha más facilidad. Subían hacia el techo como si alguien tirara de aquellos pelos de larga melena.

Sus manos estaban ahora junto a su cara helada. Su rostro se veía pálido en el espejo, el cual ya estaba atrapado por ese cabello en forma de cuerdas pegajosas. Como si fueran tentáculos de pelo. Algas de un mar zozobrado.

Y entonces todo se precipitó.

Como si fueran dagas, aquel cabello retorcido se lanzó hacia ella. Se enredó en su cuello como la soga de un ahorcado y tiró de ella hacia el cuenco. Por extraño que pareciese, el cuenco no se movía del sitio. Ni tampoco el debilucho mueble de cuatro patas arqueadas. Ella cogió aquellos dos tentáculos helados. Estaban pegajosos, y el hedor era insoportable. Salieron más cabellos como cohetes del cuenco, proyectándose hacia el rostro de ella como una lluvia de serpentinas oscuras.

Ella se zafó en el suelo, pero la fuerza de aquel cabello extendido, y rodeando ya casi toda su cara, era descomunal. No podía ofrecer resistencia. Sus talones resbalaban sobre un suelo húmedo y lleno de cabellos enredados que se movían como grandes gusanos. Aquello, que iba creciendo, la arrastró hasta el mismo cuenco y dobló la cabeza de Mary obligándola a meter literalmente la cabeza dentro del cuenco.

Sus manos se quedaron atrapadas por esa especie de alga, cabello, pies de araña, o lo que fuera. A veces parecían cuerdas podridas. No podía gritar. Su cara estaba ahora completamente recubierta de aquella masa, que parecía tener respiración propia. Quiso gritar. Quiso gritar, y fue cuando sus ojos se abrieron como platos, y vio que estaba tirada en el suelo.

Miró hacia la cama, y Percy estaba durmiendo plácidamente de costado. Ella tenía el cepillo enganchado en su cabello. No había nada. El jarrón estaba en su sitio. El espejo brillaba.

Y ella sintió un fuerte dolor en la barriga.

Se llevó la mano hacia la zona del bajo vientre.

El dolor desapareció.

Respiró con ansiedad y volvió el dolor.

Tenía náuseas.

A través del río Rhin hasta el puerto holandés de Marsluys, llegando a Gravesend Kent —el 13 de septiembre de 1814—, y Mary Godwin sin soltar una palabra. Estaba un tanto triste por el regreso, y eso se hacía notar. Percy le escribió una poesía y se la leyó en voz alta, frente a Claire. Mary esbozó una ligera sonrisa de compromiso y Claire estiró la boca de oreja a oreja.

—¡Deberías estar contenta, Mary! ¡Es una poesía encantadora! —exclamó Claire, aunque, en realidad, tampoco estaba muy feliz con el regreso a Inglaterra.

Mary tenía dos razones para no estar sonriendo todo el rato: el regreso, y las pesadillas o el espanto de la muerte. Sí, llegó a pensar que aquello era la muerte, que la estaba rodeando antes de llevársela, a ella misma o a Percy.

—Sí, me ha gustado —gesticuló Mary apenas sin mover los labios. Sus ojos —lejos de estar brillando— se lo agradecieron a Percy, pero este vio oscuridad en ellos.

—¿No te gusta regresar a casa, verdad? —inquirió Percy, mientras estaba repantigado en una silla alrededor de una mesa, en la cual estaban tomando té.

Ella suspiró con un silbido casi inaudible, pero que indicaba que estaba algo resfriada.

—Ya sabes que no. Hagamos todo lo posible para quedarnos aquí, en Europa —dijo con una voz melosa, mientras su mano se posó en la rodilla de Percy.

Los ojos de Claire —que asomaban por el borde de la taza— se movieron como una cámara buscando las reacciones de los dos rostros. Estaba sorbiendo té. En realidad parecía que estaba sorbiendo mocos.

—Sabes que no podemos. El dinero se ha agotado y los ingresos por nuestros escritos son nulos. No encontramos editorial, y es muy difícil publicar en otro idioma que no sea el nuestro. Tenemos que regresar, Mary. Sabes que te amo y que haría cualquier cosa por ti, pero no puedo. No ahora. —Los ojos de Percy tenían una mirada profunda, y ahora esa sonrisa burlona que siempre le había caracterizado, se había borrado de su rostro. Al soltar toda aquella perorata se había quedado fascinado por ello.

Su mano estrechó la de Mary sobre su rodilla.

—Lo entiendo, Percy. —Se resignó ella.

Pero lo que más la ofuscaba, y preocupaba a la vez, eran aquellas jodidas pesadillas en las que los cuerpos se convulsionaban, se desmembraban, y después se cosían con un recio hilo negro. Y aquel cabello largo con una red que la había atrapado, aunque justo cuando iba a chillar había desaparecido. Todo aquello era lo que más le preocupaba. Y eso lo dejó bien claro en su segundo diario. El mismo que Percy estaba deseando leer y no podía. El mismo en el que Claire leyó la palabra «Monstruo».

—Cuando regresemos a casa, encontraremos nuestro futuro —dijo Claire, por decir algo. Por romper el hielo. Por soltar alguna necesidad.

Sin embargo, se estaba equivocando.

El regreso al hogar no fue todo lo acertado que debiera. Su padre, William Godwin, no la recibió y tampoco la ayudó económicamente. Mary Jane había arrugado sus labios, y con los dientes apretados les había cerrado la puerta delante de sus narices. El sol seguía brillando en el cielo, y el calor —lejos de disiparse— parecía que iba en aumento.

—No quiero saber nada de ti —había dicho William, antes de que la puerta cercenara toda imagen del rostro. Su mirada profunda y su semblante serio lo decían todo. No había pronunciado la palabra clave: hija.

—Tú te lo has buscado —había respondido ella, con su rostro arrugado por el enfado—. Ahora entiendo por qué mamá no te ha querido nunca.

En el otro lado de la puerta, ya cerrada, se escuchó un improperio y un par de golpecitos. Mary había estirado sus labios en una sonrisa malévolamente. Vestía ropa cara y brillante, pero no tenía para comer ese día. Ni ella ni Percy ni Claire, a quien su madre también la rechazó.

—¡Púdrete con tu hijo! —había gritado Claire, sin esconder su gran enfado. Su puño se había convertido en un mazo blanco, de lo fuerte que apretó sus dedos. Una uña se le clavó en la palma de la mano haciéndole una herida de medialuna, de la cual brotó una primera y única gota de sangre.

—No está bien lo que ha hecho tu padre, Mary —explicó Percy, con cara de angustiado.

—Tampoco el que tú le hubieras retirado toda la ayuda financiera antes —acució Mary, pero se arrepintió de ello segundos más tarde—. Perdona, no quería decir eso. Es que no me encuentro muy bien.

Su mano, o mejor dicho, el dorso de esta, acarició su frente sudorosa, y sintió una nueva oleada de náuseas.

—Buscaremos ayuda en los Somers Town.

—¿Los Somers?

—Sí, ¿alguna discrepancia? Se trata de una ciudad, no de una familia.

—No. Ninguna, pero quisiera vivir sola contigo, cuanto antes mejor.

—Oh, sí. Yo también lo deseo más que nadie. Nuestra economía se fortalecerá y viviremos una vida juntos —dijo Percy, ahora sonriendo como lo sabía hacer.

Claire los miró de reojo.

Pero Percy se equivocó de nuevo en sus pronósticos, aunque la casa que tenía en Somers Town sí les diera un hogar.

Semanas más tarde se mudaron a Nelson Square, pero las deudas se hicieron con ellos. Sin embargo, fue una época de lectura y escritura intensa para Mary y Percy, y conocieron a buenos escritores que les ayudarían. Los dos más destacados fueron: Thomas Jefferson Hogg y Thomas Love Peacock.

A Mary Godwin le caía bastante bien el biógrafo Hogg e incluso llegó a tener un descuido con él. Sin embargo, antes de eso, ocurrieron muchas cosas.

A finales de 1814 —y con el frío ya instalado sobre el hombro— la ex mujer de Percy, Harriet Shelley, dio a luz a su hijo, y como no podía ser de otra manera, Percy se volcó en él. Mientras tanto, la nieve avanzaba en sus primeras apariciones tímidas, y Mary tuvo que resignarse a aceptar la felicidad que Percy mostraba en esos días. Se sintió humillada y destrozada por dentro, y las pesadillas no habían desaparecido. Además, tenía que aguantar los constantes coqueteos con Claire Clairmont.

Es por ello por lo que Mary se consolaba con las visitas frecuentes de Hogg. Y aunque no era su tipo, llegó a flirtear con él en una ocasión antes de dar a luz. A menudo —enferma, y siempre escribiendo aquellas obscenidades en su segundo diario— encontró algo de sosiego en el biógrafo.

—Mary, mi ex, Harriet, ha tenido un varón, y quiere que esté a su lado en estos momentos. La verdad es que me encuentro muy feliz por este acontecimiento, y me gustaría estar al lado de mi hijo —explicó Percy, arrodillándose delante de Mary, que estaba sentada en una silla con la mano sobre su abultada barriga.

—Entiendo tu alegría —mintió Mary, al tiempo que le cogía la mano y se la llevaba sobre su vientre—. Al fin y al cabo es tu hijo, y lo engendraste antes de conocerme a mí.

—Me encanta oír eso de ti, Mary. Siempre tan comprensible y tan cariñosa conmigo. Dime, ¿sigues tan enamorada de mí como al principio?

Mary frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices?

—Nuestras vidas han sufrido un cambio y estamos pasando momentos difíciles.

Mary no se asombró de ello.

—Todo esto no influye para que te siga amando como el primer día. Además, pronto vamos a tener nuestro primer hijo en común y serás más feliz todavía. No creo que regreses con Harriet. — Una sonrisa burlona apareció en los labios de Mary, y tras mucho tiempo, se sintió liberada de sus propios monstruos.

—Gracias, Mary —dijo Percy besándole el dorso de la mano mientras seguía de rodillas delante de ella. Sus ojos brillaron como los de Mary.

El frío obligó a Mary a taparse con una manta y tuvo que retirar la mano babeada por el dorso. Percy se levantó y moviendo la mano se despidió de ella.

Y no era el único motivo por el que salía de casa, también tenía que salir por periodos cortos de tiempo para evitar a los acreedores. Claire era quien daba la cara, pero siempre respondía lo mismo.

—El señor Percy está de viaje.
Y Mary Gowdin siguió escribiendo en su segundo diario.
Porque no había terminado todavía.

—Percy está fuera todo el tiempo. Si tuviera que escribir su biografía, solo lo haría con un párrafo. Percy Shelley estaba la mayor parte del tiempo fuera de casa, sin ver la evolución del hijo que llevaba dentro su amada Mary Godwin. —Hogg hablaba con voz trémula, y a la vista estaba que sus ojos estaban sombríos. Pero de algún modo, llenos de felicidad, como si supiera que algo bonito podría ocurrir entre ellos.

Mary lo miró con sus rasgados ojos de forma profunda, y en sus sienes empezó a latir el corazón. Despacio, pero lo sentía retumbar como un tambor lejano, ahogado por la distancia.

—Es usted muy perspicaz —dijo Mary, mientras se mecía en una mecedora. Las ventanas estaban cerradas y las llamas de las velas no se movían ni danzaban como antes. Ahora el frío se agolpaba detrás de los cristales, como una banda de perros que desean entrar a por su presa. Una especie de niebla se apoderaba ahora de esos perros monstruosos, y dibujaba un cuadro opaco en el cristal. El viento aullaba en los aleros del edificio y se podían escuchar los llantos dentro de la habitación. Parecía un bebé llorando, recién parido.

—No solo eso, sino que he notado que usted tiene algunas dudas acerca de lo que está escribiendo. Lo sé porque está dubitativa la mayor parte del tiempo con ese otro diario.—Hogg señaló un diario con tapa marrón gruesa, en la que se podían descifrar sus yemas en la misma. En el medio de las páginas escritas, había un tirajo^[4] negro de tela que cruzaba toda la página que estaba marcada.

—Eso es porque es una historia un poco compleja. No es una biografía —sonrió Mary—. Me gusta su actitud y su presencia en casa. Al menos, no estoy sola...

—¿Y Claire? —Le interrumpió Hogg sin intención alguna.

—¡Ah! Ella está en sus cosas —mintió Mary de nuevo. Sabía que su gran amor, Percy, estaba buscándola con los ojos y algo más. Sus manos habían tocado ya aquel trasero curvo y casi perfecto.

Ella lo sabía.

—Seguro —dijo Hogg, con una vaga sonrisa en sus labios. Un ojo bizqueó y quiso decir algo con ello. Él conocía los flirteos de Percy. Lo había conocido antes de tiempo, y eso fue lo que le empujó a acercarse más a Mary Godwin.

Mary asintió con la cabeza como si le hubiera contestado a algo. No había a qué.

—¿Sabe? Al principio usted me caía mal, pero ahora tengo ganas de conocerlo mejor —se sinceró Mary, buscándole el rostro con su mirada profunda.

Hogg se quedó helado.

Y Mary recordó las palabras de Percy el día anterior: no me importaría si sois amantes tú y Hogg.

También ella se había quedado helada en ese momento.

El frío invierno se abrió paso como un buque en medio del mar gélido, avanzando lenta y oficiosamente, hasta calar en los huesos, y como Percy no tenía ya la fortuna de antes, ya ni se podían permitir el lujo de encender la chimenea. Que aunque la tenían, estaba impoluta de cenizas.

Los copos de nieve ya se asomaban por la ventana, estrellándose contra el cristal, hasta hacer aparecer extrañas formas que se amontonaban en pequeñas montañas blancas y resplandecientes, como si fuera sal. Dicen que de un grano se puede hacer una montaña, y eso mismo escribió Mary Godwin en su diario. El de todos los días. Ya hacía semanas que no soñaba. Ni siquiera eso. No soñaba, que no era lo mismo que tener pesadillas. De modo que, el segundo diario permaneció un tiempo en el cajón a buen resguardo.

Un día, cuando la nieve alcanzaba casi medio metro, y esperaba detrás de la puerta, como un perro totalmente blanco —con su boca abierta y babeando—, Hogg trajo algo especial para Mary, quien tosía de forma constante desde la mecedora. La manta era ahora doble, y apenas se podía ver su frente y su cabello.

El halo de su aliento, al hablar, ascendía por el aire como una nube de vapor que se quedaba tiesa al momento, como si se hubiera convertido en una placa de hielo. Sin embargo, siempre se las apañaba para convertirse en una pequeña niebla que se difuminaba en la altura del techo, donde ni las arañas estaban presentes con sus ojillos insignificantes.

Evidentemente, sus piernas estaban en buen refugio, y no tocaban el suelo. La mecedora parecía haberse quedado anclada esa mañana en la que Percy se despidió con un beso, corto pero suave. Con un «hasta después». Y ese después fueron tres días.

Hogg se había traído leña, yesca y dos trozos de pedernal^[5]. Hasta ese momento, Mary Godwin había visto hacer fuego a sus criados y nunca se preocupó más allá de que el fuego prendiera en la cocina de leña. Pero en estos momentos, le estaba prestando más atención que a sus lecturas.

Hogg se lo montó todo en menos de cinco minutos, todo sonriente y muy hablador esa mañana.

—He creído oportuno que te calentaras un poquito en este gélido invierno. No estás en condiciones para estar todo el día en la mecedora. —Se frotaba las manos delante de las llamas de la chimenea y su piel se transformaba en una especie de mandarina por el tono que se podía advertir en ellas.

—Eres muy bueno, Hogg —dijo Mary, casi como en un susurro. La nieve seguía golpeando el cristal de las ventanas, pero el ruido estaba por debajo del crepitar de la leña—. ¿Puedes ayudarme a acercarme al fuego?

Hogg se rompía el culo, literalmente, por ir hacia donde sus manos estaban extendidas. Su pálida piel denotaba que estaba helada. Cuando una de sus manos se cerró en las suyas, lo confirmó. Estaba helada.

—Mary, estás helada. —Con la otra mano le tocó la frente y sintió un calor repentino que contrastaba con las manos—. Creo que tienes fiebre.

Mary asintió con la cabeza con lo que mejor sabía hacer: dedicar una suave sonrisa.

—Parece que sí. Llevo días postrada en esta mecedora. Percy sale asiduamente, y de forma constante tocan la puerta. Deben ser los acreedores, pero yo no tengo fuerzas para levantarme. He

dormido en esta mecedora los tres últimos días.

—¿Cuándo se fue Percy? —Ahora Hogg la estaba ayudando a levantarse con mucho cuidado. Las dos mantas cayeron al suelo con un ruido sordo, inaudible.

—Esta mañana. Antes de que saliera el sol.

—Hoy no ha salido el sol, Mary —explicó Hogg, mientras se ponía el brazo de ella alrededor de su cuello, como si fuera una serpiente—. No hagas mucho esfuerzo. Solo el justo para mantenerte en pie.

Mary le hizo caso y le rodeó con ambos brazos el cuello, hasta tal punto que sus pómulos se rozaron por un momento. Ella estaba débil. Bastante débil.

—Es verdad. Está nevando —dijo Mary, observando la ventana. Ella pensó que aquel día había salido el sol, como de costumbre, pero la fiebre se había encargado de decirle al cerebro que el verano no había pasado todavía. Es por ello por lo que creía que el sudor de su frente se debía al calor del sol que penetraba por las ventanas.

Hogg deseó besarla, pero en lugar de eso, la ayudó a caminar hasta el fuego que se alzaba como gigantescas velas que habían prendido fuego a las cortinas y las mantas. El calor que sentía a cada nuevo paso la reconfortaba, y su sonrisa era más abierta, mientras que sus ojos seguían lagrimosos por el resfriado que tenía. Mary tosió un par de veces y se llevó el puño a la boca para ahogar el tercero. No había sangre en su puño, ni tampoco baba.

Eso estaba bien.

—Quédate aquí quieta. Voy a por la mecedora y las mantas —acució Hogg, mientras observaba que realmente se podía mantener en pie. Con grandes zancadas, que resonaron por todo el salón —sin más muebles que la mecedora, una mesilla y un candelabro con las velas a medio terminar—, Hogg agarró y arrastró la mecedora hasta el borde de la chimenea en un traqueteo confuso.

Mary lo observó inquieta y se sintió aliviada por momentos.

—Gracias, Hogg. Estás haciendo mucho por mí —dijo.

—Algo que Percy no parece estar haciendo —rezongó Hogg, mientras la ayudaba a sentarse en la mecedora.

—Percy es como es. Son tiempos difíciles.

—Sí, lo sé —refunfuñó él. Mary apenas tomaba en cuenta estas críticas de Hogg.

—Se está muy bien con este calor. Lo extrañaba a estas alturas —explicó Mary, ya tumbada en la mecedora. En realidad estaba repantigada. Así se sentía mucho más cómoda.

—Te prepararé algo de té —se ofreció Hogg con su simpática sonrisa dibujada en su cara. Tenía los ojos saltones, pero eso no le importaba a Mary. Era rubio, pero tenía una nariz aguilucha. Sus labios eran dos tiras secas de color rojo que le daban un aire cínico a su rostro—. Te ayudará a entrar en calor y, en parte, a superar ese catarro que tienes...

—Resfriado —le cortó Mary con su suave voz melosa.

Él se rió un instante, y sus ojos parecían salirse de las cuencas. Era como un pez besugo.

—Bueno, no soy médico, pero el caso es que estás enferma y he venido a cuidarte a ti y a lo que llevas dentro.—Señaló su abultada barriga—. Él no tiene la culpa de todo esto —acentuó, refiriéndose al bebé.

—Tienes toda la razón, Hogg. Me caes bastante bien. Eres un buen amigo —contempló ella—. ¿Puedes ponerme las mantas sobre las piernas?

—¿Qué? —Hubo un corto espacio de súbito desliz y añadió—. ¡Oh! Lo siento. Claro, será un placer cuidar a mi dama preferida.

—Amiga —corrigió ella.

—Eso había querido decir. Amiga.

Entonces, cuando le puso las mantas sobre sus piernas, él se imaginó cómo serían bajo aquel vestido. Con un impulso libidinoso, la tapó hasta el cuello, y entonces sintió el tacto de sus pechos debajo del corsé. Algo era algo, y en un accidentado momento, ella acercó sus labios a los de él.

Y se produjo un beso, escueto, pero lleno de sentimientos.

Él quería seguir.

Mary Godwin Wollstonecraft creía en el amor libre

Pese a todo, amaba a Percy Shelley, y debido a ello no tuvo más que un flirteo con Hogg. Este se había comportado muy bien con ella y había sido comprensible, hasta el punto de admitir que ella solo había coqueteado —quizá por despecho a Percy— porque le dijo claramente «que bello no era, sino más bien al contrario». Pero Mary Gowdin sí le dejó bien claro que tenía un corazón muy grande, y que lo seguiría teniendo a su lado.

Hogg, como era evidente, no quería ser solo el amigo de Mary, pero los días iban pasando y las visitas iban a menos. El fuego se enfriaba, hasta que un día precipitado —el 22 de febrero de 1815—, Mary Godwin abrió las piernas y dio a luz a una niña dos meses antes de la fecha prevista, una niña prematura que no se esperaba que sobreviviese.

Y no se equivocó en ello.

Doce días más tarde —el 6 de marzo—, le escribió una carta a Hogg, que decía lo siguiente:

Mi querido Hogg.

Mi bebé está muerto, es decir, la niña que prematuramente nació ya no respira. Por favor, ven a verme en cuanto leas esta nota y tan pronto como puedas, deseo verte. Estaba perfectamente bien cuando me fui a dormir; me desperté en la noche para alimentarla y parecía estar «durmiendo» tan profundamente, que no quise despertarla. Pero para entonces ya había muerto. No me di cuenta de ello hasta la mañana siguiente. Por su apariencia, que no quiero ni recordar ahora, seguramente murió de convulsiones. Ven, eres una criatura tan buena que sé que me aportarás algo de luz. Percy tiene miedo de que el bebé haya sufrido esta repentina fiebre a causa de la leche de mis pechos. Por el momento, ya he dejado de ser madre.

Entonces, Mary Godwin Wollstonecraft sucumbió a la depresión en el invierno más duro de su vida.

Y empezó a verla correteando por el suelo de casa.

Gagueando^[6] y a cuatro patas la vio pasar por delante del hueco de la puerta. Ella estaba acostada en su cama. Sus ojos, hinchados y llorosos, habían estado así toda la última semana. El dolor lacerante en su bajo vientre todavía le perduraba y no parecía ser perecedero. No esbozó ninguna sonrisa. Percy, como de costumbre, se encontraba fuera del hogar. Ya habían pasado dos semanas desde que su mano rozara la fría piel de su bebé. Una cara lívida y los ojos fuertemente cerrados. Como si el dormir lo fuera todo. Como si no hubiera salido del útero. Pero estaba tan fría como el cristal de la ventana con la nieve amontonándose detrás de ella. Su corazón había dado un vuelco y ahora lo estaba dando también.

La tenía cerca.

La estaba viendo.

Salvo que esa niña de ojos azules era algo más grande. Tendría algunos meses. Y ella había parido hacia quince días. Pero era la cara de su niña.

Mary Godwin se llevó una mano a la boca. Tenía los labios amoratados y secos. Sin embargo, su frente estaba sudorosa. Tenía los pechos hinchados como globos por la leche materna, pues su sistema producía leche y más leche, y no había boca que alimentar. Unas feas venas como una telaraña azulada recubrieron la piel de sus pechos. Los pezones estaban ennegrecidos según ella, pero estaban oscuros. Quizá marrones.

No podía creerse lo que estaba viendo.

Y los monstruos regresaron a su vida de nuevo.

Se tocó la cara masajeándose para comprobar si estaba despierta o sencillamente era una pesadilla. No sentía los dedos. Su cara era un hormiguero y estaba entumecida. Se pellizcó y sintió dolor. Eso la delataba. Estaba despierta. Sentada en la cama, con los hombros apoyados en las frías barras metálicas de la cama. No podía ser. Hacía tanto tiempo que no escribía en su segundo diario, que le dio pavor pensar que tendría que volver a ese diario de nuevo.

Quiso llamarla, pero de su boca no salían más que silbidos, y nada más.

¿Cómo se llamaba?

No la recordaba.

¿Le habían puesto ya el nombre?

Tampoco lo recordaba.

Solo sabía que era su hija y que ahora estaba delante de ella después de que la enterraran en un ataúd de muy reducidas dimensiones. Después de que la abandonara en el cementerio y la nieve culminara su trabajo tapando la tumba.

La mecedora estaba vacía.

Pero ella estaba allí, con la baba entre sus labios y mostrando unos pequeños dientes en la parte superior de su boca.

¿Cuántos meses tendría esa niña?

Otra incógnita.

Entonces la niña sonrió y empezó a arrastrarse por el suelo y pasó lo inesperado.

Mary Gowdin abrió los ojos como si fueran platos, y ahora sí, ahora había salido un grito de su

boca, que no pudo ahogar con su mano.

A la niña se le había caído la cabeza y rodó hasta los pies de la cama.

Un golpe como un martillazo en un yunque resonó bajo el pecho de Mary Godwin Wollstonecraft.

Mary Gowdin había caído en una profunda depresión, que desde entonces veía a su hija por todas partes y siempre culminando con tan escabrosa escena. Los días pasaban y los copos de nieve dejaban paso a la luz del sol de la primavera, que por cierto, la dejaban indiferente, pero antes de esto, Mary tuvo su total apoyo: de Percy.

—Mary, tenemos que ser fuertes y mirar hacia adelante. Lo importante es que te tengo a ti todavía y eso nos permite intentarlo de nuevo. —Aquellas palabras resonaban en la cabeza de Mary como burbujas bajo el agua.

—Pero yo no estaba preparada para esto y además... —Se cayó de golpe, llevándose el puño a la boca y apretando con los dientes hasta casi hacerse sangre.

—¿Además qué? ¿Qué ibas a decir? —Los ojos de Percy estaban desencajados. Pocas veces la había visto tan triste, ni cuando sabía que estaba detrás de las faldas de Claire.

Claire, que parecía que no existía en casa, esta vez sí estaba presente en la conversación, y sus ojos —lejos de animarla— la sumían en la más profunda de las tristezas. Sus palabras eran peores.

—Yo no soportaría una pérdida así —explicó Claire, mientras sus ojos buscaban la cara de Percy.

¿Sabría ella el flirteo con Hogg? ¿Sabría lo de la carta? O peor aún: ¿sabría lo de las visiones de la niña? «*Monstruo*», había leído en cierta ocasión, pero no hubo una segunda ocasión. Claire se iba con Percy en las escapadas de los acreedores. Mary Godwin se resignaba y sabía qué iba a suceder con ellos dos.

—¿Has escuchado, Percy? Claire misma me da la razón —dijo una Mary consternada. Sus manos, lívidas, estaban agitando el aire como aspas de un molino. Casi nunca se expresaba de aquella manera. Ella era más fuerte. Ocultaba sus sentimientos.

Claire asintió con la cabeza y encontró la mirada cómplice de Percy. Casi esboza una sonrisa en un momento tan crítico.

—Sí, lo comprendo, es un dolor de madre muy intenso, pero lo es también el dolor del padre. —Hizo un alto para respirar profundamente, y añadió—: Lo intentaremos de nuevo, y esta vez no sucederá nada. —Percy estaba de pie al lado de la mecedora de Mary con el brazo extendido y sus dedos entrelazados con los de ella. Claire estaba al otro extremo. La mecedora no se movía. Allí, recostada, había una forma pálida y tétrica de una tal Mary Godwin sin esperanzas.

Asintió con la cabeza.

En la ventana, algo golpeó con tanta intensidad que pareció doblegarla. Hasta se escuchó un tintineo de cristales, pero el cristal estaba intacto cuando sus ojos lo miraron. Una ráfaga de aire había empujado la ventana, como si fuese el espíritu de la niña que quisiera entrar.

Aquello quedó así, y los días siguieron en fila india como aquellas hormigas que un día se llevaron trozos de los restos mortales de una cucaracha.

El tiempo pasó y Percy tuvo que dedicarse solo a Mary, haciéndole el amor como si no hubiera un mañana. Ella ya no cabalgaba sobre él, pero sus ojos recobraban cierta chispa. Cierta brillo. Hasta que las cosas cambiaron por completo en el matrimonio. A la llegada del verano de 1815

Mary se quedó embarazada de nuevo y además, la muerte de su abuelo —sir Bysshe Shelley— resolvieron la economía del poeta; la pareja decidió, tras todo esto, hacer unas vacaciones en Torquay, y más tarde Percy alquiló una casa de campo en Bishopsgate, al borde de Windsor Great Park. Claire fue con ellos tras volver, y a finales de año —el 24 de enero de 1816— Mary dio a luz a su segundo hijo, al cual sí pusieron nombre desde el primer día: William, como su padre, y al que apodaron «Willmouse».

Mary Godwin Wollstonecraft estaba tan llena que dejó de escribir en los dos diarios por algún tiempo, y además por dos razones: porque se encontraba llena y porque aquellas apariciones de su hija habían desaparecido.

Y las pesadillas.

Hasta que conocieron a lord Byron.

Fue en mayo de 1816. Con algo de dinero y una alegría ya habitual en ellos, decidieron pasar el verano con el recién conocido poeta lord Byron. Esta vez el viaje contemplaba más equipaje, y fueron los cuatro juntos: Mary, Percy, su hijo William, y por su supuesto Claire. Todos ellos viajaron a Ginebra, de donde era el poeta lord Byron (el cual había sido conocido por el reciente romance que había mantenido con Claire).

«El mundo era como un pañuelo», escribió Mary en su diario habitual. Las pesadillas recurrentes habían desaparecido y escribía de forma compulsiva relatos e historias de amor.

«Claire está embarazada y no sabe cómo ocultarlo», escribió también Mary en su diario, que era la única que lo sabía porque Claire se lo había confiado.

—Byron no lo sabe todavía, pero tengo un retraso en la menstruación —le había dicho Claire a Mary durante el viaje, en un momento en el que pudo susurrarle al oído. Los labios de Mary se estiraron como chicles y Claire brilló como el sol. En el fondo estaba contenta con ello, pero le suponía un gran problema. Había muchas incógnitas por resolver.

—Estás embarazada —le había respondido Mary mientras seguía sonriendo.

Percy enarcó una ceja mientras las observaba a ellas y apreciaba una gran complicidad con las risas. Sin embargo, no se enteró de nada.

—¿Qué estáis planeando? —preguntó Percy, mientras William tiraba de una manga de su camisa.

No le contestaron.

Y mientras tanto, el viaje continuó su curso.

En el diario, Mary había especulado sobre el sexo de la criatura que tenía Claire en la barriga y había barajado una serie de nombres. Describió cómo era un parto y tuvo la intención de enseñárselo a Claire para que lo leyera, pero no lo hizo.

El viaje culminó el 14 de mayo, casi una semana después del inicio, y tras pisar suelo en Ginebra Mary se hizo llamarse a sí misma «Sra. Shelley». Era la primera vez que se hacía llamar señora. Ahora era Mary Shelley.

El sol era copioso —pese a estar en el norte de Europa— y sus cuerpos chorreaban sudor. El viento era escaso en esos días, pero no lo fue así en los siguientes. Mary había descrito en su diario el lugar como un escenario húmedo y oscuro. Y esto lo explicaría más tarde.

Lord Byron se unió a ellos el 25 de mayo y no lo hizo solo. Con él, vino su joven médico y secretario llamado John William Polidori. Byron alquiló la Villa Diodati, cercana al lago de Ginebra, en Colonia. Sin embargo, Percy se instaló algo más tarde en un edificio llamado Maison Chapuis (nombre francés, dado que ese era el idioma que se hablaba en Ginebra).

El verano no había aterrizado todavía, pues faltaba casi un mes. Sin embargo, durante esa primera estancia, el clima fue mucho mejor que el del propio verano, ya que se vieron abocados a permanecer encerrados varios días en la Villa Diodati por culpa de una tremenda tormenta.

Pero hasta entonces todos pasaron el tiempo escribiendo con tal intensidad que parecía que se les iba la vida en ello, navegando en el lago y conversando hasta altas horas de la noche. Hasta

que la luna se apoderase del cielo oscuro y mezquino y sus rostros parecían calaveras sin ojos.

—Me fascina la teoría del filósofo Erasmus Darwin —dijo Percy.

—Y a mí. Eso da para un relato, no creo que para una poesía —objetó Byron, mientras sus brazos movían dos remos sobre el agua estática del lago. Estas producían olas que permitían impulsar la barca en la que estaban Mary, Percy y Byron.

—¿Por qué no crees que la idea de animar la materia muerta no es tema de una poesía? —Le preguntó Percy, realmente interesado.

—Eso es sencillamente monstruoso. No habría palabras para esculpir esa idea y transmitirla —explicó Byron, con los brazos cruzados sobre sus rodillas.

La barca avanzaba sobre la balsa de aceite, lenta y rigurosamente, por una fina línea. El sol era implacable esa mañana, y sus frentes estaban sudorosas. El cabello húmedo.

—Erasmus decía que había una posibilidad de devolverle la vida a un cadáver o a distintas partes del cuerpo empleando descargas eléctricas de un rayo —acució Mary Shelley, con la mano apoyada en su mentón. Sus labios carnosos brillaban rojos esa mañana y sus ojos despedían un brillo como el que reflejan los diamantes.

—Pues por eso mismo considero que es una aberración —se entrometió Byron, mientras movía la cabeza como si esta fuera de goma—. Yo no sería capaz de encontrar una sola palabra bella para describir tal grosería.

Mary le buscó con la mirada. Byron se llevó la mano a la boca y Percy movió de nuevo sus largos brazos. Sus manos estaban aferradas a los mangos de los remos. Mary Shelley quiso decir algo. Quiso decir tantas cosas, pero al final no dijo nada. Solo apretó los dientes y se resignó a revelar el contenido de sus pesadillas.

Todos los hombres son monstruos.

Recordaba aquella niña, su hija, a la cual se le caía la cabeza y rodaba por el suelo hasta sus pies. En esos momentos quería coger aguja e hilo y coserle la cabeza, como había visto en todas sus pesadillas. Como pelos recios que devolvían el movimiento a un ser desmembrado tras ser cosido. Algo que fluía entre el mundo de los sueños y la realidad de dolor.

Algo que no llegaba a comprender, pero que sufría de forma constante.

Su segundo diario estaba repleto de aberraciones y monstruos. Y ni siquiera ella misma llegó a imaginarse lo que ocurriría poco tiempo después —ya entrado en verano— en una noche en Villa Diodati.

El verano estaba sobre el acecho de ellos y rociaba sus rayos de sol sobre sus sudorosos rostros. Sin embargo, un día, cuando Byron invitó a cenar a Percy, Mary y Claire, las cosas se tornaron difíciles de explicar. Era como si el universo se hubiera puesto de acuerdo para que aquellos pobres desgraciados se quedaran atrapados en la Villa y buscaran algún sentido a todo aquel aguacero que los mantuvo tres días encerrados. El viento azotaba los cristales de las ventanas hasta doblégarlas y chillaba en las esquinas del ala Este y Oeste. El cielo, encapotado, mostraba unos ojos encolerizados entre las nubes como si el mismísimo Dios estuviera enfadado con ellos. El agua caía copiosamente y tenía el aspecto de un diluvio.

El lago se unió a la trampa mortal del agua que rodeaba la Villa como un río embravecido, y toda la Naturaleza se había visto doblégada por los relámpagos que iluminaban la Villa con una luz impropia de una noche ni de un día de sol. Sus rostros enjutos estaban pálidos bajo aquella intensa luz, y después movían los labios cuando el cielo se partía en dos en una explosión que hacía eco en alguna parte del cielo, las montañas, o sabe Dios dónde.

El monstruo estaba furioso, y debía tener el tamaño de una ciudad. El mar parecía haberse trasladado allí mismo, y el miedo reinó en cada uno de ellos, que veían o sentían cómo la Villa cedía por momentos, incapaz de soportar tanta agua.

Sin embargo resistió, y todos los que allí se quedaron atrapados hicieron lo que no se imaginarían nunca. Fue idea de Lord Byron. Siempre tan astuto como desconcertante.

Entre trueno y trueno, sus tímpanos se relajaban con los susurros de los libros que tenían entre sus manos. Aunque eran libros que relataba historias de fantasmas en Alemania. Todos estaban expectantes ante tal narrativa fluida y tenebrosa. Alrededor de la chimenea —que parecía un incendio intencionado— sus rostros enjutos brillaban como las propias velas de los candelabros de las habitaciones. La Villa Diodati disponía de más de diez habitaciones, a cuál más reconfortante y a la vez extraña en esa noche. La primera de esas noches ya estaba presente y corría como el agua, ya que estuvieron tres noches consecutivas experimentando la desesperación del diluvio.

—Tengo miedo —declaró Claire en tono bajo. Sus ojos la delataban.

Byron levantó la vista de su libro, apenas podía leer los garabatos a la luz de la chimenea. Aunque había más candelabros encendidos a sus espaldas, aquella luz le resultaba lúgubre. Entonces preguntó:

—¿De qué tienes miedo? ¿De la aterradora historia que está leyendo?

Ella meneó la cabeza en sentido de noes.

Percy levantó también la mirada de su lectura. Y pensó que no lo había tenido tanto cuando ella y él coqueteaban anteriormente, estando con Mary Shelley.

—No es el relato —dijo Percy.

Claire sonrió levemente. Sabía que la conocía bastante bien, pero no era momento de confesiones. No ahora.

—Es el temporal —acució ella, casi sin mirarle a la cara. Sus ojos estaban puestos en el rostro de Byron.

«Claro, es el embarazo», pensó decir Percy. Pero no lo hizo. De momento, Mary lo desconocía, (que es lo que él creía).

—No suele llover tanto de esta forma, y menos en esta época del año —explicó John, levantándose del sillón de forma quejumbrosa, como si fuera viejo. Era el médico, pero quizá era el que más se quejaba de los huesos.

—Bueno, alguna vez tendría que ser, ¿verdad? —declaró Byron abriendo sus brazos como si fuera a recibir a Dios.

Detrás de la ventana explotó un nuevo trueno que hizo que el cristal se rasgase como una fina telaraña. Mary Shelley —que había estado enfrascada en su lectura ajena a la conversación— levantó la mirada del libro. Su dedo índice se quedó fijo sobre un párrafo.

—Creo que la ventana se ha roto —dijo.

—Eso mismo he visto yo —replicó Byron, con una cínica sonrisa dibujada en sus labios. Sus ojos oscuros parecieron brillar bajo esa angustiada luz de los candelabros. Su pelo oscuro, recogido en una coleta y con un turbante de colores liado alrededor de su frente como si fuera un herido de guerra (manía de él), le convertían en el punto de mira, pero era el anfitrión más atractivo del mundo.

—Puede entrar agua por esa zona del cristal. Mejor será que lo taponemos —explicó Percy, mientras observaba las miradas de su esposa Mary y la de Byron, todo un poeta mujeriego, como

él.

Willmouse, el pequeño, estaba durmiendo a pata suelta en la habitación que iban a ocupar Mary y Percy. No había motivos para no dejarlo solo. Al fin y al cabo, los monstruos estaban dentro de la cabeza de ella, y los fantasmas en las páginas de aquellos libros.

Viendo que la velada resultaba un tanto aburrida, lord Byron desafió al aburrimiento.

—Al margen del cristal roto —dijo, y en ese mismo instante estalló un nuevo trueno que hizo vibrar lo que quedaba del cristal—, he tenido una excelente idea, para romper moldes. No, no voy a pedirlos que os leáis todas mis poesías. —Se rió con sarcasmo, y continuó—. Propongo escribir cada uno de nosotros un relato acorde con la situación de esta noche.

Percy levantó ambas manos, dejando caer el libro sobre sus rodillas. Sus ojos estaban muy abiertos.

John, que estaba ya al lado del cristal roto, dijo:

—Está rajada de un extremo a otro. Quizá esta sea una buena base para una historia: “El cristal que se rompió por un trueno”. —Sus ojos brillaban como los de un demonio que está frotándose las manos en la oscuridad antes de hacer de las suyas.

—¿Y no es posible escribir lo que cada uno de nosotros sabemos hacer? —preguntó Percy, todavía con las manos en alto. Tenía las palmas de sus manos orientadas hacia el techo. Hacia ese lugar donde todas formas extrañas cobran vida por la noche.

—Vosotros sois poetas. Yo escritora, pero John y Claire no podrán escribir nada —sugirió Mary, pero se estaba equivocando.

Una voz grave resonó tras ella.

—Creo recordar que ,además de médico, soy escritor —dijo Polidori.

—¡Ah! —Aquello sonó como un ruido, más que como una excusa. Mary se llevó la mano a la boca. ¿Cómo se le podría haber pasado una cosa así?

—Pero no se preocupe, señora Shelley, no es la primera vez que me dicen que solo soy médico. —Ahora John Polidori se estaba acercando hacia ella entre la penumbra, asomando como un fantasma detrás de las cortinas que, por cierto, estaban recogidas con un nudo cada una al lado de la ventana, como si fueran dos columnas.

—Disculpe John, no sé en qué estaría pensando —se disculpó Mary volviéndose hacia él. Sus ojos brillaban entre los reflejos de los candelabros.

Polidori levantó la mano en medio de las tinieblas.

—No se disculpe, señora. La entiendo.

—Pero Claire no sabe escribir, ¿verdad? —explicó con sarcasmo Percy, mirándola fijamente. Ahora que la había perdido, sentía una mezcla de odio y atracción hacia ella.

Claire le sacó la lengua.

Percy esbozó una sonrisa.

—Bueno, señores. Haya paz. Os lo voy a poner fácil —acució Byron, mientras se levantaba de su sillón y se acercaba más al fuego de la chimenea, dándole las espaldas a ellos—. Os propongo escribir una historia de terror. Algo que os dé terror esta noche, por ejemplo.

Mary Shelley vio cómo, por su calenturienta mente, aquella niña seguía gateando y se le caía la cabeza, rodando esta por el suelo hasta sus pies. Se le erizó la piel, y sus ojos se cerraron imperceptiblemente. Disimuló muy bien su miedo. Su Pesadilla. La cual no la iba a abandonar desde esa noche, en lo que quedaba de encierro.

No ahora.

—Me parece una buena idea —dijo Percy.

Polidori, a la altura de Mary, asintió con la cabeza mientras arrugaba sus labios en un acto instintivo. Claire miró a Byron, que ya se había dado la vuelta, y dijo:

—Creo que eso también lo puedo hacer yo.

Byron miró a Mary Shelley.

Ella asintió con la cabeza.

El sueño.

Aquello no era un sueño, sino *la pesadilla recurrente*; esta vez basada en la teoría del filósofo del siglo XVIII Erasmus Darwin, del cual había leído mucho en ese verano tan especial.

Mary Shelley sucumbió al terror que la acompañó desde niña.

Mientras tanto, fuera, el viento desgarrador lloraba en las esquinas de la Villa y en las ramas de los árboles que se agitaban como las alas de una mariposa.

Todos eran inquietos y seguramente demasiados jóvenes, pero con ganas de vivir, y ahora de superar el reto de escribir cada uno su propia historia de fantasmas. La única excepción era Claire, quien había leído algo pero no escrito nada hasta ahora. Mientras fuera el viento seguía aullando en las esquinas, y los cristales de las ventanas repicaban por el fuerte impacto de la lluvia, se escuchaba el resuello de la chimenea que crepitaba como un bosque ardiendo.

—Sobre la mesa tenéis bastantes plumas y tinteros —explicó Byron, señalando la mesa con un golpe de mirada. Su barbilla brilló en relieve en la mezquina luz amarillenta del fuego.

—Está bien. Yo iré a cogerlas —dijo Percy levantándose del sillón como si fuera empujado por un muelle incrustado en el culo. En la mesa había dos candelabros de seis brazos con sus respectivas velas. La cera formaba extrañas formas alrededor de los cirios, y curiosamente no había ni una gota sobre la mesa. La llama consumía lentamente la cera en cuyo centro de forma líquida había una mecha empalada como un árbol. Percy se apresuró a correr hacia la mesa que se hacía cada vez más y más grande. Y observó que había dos bandejas plateadas repletas de frutas frescas.

Polidori se miró las uñas de sus dedos regordetes y movió los labios. Quizá tenía miedo de mancharse de tinta. Quizá estaba ya pensando que de debajo de las uñas saldrían en cualquier momento unos afilados cuchillos. Como las uñas de un gato. Quizá escribiría algo semejante; un hombre que se convierte en un gatito que no ronronea, sino que gruñe.

Cuando Percy hubo extendido la mano sobre las plumas, un destello blanco intenso llenó el salón (preludio de una explosión en el cielo unos segundos más tarde), y pensó que aquellos fogonazos vendrían bien para dar luz en las oscuras noches. Y pensó en algo más, pero no lo tenía claro.

Su silueta pasó de ser una forma blanca, a otra oscura y fantasmagórica. Mary Shelley sonrió levemente, porque se imaginaba a un... estuvo dubitativa un momento. ¿Qué habría querido pensar?

El cristal tintineó de nuevo y esta vez se blandió hasta rasgarse del todo. El agua entraba por las rajadas del cristal. El marco de la ventana se humedeció así como las cortinas que tocaban el suelo. Un pequeño riachuelo caminó tambaleándose por el suelo de piedra, pero se detuvo.

Byron imaginó algo sobre el agua y la tormenta, aunque todavía no sabía que no sería así. Apoyado con el codo en el borde superior de la chimenea, enarcó las cejas. No hubo ninguna sonrisa.

—Hay suficientes plumas, ¿verdad, Señor Percy? —preguntó Byron confiado. Él sabía que había suficientes plumas, pero lo había preguntado para romper el hielo. La tormenta ya se encargaba de romper el cielo y las ventanas.

—Sí, Byron. Hay suficientes. —Percy tenía los dedos extendidos sobre ellas—. Lo que no estoy tan seguro, es si tendrán todos ustedes alguna idea para escribir algo realmente interesante —había acentuado esta última palabra con especial énfasis.

—Te recuerdo que no he dicho poesía, señor Percy, sino una historia sobre fantasmas, o mejor aún: una “historia sobrenatural” que dé miedo. —La mano de Byron estaba agarrando algo en el

aire hasta estrujarlo.

Percy no lo había visto.

—¿Acaso tienes dudas Byron?

Mary Shelley le miró de reojo con una leve sonrisa.

Claire estaba con las manos unidas, sentada en un sillón, y le temblaban las piernas. Impropio de ella.

Percy, en la distancia, cogió todas las plumas que había sobre la mesa.

—¿Y los tinteros? —preguntó.

—Al lado derecho de la mesa —respondió Byron señalándolos con su dedo índice, como si Percy estuviera pendiente de su dedo. O eso creía él.

—¡Ya los veo! —exclamó Percy, rodeando la mesa. Otro fogonazo blanco le iluminó y traspasó el cuerpo. La mesa se había visto por un segundo como una masa solida de hielo resplandeciente. Nunca le había prestado tanta atención a los relámpagos, pero esa noche le parecía algo especial. Quiso decir algo al respecto, pero no lo hizo. Había incluso empezado a mover los labios y se preparaba para darse la vuelta.

Claire se tapó los oídos ante el estruendo que pareció romper en dos la Villa Diodati. Pero, afortunadamente, el suelo no se abrió. Si acaso, la ventana, que repicaba ahora en el marco.

—¡Vaya! Al final se rompió del todo —rezongó Polidori, que había dejado de mirarse las uñas. Había vuelto la cabeza, y con un semblante serio contemplaba el movimiento de la ventana.

Percy soltó una pequeña risotada, mientras sus dedos rozaban los botes de tinta.

—Esto se pone emocionante. Es mejor que echar un buen polvo —dijo.

Claire abrió desmesuradamente los ojos.

¿Había dicho algo obsceno?

—Los modales, Percy. Guarda los modales. La voz de Byron era seria pero grave. Tenía el culo ardiendo por la proximidad al fuego. Se movió un poco hacia adelante.

Percy se rió de nuevo, mientras regresaba con las plumas y los tinteros. Tenía ambas manos ocupadas y no cabía un alfiler entre sus dedos.

—¿Qué sucede? Ellas gozan más que nosotros.

—Percy —ladró Mary Shelley, con una mirada de animal salvaje. Sus labios estaban apretados. Eso también era impropio de ella. Tan abierta de mente y ... ¿alegre? Bueno, ahora la vida la sonreía de nuevo.

Percy abrió sus brazos y siguió riéndose.

—¿Has traído los folios para escribir en ellos? ¿O debería decir un folio? —Polidori estaba cercano al sarcasmo.

Claire le miró fijamente con ojos bizcos.

—No los he visto —aseguró Percy, sin percatarse del sarcasmo.

—Están al otro lado de la mesa.

—¿Quieres dejar de tocarme las pelotas?

Mary Shelley se llevó la mano a la boca.

—Cuida bien ese lenguaje, cariño —dijo ella. Aunque en el fondo sabía que él era así y mucho peor. Pero debía mantener la compostura ante los invitados, bueno, los nuevos amigos.

—Sabes que hablo peor —respondió Percy, mientras empezó a repartir las plumas y los tinteros. Primero fue Mary, después Claire, a la cual le guiñó el ojo.

Polidori dejó escapar un bufido y después una carcajada.

—Esta noche es especial. Sí que lo es —afirmó, olvidándose de la ventana por un momento.

Sentados alrededor de la fogata en la Villa de Byron, el grupo empezó a mover sus dedos con las plumas atrapadas en ellos. Aunque no fue esa misma noche cuando gestaron sus historias sobrenaturales al completo, ni tampoco cuando amainó la intensa tormenta y el aguacero.

—Señores y señoras. Vayamos a descansar —anunció Byron, cuando el reloj de pared marcaba más allá de las dos de la mañana. De pronto, se elevó un murmullo que ahogaba el repiqueteo de las gotas de la lluvia.

Mary Shelley tenía unas cuantas notas apuntadas.

Nada importante.

La idea final vino después de la pesadilla.

Se despertó sudorosa a eso de la cuatro y media de la mañana. La lluvia golpeaba el cristal de la ventana como si fueran nudillos. Los ronquidos de Percy, que estaba de lado como de costumbre, resonaban más allá de la otra cama donde estaba Willmouse, durmiendo a todo lo que daba, desde las nueve de la noche. Sus ojos estaban tan cerrados que parecían estar arrugados por el dolor. Sus puños encogidos, y la baba resbalando por la comisura.

Mary Shelley se escuchaba los latidos del corazón en las sienes, y por primera vez tenía bien claro lo que iba a escribir respecto a esas dichosas pesadillas, que eran tan recurrentes desde pequeña. Decidió —entre jadeos, y no de placer— que la historia sería esa.

Lentamente se levantó de la cama, poniendo sus desnudos pies sobre la piedra del suelo, que estaba algo fresca. El temporal, lejos de enfriar el ambiente, sí había logrado rebajar algo la temperatura del suelo. Solo eso. Una cosa tan sutil.

El candelabro de tres brazos estaba con las velas encendidas. En las paredes se dibujaban toda una suerte de efectos extraños que parecían sombras y repliegues de monstruos, que se desplazaban incluso por el techo.

Se encaminó de puntillas hacia una mesa que había literalmente apoyada en una de las paredes, la de frente a la cama más concretamente, y con sigilo tiró de la silla elevándola con sus largos brazos.

El candelabro era ahora el foco que le permitía ver el folio y la tinta con mucha más claridad que en el salón. Cogió la pluma, la entintó, y sus dedos presionaron sobre el papel.

«He aquí que se me ha ocurrido una idea buena, o mejor dicho, he concebido una historia monstruosa. Perturbadora y espantosa. No sé si podrás seguir leyendo, pero anoche vi con los ojos bien cerrados, pero con una nítida imagen mental, al pálido estudiante de artes impías, el cual estaba de rodillas junto al objeto que había armado, o quizá debiera decir, completado. En ese momento vi también al horrible fantasma de un hombre extendido sobre una tabla y que luego, tras la obra o fuerza de algún motor poderoso y oculto, este cobraba vida, y se ponía de pie con un movimiento tenso y poco natural. Era como ver un espasmo detrás de otro en una persona enferma. Estaba vivo. Eso, después de ser creado a partir de trozos humanos y ver cómo se retorció de dolor, era realmente aberrante, pero así fue como sucedió el milagro».

Cuando Mary Shelley escribió este boceto, se asustó del contenido. De la probabilidad de que esto sucediera algún día. De repente, surgieron decenas de preguntas y el corazón le latía como un caballo desbocado. Llevándose la mano al pecho, se mordió los labios secos y sus ojos se cerraron.

Se había dado cuenta de que en ese momento, comenzó a escribir lo que asumió que sería una historia corta. Sin embargo, y adelantándonos a los acontecimientos, con la ayuda de Percy Shelley se amplió el relato hasta convertirlo en su primera novela, que no vería la luz hasta 1818. Y le pondría como título “*el Moderno Prometeo*” o “*Frankenstein*”. Su calenturienta mente obcecada jamás viviría el éxito a nivel universal que tendría dicha obra. Ahora no era consciente de ello, solo sabía que había podido canalizar todos sus miedos, que la atrapaban casi todas las noches y días, hasta el momento; con todas sus desgracias, que tampoco acabarían entonces.

Mary Shelley sintió que —por vez primera— dio un salto desde la infancia hacia la vida real. Mientras que la tormenta seguía su curso. Y seguía...

Willmouse estaba gateando en el salón y Mary Shelley vio en él el rostro de su hija que hacía lo mismo, y con una aterrada mirada se imaginaba que de un momento a otro se le caería la cabeza.

Claire Clairmont estaba en cuclillas y le mesaba el suave cabello de un bebé de cuatro meses. Willmouse se detenía y le miraba con una sonrisa babosa. Todavía no hablaba, pero sí emitía extraños ruidos ininteligibles.

—¿Te estás divirtiendo? —Le preguntó Claire, sabiendo que no obtendría más respuesta que un ruido. Ella tenía puesta una mano sobre su pequeña barriga. Sus ojos brillaban, pese a ser un día encapotado, oscuro y tenebroso. La tormenta aún no había amainado. Y la ventana seguía repicando en el marco. Bajo ella, el agua se estaba acumulando de forma alarmante.

Willmouse debió verla y quería ir gateando hacia el charco y hundir sus pequeñas manitas en el agua. No le asustaban los truenos. Se reía.

Mary Shelley estaba que no le cabía el pecho.

El resto de los invitados, y el anfitrión Byron, estaban desayunando. En la mesa había mucha fruta, y en la cocina tenía guardadas vejigas de cuero llenas de leche, en las cuales había mezclado arroz picado. Y aunque en el siglo XVIII los médicos no veían con buenos ojos la leche producida por un animal, Polidori tenía otra teoría totalmente contraria. «Era vital consumirla en el desayuno».

—¿Por qué no traes un poco de leche? —sugirió Polidori con una cómplice mirada. Byron lo miró de reojo y dijo:

—Porque tengo que levantarme de la mesa. ¡Oh! Estaba bromeando.

La silla se deslizó —o quizá se arrastró sobre el suelo de piedra— y chirrió como una condenada, no como los goznes de una puerta, sino como si el suelo se rajara.

Willmouse levantó la mirada sorprendido.

—Ha sido solo la silla, Will —dijo su madre.

Percy estaba mordisqueando una manzana. El crujir de esta se escuchó por todo el salón, incluso por encima del ruido de las llamas de la chimenea. La lluvia había amainado ligeramente, pero todavía sonaba como si alguien estuviera jugando con los nudillos sobre la superficie del cristal. Había dos ventanas. La que estaba más a la izquierda y la derecha, que permanecía rota y abierta. El agua entraba como si alguien echara cubos allí mismo.

Y sin embargo el frío estaba ausente y la chimenea devoraba casi todo el rastro de la humedad en el aire. El humo, enredándose en el aire, ascendía por el hueco de la chimenea en silencio.

Byron, que ya estaba de pie, engalanado, se dirigía hacia la cocina tomando el pasillo lúgubre y estrecho. Su sonrisa no dejaba de fluir en sus labios, y sus ojos escondían una malicia socarrona.

—La leche le vendrá fenomenal a Claire —dijo Polidori en voz alta, y guiñó un ojo que Byron no pudo ver.

Claire esbozó una leve sonrisa y disimuló tendiendo la mano hacia el frutero, agarrando un plátano.

Percy la miró de soslayo.

Al regresar Byron —con la vejiga^[7] llena de leche—, los comensales empezaron a aplaudir, como si de una fiesta se tratara. Era una cortesía. Nada más que eso.

Vertió el contenido en las copas y se sentó, no sin hacer el mismo ruido con la silla como antes.

—Bueno, hoy es un magnífico día —dijo Byron palmeando las manos.

Polidori señaló la ventana.

—Sigue la tormenta. No creo que sea un buen día. Es verano, y el sol debería estar apretando como un condenado y ¿qué tenemos? Unas nubes como monstruos en el cielo.

Mary Shelley se mostró algo inquieta cuando escuchó *monstruo*.

—Bueno, eso sí. Pero de todas formas, el día es bonito porque lo hemos visto amanecer — insistió Byron, mirando fijamente los abultados ojos de Polidori.

Este soltó algo parecido a un graznido.

—¿Y qué tal la noche? —preguntó Percy, para cambiar de tercio. Estaba sentado al lado de su esposa Mary. De frente a la chimenea.

Byron estaba en la parte más estrecha de la mesa, en el lado de la ventana, y Polidori —junto a Claire— estaba de espaldas a la chimenea. El calor les acariciaba la nuca, y era algo agradable de sentir en su piel en un día como ese.

—Para mí, ha sido muy fructífera. Conseguí crear el borrador de un relato estremecedor. De un hombre que se alimenta con sangre humana. Es inmortal, y su corazón no late. Por supuesto, tiene altas dosis de romanticismo. —Byron estaba que no cabía en su indumentaria. Al tiempo que hablaba, estaba masticando unos granos de uva.

—¿Cómo se supone que tiene altas dosis de romanticismo si está muerto? —preguntó Percy, jocosamente.

—Es ahí donde debo pulir mi relato. La existencia del deseo, la muerte y la seducción.

—Eso no da miedo.

—Sí. Sí que lo da.

Entre la conversación entró Claire.

—Yo creo que se muestra algo de respeto, porque está muerto o quizá es peor lo de que necesita para vivir sangre humana. Eso es aterrador.

Percy asintió con la cabeza mientras masticaba uvas. La baba se le salía por la comisura de los labios. Estaba comiendo con desesperación. Como si no hubiera un mañana.

Solo pudo mostrar sus mofletes hinchados, y nada más.

—Yo también estoy trabajando con algo que tiene que ver con la muerte y la vuelta de esta —explicó Mary Shelley, con las manos apoyadas en la superficie de la mesa. No estaba comiendo nada, al menos no, de momento.

—Es evidente —dijo Polidori—. Se trata de burlar a la muerte. Eso es lo que da verdadero terror. Mi idea se basa en un ectoplasma^[8]...

—¿Qué? —Le interrumpió Claire con voz aguda.

—Se trata del alma que vaga por nuestro mundo tras estirar la pata —explicó riéndose en última instancia por aquello de haber dicho «*estirar la pata*». Una definición muy europea.

—¡Ah! —graznó Claire.

—¿Y el título es ectoplasma, verdad? —La voz socarrona de Byron estremeció la atmosfera, que estaba densa y pegajosa. El aire seguía entrando por la ventana rota, pero era humedad. Una humedad pegajosa e ingente.

—¡No! ¿Y tu relato? ¿El muerto romántico? —Polidori había abierto la boca como si fuera una mueca desfigurada. Sus ojos parecían haberse inyectado en sangre en aquel mismo instante, pero no fue así, simplemente brillaron con un color rojizo.

Byron lo miró fijamente, y mientras masticaba todavía el racimo de uvas que tenía en la mano, dijo:

—El vampiro.

Hubo un corto pero ominoso tiempo de silencio.

Las gotas de lluvia empezaron a sonar más fuerte tras golpearse contra la ventana y el suelo. El aire olía a tierra húmeda. Era inspirador respirar aquello. Agradaba.

—Mi relato tiene dos títulos —intervino Mary rompiendo el hielo. Seguía sin comer nada.

—¿Dos títulos? Me interesa conocerlos —expresó Byron.

—Algo de Prometeo o Frankenstein.

—¡Me gusta la segunda opción! —Se apresuró a decir Byron, saltando de la silla como un niño —Fruank... —No sabía pronunciarlo.

—Frankenstein —repitió ella, con una sonrisa dibujada a lápiz sobre su rostro.

—Eso. —Los dedos de Byron chasquearon en un sonido seco.

—Me basé en la idea del filósofo Erasmus Darwin^[9], que decía que había conseguido dar vida a una materia muerta. Eso me inspiró, “reanimar a un difunto”. En realidad, Erasmus decía que podía reanimar distintas partes del cuerpo. Con esa idea en la mente, supe que lo que quería escribir era sobre un hombre formado por diferentes partes del cuerpo de otras personas. Y después reanimarlo. Sé que es muy difícil de digerir todo esto, pero al menos impone.

Todos se callaron por un espacio de veinte largos segundos. Tenían la boca abierta y habían dejado de masticar. Mientras, el viento se levantó en el ala Este de la Villa Diodati y lloró cerca de ella.

Tras el silencio, Byron se levantó de la silla y empezó a dar palmas efusivamente.

—Muy bueno. Sí. Eso es bastante bueno —dijo.

Mary, algo ruborizada, dijo:

—Todavía no he conseguido terminarlo y me falta encajar todas las piezas para que parezca algo creíble y aterrador a la vez. —La voz de Mary casi temblaba, y no dijo nada acerca de todas las pesadillas que tenía desde bien pequeña. Ahora comprendía por qué tenía esa jodidas pesadillas.

—Yo te ayudaré, cielo —dijo Percy, acercando sus labios a los de ella.

Por la tarde seguían todos sentados alrededor de la chimenea. Recursos no faltaban, pero la tormenta se extendía hasta la extenuación. El repiqueteo constante de las gotas de la lluvia, en cambio, conseguía relajar a los invitados y al propio anfitrión. Y mientras Willmouse disfrutaba correteando todo el salón a sus anchas, los adultos repasaban una y otra vez sus apuntes, y comentaban técnicas de escritura, prosa, poesía implícita y palabras elegantes, entre otras cosas.

Byron, el galán que estaba eternamente apoyado sobre la repisa de la chimenea con un codo, hablaba de su relato sin parar.

—*“El hombre, o lo que representara en ese momento, surgió de la niebla con su mano extendida. Al final de sus dedos, la víctima observó que tenía unas largas uñas. Casi perfectas para arañar cualquier tipo de piel y hacerla sangrar. Esa misma sangre que relamería entre sus colmillos, que asomaban casi por sus comisuras. Sus ojos, bellos, de un profundo color verde, brillaban en la oscuridad, y sus labios, rosados, eran la cumbre de la perfección del deseo libidinoso de un ser, tan atractivo como romántico”*. —Byron hizo un alto con los apuntes sujetos en una mano y añadió—. ¿Qué os ha parecido?

Polidori lo miró de reojo.

—Para ser poeta, y no emplear esas complejas frases, me parece acertado, pero siempre tengo un “pero”.

Percy rió por lo bajo.

—¿Y se puede saber cuál es ese “pero”? —Byron había cambiado su semblante a serio.

—Bueno. Todavía no explicas cómo absorbe la sangre a sus víctimas ni tampoco veo el romanticismo, de momento, por ningún lado.

Byron abrió más los ojos.

—El relato no está acabado, Polidori. A ver qué has escrito tú. —Su voz empezó a quebrarse.

Con voz socarrona, Polidori contestó:

—Bueno, solo tengo un borrador. Tratar sobre la muerte es difícil. Había pensado en un tipo que va por ahí con la cabeza decapitada cabalgando sobre su caballo. Lo que no sé es, por qué narices, debe hacer eso.

Lo que no había predicho es que una historia similar se escribiría en 1820 y que tendría gran repercusión. Y que él mismo la recordaría como anécdota más adelante.

—¿Ves? Todavía no tienes nada. —Polidori empezó a sonreír. Tenía la espalda ardiendo por la cercanía al fuego, que crepitaba como si no hubiera un fin.

Percy se rió de nuevo, sin que fuera un escándalo. Mary le dio un codazo en el costado para que no siguiera riéndose. Sus labios dejaron de estar estirados.

—Sí que tengo algo, lo que pasa es que de momento no he completado los trozos que tengo escritos —reaccionó Polidori, esta vez elevando la taza de té ardiendo. Una frágil columna de vapor o humo sobresalía del borde de la taza para extinguirse en el aire.

—Bueno, Polidori tiene razón. Todos estamos en esa misma situación. Tenemos las ideas, pero nos falta combinarlas. Leer es un placer y se hace rápido. Pero escribir es un trabajo tenso, placentero; sí, pero intenso. Y no se hace tan rápido. Debes cuidar la historia todas y cada una de

las palabras si quieres ser original, como es el caso de este reto. —Percy se quedó asombrado de la retórica que había acabado de soltar.

—Uhhmm. Te has explayado —acució Byron, sonriendo de nuevo. Claire le estaba observando todo el rato y sintió que le gustaba especialmente por esas cosas que él tenía. Esos modales, cambios, y que era realmente atractivo. Aunque sabía que era algo golfo. Bueno, bastante.

—¿Ves? Hasta Percy me da la razón —ladró Polidori señalándole—. ¡Mira que a veces eres perverso! A lo mejor escribo un relato que tenga como protagonista a un anfitrión perverso que mata todos sus invitados en medio de una encerrona, con tormenta incluida. —Y se echó a reír.

Byron enarcó las cejas y rápidamente buscó el rostro de Mary Shelley.

—¿Y qué nos puede decir de su relato la señora Shelley?

Ella levantó la vista de su texto.

—Creo que lo tengo todo explicado ya. Pero he avanzado un poco más con la inclusión de nuevos personajes. El creador de Frankenstein, por ejemplo. Un sabio loco o un médico que ve más allá de la cura, que es quien se hace cargo de los experimentos para crear tal criatura.

Byron esbozó una sonrisa, al tiempo que asentía con la cabeza.

—Parece interesante. Tu relato sí que da repelús. —Y se echó a reír mientras sus dedos se retorcían en el aire creando un ínfimo remolino.

Polidori observó los brillantes ojos de Byron, que aún deseaban a Mary aunque estuviera con Claire. Vio en ellos un deseo sexual.

—Igual yo escribo todo el relato basándome en tu idea —anunció Polidori rompiendo toda la paz. Era un hombre competitivo y a Byron le gustaba este tipo de perfil.

—Mi idea no es solo mía. Y aunque esté algo atascado en la moralidad del texto, lo cierto es que me he basado en las leyendas de los Balcanes. He viajado mucho por allí y he escuchado cosas terribles sobre el arquetipo del vampirismo.

Y lo cierto es que en aquel preciso momento, Byron no sabía que su relato se quedaría en solo unos fragmentos, por mucho que hablara de ello como un relato terminado. El relato «El vampiro» lo terminaría Polidori. Y evidentemente todavía no se sabía nada, porque ninguno de ellos tenía poderes de predicción.

Era una competición que al principio Byron iba a encargar solo a Polidori y a Percy. Aunque era más divertido colaborar con todos los que se quedaron atrapados en aquel verano boreal.

—Yo tendré esa historia terminada —insistió Polidori—. Voy a desechar lo escrito hasta ahora. Polidori torció el labio en una mueca.

Fuera, el viento se estrellaba contra la Villa, con tal violencia que parecían escucharse lamentos en las paredes. Y la ventana rota seguía estando abierta y cómo no: rota.

Willmouse jugaba con el agua, chapoteando con su pequeña mano.

El día transcurrió entre el sonido de la lluvia —casi tan intensa como la noche anterior— y los llantos de Willmouse cada vez que tenía hambre. Mary Shelley dejaba la pluma a un lado de la mesa y se levantaba a coger en brazos a su hijo, que estaba mudando el pelo negro por uno rubio. Entonces se sentaba en uno de los sillones al lado de la chimenea y le daba el pecho. Cada vez que se descubría el pecho, y el pezón era absorbido por la boca estrecha del bebé, los ojos de Byron se le escapaban de sus cuencas.

Claire, aunque estaba escribiendo muy concentrada, lo miraba de soslayo y fruncía el ceño. Estaba celosa. Entonces Byron carraspeaba y se ponía el puño en la boca. Su mano llevaba puesto casi todo el tiempo un guante de lana blanco.

—Bueno, parece que estoy avanzando con el relato —decía con una voz casi rasgada. Era como si se hubiera atragantado con un trozo de manzana. Pese a que no era la temporada alta de esta fruta, en su Villa no faltaba.

—Y yo, mi querido amigo Byron, y yo también estoy avanzando —dijo Polidori desde el otro extremo de la mesa. Las velas se inclinaban con la fuerza del aire que entraba por la ventana como si fuera una densa y pegajosa nube que avanzara a cámara lenta.

—Yo, por más que intento, solo me sale poesía —admitió un Percy que se sentía derrotado por momentos, pero añadió—: Creo que lo mejor será seguir con el relato de mi esposa. —Todavía no estaban casados, pero como Mary se presentó como la señora Shelley, él le siguió la corriente.

Byron desvió su atención en una carcajada que se vio amortiguada por el repentino apretón de la lluvia. Era como si el cielo se hubiera rajado en dos y hubiera caído el agua de golpe. Como si alguien hubiera vaciado un cubo de repente.

—¿Por qué narices no se ha podido arreglar esa jodida ventana? —preguntó Polidori, al escuchar el chaparrón tan intenso.

—¿Lo has intentado tú? —preguntó Byron, perdiendo todo interés en su relato.

—No.

—Pues eso mismo digo yo. La dejadez —acució Byron—. Hay veces en esta vida, que se dejan las cosas para el después, más tarde, más adelante...

—¡O un “nunca”! —exclamó Percy cortándole de cuajo. Sus ojos estaban entre el escrito de Mary y la figura de Byron (casi siempre apoyado en la chimenea).

—Si Willmouse no se queja, es que todo está bien —sonrió Mary mientras su hijo se agarraba al pecho casi hincándole sus pequeñas uñas.

Entonces, Mary tuvo una súbita visión que la dejó desconcertada, y a su vez, temblando.

Había visto caerse la cabeza a Willmouse hacia atrás y rebotar en el suelo hasta el fuego de la chimenea, donde se derritió como la cera de las velas, ardiendo esta como una antorcha.

Quiso chillar, pero para cuando llenaba sus pulmones de aire, vio de nuevo que Willmouse tenía la cabeza en su sitio y que tenía los ojos cerrados mientras succionaba del pezón.

Solo entonces se sintió momentáneamente aliviada, aunque le acechó la sombra del drama y la muerte una vez más.

«Me estoy volviendo loca», pensó. Y agachó la vista hacia el rostro de su hijo, manteniéndola

fija hasta que este terminó casi diez minutos después.

Esa noche, Percy le reveló de nuevo algo que no era nuevo en él.

Pero antes de eso —en la cena concurrida y alborotada con los murmullos—, tuvo una interesante conversación. Mientras, la tormenta se había convertido en un monstruo tropical en el norte de Europa.

—¿Cómo llevas el relato, Byron? —preguntó Polidori, masticando pavo asado y atrincherando otro pedazo en el tenedor. Sus gordezuelos dedos recubrían casi todo el mango del tenedor.

—Estoy algo atascado, pero creo que voy por el buen camino —confesó Byron mientras contemplaba el plato. Esa noche no parecía tener más apetito que el sexual.

—Me lo suponía. En cambio, “mi vampiro”, que así se titulará el relato, está avanzando muy bien. Estoy contento con el personaje. En algunos momentos es realmente atractivo, pero en otros es aterrador —sonrió Polidori.

Los ojos de Byron estuvieron a punto de desencajarse, pero se mantuvieron planos.

—¡Esa historia es mía!

—No tiene por qué ser la misma —replicó Polidori—. Me gustó la idea, más que la mía propia y me dije: ¿por qué no? Si puedo acabarlo en tres días. Porque tengo más inspiración en esta historia. —Se le escapó una mirada maliciosa, y sus labios se volvieron cínicos por un momento.

—Pues a mí me está sucediendo todo lo contrario. No me gustaba ninguna de las dos ideas que tenía y he desechado el propósito de escribir algo. Sin embargo, Mary me ha pedido que la ayude en su relato. —Señaló a su derecha y añadió—: Y la verdad es que me encanta. Creo que es la perfección dentro de lo sobrenatural. Bueno, en este caso, del horror y el drama. O quizá debiera hablar más de la vida y la muerte.

Todos se lo quedaron mirando con los ojos tan abiertos como los de un sapo asustado.

¿Estaba Percy delirando?

—Perdonadle. Es que la historia es muy entrañable. Tiene que ver con algunas pesadillas que tuve de pequeña...

—¡Eso me gusta! —le cortó Byron, casi dando un salto de la silla.

—¿Qué? —Percy se quedó anonadado ante tal declaración

—Nunca te lo dije, porque creo que desde que conocí la muerte de mi madre, me quedé marcada. Nada de interés. —Mary quiso quitar hierro al asunto.

Desde el techo, entre las vigas de madera, una rata como un gatazo, los observaba con sus ojillos rojos, en silencio, moviendo el bigote de forma incesante. Fuera, la lluvia azotaba la Villa Diodati, como un mar embravecido contra el casco de un buque.

—Bueno, si es eso solamente... —se conformó Percy, pero esta vez no sonreía. Aquella estúpida sonrisa, que siempre le delataba, ya no existía. Al menos no en ese momento.

Willmouse llamó la atención de todos con sus gagueos.

Antes de entrar en la habitación, Mary y Percy se abrazaron, y sus labios se acercaron hasta besarse y sentir el fluido en sus lenguas. Los pechos inflamados todavía de Mary estaban aplastándose en el pecho de Percy, quien la atraía con toda su fuerza. El miembro viril de él se infló como un globo, y ella se sintió húmeda. Comprobaron que la chispa entre ambos seguía intacta, como aquel día de verano de 1814. Ella le rodeó el cuello con sus finas manos. Fuera, el viento deseaba entrar en la Villa Diodati para abrazarles a los dos.

Entonces, cuando estallaba el éxtasis, él se separó de ella, empujándola levemente contra la pared que lindaba con el marco de la puerta abierta de su habitación. Willmouse ya estaba dormido en su cama.

—¿Qué te sucede? —preguntó Mary, abriendo más los ojos.

—¿Te gusta Byron?

Ella empezó a reírse, aunque suavemente, y con los labios retorciéndose como dos gusanos. Era algo que le había ocurrido con Hogg.

—¿A qué viene esa pregunta? —Ella lo miró a los ojos, y agarrándole del brazo le preguntó—: ¿Y a ti te gusta Claire?

Percy esbozó una sonrisa. Ya no era un secreto. Él lo sabía de antemano.

—Está esperando un hijo de Byron, y...

—¿Por eso no te gusta ahora? —Le interrumpió Mary, con cierto cinismo en su voz.

—Yo creo en el amor libre —respondió Percy, sujetándola ahora a ella por las manos—. ¿Quieres ser la amante de Byron? No te preocupes. Lo entenderé.

Había vuelto a pasar.

Mary Shelley cerró los ojos antes de entrar en la habitación, casi a tientas.

Un relámpago le iluminó el camino, y el trueno la despertó de una delicada situación.

Ella tenía pesadillas, pero no de este tipo.

Aunque era una mujer adelantada a su tiempo y de amor libre.

Mary Shelley se veía a sí misma escribiendo sobre el pupitre, como si estuviera en dos sitios a la vez: Una visión estaba sobre las letras en tinta, que iban formándose como pequeños hilos de líquido ennegrecido, como si fuera sangre cuajada o agua sucia; la otra visión era como estar colgada del techo como un murciélago, y desde ese ángulo más alejado veía algo que había sobre la cama.

Sabía lo que estaba escribiendo: era el relato de **Frankenstein**: Un ser enorme, compuesto por los miembros amputados de varios cadáveres, y que estaba ahora tendido sobre la cama. En su lugar no estaba Percy. Ni tampoco Willmouse en la otra cama.

Estaban ellos dos solos.

La piel de aquello era lívida. Pero, sin embargo, sus labios, anchos, y los dedos, gordezuelos, estaban purpúreos. Sus ojos cerrados también. Y había algo pegado a su cabeza. No eran cuerdas, sino cables eléctricos. Los mismos que había mostrado Erasmus en sus teorías. Ella se acordaba del nombre. Eléctricos. Cables conductores de los rayos. No cabía ninguna duda. Y tenía más de esos cables pegados en el pecho. Cada uno de los extremos atravesaba su piel hirsuta, y un fino hilo de sangre marcaba una telaraña en su cuerpo. Todavía le quedaba sangre.

Estos cables se alzaban hacia el techo y, finalmente, se quedaban suspendidos en una de las vigas del mismo. Allí arriba había una gran bola de no sabía de qué material estaba hecho. Aunque juraría que era del mismo material que el casco de un buque. De esa bola enorme, que parecía flotar en el aire, salía algo parecido a una rama; pero no. Era un cable mucho más grueso. Este iba deslizándose por el techo hasta salir al exterior por un agujero elaborado por las ratas.

Fuera, la tormenta eléctrica estaba en su apogeo. En cada relámpago podía contemplar aquel cuerpo desnudo, cosido y deforme, pero casi como un gigante.

Sus ojos (los de ella) seguían fijos, no obstante, en las letras que describían el método para reanimarlo. Erasmus —que era un importante inventor— no quería ser reconocido como tal, con el fin de no dañar su imagen como médico en el siglo XVIII, que por entonces todo eran prejuicios.

“Y el rayo alcanzó el extremo de la barra de metal, y recorrió todo el trayecto haciendo vibrar el cable, hasta que hizo convulsionar todo el cuerpo de aquel desgraciado sin vida. Víctor Frankenstein estaba que se mordía las uñas, después de haber tocado toda esa materia muerta”.

Esa era una parte del relato que escribía Mary Shelley, y al llegar a ese punto se detuvo. No sabía por qué. Se dio la vuelta en la silla y contempló el cuerpo desnudo y reconstruido de aquel horrible ser.

La habitación estaba casi en sombras, y estas se deslizaban como la niebla en una mañana de invierno, solo que la oscuridad no era densa ni pegajosa. Solo creaba un vacío y una incertidumbre.

Y entonces sucedió.

El relámpago cayó y se conectó directamente a la barra de metal de grandes dimensiones que había instalado en el ala Este de la Villa. El cable estaba conectado a esta barra. Por un instante, el metal se iluminó de un blanco intenso y empezó a ponerse rojo incandescente. El rayo, oscilando y crepitando, fue recorriendo todo el cable, la esfera y los demás cables que conectaban a aquel fiambre cosido.

El cabello de ella se erizó por arte de magia. Ahora las puntas de sus largos cabellos flotaban en el aire, y sintió una extraña sensación de hormigueo en todo el cuerpo. Pero era agradable. Mientras tanto, sus ojos veían cómo el rayo salía y entraba por el cable, como si fueran llamas —pero metálicas—, y estaban dentadas. El aire se embriagó de un olor acre, o algo parecido. No era a quemado.

Entonces, el cuerpo sin vida se convulsionó sobre la cama, viendo ella cómo el rayo se introducía en él y después salía por los dedos de los pies y de las manos. Así como de los ojos que, todavía, permanecían cerrados. Después, todo fue oscuridad. Hasta que una vela se encendió por arte de magia. En realidad, un candelabro. Y estaba junto a la cama. Sobre una mesita bastante estrecha, sin cajones.

Y, pasados unos minutos, allí no sucedió nada más. Salvo que ahora salía un ligero hilo de humo, de su boca y sus orejas, el cual se enredaba en el aire y se transformaba en nada. Ahora el aire olía a quemado, pero no de leña, sino de carne humana.

Entonces ella cogía la pluma de nuevo, y escribía lo siguiente:

“Percy tenía razón. Todo era un sueño. Erasmus estaba equivocado. Es un loco suelto que ejerce de médico. No ha sucedido nada. Bueno, sí. Se ha quemado. Y, ahora, toda la habitación huele a carne quemada. No es nada agradable respirar esto...”

Y Mary Shelley dejaba la pluma dejando una mancha de tinta en la última palabra, como si fuera una lágrima que hubiera caído sobre el papel. Se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta. Esta cedió ante su presión, y un chirrido le recordó que estaba en una Villa algo antigua. Entonces, sucedió algo.

Una mano pesada se posó sobre su hombro, sintiendo como si le tocara la nieve de una tormenta de invierno. Su corazón se volvió loco dentro de su pecho, y lo escuchó en sus sienes acompañado de un fuerte dolor. La respiración se había acelerado.

Por un instante pensó que le había alcanzado un rayo, pero ella había leído que eso era lo más parecido a un latigazo, por lo que producía dolor, no un frío intenso sobre su hombro desnudo. Ella estaba en camión. ¡Qué tontería! Pero era así.

Y escuchó algo.

—Es... to.. y... vi... vo.

Y ella se estremeció.

Entonces, cuando el olor a chumarrascado se incrementó por aquel aliento, se despertó de la pesadilla, toda empapada de sudor, con el pulso de su corazón como antes y su respiración agitada. Miró a su izquierda, y comprobó que Percy estaba roncando y más allá. En la otra cama Willmouse estaba inerte en un profundo sueño. Fuera los rayos iluminaban la tétrica y oscura noche de tormenta.

—¡Todo ha sido una pesadilla! —jadeó, casi susurrando.

Nadie la escuchó.

Y se levantó de la cama para escribir lo que había soñado, en aquel mismo pupitre del sueño

que estaba enfrente de la cama.

Había un personaje principal: Víctor Frankenstein.

—Leí sobre un caso de una mamá orca que tardó más de dos semanas en abandonar el inerte cuerpo muerto de su bebé. Durante todo ese tiempo no permitió que su cría se hundiera. Finalmente, un atardecer, varias orcas crearon un círculo alrededor de la cría muerta, y lloraron juntos en una ceremonia que se extendió durante dos horas. A aquella orca le costaba despedirse de su cría. El mundo animal tiene sentimientos, aún más arraigados, que nosotros los humanos desconocemos todavía —explicó Mary Shelley mientras tomaba un poco de té con cierta parsimonia.

Estaban todos alrededor de la chimenea, de la que Byron se había encargado de mantener viva durante toda la noche.

—Eso resulta muy interesante —acució Polidori mientras mordía una manzana. El calor de las llamas le habían cubierto las piernas de una sensación extrema. Se estaba quemando; por ello se apartó un poco más de la chimenea. El sillón traqueteó sobre el suelo de piedra—. Hace calor.

—¿Dónde aprendiste eso? —inquirió Percy, con cara de asombro—. Nunca me lo habías dicho antes.

Mary Shelley se encogió de hombros.

—Hay tantas cosas que no te he contado —dijo.

Byron estalló en una carcajada.

—¿A qué mujer conocéis que oculta algo a su esposo? —preguntó Byron, con el codo hincado en la repisa de la chimenea. Durante los casi interminables tres días que estuvieron encerrados, Byron había elegido la posición de posar frente al fotógrafo.

Aquello fue un comentario machista. Claire le guiñó un ojo para animarle a rectificar.

—Yo —respondió Mary, con el rostro iluminado por el destello del fuego.

—Bueno, siento el comentario. No debería haber dicho eso, ya que una mujer no es un objeto ni es menos que el hombre. Solo supuse que haría gracia. De hecho, el reto de escribir un relato va por todos nosotros. —Byron levantó una mano, como si estuviera brindando con una copa de aire y una rodaja de humo.

—No me he sentido ofendida —se retractó Mary. Su mirada era brillante, como dos piedras preciosas, y su belleza inusual, que le tenía loco.

Mary, me gustas mucho. Te deseo con aforo.

Pero Byron apartó la vista con la intención de no ser forzado a declararse a ella. El ruido de la taza de porcelana sobre el platito le hizo volver en sí. A la realidad.

Estúpido, está casada.

A él eso le daba igual. Era romántico y libre. Mary Shelley también lo era, pero no le ponía a prueba. Recordaba, cosas del destino, que Percy le había propuesto que tuviera un romance. Ella se negó. Su romance se llamaba Frankenstein.

—¿Quién ha terminado ya el relato? —Byron hizo un serio esfuerzo por desviar el hilo de la conversación.

Polidori levantó la mano. Un dedo índice dibujaba algo inexistente en el aire del salón. Parecía que estaba esperando a que un jodido rayo le entrase por el dedo y le saliese por el culo.

—Yo estoy casi al final —aseguró—. Al final me ha resultado una experiencia interesante.

—¿Qué título le has puesto? —Byron lo miró casi de soslayo, porque se esperaba algo similar a...

—El vampiro.

—¡Eso no vale! Esa historia, no precisamente con ese título, la estaba escribiendo yo...

—Hasta que te quedaste sin ideas —le cortó Polidori, con una sonrisa dibujada en sus labios. Era maquiavélico.

—Sí. No pude acabar la historia, pero tenía una idea.

—Una idea que te he tomado prestada —afirmó Polidori moviéndose del sillón. Estaba incómodo. De su garganta se escapó algo parecido a un graznido.

Willmouse estaba gateando ahora al lado de los sillones, frente al fuego, y sus ojos eran dos chispas de fuego. Su sonrisa mostraba una encía desnuda y rosada. Polidori pareció verle la punta de dos colmillos apareciendo ahí.

—Willmouse, ven aquí. —La mano de Mary botaba sobre su rodilla, cubierta por un vestido rojo.

Willmouse levantó la mirada. Parecía estar escuchando realmente. Se movió hacia ella.

—Yo tampoco he podido avanzar nada en mis ideas. Es por ello por lo que me he ofrecido a ayudar a mi esposa con su relato. Hay ciertos puntos de la estructura que deben ser revisados —explicó Percy, poniéndose la mano bajo su chaqueta. Sus dedos escucharon los latidos de su corazón, bajo la camisa. Estaba sudando.

—En realidad me está ayudando al proceso de corrección más que nada. La historia está intacta tal como la concebí...

—¿La tenías desde antes? —Byron era muy avisado, tanto en el amor como en las intenciones de las personas.

Mary se encogió de hombros una vez más.

—Sí. Estás en lo cierto. Ya conocía parte de la historia —explicó ella, y recordó al monstruo de aquella misma noche, poniéndole su mano helada sobre el hombro.

—Es un caso parecido al mío —dijo Byron. Hace ya algún tiempo escuché una historia similar a la que se me había ocurrido, la cual sucedió en los Balcanes...

—Lo sé. Lo dijiste ayer —le zanjó Polidori.

—Y una cosa te digo. Este relato no podrá salir de aquí, porque es mío —le alentó Byron.

Polidori lo miró de reojo mientras fruncía el ceño. Él sabía que lo iba a publicar más adelante. Quizá cuando terminara su relación con Byron. Y así fue.

Mary Shelley, adelantada en el futuro, no sabía sin embargo que publicaría tres ediciones de la obra Frankenstein: la original de 1817, la modificada de 1818 con la ayuda de Percy Shelley —aunque ya la había empezado ese verano—, y la reescrita en 1831 con una nueva introducción de Mary.

Willmouse estaba ya en los brazos de Mary, y el crío se lanzó directamente a sus pechos extendiendo sus pequeñas manos. Mary se desabrochó la blusa y se sacó un pecho lleno de estrías purpúreas. Byron se relamió los labios. En cambio, Polidori lo miró con desprecio a Byron.

—¿Quieres comer, pequeño Willmouse? —La sonrisa de Mary no cabía en su rostro mientras

su bebé le miraba con ojos inquietos y una boca babeante.

Era el día 18 de junio.

Estaban a unas horas de salir de aquella Villa tras despejarse la tormenta más larga del año boreal.

Durante el resto del día, además de escuchar el repiqueteo de las gotas de la lluvia y respirar la densa humedad que olía a tierra, pasearon sus plumas entintadas sobre aquellos papeles que pronto harían historia. Lo que en un principio fue una sugerencia, un reto, una idea, con el tiempo se convertiría en dos grandes razones de la literatura mundial.

Solo había que esperar en el tiempo.

Y eso ellos todavía no lo sabían.

Lo único que sabían es que la noche acechaba silenciosa una vez más, como una gran capa oscura que cubría toda la Villa.

Y que el misterio de las pesadillas no se había resuelto todavía.

Alentaba.

Sí. Una vez más. Aunque sería la última.

—Tengo ganas de hacerte el amor. Presiento que mañana el tiempo despejará —dijo Percy, recostado sobre la cama con el pecho desnudo.

Mary, que estaba cepillándose el cabello de espaldas a él, se dio la vuelta lentamente, y con la misma intensidad del aire dijo:

—Lo que acabas de decir es totalmente incoherente.

—Lo sé. No ando muy fino últimamente.

—La otra noche me dijiste que te daba igual si Byron y yo fuéramos amantes. ¿Sigues pensando igual? —Mary se había vuelto a dar la vuelta, con los ojos puestos a la pared de piedra maciza.

Los ojos de Percy parecieron botar desde las cuencas hasta la cama. Estaba desconcertado por una vez en su vida.

—¿A qué viene esto? No lo entiendo.

—Entiendes lo que quieres. ¿Tu libertinaje es una cosa muy común en tu seno?

Hubo un rato de silencio solo ahogado por la lluvia que resbalaba detrás del cristal de la ventana. La habitación estaba iluminada con dos candelabros. Y las formas amarillentas y anaranjadas dibujaban extraños seres encorvados en las paredes y el techo, donde las ratas vigilaban en silencio.

—Bueno, soy poeta y amante. ¿No pensarás que yo he hecho algo malo, verdad?

—No lo pienso, lo sé.

El silencio se hizo más largo.

Willmouse, como de costumbre, y porque había que decirlo otra vez, estaba durmiendo los siete sueños con el pulgar metido en la boca, de cara a la ventana.

—Sabes que no hay nadie más que tú. ¿Ahora eres celosa?

—No. Creo en el amor libre. Yo también tuve un intento de libertinaje con Hogg.

Ahora el silencio se hizo todavía más largo.

Aquello parecía un juego de críos.

—¡Vaya! Eso no me lo habías contado nunca —rezongó Percy. De haber vuelto la cabeza, Mary se lo habría encontrado con la cara más hinchada que la de un pez lobo.

—No hubo nada nunca. Créeme —mintió Mary, y sonrió a la vetusta pared por la que desfilaban toda una suerte de personajes desdibujados, como los de sus sueños.

Ahora, junto al viento de fuera —que parecía restregarse con las paredes— se escuchó un resoplido.

—No dudaba de ello —dijo. Entonces, se irguió hacia ella y el colchón se hundió. La envoltura del mismo era de Lino.

Mary dejó de cepillarse el cabello y dejó el cepillo sobre la mesita de roble en la cual reposaba uno de los candelabros. El golpe fue seco, y se pudo escuchar de forma contundente. Metió los pies bajo la sábana y cruzó sus brazos sobre sus pechos.

—No quisiera despertar a Willmouse —espetó ella.

—No haremos ningún ruido. Esta noche te deseo.

—Pues yo no me encuentro demasiado bien como para hacer algo. —No quiso decir la frase

mágica. De pronto se había sentido ruborizada, quizá sucia. Y pensó que, probablemente, estaría entrando en una fase de depresión posparto. Aunque también pensó que eso ya se habría manifestado antes, de haberlo hecho.

—Déjate llevar, Mary. —La mano de Percy estaba caminando con los dedos sobre el hombro de ella. Sin hacer ruido. Excitándola tal vez, pero no se notaba en su respiración, que seguía siendo la misma, sin traqueteo ni jadeos.

Ella le apartó la mano.

—No, Percy. Esta noche no. —Sus ojos parecían oscuros y su sonrisa se había ido por momentos. Parecían dos pozos oscuros.

—Somos muy jóvenes. ¿Qué nos esperará en el futuro incierto? —Percy había levantado una mano para moverla en el aire como modo de expresión física.

—Nada, Percy. No va a suceder nada —respondió ella mirándole a los ojos.

Él no vio a aquella Mary de siempre. Se sintió preocupado, y una especie de barra ardiendo empezó a hacer de las suyas en su estómago. Se sentía herido de muerte.

—Espero que mañana cambies de idea cuando salga el sol —ladró Percy dándose la vuelta y tomando la posición para dormir. Sus labios habían estado apretados y una fina línea, como una cremallera, se había dibujado en sus labios cerrados.

—¿Cómo sabes que mañana saldrá el sol?

—¡No lo sé! Dímelo tú.

—Mañana será otro día —dijo Mary, y se quedó bocarriba en silencio hasta que aquellos ojillos rojos de las ratas desaparecieron. Hasta que el mismísimo sueño le arrebatara la consciencia de repente. Sin encontrar ese punto que divide la línea entre el sueño y el estar despierto.

Y cuando lo hizo, empezó a escuchar su propia voz en el sueño. ¿No había pensado en cierta ocasión en que no se podía escuchar los sonidos en los sueños? Estaba equivocada. Porque sí se escuchaban, y con bastante claridad.

—Willmouse, no corras demasiado, que te vas a caer al suelo. —Era su voz, y la escuchaba alta y clara. Ella estaba en camisón. En la Villa. Pero Willmouse se había hecho grande. Tendría unos cuatro años, y antes que él había... ¡Era su hija!

Estaba en el fondo del pasillo, cruzando la luz de un relámpago. Su cuerpo había mostrado todos los huesos del cuerpo bajo aquella intensa luz. No hacía ruido, por lo que Mary se dio cuenta de que andaba descalza. Tenía la cabeza cabizbaja y el cabello largo, oscuro, y echado para adelante. Tapándole la cara. Los brazos inertes. Se estaba acercando a ella.

Entonces, escuchó las risas flojas de dos críos más. No sabía discernir si eran dos niños, una pareja, o dos niñas. Solo que estaban riendo a sus espaldas. Se dio la vuelta y los vio en la penumbra. Ella sostenía un candelabro de seis brazos, pero la luz era tenue para todo aquel espacio tan amplio.

No conseguía verlos bien del todo.

—¡Mamá, mira cómo corro! —exclamaba Willmouse. Y entonces se escuchó un golpe carnoso.

—¡Hijo! ¿Estás bien?

—Podría estar mejor —respondió con una voz de ultratumba.

Eso le produjo a Mary Shelley un gran vuelco en su corazón. Sintió como si de repente la hubieran enterrado bajo la nieve. Todo el vello de su cuerpo se le erizó como escarpías.

—¿Y esa voz?

—Mírame, mamá.

Ella movió el candelabro hacia donde venía el sonido, y de repente se encontró en un sótano lleno de artilugios que era incapaz de reconocer.

El sótano parecía bien iluminado por toda una suerte de luces como relámpagos, atrapados en unos tubos de cristal. Ascendían por el interior de ellos, como si fuera algo que flotara dentro de un recipiente lleno de agua, y podía escuchar aquel chasquido seco. Al final de cada tubo había una especie de tapadera metálica donde iba conectado un cable bronceado. Ella sabía que eran cables porque los había visto en alguna parte... En la realidad. Erasmus.

Sus ojos se dilataron cuando vio a aquellas pequeñas siluetas corretear por al lado de aquellos tubos que desprendían chispas. Olía a azufre, muy lejos del olor a las llamas de fuego de una chimenea.

—¡Chicos! ¡No corráis por delante de esas cosas! —jadeó ella. Y su propia voz retumbó en su cabeza.

—¡Mira, mamá! —exclamaba uno de ellos igual que antes, y se escondía debajo de lo que parecía una mesa de madera, astillada y húmeda. En un extremo había algo como un casco metálico atrapado por dos cables en forma de rizos. Como su cabello.

De pronto, cuando Mary iba a contestar, Willmouse se le apareció justo delante de su cara, colgando desde una viga que había dejado de hacer fuerza en el techo. Ahora estaba a media altura. Casi en el suelo.

Mary, sorprendida en todo momento, alargó su mano y con sus dedos quiso tocar el rostro de Willmouse, el cual fue difuminándose como una frágil nube de niebla. Esta se enredaba en el aire como el humo de un tronco ardiendo y se difuminaba en lo más alto después de crear un perfecto remolino que se enredaba en el aire, como si alguna fuerza antinatural estuviera aspirando de ella.

En esos momentos, en los que el rostro de Willmouse desapareció ante sus narices, sintió cómo su corazón la golpeaba con fuerza desde el interior.

—Hijo...

Los otros dos chiquillos, que por fin descubrió que eran en realidad dos niñas rubias con mofletes hinchados, siguieron correteando alrededor de la mesa, que estaba casi inclinada como una de esas tablas de tortura que facilitaba la evacuación de la sangre y las heces del moribundo antes de morir.

Ella los buscaba con la vista. Un trasiego de aire violaba el espacio de las llamas de las velas y hacía que se inclinaran hacia un lado, llevándose consigo todas aquellas formas dibujadas en las paredes y el techo, a otro lugar.

Le seguían pareciendo igual de teóricas.

Cuando su corazón pareció dejar de retumbar dentro de su cabeza como un buque zarpando del puerto, vio algo más.

Era un niño.

Rubio, y que estaba sentado sobre la tabla, haciendo malabarismos para mantenerse ahí.

—Hola, mamá —dijo con semblante serio—. Voy a morir como los demás.

—Pero ¿qué dices? ¿Quién eres? No te conozco. —La mano de Mary estaba ahora sumergida en la humedad del sudor de su rostro.

Temblaba.

—Tu hijo.

—¿Qué?

Y, de repente, el plano dio paso a un escenario bien diferente. Aquel niño rubio, de ojos azules y menudo, había desaparecido. Como las voces de aquellas dos niñas. Y Willmouse no estaba en

ninguna parte. Tampoco había luz alguna con la que valerse para ver.

Y entonces, vino la luz cuando su corazón ya estaba palpitando en la punta de su lengua.

Pero lo que apareció no era nada agradable.

Nada de ver.

Los cuerpos de los cuatro pequeños estaban tendidos bocabajo en distintos lugares de aquel sótano. La tabla, mesa o potro seguía estando allí. Corroída. Inerte, como los cuerpos de los pequeños.

Mary quiso chillar, pero no lo hizo, aunque sus uñas arañasen su fina capa de piel de la cara. Y entonces se dio cuenta de que había dos candelabros encendidos que reposaban sobre dos armarios, uno a cada lado del sótano. Ella estaba al lado de una puerta, y el candelabro de su mano izquierda había desaparecido.

En su fuero interno sintió dolor, y empezó a lloriquear sin saber qué hacer. Todo ese tiempo había estado clavada en el mismo lugar, como un árbol doblegado por el paso del tiempo. Sus ojos lagrimosos se oscurecieron y las lágrimas rozaban sus mejillas. Algunas de ellas ardían en la piel.

—Mamá. Estamos muertos. Estamos muertos. —Esa aguda voz de pito se escuchaba entre las paredes de aquel sótano lleno de artilugios y dibujos que ilustraban el cuerpo humano, pero no sabía de dónde procedía realmente.

No, no lo sabía.

Miró en derredor y solo veía aquellos pequeños cuerpos tirados como un trapo viejo, en el suelo.

Comenzaban a ponerse morados, después de una palidez extrema.

El espacio-tiempo era una premisa en las pesadillas, aunque ella no lo viera así, sino como una realidad palpable. Se movió del sitio donde había estado todo el tiempo. Sus pies se habían arrastrado por el suelo, lleno de polvo y trozos de porcelana, metales y libros muy antiguos; hasta bordear aquella especie de mesa.

—No estáis muertos. ¿Eres Willmouse?

Hubo un largo y ominoso silencio, en el que las imágenes cambiaban, así como las posiciones de los cuerpos. Se veían los elementos propios de un laboratorio y los ojos vidriosos y abiertos de aquellos pequeños: dos niños y dos niñas.

Entonces, decidió algo espantoso.

Quería tener a Willmouse de nuevo en sus brazos.

Y recordó la teoría de Erasmus.

En una mesa metálica, que estaba junto a la cama o potro, había sierras y cuchillos cortantes.

Los agrupó en el suelo. Uno al lado del otro. Era una decisión difícil. El resultado debía mostrar la cara de Willmouse. Reconoció a su primera hija, pero no a la otra niña y el niño. Tenía la sierra en su mano, con los dientes oxidados y retorcidos. Estaba temblando, y una gota de sudor resbaló sobre una de esas caritas pálidas con los ojos cerrados.

Lo iba a hacer.

De los cuatro recrearía a su nuevo Willmouse.

Las luces abstractas y azules seguían subiendo por el hueco de los tubos de cristal, y en el cable se escuchaban los chasquidos. Secos. Como el final de un trueno en una tormenta de verano, solo que amortiguado por el eco de la distancia.

Sus ojos se humedecieron. Se agachó agarrando la sierra y cogió la mano pequeña de la niña de cabello rubio. Alzó su brazo y acercó la sierra hacia el codo. Al principio fue como tratar de

cortar una parte de una silla rodante de Johann Hautsch, es decir, como tratar de masticar la suela de un zapato. Pero después de tocar el hueso, este se serró con facilidad.

Media hora más tarde, tenía delante de sí toda una suerte de piezas rotas. Como si hubiera estado jugando a destripar muñecas. El suelo era ahora un charco de sangre, y los pedazos rotos casi flotaban en ella. Con el semblante serio y las lágrimas rodándole por la suave piel de sus pómulos, comenzó a recoger aquellas partes que necesitaba.

Sobre todo la cabeza de Willmouse.

Sin mirarla, la fijó en la parte superior de aquella tabla inclinada que estaba unida a una rueda dentada y oxidada que giraba con la ayuda de una manivela. La puso horizontal y siguió recogiendo todos los pedazos rotos que le faltaban.

Los puso uno a uno, como si se tratara de un puzle, hasta darle forma. Ahora era el momento de unir todas las partes. En la mesa metálica de donde había cogido la sierra, la cual por cierto estaba ahora en el suelo, había hilo de coser. Era un hilo negro que se utilizaba para coser sacos. La aguja impresionaba, pero no era recta sino curvada, como una ridícula hoz.

Aquellos ruidos ahogados en el olor a acre siguieron sonando cerca de sus oídos, pero no más allá de las paredes, pues su intensidad era leve. El viento, restregándose por las paredes de la Villa, sonaría más fuerte, pero en ese momento no había lamentos ni aullidos en ninguna esquina.

Solo ese crepitar insidioso.

Con sangre fría, cogió la aguja e introdujo el hilo por uno de los extremos, y mientras lo hacía, se preguntó cómo demonios podrían lograr hacer un agujero tan diminuto. Al tercer intento el hilo entró por el ojal.

Sus labios dibujaron una lasciva sonrisa, pero pronto se arrugaron en una mueca de tristeza.

Aunque sus ojos brillaban bajo aquellos rayos azules.

Primero —con la cara ladeada— empezó a coser aquella tierna carne que estaba pálida, como la panza de un pez, y que todavía parecía estar caliente. Después, cuando se pinchaba con la aguja en las yemas de los dedos, volvía la cabeza y agudizaba la misma para tratar de coserlo bien.

Estaba uniendo todas aquellas piezas rotas que esperaban sobre la tabla herrumbrosa. La sangre —coagulada ya— todavía tenía el poder de manchar la madera, y bajo aquellos restos se formaba una gran mancha oscura, y ligeramente brillante a la vez.

Siguió cosiendo.

Esta vez una mano.

Entonces, cuando ya tenía reconstruido parte del cuerpo, estalló la tormenta fuera de la Villa. Un trueno hizo temblar las paredes y el suelo, y por un momento sostuvo que aquello había sido un pequeño terremoto. Como no había ventanas, no pudo ver el blanco fugaz que precede al trueno. Eso ya se lo imaginaba ella.

Mary Shelley se había convertido en una madre desesperada por recuperar a su único hijo. Sin embargo, no entendía bien el mensaje. Eso lo descubriría varios años más tarde.

El olor a azufre era cada vez más insoportable, y aquellos tubos con espirales azules en su interior se iluminaron con nuevos tonos: siempre azulados y de diversas formas. Ondas circulares; mini rayos y algo como tentáculos, por la difícil posición de esas formas.

Parecía que cobraba vida con cada nuevo rayo que caía de un cielo (probablemente encapotado y más negro de lo normal) con una luna que ni siquiera estaría allá arriba, ni por encima de las nubes. Como si hubiera desaparecido del universo.

Cada uno de aquellos tubos de cristal brillaba más y más, y los ensordecedores truenos reinaron el resto del tiempo.

Ella se veía ahora, así misma, como un monstruo con los ojos inyectados en sangre, y salpicaduras de esta en la cara. Una cara desvirtuada. Con la boca abierta y los ojos a punto de salirse de sus cuencas.

Seguía cosiendo y dando forma.

Era su creación

Y quería darle vida.

—Willmouse —musitó.

Y su pequeña hija, que la había reconocido, se encontraba desperdigada en el suelo. En el charco de sangre. Pero el nuevo Willmouse tendría una parte de ella. Las piernas.

Ninguna rata estaba espiándola ni chillando despavorida. Ninguna de ellas se acercó al charco de sangre ni al resto de los trozos rotos. No había alimañas de ningún tipo. Ni esas molestas arañas colgando del techo rezumado de humedad.

Una vez estuvo el cuerpo cosido con las diferentes piezas rotas, sus ojos se dilataron más si cabía y su frente se arrugó como una sábana apesada por unos puños temblando. Dejó caer la aguja curva y el hilo se perdió en la sangre del suelo.

Los bordes de aquellos cables soltaron chispas al estallar un trueno, y se dio cuenta de que estaba preparada para realizar el último paso.

Inyectarle electricidad al cuerpo.

Una descarga que hiciera que todas las partes rotas recobrasen vida tras unos espantosos espasmos.

Y esa descarga sería a través de esos jodidos cables chispeantes que a ella no le daba miedo tocar. Porque desconocía las consecuencias de tomarle el pulso a la electricidad. Esta, tomada de los rayos que lapidaban la Villa Diodati y el mástil metálico que recogía casi todos los relámpagos que caían rajando el cielo como un cristal quebradizo.

Sus manos ensangrentadas agarraron dos cables, sin pensarlo dos veces. Era como si ya lo hubiera hecho antes. Los cables terminaban en punta broncea, y tuvo que clavarlos en las sienas de la cabeza de Willmouse, la única parte que conservaba. Se escuchó un leve crujido de carne y hueso. Le había atravesado el cráneo.

Después, cogió otros dos cables mientras bordeaba la tabla y perforaba, con todas sus fuerzas, la parte torácica que había elegido. No sabría decir de cuál de los cuatro chiquillos sería. Un cable alcanzó el corazón que estaba intacto, quieto, y durmiendo en esos momentos. El otro cable le perforó un pulmón.

Ya estaba casi todo preparado.

Injertó otro cable en el cogote, bajo el crujido del hueso, aunque todavía tenía ese hueco en el cráneo de nacimiento, el cual se cierra con el paso de los años.

Y hubo más cables para sus genitales, rodillas, codos, manos y pies. Cuando acabó exhausta, contempló su obra de arte. Era aterrado observarlo, pero a Mary Shelley le parecía un hijo estupendo que pronto caminaría.

Levantó sus brazos y, mirando al techo, se dirigió a su Dios, implorándole la vida que le había sido arrebatada.

—Señor, obra en él tu milagro. —Se escuchaba a sí misma como un tambor de guerra a lo lejos. Ella no tenía esa voz ni ese tono.

Un cúmulo de vibraciones y truenos descomunales casi descoyuntan la Villa, y aquellos arcos

circunferenciales y dinámicos azules crecieron de tamaño y número. De los extremos de los cables se olía a azufre, como si el mismísimo infierno se hubiera abierto allí mismo. Pequeños latigazos de luz blanca y azul escapaban del grueso del cable, y se encaramaban hacia aquel cuerpo hecho de pedazos.

Cuando las chispas llegaron al mismo, este se arqueó sobre la tabla y comenzó a sacudirse con espasmos, a la vez que de la piel surgían finos hilos de humo que impregnaban el aire a olor a quemado.

Mary Shelley había bajado los brazos y, atónita, estaba descubriendo que aquel ser estaba sufriendo, a pesar de todo. Para ella eso era estar vivo.

De nuevo, los arcos de alta tensión que sacudían los cables se desplazaron como orugas hacia él, otra vez. Hacia aquello; hacia el monstruo creado a partir de cuatro chiquillos.

Su cuerpo, cosido con destreza, se convulsionó de nuevo, y el sótano retumbó con el estampido del trueno. Ahora Mary lograba escuchar el llanto del viento detrás de la pared. Debía estar arrebujándose muy por debajo de las ventanas, para hacerse escuchar. Y sintió miedo de que todo volara por los aires.

De que ella misma se electrocutara.

Aquella boca parecía haberse abierto en un grito, pero no fue nada más que un espasmo: de dolor. Las lágrimas afluían en los ojos de Mary una vez más. Sí, una vez más.

Finalmente, la última sacudida de la naturaleza hizo estallar algunos de esos tubos generadores, o captadores de los rayos, y el cuerpo se convulsionó tanto, que podría haberse desmembrado fácilmente. Ahora sí. Su boca se había abierto, y de ella salía un remolino de humo denso que se retorció de dolor en el aire ácido. Aquellos ojos se abrieron, y los dedos de la mano comenzaron a moverse; repicando sobre la tabla.

Mary se llevó el puño a la boca. Sus ojos se agrandaron como platos, y el sudor lastimó su cutis perfecto.

El cuerpo se irguió sobre la tabla y moviendo los labios dijo:

—¿Mamá?

Entonces fue cuando se despertó en un grito que alarmó a Percy.

—He oído en el pasillo que no ha dormido bien esta noche, ¿verdad, señora Shelley? —Byron sostenía una taza de té humeante en su mano derecha. No llevaba su particular guante esa mañana, pero sí que se había engalanado con su mejor ropa. Sopló la leve cortina de humo que ascendía hacia el techo, como trepando por un filo hilo de una araña.

—Sí, así es —acució ella. Tenía la intención de confesar todo lo que había soñado, pero — como siempre— se limitó a sonreír y no decir nada al respecto.

—Mi señora esposa está ya cansada de tanta lluvia —intervino Percy mientras la rodeaba con su mano en el cuello.

—Sí, es verdad. Yo también estoy empezando a hartarme de tanta tormenta y ver cómo la jodida ventana no se arregla de una vez para siempre. —Polidori estaba señalando la ventana.

Y como no podía ser de otra manera, todos estaban al lado de la chimenea en la que —una vez más— Byron tuvo la culpa de que estuviera encendida.

Claire estaba cabizbaja de tanta oscuridad y humedad, pero, inevitablemente, le volvieron a brillar los ojos cuando el goteo cesó de pronto.

—¿Ha parado de llover? —preguntó.

Percy miró hacia la ventana y observó algo de luz en el exterior.

—Pues parece que sí, señorita —dijo jocoso.

—Hombre, ¡mira qué bien! —añadió Byron, haciendo aspavientos con las manos—. Parece que todo tiene su fin. ¿Los relatos están acabados? —Había cambiado de registro y de contenido. Sus ojos buscaban los rostros de los demás.

—Yo ya he terminado el relato esta misma madrugada. Está completo —dijo jocoso Polidori. Su sonrisa no cabía en sus labios, y debía estirarlos más para acaparar tanta alegría.

Motivación tenía.

Mary sorbió un poco de té quemando: como a ella le gustaba. Y tras deslizarse la infusión, garganta abajo sin ningún tipo de dolor, dijo:

—Yo tengo listo la mayor parte del relato. Es decir, tengo algo más que un simple borrador. Hay mucho más. Está la esencia, pero confieso que tengo que terminarla todavía.

—Bien, uno acabado y el otro a medias. ¿Quién es el siguiente? —Byron podría estar jugando como un crio, pero en realidad los estaba interrogando con cierta inquietud.

Percy levantó la mano, que antes acariciaba el cuello de Mary, y con el dedo apuntando al alto techo de madera, dijo:

—Yo participo en la obra de mi mujer. De modo que en breve la tendremos acabada. —Su sonrisa parecía cínica. No había ganador, ¿o sí?

—¿Y tú, Claire? —El dedo de Byron señalaba esta vez a su rostro oculto. ¿Nadie había notado, que en estos tres días, había hablado poco?

Ella sonrió levemente y declaró:

—No tengo nada escrito. Para mí es una tarea imposible. Y, además, estas tormentas me asustaban un poco...

—¡Motivo de más para inspirarte en una historia de fantasmas, viviendo en el interior de una

Villa que es a su vez atacada por infumables nubes como monstruos! —le cortó Byron, sin ninguna intención de herirle la sensibilidad.

Claire se quedó, sin embargo, ruborizada ante todos los presentes, que la miraban con ojos como bolas de cristal.

—No sucede nada, sino que ha tenido cierta inspiración para escribir el relato —salió en defensa Percy. Le guiñó un ojo. Ella le sonrió levemente y bajó la cabeza.

Mary Shelley tenía a Willmouse bien apretujado contra su pecho, y el pobre estaba llorando de forma incesante. Ella recordaba la pesadilla y se moría de terror por momentos. Algo que parecía no disimular muy bien ahora.

—Claro, no pasa nada —alentó Mary con la voz ahogada por los llantos de su hijo, que quería soltarse de ella y corretear por el suelo.

—¿Quieres dejar al suelo a Willmouse? —inquirió Percy, cambiando de tercio la conversación, una vez más.

—Puede hacerse daño —espetó ella.

—Déjalo correr por el suelo, ya no hay peligro de nada. Aquí ni siquiera hay ratas —explicó, desviándose más del tema principal de la conversación.

Los relatos de cada uno.

—Bueno, ¿qué os parece si regresamos al tema de los relatos? —inquirió Byron mientras se movía de un lado para otro, delante de la chimenea.

Mary Shelley dejó a Willmouse en el suelo, y este, nada más tocarlo, calló.

—Bueno, tampoco estábamos muy lejos del tema. Aquí solo faltaba tu opinión —dijo Polidori moviendo las manos.

Byron lo miró de reojo. A veces le resultaba el hombre más simpático del mundo, pero otras, el más pedante. Y otras, incluso sentía una atracción fatal por él.

—Bueno, yo —carraspeó Byron mientras se frotaba las manos— estoy en ello todavía. Ya dije que se trataba de un hombre romántico que atrae a las mujeres y a la sangre...

—¡Te adelanté yo! —exclamó jocosamente Polidori, interrumpiéndole.

Byron frunció un ceño.

—Ya te dije que esa era mi idea. —Su dedo índice estaba presionando en el lugar de su corazón.

—Lo siento —dijo Polidori abriendo los brazos—. No tenías ni idea de avanzar una página.

—Eres pedante —confesó Byron, con los labios fruncidos, es decir, arrugados, como dos enormes gusanos retorciéndose.

Percy soltó una carcajada, y en ese mismo instante, un rayo de sol impactó contra el rostro de Byron, como si hubiese sido lanzado como un proyectil. Su rostro adivinó la lividez que había adquirido en esos días de encierro.

—¡Pero si ha salido el sol! —exclamó Polidori poniéndose de pie. Sus ojos brillaron como dos diamantes, y su sonrisa ocupaba toda la cara: de oreja a oreja—. Acabo el relato y acaba la tormenta. Genial. Ya estaba harto de tanta oscuridad, tormenta y humedad. Es verano, joder.

Mary se llevó el puño derecho a la boca para ahogar una risa.

—¡Uf! ¡Por fin! —se jactó Claire, y todos alrededor de ella se preguntaron si había hablado algo más, porque había pasado casi inadvertida en los días de la tormenta.

Willmouse gateó hacia una lengua dorada que penetraba por la ventana rota. Trataba de atraparla con su pequeña mano, y sonreía al recibir el calor del sol en su fina piel.

—Está bien, pero, yo quisiera saber ¿quién ha sido el ganador? —insistió Byron, una vez más.

Su obcecación por los relatos no le dejaba respirar profundamente. Aquella tormenta debió despertar su lado de la bestia que todos llevamos dentro.

—Déjalo ya, Byron. Qué más da. Solo se ha terminado dos relatos; bueno, el mío. El de Shelley está muy avanzado, y podría considerarse un trabajo hecho. Yo creo que ya es hora de olvidarnos de este tema. Me lo he pasado realmente bien escribiendo bajo esta tormenta que nos ha tenido atrapados bajo sus garras como espátulas. ¿Ves? Podrías haber escrito algo sobre ello. En lugar de rebuscar en tus recuerdos una leyenda urbana que al final he hilvanado yo sin tanto esfuerzo. —Cuando acabó de hablar Polidori, se había quedado asombrado de los recursos que tenía a veces.

—Voy a ver el sol —dijo Claire, levantándose del sillón y abandonando el calor de la chimenea. Su falda barrió todo el suelo hasta la ventana. Se asomó, y su cara brilló como el oro. Aquel calor era más reconfortante. Por primera vez, en esos días aislada, se sintió feliz y pletórica.

Las nubes negruzcas se habían dividido en dos bandas y se desplazaban por el cielo como si alguien lo abriera en dos. Se difuminaban y se esclarecían. El sol, redondo y con un aura mágica a su alrededor, brillaba en lo alto del cielo azul. El olor a tierra húmeda comenzó a cambiar: a madera seca. Los árboles parecían estar cansados de soportar tanta lluvia, pues sus ramas estaban doblegadas, y desde ese momento volverían a inclinarse.

—¡Pero si es muy importante todo lo que hemos hecho! —ladró Byron, sin moverse de sitio ahora. Estaba alterado, y por dentro le roían las entrañas. Era caprichoso; hasta la extenuación y en el dominio de las personas.

—Déjalo ya, Byron. Déjalo ya —dijo Percy caminando hacia la ventana.

Solo un día después de todo aquello, todos regresaron a casa.

Y para Mary Shelley no había terminado nada.

Al contrario.

La desgracia cayó sobre ellos, tanto para Mary Shelley como para Percy y Claire. Ya en septiembre, todavía estaba con ellos, aguardando el momento del parto. Un embarazo que debían mantener, con todos los riesgos, en secreto.

La siguiente parada fue Bath, lugar situado en Somerset. Claire Clairmont se hospedó cerca del lugar de Mary Godwin, dado que todavía no se habían casado formalmente, aunque tenían previsto hacerlo. Los deseos se esfumaban como la niebla en verano. Aquel verano un tanto atípico, la muerte entró en sus vidas por dos vías a la vez.

A través de su hermana, Fanny Imlay, y la ex de Percy.

Mientras la novela se sacudía con profundidad en la prosa y se perfilaba toda la historia hacia el final, el láudano y el ahogamiento fueron, sin embargo, los principales protagonistas de la historia de Mary.

A finales del mes de septiembre, Mary recibió dos cartas escritas por su hermana, fruto de su madre, Mary Wollstonecraft, y un desliz que tuvo con un aventurero llamado Gilbert Imlay.

—Buenos días, señora Mary Godwin. Aquí tiene una carta para usted —dijo el hombre con bigote oscuro que cubría todo el labio superior. Sus ojos eran oscuros, y estaba delgado. Su tez parecía pálida, pero su voz era grave. Se trataba del cartero. Mary estrechó la carta, y el hombre siguió su camino sin esperar la respuesta de Mary.

—Gracias. —Se había quedado con la palabra en la boca. El hombre parecía cordial, pero no muy amable. Ella enarcó una ceja y buscó el borde del sobre.

—¿Quién es? —La voz provenía del interior de la casa. La puerta estaba abierta al lado de Mary, quien seguía buscando el borde del sobre. Era casi obsesiva.

—Ha sido el hombre que reparte el correo —contestó ella, echando la mirada hacia atrás, y por la forma en cómo lo hizo, bien podría hablarse sobre una rotación sobre bolas y no de vértebras.

—¿Reclaman deudas?

Mary le dio la vuelta al sobre. Fanny Imlay.

—¡Es mi hermana! —exclamó jocosamente, sin saber lo que contenía en el interior. Un mensaje esperado pero desesperado.

—¡Ah! Mira qué bien. Ahora se acuerdan de ti...

—¡Es mi hermana! —gritó Mary volviéndose de nuevo.

—Vale.

Percy no la odiaba —sino todo lo contrario—, pero había crecido un distanciamiento entre ellos; sobre todo con el padre de Mary. Su sangre no se alteraba al escuchar ninguno de sus nombres.

El viento sopló por encima del suelo, elevándose como el alma que abandona su cuerpo, haciendo que el sobre se doblegara por la presión de la misma. Hacía calor. Algo totalmente extraño ya acabado el verano boreal.

Mary Godwin entró en casa y cerró la puerta con un golpe seco. Se escuchó repicar la madera al menos dos veces. La puerta no encajaba del todo bien en el marco.

—Godwin, Shelley, Imlay —dijo Percy, una vez que ella se sentó a su lado, frente a una mesa que cojeaba—. Creo que debemos casarnos para que tengas el apellido Shelley.

Mary Godwin, en aquel momento, no respondió a ello, y aunque se presentó como Mary Shelley ante Byron y Polidori, aquello sonaba más que lejano; casi olvidado.

—Olvídate de los apellidos, voy a leer la carta de mi hermana. —El sobre se rasgó con un ruido seco, y desde dentro asomaba como una lengua lívida un trozo de papel.

Percy resopló como un animal desde el sofá: la chaise longue o el mueble francés, en donde estaba tirado como un trapo mientras Willmouse jugaba con su nariz. Aquellos pequeños dedos se introdujeron en sus fosas nasales. Tanto Percy como Willmouse rieron juntos.

En cambio, el semblante de Mary cambió drásticamente.

“Querida hermana. Estoy triste y a veces tengo serias dudas de si seguir adelante con mi vida o no. Solo quería que supieras que me encuentro mal. El dolor y las lágrimas fluyen de mi alma”.

El corazón de Mary dio un golpe como un martillo en un yunque, y todo su rostro enrojeció del calor súbito que le sobrevino. Al mismo tiempo, como una escena dramática que acecha, su piel se volvió pálida, y estaba enfriándose. Metió la carta en el sobre y la apretó contra su vientre. Su cara la delataba.

Percy, que la vio de refilón, la encontró realmente diferente.

—¿Qué sucede, Mary? —Percy sabía que algo bueno no podía ser, pues aquel rostro lo conocía bastante bien, y no era lo normal; verlo oscuro, profundo y casi aterrorizado.

Mary se sentó en una silla, casi desfallecida. Sus piernas se habían dormido. Sentía cómo un hormigueo trepaba hacia arriba, y lo mismo desde las manos. Sus sienes parecían dos tambores de guerra, y sus ojos ahora estaban lagrimosos. Una mujer ruda, de la cual nunca había tenido sentimiento, se vio —de pronto— doblegada por ello. Una profunda tristeza empezó a invadir su corazón. No era tan doloroso como la muerte de su primera hija, ni tan excitante como el día en que se enamoró, pero era un sentimiento que se catalogaba después del miedo, o quizá, dentro del mismo.

—Es una infeliz —dijo casi titubeando. Apenas se habían escuchado sus palabras y ,Willmouse, como si hubiera comprendido, dejó de reír. Sus azulados ojos buscaron el rostro de su madre para consolarla con su pequeño abrazo.

Percy bizqueó los ojos.

—¿Lo sabía! ¿Quién puede vivir en esa casa? —La voz de Percy retumbó entre las paredes, y el techo le devolvió la llamada con un eco corto.

—Antes las cosas no eran así —acució ella.

Dejó el sobre entre sus rodillas juntas. El vestido se arrugó, como una sábana apretada por unos dedos estrangulados.

—Ma... ma —balbuceó Willmouse, que seguía todavía en los brazos de Percy—. Ma... ma... ma...

—¿Pero si ya dice sus primeras palabras completas! —exclamó su padre, con una sonrisa todo dientes—¿Lo has escuchado? —Era habitual en él cambiar de conversación y no mantener una coherencia dentro de ella.

Mary buscó con su mirada triste el rostro de su hijo. Sonrió levemente y dijo:

—Deberías ir a buscar a mi hermana.

Percy se quedó pensativo.

No tuvo más pesadillas y avanzó poco con la novela de Frankenstein. Su corazón estaba dividido entre la creación y la tristeza. A pesar de los esfuerzos de Percy por animarla a seguir y de mostrarle los resultados finales de la parte ya corregida y actualizada, ella miraba con desgana, ausente de aquella pasión con la que empezó a escribirla.

Y la cosa no empezó a empeorar.

Saltaron todas las alarmas.

El hombre le entregó la carta, y sin más dilación, se dio la vuelta y se alejó de la puerta, como si todo el mundo le importara un bledo. Sus renqueantes pasos le delataban que era cojo, aunque no era muy visible.

Mary, con las manos temblorosas, casi deja caer la carta al suelo, como si esta le quemara entre sus dedos. Su corazón dio un vuelco de nuevo, y empezó a sentirse mal. Nada que ver con aquel inspirado Víctor Frankenstein dispuesto a revivir a un ser muerto.

A sus espaldas, los ecos de las voces de Percy y las risas de Willmouse resonaban por el pasillo hasta llegar a sus oídos, en forma de aire que le acariciaba el lóbulo de los mismos.

Mucho más temblorosa, cada segundo que pasaba, no pudo contener la curiosidad, y el terror la dominaba por completo. Un sentido que —no sabía por qué—sentía ahora. Ni lo supo entonces, cuando recibió la primera carta. «Todos tenemos que morir alguna vez», pensó. «Sí, todos». No había excepción. Y pensando en ello, con una obcecación total, rompió el sobre en dos. El otoño había llegado, y con él, el aire era frío. Nunca lo olvidaría: era el 9 de octubre de 1816.

“Soy una infeliz. He tomado la decisión más importante de mi vida. Sé que solo tengo veintidós años. Lo siento, mi querida hermana, por el dolor que pueda causarte. Pero a veces la vida te atrapa y otras te suelta como un trapo sucio”.

El llanto fue casi instantáneo, y en su cabeza dolorida retumbaban los latidos de su corazón, como el ronroneo de un buque saliendo del puerto a marchas forzadas. Su boca se abrió en una O mayúscula y mostró su dolor al cielo encapotado. Allí arriba nadie le contestó; ni el canto de ningún pájaro.

Todo era dolor y vacío.

—¿Qué sucede, Mary?! —Percy fue corriendo hacia la puerta alarmado, con los ojos desencajados y la sonrisa olvidada en el tiempo. Ahora estaba pálido y desconcertado. El grito le alertó, pero no sabía de qué.

La rodeó con sus brazos rozándole sus hombros, y sus labios susurraron a los oídos de ella, que seguía llorando desconsolada.

—¡Tienes que ir a buscar a mi hermana! ¡Tienes que ir! —gritaba ella, mientras él le siseaba en el oído y le apretaba entre sus brazos con fuerza. Ella estaba moqueando como un animal.

La carta cayó al suelo, como una hoja desplomada de un árbol. Como si en vez de caer a plomo, se deleitara en la caída, arremolinándose con las corrientes de aire; como si se hubiera olvidado en el tiempo. Hasta que, en silencio, rozaba el frío suelo y alguien lo pisaba después con sus bastas botas.

—Iré —dijo con suavidad Percy.

Un día después, se confirma lo que Mary Shelley ocultaba en sus más penosos pensamientos. Aunque no lo había dicho, Percy sabía lo que ella le preocupaba, pues leyó ambas cartas antes de partir en busca de Fanny Imlay. Estas habían sido enviadas desde Bristol.

El 10 de octubre de 1816 fue encontrada muerta en una habitación de una posada en Swansea, junto con una nota suicida y una botella de láudano al lado. Al parecer había bebido más de lo adecuado, para suicidarse.

“No sufráis por mí. No lo habéis hecho en vida. Ahora no. Es demasiado tarde para las lágrimas. Yo ya no estoy aquí. No podéis lamentaros. Ya no. Solo lo siento por ti, Mary Godwin. Querida hermana. Que te vaya bien tu pronto matrimonio con Percy”.

Tras su regreso a casa, Percy no sabía cómo darle la dramática noticia.

—Mary, debes comprender su decisión, aunque yo no la comparto. Sé que tú, en su lugar, no lo hubieras hecho...

—Deja ya de darme falsas explicaciones —le interrumpió ella. Willmouse estaban durmiendo la siesta. Los ojos de ella estaban hinchados como los de un sapo que acaba de emerger del agua. Estaban literalmente dilatados, y su cabello había perdido el brillo—. Dime lo que quiero oír, o lo que ya sé que ha pasado. ¿Fue duro? ¿Sufrió?

Percy estaba apoyado en la jamba de la puerta, sin soltura, solo para sostenerse, pues sus piernas estaban temblando. El sol no brillaba ese mediodía y el cielo amenazaba con llover. Allí arriba había cúmulos ennegrecidos como el humo de un incendio. Parecían tener vida propia y parecía el trasfondo de lo que vendría. El entierro.

—¿Cómo haces esas preguntas? Todavía no te he dicho nada.

—Tu cara te delata, Percy. Nunca tus ojos estuvieron tan apagados; bueno sí, cuando murió nuestra primera hija. Conozco esa mirada.

—Eh... —Percy se había quedado sin palabras y sin resuello.

—Dime por lo menos que sus ojos estaban cerrados, como si estuviera dormida.

—Eso no lo sé. No llegué a verla. Solo me explicaron que ya estaba muerta junto a una carta y una botella de láudano. El médico forense dice que se suicidó con el láudano. Que no debió sufrir.

Mary Godwin apretó los dientes, y sus labios se sellaron como una cremallera fina. Sin embargo, tras un rechinar de dientes, habló:

—Debí traérmela junto a mí. Ahora estaría viva. —Las lágrimas afloraron en sus ojos, aunque no despertó a Willmouse con un llanto inquebrantable. Se llevó la mano derecha a la cara, y con sus dedos siguió el trayecto húmedo de sus lágrimas—. Espero que esté descansando en paz.

—Me dieron detalles sobre la carta que dejó escrita antes de suicidarse.

—Tenemos que darle la sepultura que se merece —dijo ella, como si no hubiera escuchado lo que había dicho Percy.

—Sí. Eso haremos, pero dejó una nota...

—¿Qué? —Le interrumpió. Mary seguía estando frente a su marido, como la silueta de un

fantasma, con la puerta abierta a su lado. Pálida de piel.

—Ella dijo que lo sentía por ti. En cierta manera me hicieron entender que lo había decidido por ciertas circunstancias, pero que se despedía de ti con un hasta luego ,y que esperaba que no sufieras.

Mary absorbió un moco.

—Sé que me apreciaba bastante. Y sí, me ha hecho sentirme mal en cierta manera, pero su madre es perversa y mi padre se ha vuelto como ella. Ahora los odio más que nunca. Espero que no estén en el entierro. Quiero darle una sepultura íntima. Con quien ella apreciaba de verdad.

—Pero si tus padres deciden ir, no podrás prohibírselo.

—¡Esa mujer no es mi madre! —De la boca de Mary salió un escupitajo convertido en miles de perdigones invisibles, y una baba en la comisura de los labios. Eran mocos. Su nariz estaba enrojecida y sus ojos, encolerizados.

—Lo sé —dijo Percy con voz calmada, tratando de dar un toque de cierta tranquilidad en todo este asunto tan comprometido.

Parecían dos niños uno frente al otro, y la puerta de por medio. El viento se elevó hasta sus cogotes y el frío les erizó la piel. No estaban del todo abrigados. Sobre todo, Mary.

Pero esa no fue la única desgracia que cayó sobre la pareja, antes de que se publicara la novela: Frankenstein, que por el momento estaba reposando en el cajón de una mesita.

Sucedió algo más.

Esta vez le tocaba a Percy.

El 10 de diciembre, la ex de Percy Shelley, Harriet, fue descubierta ahogada en el lago Serpentine del Hyde Park de Londres. Nadie de su entorno familiar sabía por qué había sucedido, ni las causas que la llevaron a lanzarse al lago más grande de los parques de Londres.

—Apenas han pasado dos meses —dijo Percy golpeando con el puño la mesa. Willmouse se asustó y empezó a berrear, al tiempo que balbuceaba algo.

—Papa... pa..pa.

—Primero mi hermana y ahora tu ex. La muerte nos persigue —dijo Mary, mientras le acariciaba el cabello a un Percy compungido y con lágrimas en los ojos. A pesar de todo, la seguía queriendo.

—¿Qué será ahora de mis dos hijos? —preguntó Percy, profundamente dolorido.

—Nos los quedamos nosotros —le animó ella, y aunque fuera un amago, surgió una sonrisa en sus labios.

Percy giró la cabeza hacia ella, como si se rompiese el cuello al hacerlo, pues se escuchó un ruido seco.

—Eres encantadora —dijo.

Pero la familia de Harriet hizo todo lo posible para impedir todos los esfuerzos de Percy Shelley y Mary Godwin para asumir la custodia de los dos hijos de la difunta Harriet.

Su abogado les animó entonces a que se casaran para tener más fuerza argumental, y así lo hicieron. Se casaron el 30 de diciembre de 1816.

Cuando Mary estaba embarazada de nuevo.

Ahora sí, era la señora Mary Shelley

Claire Clairmont dio a luz a una niña el 13 de enero de 1817. Dicha niña, que al principio iba a llamarse Alba, vio cómo su nombre se esfumaba como el humo y pasaba a llamarse Allegra. Para Claire y Byron fue motivo de alegría, pero Mary Shelley se había hundido en su propia mierda. Un charco fangoso al que se llama depresión.

Ella lo denominaba, simplemente, desgracia o tragedia.

Willmouse iba creciendo como los pepinos, y de gatear ya había pasado a caminar con sus dos piernas. Era la alegría para Percy, quien no abandonó nunca esa mirada hacia Claire. El cielo estaba casi a diario ennegrecido, y a esas alturas del invierno era normal caminar sobre la nieve, que se fundía debajo de las suelas de las botas.

Pero para Mary toda aquella capa blanca era en realidad una mancha negra. Su abultada barriga comenzaba a ser notable, y de vez en cuando sentía como si algo en las entrañas se retorciera. Era como si un pedo se hubiera estrangulado en las tripas, y su rostro se afligía cada vez más. Durante esa noche, tras el parto de Claire, tuvo una pesadilla.

Algo que había olvidado ya casi por completo.

Las ventanas de la habitación —dos— se habían abierto de forma fortuita, como si un relámpago hubiera atravesado ambos cristales, que salieron despedidos como perdigones hacia todas direcciones. Ella estaba en medio de una gran sala, poco iluminada. En el centro, justo rozando su cadera, había dos tablas de madera enrojecidas. Era como si allí hubieran desangrado a dos cerdos en una matanza que, por cierto, no era habitual en Londres.

Pero ella no sabía dónde estaba realmente.

El aire era denso y pegajoso. Olía a quemado. De repente, sus ojos vieron algo en la penumbra. Eran dos cuerpos. Dos siluetas femeninas. Estaban desnudas y la piel era negra. Estaban quemadas literalmente, aunque conservaban parte del cabello y sus facciones, así como los pechos.

Mary quería decir algo, pero un nudo en su garganta se lo impedía. Era como si la estuvieran asfixiando con una mano de grandes proporciones, cerrada en su cuello. Respiraba con dificultad, tanta que parecía perder el sentido; sin embargo, no fue así.

La primera de aquellas mujeres chamuscadas empezó a moverse sobre la tabla. Primero, una mano de dedos retorcidos que arañaban la madera, produciendo un áspero ruido. Mary empezó a hacer aspavientos. Su corazón acelerado se escuchaba en la tráquea. El sudor la invadió desde la frente hasta las plantas de los pies, pues estaba descalza. Solo llevaba puesto el visón blanco, confeccionado de filo hilo magistralmente cosido.

—¿Creías que ibas a deshacerte de mí? —preguntó la primera de aquellas mujeres, que se había erguido sobre la tabla, con los pechos endurecidos como el carbón. Sus ojos parecían estar iluminados como la vela de un candelabro.

La estaba mirando, y Mary la reconoció.

—¿Harriet?

—Sí.

—¿Que te ha sucedido?

—Es largo de explicar, pero empieza por ti. Por ello tu vida es una desgracia. Incluido ese

monstruo que estás creando.

—¿Frankenstein?

—¡Exacto!

De repente, en los brazos de Harriet apareció alguien. Estaba quieto, inerte, con las piernas colgando. Sus pies, descalzos. Su piel, lívida. Sus ojos, acuosos.

—¿Willmouse? —El corazón de Mary estaba ahora latiendo en la punta de la lengua, como un tambor de guerra. Casi se podía escuchar rebotar, en las paredes de aquella habitación, el ciclo acelerado de su pulso.

—Esto es lo que te depara el futuro —acució Harriet. Lo tenía fuertemente apretado contra su pecho. Pero, de repente, desapareció en forma de niebla.

—¿Qué has hecho?

Harriet le mostró sus feos dientes amarillentos, en una jodida sonrisa casi poseída.

—Mira bien. Aquí está tu obra —dijo Harriet, con los labios ausentes por las quemaduras.

Detrás de las dos tablas había un ataúd inclinado. Estaba abierto, y dentro —con los brazos cruzados— parecía dormir Willmouse. Era como si, de repente, el tiempo hubiera retrocedido, pues en esos momentos tendría como unos tres o cuatro meses.

—¡Hijo! ¿Qué haces ahí? —Mary creía que su hijo le habría escuchado, y que de repente le saludaría y diría «hola mamá, estoy jugando con la muerte».

La otra silueta se removió sobre la tabla, justo delante del ataúd expuesto. Mary no alcanzaba a ver su rostro, pero sabía que era una mujer por los pechos. No hizo nada más que eso: moverse como un gusano aplastado. Así que, de primer plano tenía el rostro de su hijo dentro del ataúd de madera áspera y recién construida. Incluso podía oler a madera cortada.

De pronto, el pequeño abrió los ojos.

Eran blancuzcos.

Se empezó a mover, y entonces sucedió todo.

—Míralo tú mismo. —La voz grave y rasgada de Harriet rebotó en las paredes. Su dedo índice, como una falange sin carne ni piel, estaba señalando el ataúd, con una sonrisa socarrona dibujada en su mandíbula ennegrecida.

El pequeño Willmouse adelantó su cuerpo, y al hacerlo sus brazos y cabeza cayeron al suelo, inertes, excepto la cabeza que salió rodando como una bola de piedra hasta topar con una de las patas de la tabla más cercana al ataúd. Se escuchó un ruido seco. Algo se había roto en aquel impacto. El torso del pequeño perdió la estabilidad y se desplomaba lentamente hacia adelante, hasta chocar contra el suelo en un ruido carnoso. Las piernas se quedaron abiertas, como si apuntaran hacia las dos ventanas. Estaban sueltas. Pero lo más extraño de todo es que allí no había sangre. Era como si Willmouse fuera un relleno de papel.

El martillazo bajo el pecho de Mary había sido contundente, y un lacerante dolor le atravesó el cuerpo como un rayo. Eso no era nuevo. Ver rodar la cabeza de su hijo era ya algo que pertenecía al pasado. Sin embargo, vivió esos momentos como si fuera la primera vez.

Con toda su intensidad.

Con toda su perturbación.

—¡Willmouse! —El grito desgarrador de ella había sido succionado por las paredes, ya que no se produjo ningún eco ni respuesta por parte de estas. Se arañó la cara y sintió cómo un líquido caliente y dulce le recorría la cara hacia el mentón.

En ese mismo momento, la segunda silueta (es decir, la segunda mujer chamuscada) se irguió sobre la tabla en penumbras y la miró de forma fija. Esa cara la reconocía también. Era de su

hermana Fanny Imlay.

—¿Qué sucede, hermanita? ¿Algo va mal en tu jodida vida de eterna sufridora? ¿Tu jodido hijo ha hecho alguna de las tuyas? Espera y verás. —Entonces, de repente, empezó a reírse a carcajada limpia, que sonaron como ecos que provenían del fondo del lago de la Villa en la que empezó su relato Franquenstein.

—Algún hijo de la gran puta nos ha cosido todos los miembros después de desmembrarnos. ¡Mira! —A la luz de las velas de un candelabro que salió de la nada, le mostró las muñecas cosidas, así como los hombros, incluidos los pechos y el cuello.

De pronto, una mano arrastró a Mary Shelley y la hizo despertar de la pesadilla con la cabeza retumbando y el cuerpo empapado de sudor.

Ahogó un gritito con su puño.

En marzo de 1817, los Shelley se mudaron con Claire y Alba a Albion House en Marlow, Buckinghamshire. En un edificio grande y húmedo ubicado sobre el río Támesis, de ahí la humedad extrema que hizo enfermar en repetidas ocasiones a Mary. Allí Mary Shelley dio a luz a su tercera hija, Clara. Eso fue el 2 de septiembre.

Después de todo el proceso de la novela de Frankenstein, iba bien, y ahora la vida le habría brindado otra nueva oportunidad. Una hija, que venía a sustituir, de alguna manera, a su primera hija. En el siglo XVIII era muy normal que los bebés muriesen prematuros o cuando ya comenzaban a caminar. También era normal morir en un parto o morir joven. La muerte rodeaba a todos por igual y acechaba en cada esquina y rincón del mundo.

Era una vida penosa, pero llena de sentimientos, aunque frustrados; y sin lucha, no había salida. A Mary todavía le quedaba lo peor.

A principios del verano de 1817, Mary Shelley terminó Frankenstein, obra largamente acariciada y que fue publicada de forma anónima el 1 enero de 1818. Como había mucho trabajo de Percy en la obra, y además había escrito el prólogo de la misma, rápidamente los críticos y lectores asumieron que Percy Shelley era el autor.

—No podemos publicar esta obra bajo su nombre, señora Mary Shelley. La sociedad no la vería con buenos ojos, y no digamos de los críticos —explicó el hombre de espesa barba canosa, y regordete. Era alto, y su panza —sobre los huevos— parecía que estaba ahora sobre el borde de la mesa.

—Pero la historia es mía —dijo Mary, llevándose las manos cerca del cuello, como si fuera a arañarse.

Percy le tocó el hombro con suavidad.

—Ya sabes cómo funciona este pedante mundo, querida esposa —dijo sin más dilación.

—¡Esto es injusto! —Los ojos de ella estaban desorbitados, no por el miedo, sino por la rabia contenida. De haber podido, hubiera cogido a ese gordo de detrás de la mesa y lo habría estrangulado con sus propias manos hasta que la lengua se mostrara azul.

—Señora. Editaré su libro con el nombre de su marido, o lo dejamos en un seudónimo...

—¡Basta! —gritó ella con los puños cerrados. Se acercó a la mesa, que estaba desordenada de manuscritos, y la golpeó con uno de sus puños. La mesa vibró, y un manuscrito se desplazó hacia un lado.

Percy la cogió de los hombros.

—Mary, déjalo ya. Lo importante es que “Frankenstein” sale a la luz.

Finalmente, “**Frankenstein**” se publicó bajo los dos nombres en cuatro editoriales diferentes: Lackington, Hughes, Harding, Mavor & Jones y Gradifco.

La obra de Mary Shelley fue ampliamente difundida, y todos encontraron en ella el mensaje claro que quería dar, saliendo muchos imitadores que revivían a sus muertos con electricidad. Mary Shelley, sin embargo, —no satisfecha del todo— la reescribió en 1831. Pero la original era mucho más descarnada y dura.

Pero lo peor de todo estaba por llegar todavía para Mary Shelley, quien se sumiría de nuevo al

chantaje de la vida y al espanto de la muerte.

Mary Shelley estaba llamada a vagar sin rumbo por todo el mundo, y esta vez el destino fue Italia. Sin embargo, esta nueva residencia estuvo eclipsada hasta la plena oscuridad para Mary Shelley. En un momento muy crítico para ella, donde todo volvía a caerse cuesta abajo.

En dos años se derrumbó en la depresión de nuevo por el fallecimiento de sus dos hijos: Clara, en septiembre de 1818 en Venecia, y William, en junio de 1819 en Roma. Fue un duro golpe que le invitó a recordar ciertas pesadillas, y descubrió que en verdad había tenido una clara visión del futuro. Su vida era intensa, pero de emociones negativas que repercutían en su estado de salud, no así en su carácter, que seguía siendo una mujer soñadora; se centró en la escritura donde encontró consuelo, y de alguna forma se dejó arrastrar por la pena, como el agua de un río arrastra a los peces muertos.

—Percy. Mi hermana tenía razón. La vida es cruel. Ahora estoy infeliz como ella, y tengo dudas sobre mi continuidad...

—¡No vayas por ahí! —exclamó su marido cogiéndole de la mano y cortándole de cuajo la conversación. Sus ojos también estaban lagrimosos como los de ella, pero Percy tenía todavía algo de brillo en ellos, aunque aún vendrían más desgracias.

—Ya he dejado mi legado —dijo ella con voz pausada y sosteniéndose como podía, a pesar de estar sentada en una silla y con una pluma entintada entre sus dedos, que parecían negruzcos. Sus ojos estaban dilatados y tenía la piel pálida. Las arrugas hicieron acto de presencia y ya no deseaba tocar a Percy.

—Eso no es todo lo que te mereces —acució Percy, de rodillas ante ella. Su mirada era profunda y distante al mismo tiempo.

Una jodida rata atravesó en ese mismo momento el salón, como si allí no hubiera nadie. Sus ojos, como dos velas encendidas, pero más rojos —como ascuas—, otearon el habitáculo. Se detuvo, husmeó en el aire y se escondió deprisa en un agujero de la casa de Venecia.

—No quiero hablar más —rezongó ella, y ese fue el comienzo de un distanciamiento con Percy Shelley. Era septiembre de 1819, y ella no sabía que estaba embarazada de nuevo.

El siseo del agua removida por una pala en las calles de Venecia, empujando una góndola, entró por la puerta como un rumor de los muertos. Ella le llamaba depresión. Sucumbe a la muerte, y perecerás con ella.

El nacimiento de su cuarto hijo, al que le pusieron de nombre Percy Florence, (el 12 de noviembre de 1819) llegó como un regalo de la vida para Mary Shelley, que aconteció tal hecho para reconfortar su espíritu. Pero seguía recordando a sus tres hijos y lo haría hasta el final, como una vela que se consume lentamente hasta que la llama se apaga.

—Percy, ¡tenemos un nuevo hijo! —había exclamado ella, con las piernas abiertas y el bebé en sus manos. Lo sostenía en alto, lleno de sangre, grasa y líquido amniótico.

Para Percy, la vida había dado un simple paso más. Lejos de conocer su futuro, ahora era el padre de un hermoso hijo al que había besado con la sangre en sus labios.

—Es nuestro hijo y vivirá toda la vida. —Percy no se había esforzado en aquella frase, que era lo mismo que decir «te morirás dentro de un minuto». Resultaba una paradoja. Pero su hijo vivió

muchos años antes de descubrir el destino de su padre.

En el verano de 1822, Percy le había informado a Claire —la cual seguía viviendo con ellos— que su hija, Allegra, había fallecido por Tifus. Y Mary estaba de nuevo embarazada, sin saberlo todavía.

Y empezó a llorar desconsolada.

Ese inquietante olor a muerte.

“Frankenstein” revivió con una descarga de electricidad, y se convirtió en inmortal.

Ellos no.

Morían.

1822 fue el peor año para Mary Shelley, si es que hubo un año bueno para los Percy. Aunque estaba embarazada (y eso era un acontecimiento para estar contenta), la desgracia se cernió sobre ella, como la capa de un vampiro a punto de succionarle la yugular.

El 16 de junio (es decir, ese mismo verano) sufrió un aborto espontáneo. Mary Shelley empezó a sentir fuertes dolores en el útero, y apenas podía caminar. Resoplando, se levantó de la cama y se dirigió hacia el aseo, arrastrando los pies desnudos sobre el suelo de piedra.

Percy, como de costumbre, estaba roncando como un cerdo en su esquina de la cama. De lado, y los brazos colgando por el borde del colchón. Su comisura estaba llena de saliva, y parecía un esputo como el de un perro sediento.

El sol entraba ya en la habitación, iluminándolo todo con su brillante color espiga preparado para la cosecha. La lengua dorada se había extendido por el suelo, como una alfombra por la cual cruzó Mary mientras se apretaba el bajo vientre.

Las gotas de sangre mancharon aquella lengua dorada, como si fueran pinceladas de un pintor que se había mofado con su lienzo, con su trabajo errático, y no consideraba otra cosa que estampar la paleta de colores contra ella. A medida que caminaba, ahogando sus sollozos de dolor en profundas respiraciones, aquello se convirtió en un brote de sangre que le embadurnó ambas piernas, y dejaba tras de sí un reguero de sangre, como si un perro hubiera estado meándose todo el trayecto.

Salvo que era rojo, y el aire se embriagó de aquel dolor dulce que todos asociamos a eso: la jodida sangre, escandalosa y vital, para vivir.

Mientras llegaba al cuarto de baño, extendió sus manos para apoyarse en el cuadro de la puertral y repentinamente dejó salir un grito de dolor. Era como si uno de aquellos jodidos relámpagos de la Villa de Byron en aquel verano boreal le hubiese entrado por el culo y le hubiera atravesado en dos.

Percy parpadeó, y los rayos del sol hicieron el resto. Al escuchar el segundo grito de su esposa, levantó la cabeza como si esta hubiera sido empujada por un muelle y vio cómo, a su lado, toda la sabana era un reguero de sangre.

Su corazón desbocado —no por el amor de una poesía— cabalgó hacia el miedo y el desconcierto. Se irguió en la cama y se levantó desnudo. Lo que un segundo antes era borroso, ahora estaba claro. Su mirada buscó el rostro de su amada, a la que le ponía los cuernos: eso era amor libre.

—¡Mary! ¡¿Qué te pasa?! —Las paredes respondieron a su voz.

Por suerte, el cuarto de baño estaba en la misma habitación; de no ser así, Mary habría sucumbido a la muerte en un trayecto más largo, de eso estaba segura.

—Creo que no vamos a tener a nuestro hijo —susurró, presa de los incesantes dolores. Ella misma definió en uno de sus escritos cómo era un dolor de un parto.

A pesar de que sus palabras se las llevó el aire que entraba por la ventana, Percy logró escucharla y fue corriendo hacia ella con los brazos abiertos. «Como cuando se conocieron», pensó. Pero al cogerla de los hombros, se olvidó de esa imagen.

—¡Estás perdiendo mucha sangre! —gritó, pero ella estaba casi desfallecida y escuchó el grito como si fuera un murmullo, o el ronroneo de un gran gatazo sobre su cabeza.

Mary se desmayó.

En lugar de esperar a un médico, Percy la sentó en la bañera. Esta se llenó literalmente de sangre, y sus piernas casi flotaban en ella. Abrió el grifo del agua, y la dejó así hasta que regresó con hielo en sus manos. Con cierto nerviosismo, dejó caer los cubitos gélidos en el agua, y esperó sentado a su lado, mientras le acariciaba la cara tan pálida como un cirio.

—El hielo parará el sangrado, cariño. No te vas a morir. No ahora —lloriqueaba Percy, sentado sobre un charco de sangre.

Después de esto, tuvo tiempo de llamar al médico, y al regresar vio que Mary había abierto los ojos.

—¿Percy?

—Soy el médico, señora Shelley. Ha tenido usted mucha suerte en emplear hielo. Sino, habría muerto. Ahora tiene que recuperar mucha sangre, y eso que tiene ahí flotando... —Señaló un embrión casi formado, rosado y en forma de larva, que flotaba en el agua roja de la bañera, y añadió—: Tendrá que olvidarlo. Borrarlo de su mente.

Mary miró al feto, con los ojos desorbitados, y estuvo a punto de chillar, llorar o jadear, pero no pudo hacer nada de las tres cosas por la debilidad que la cubría.

Los días fueron pasando, y Mary Shelley estaba cada vez más deprimida y debilitada. Sabía que su esposo tenía un affaire; uno más (en este caso, con una tal Jane Williams) y se dio cuenta de que pasaba más tiempo con esa mujer que con ella y su hijo.

Pero lo peor estaba por venir.

Más muerte.

Mientras, “Frankenstein” sobrevivía, con su particular descarga eléctrica, en las estanterías de las librerías.

Mientras, Frankenstein, creado de la muerte, vivía.

La muerte acechaba de nuevo sobre la complicada vida de Mary Shelley.

El 1 de julio de 1822 Percy Shelley, un tal Edward Williams (que resultaba ser el marido de Jane, con la cual tenía un romance) y el capitán Daniel Roberts partieron en un barco con rumbo sur desde la costa de Livorno. Lo que al principio iba a ser un pequeño viaje de placer se complicó con una tormenta. Antes de partir hacia un destino desconocido y con el cielo azul lleno de pájaros volando en orden, Percy había hablado con Byron, con el cual se vio de nuevo para tratar de sacar adelante una revista radical, la cual se llamaría «The Liberal». El nombre lo decía todo.

—Será un éxito —dijo Byron, mientras observaba a las gaviotas del puerto de Livorno.

Percy se mostró todo sonriente, y esa imagen se quedó grabada en la memoria de Byron hasta su muerte.

—Seguro. Después de este paseo de relajación que voy a darme con unos amigos, volveré con nuevas ideas para la revista.

Byron le tocó el hombro.

Sería la última vez que lo viese con vida.

Tras varios días en altamar, el 8 de julio Percy y Edward Williams comenzaron el viaje de regreso hacia Lerici. La ruta establecida por su guía de dieciocho años de edad, Charles Vivian, hizo que se tropezasen con una fuerte tormenta.

—¡Dios santo! ¡Esto me recuerda al verano boreal, solo que es mayor! —había gritado Percy, todo empapado de agua—. El mar es terriblemente poderoso.

—¡No sé a lo que te refieres, pero esto es una tormenta en altamar y no creo que este barco resista por mucho tiempo! —gritó Daniel, el capitán—. Diseñé este barco para paseos con la mar en calma, no para esto.

Edward, empapado de agua y atravesado por una de aquellas olas gigantes mientras su mano estaba agarrada a uno de los mástiles, enarcó las cejas y supo que iba a morir.

Todos lo supieron y no querían ni imaginarse cómo era la muerte por ahogamiento.

—Señor, tengo miedo —recitó Edward resignándose. Otra ola le atravesó el cuerpo y casi lo arrastra con ella.

—¡Nadar es imposible! —exclamó Percy—. Solo se me ocurre que la asfixia sea rápida. Dicen que puedes estar sin respirar casi un minuto o quizá dos. Después se te llenan los pulmones de agua y estos dejan de funcionar. Espero que no sea muy doloroso. —La voz de Percy temblaba en un vibrato ajeno a él. Los truenos y los azotes de las olas ahogaban su propia voz, pero llegaron a escucharlo, y las caras de los demás se desencajaron.

No estaban preparados para morir.

Y las olas abrazaron al barco, dándole la vuelta sobre el mar embravecido, y empezaron a dejar de respirar, mientras sus manos se movían cada vez con más lentitud y sus piernas quedaban atrapadas por las corrientes de agua.

El primer trago de agua era terriblemente salada, pero se sintieron extraños al notar que fluía ya dentro de sus pulmones, y vino un segundo trago mientras los truenos eran confundidos con

explosiones muy lejanas. Debajo del agua, todo retumbaba de forma sórdida. Como si todo fuera absorbido por una gran pared.

Sintieron cómo la laringe se convulsionaba, y de sus bocas salían burbujas que desaparecían en la nada, mientras empezaban a sentir esa extraña sensación que un poeta era incapaz de describir por vez primera en su vida.

El ahogamiento.

Nunca alcanzaron su destino.

El 8 de julio llegó una carta a Villa Magni escrita por Hunt a Percy Shelley, en la que recogía las siguientes palabras: «Amigo Percy, te rogamos que nos escribas para decirnos cómo fue el regreso a tu hogar. Existen rumores de que os pilló una tormenta a la vuelta y estamos algo nerviosos ante tu nula respuesta y silencio».

Hunt era amigo de Byron, y también estaba interesado en la revista. Al escribir esta carta, sus ojos se nublaron de lágrimas, temiéndose lo peor. La intuición le decía que algo malo había sucedido, pero tenía esperanzas. Byron no dijo nada al respecto.

El hombre joven que le dio la carta a Mary se dio la vuelta y con la cartera de reparto colgando de su hombro, meciéndose como un péndulo, desapareció al volver la esquina.

Temblorosa, Mary rompió el sobre y sacó la carta de forma apresurada para leerla. Cuando estaba por la segunda frase, sus ojos se llenaron de lágrimas y su corazón palpitó en la punta de su lengua.

Apenas unos minutos después, Mary visitó a una amiga suya que vivía en el mismo barrio y le dijo:

—El papel se me cayó de las manos. —Estaba llorando y sus labios se retorcían como gusanos —. Me tembló todo el cuerpo.

Y ahí quedó la cosa

La amiga no dijo nada.

Después de esto fue a ver a Jane William, la esposa de Edward, y le dijo las mismas palabras, pero añadió:

—En la carta se habla de una tormenta, y pregunta cómo llegó a casa. Percy no está en casa. — Y los llantos de Mary se escucharon en toda Villa Magni.

Una hora después de esta confesión, Mary Shelley y Jane Williams fueron con desesperación en busca de sus maridos. Primero fueron a Livorno, no encontrando a nadie allí.

—¿Señor ha visto a un hombre alto, de buen ver, que iba acompañado por el capitán Daniel Roberts? —Los ojos de Mary, llorosos, habían olvidado incluso a su hijo y al moderno Prometeo. Sus manos estaban en posición de súplica, como si en Livorno cualquiera pudiera retener a una persona en contra de su voluntad.

—Sé que el capitán Daniel estuvo navegando por estas aguas, pero también creo que fue un día de tormenta. Desde entonces, no lo he visto más. Ni a él, ni ese hombre que dice. —El hombre de aspecto robusto tenía un sombrero del modelo *Deerstalker*. Parecía un detective privado. Sin embargo, solo era un trabajador del puerto.

Todo el mundo tiene manías.

—¡Ah! Está bien —respondió Mary, totalmente dubitativa y desconcertada. Aquel tipo era muy extraño.

—Seguro que estará muerto. Ese viejo lobo de mar morirá algún día en el mar. Si es que ya no está dentro de sus entrañas. —Aquel tipo parecía haberse reído de forma sutil, pero sus ojos brillaban como un poseído.

—¡Arrogante! —exclamó Jane, al tiempo que cogió del brazo a Mary y tiró de ella con impulsividad.

Después de este episodio un tanto perturbador, viajaron hasta Pisa, con la esperanza de encontrar a sus maridos vivos y no a un ser tan despreciable como ese tipo que llevaba un sombrero *Deerstalker* (que, por cierto, le sentaba fatal).

—No. Lo siento, señora, pero el capitán Daniel no ha atracado en este puerto. Hace ya días que no lo vemos por aquí. Creo que últimamente se había olvidado de que aquí también se puede hacer una parada para descansar. —El hombre flacucho y de cabello cano cerró los ojos, como si quisiera añadir algo, pero no lo hizo. Abrió los ojos y se quedó mudo, con una estúpida sonrisa dibujada en sus secos labios.

—¡Vámonos! —gritó Jane, y añadió eufórica y no para bien—: ¿En esta parte del mundo están todos chalados?

La depresión de Shelley se reflejaba en su rostro y sus ojos se iban apagando a medida que pasaron los días, mientras estaba esperando a que la puerta de casa se abriera y entrara Percy recitando un poema o dando explicaciones de por qué se había ido con otra mujer.

Prefería eso, antes que la muerte.

Diez días después de la tormenta, aparecieron tres cuerpos sin vida en la costa cercana a Viareggio. Este se encontraba a mitad de camino entre Livorno y Lerici. Entre los tres cuerpos estaba el de Percy y no fue reconocido por su rostro, sino por su ropa. Trelawny, que formó parte del diseño del barco con Daniel, Byron y Hunt, tuvo la decisión de incinerar el cadáver de Percy Shelley en la misma playa de Viareggio. Eso fue un acto espontáneo, y los rumores apuntaron a que no querían que Mary Shelley viera lo deforme que había quedado su marido. La piel blancuzca, arrugada, y amoratada en algunas partes, donde los pescados habían dejado sus dentelladas.

No tenía lengua, y los ojos eran tan blancos que parecía un poseído.

A mediodía, su cuerpo ya estaba totalmente ennegrecido y se había consumido gran parte de su piel, venas y órganos internos. De la negrura, asomaban los huesos tan blancos como los copos de nieve, que apuntaban a un cielo encapotado y con ganas de llorar.

Alertada de dicho descubrimiento, Mary Shelley se empeñó en desplazarse a Viareggio. Shelley tenía muy buenas amistades que la ayudaron desplazarse hasta el lugar.

Bien entrada la tarde, y avanzando hacia la noche, en el cielo resplandecía una gran luz rojiza, que perfilaban unas nubes negras que se retiraban junto al sol, en el infinito del mar, ya que parecía que se escondía allí por las noches. El mar estaba tranquilo y no había marea. La poca espuma que se formaba en la orilla era apenas advertida por ninguno de ellos, que velaban alrededor de lo que quedaba de Percy.

Aún en llamas, Mary pudo ver el contorno de aquel rostro alegre y golfo de su marido. Ahora eran huesos blancuzcos y ceniza cubriendo todo su cuerpo, que ya aparentemente no existía. El corazón de Mary quiso saltar al cuerpo incendiado de su marido y consumirse dentro de él.

—Percy. Me has dejado tú el primero —dijo Mary, con los ojos hinchados de tanto llorar. Sus rasgos bellos habían sido sustituidos por las arrugas del dolor.

—Mary, no sabes cuánto lo siento —acució Byron, mirándola fijamente a los ojos. Se había acercado a ella y le había puesto la mano sobre su hombro que parecía helado de muerte.

—¿Por qué lo estáis incinerando?

Byron tosió un poco.

—Porque no queríamos que lo vieses tal como lo encontramos.

—Dame detalles de cómo estaba —le retó Mary apretando los dientes, con tal fuerza, que se escuchó el rechinar de los mismos.

Byron se alejó de ella, retrocediendo sobre sus pasos que se hundían en la arena.

—No puedo, Mary. Estaba horrible. Ahora ni siquiera puedo casi recordarlo. Piensa en él como si estuvieras despidiéndote el último día que lo viste.

—¡Quiero saber si estaba hinchado, si mantenía sus tripas en su lugar, si tenía mordiscos de los peces o si estaba purpúreo! —espetó ella con los puños cerrados y haciéndose daño en las palmas de las manos con sus largas uñas, que se clavaban por momentos.

—No digas tonterías —rezongó Hunt, desde el otro extremo del cuerpo ardiendo de Percy. Su silueta danzaba con el resplandor del fuego.

—¿Tenía ojos? ¿Los tenía abiertos? ¿Cómo estaban sus labios? —insistió Mary, acercándose más al cuerpo de su esposo.

—No tenía casi nada —dijo Trelawny con voz rasgada.

Ella lo miró de refilón y dijo:

—Está bien. Lo escribiré así en sus memorias.

Todos se quedaron estupefactos.

Y el cuerpo siguió ardiendo con la ayuda de más leña, hasta que el sol se ahogó en el mar y en su lugar, algo redondo y blanco reflejaba su mezquina luz sobre la arena de la playa.

Cuando regresó a la mañana siguiente, y cogiendo antes con su mano un puñado de cenizas (en un cuerpo que había sucumbido al poder del fuego), le dio un beso largo y profundo, y se dedicó a escribir la biografía de su esposo bajo la más deprimente forma de sentir las cosas. Fueron sentimientos encontrados, alegrías, tristezas, imágenes que se fundían delante de sus ojos, y olores que le recordaban permanentemente a él.

El destino quiso que fuera ella quien escribiera sus memorias, empezando por aquel día de verano, que a sus dieciséis años, le dijo: ¿Quién dice que no tengo edad para amar?

Y lloró desconsolada.

El tiempo fue pasando, como las agujas del reloj frente a los bordes de la carcasa, y Mary Shelley se refugió en la escritura. Ahora, sus palabras eran versos de dolor y tristeza. A menudo, enferma desde el año 1839, empezó a tener fuertes dolores de cabeza.

—Tienes que ir al médico, mamá —dijo un jovencuelo Percy Florence Shelley.

Ella asintió con la cabeza, pero sus ojos cerrados la delataban. No quería que el médico la reconociera. Ella sabía que todo era producto de una vida llena de emociones y creaciones.

Y quizá, el principio del final.

Después de todo, hay un final imposible de evitar.

Siempre hay un final

—Hijo. No es nada. Estos dolores de cabeza son producidos por mi energía depositada en mis creaciones literarias. Me preocupo mucho de las historias.

Percy Florence le cogió la mano, extendiéndola con suavidad. El sol entraba por la ventana, produciendo varias lenguas brillantes y bronceadas en el suelo, debido a los marcos de la propia ventana. El aire era denso y casi pegajoso. El calor habitaba fuera de la casa y el agua se evaporaba hacia un cielo azul infinito.

—Sí, pero no estaría mal que visitases a un médico —insistió su hijo.

—Mientras no sangre por las orejas y los ojos, no pasa nada —bromeó ella tirando de la mano de su hijo—. Eres lo único que me queda, y mis obras.

—¿Todavía echas de menos a papá, verdad? —Los ojos de Percy Florence estaban fijos sobre los de su madre. Vibraba de emoción. Tenía deseos de descubrir qué era lo que le pasaba por la cabeza a su madre, a menudo con menos sonrisas dibujadas en sus preciosos labios.

Ella asintió con la cabeza.

—Y a tus hermanos, Percy. Los echo de menos a todos. —Sus ojos empezaban a lagrimear.

—La vida sigue.

—Y la muerte también, hijo. La muerte también.

Percy Florence se quedó helado, y pensó que su corazón se había detenido en ese mismo instante. Después de unos segundos de incertidumbre, sintió su pulso retumbar en su cabeza.

—No digas eso, mamá.

Pero Mary Shelley miró hacia un lado. Un dedo del sol le acarició el rostro por el perfil. Seguía siendo bella. Y el calor se apropió de ella.

De repente, un lacerante dolor le atravesó el cráneo, e hizo una mueca como la de un payaso. Sus ojos bizquearon y su boca se quedó abierta, mostrando una lengua engarrotada cerca de la amígdala.

Percy Florence saltó en alarma.

La abrazó con fuerza y empezó a llorar como un niño.

—¿Qué te sucede, mamá?

Ella se convulsionaba entre sus poderosos brazos, hasta que se quedó inmóvil, y de su garganta salió un ruido parecido a un graznido.

Los dedos del sol dibujaban tiras rectas de bronce en sus cuerpos. Era como si esos dedos,

convertidos en lazos, quisieran abrazarlos también.

—Per...

—¡Ahora mismo voy a buscar al médico! —exclamó Percy Florence, con tanta intensidad, que los tímpanos de su madre tintinearón en sus cavidades.

Mary Shelley acababa de sufrir su primera parálisis facial.

—Debe guardar reposo absoluto —explicó el hombre de gran barriga protuberante y mostacho blanco. El médico.

Mary Shelley se encogió de hombros.

—¿Qué tiene mi madre? —preguntó Percy Florence, con los ojos muy abiertos y la tez pálida.

—Ha tenido una parálisis. Creo que se recuperará, pero durante algún tiempo no podrá mover bien el cuello. —El hombre obeso y trajeado estaba cerrando su maletín marrón, donde había todo tipo de «cosas raras» que brillaban incluso en la penumbra. Tenía algo colgando de su cuello.

El estetoscopio de doble campana.

—¿Y todo eso lo ha sabido con ponerle en el pecho ese artilugio? —Percy Florence lo señaló con su índice titubeante.

—Haz caso al doctor —dijo Mary, postrada en la cama.

Su hijo quería saber la verdad.

—De momento, esto es todo. Ahora, si me lo permiten, tengo más pacientes que atender...

—¿No le da medicamentos? —Le interrumpió Percy, con los ojos muy abiertos.

—De momento, no.

Aquel hombre sebososo y bajito cogió su maletín y salió de la habitación.

—Si vuelve a suceder algo parecido, llámenme de nuevo. —La voz de aquel hombre, que caminaba lento y con cojera, se debilitaba a medida que atravesaba el pasillo, largo y húmedo.

—¿Es que puede repetirse? —Percy estaba desconcertado o, quizá, dubitativo. Había más adjetivos que lo señalaban en esos momentos.

Se escuchó el golpe seco de la puerta al cerrarse.

Ninguna voz respondió en las paredes de toda la casa.

Y con el tiempo, regresó.

Las continuas parálisis no permitían a Mary Shelley retomar el arte de escribir, o sencillamente, leer. Los dolores de cabeza eran atroces e impugnables. Percy Florence dibujaba un rostro cada vez más serio, que casi no se proyectaba en los espejos. Ella no brillaba ni debajo de los rayos del sol. Constantemente tenía frío.

Estaba delimitada, y pronto vio el final de toda esta historia.

“Frankenstein” erigiéndose sobre la tabla astillada.

¡Tenía tanta vida!

Percy Shelley tenía la mano extendida hacia ella. Su silueta brillaba con algún tipo de aura, pero su rostro era hermoso y tenía una sonrisa muy abierta. Se le veía feliz.

—Amado mío, has vuelto —dijo una moribunda Mary Shelley. Estaba en la cama, erguida y apoyada con el reposa cabezas. Su mano también estaba extendida.

Su hijo frunció el ceño, y una lágrima se dejó rodar por su mejilla hasta caer en el suelo sin hacer ruido alguno. Dos ratas, que estaban ocultas en una viga del techo, parecían discutir el destino de Mary Shelley, a juzgar por el movimiento de sus pequeños hocicos y sus grandes bigotes. Brillaban allá arriba como dos demonios.

Pero Mary Shelley veía a su amado.

—Querida Mary, te estamos esperando todos. Willmouse está inquieto. Clara. William. Harriet. Todos te estamos esperando. Hay vida, ¿sabes? —La voz de Percy Shelley era suave, como la brisa del mar.

—¿Mamá, que te sucede? —preguntó Percy Florence, acercándose rápidamente hacia ella. Le tocó la mano y la notó caliente. Abrió más los ojos y el corazón se le aceleró—. Voy a llamar al médico, mamá. Tienes fiebre...

—Tu padre está aquí —le interrumpió ella, con una sonrisa dibujada en sus secos y agrietados labios. Era la primera sonrisa que había visto Florence desde hacía muchos años.

—Estás delirando, mamá —dijo su hijo. Ahora eran sus dos ojos los que estaban inmersos en profundos pozos de lágrimas que pugnaban por salir.

—Y tu “Frankenstein” también está aquí. En realidad, nunca murió desde que lo concebiste —explicó Percy Shelley, sin dejar de mostrar su mano con los dedos extendidos.

El sol brillaba en su cogote, y detrás de él Mary podía adivinar los rostros de sus hijos.

Y la cabeza cosida de “Frankenstein”.

—Es tu padre. Y tus hermanos también. Están todos, incluida mi creación. —De repente, se había quedado sin palabras, pero su sonrisa había aumentado en el estiramiento de sus labios. De la piel de sus pómulos. De su alisada frente, y su cabello pareció brillar como cuando era joven.

—Mamá, ¿no puedes estar viendo eso! —Florence se echó a llorar sobre su hombro a moco tendido.

El sol los iluminaba a todos.

Era agradable.

—Querida esposa. Ha llegado el momento de partir. El viaje es corto. Ya no te dolerán más los miembros del cuerpo. No te dolerá el corazón. Has creado una obra maestra y me siento muy orgulloso de ello.

Mary Shelley mantenía sus ojos bien abiertos. Unos ojos azules que empezaban a parecer blancuzcos. Estaba sudando copiosamente, pero su corazón apenas se sentía en la muñeca. En su cuello. En su mente.

—Me voy contigo —anunció Mary, irguiéndose más en la cama.

Florence estaba ahora sobre la almohada, secándose los mocos. Su llanto esta vez sí respondió en las paredes. Ella se iba, y esta vez parecía de verdad.

—Ven. —La sonrisa de su marido era hermosa. Los rostros de sus tres hijos eran hermosos. Su criatura era hermosa.

—¿Recuerdas lo que te dije antes de salir contigo? —Los ojos de Mary destellaban ahora.

Percy Shelley hizo un ademán con la cabeza, tocando ahora los dedos de ella. Había nacido una chispa. Como la electricidad de un rayo, pero amortiguada por el amor. Había ternura en su viaje al final.

—Te dije: imaginé este libro allí. La idea se me ocurrió justo debajo de los árboles que rodeaban la casa, y sobre la tumba de mi madre. Entonces papá era otra persona.

Mary Shelley creó una vida llamada “Frankenstein, pero ella murió. En el diario que nadie leyó estaba el secreto.

Fue el 1 de febrero de 1851. A los cincuenta y tres años de edad.

Tenía un tumor cerebral.

Y simplemente se fue.

Y cuando lo hizo, las manos largas y suaves de Percy Shelley se convirtieron en unas rudas y ásperas manos, cosidas por los dedos. Era su vida.

Frankenstein.

FIN

Principales personajes:

Mary Godwin. Protagonista. También llamada Mary Wollstonecraft Godwin o Mary Wollstonecraft Shelley.

William Godwin: filósofo y político. Padre de Mary Godwin

Mary Wollstonecraft: primera mujer de William Godwin, madre de Mary Godwin Louisa Jones: enfermera y ama de llaves.

Percy Bysshe Shelley: poeta (además de romántico y filósofo)

Harriet Westbrook: mujer de Percy Bysshe.

Mary Jane Clairmont, una suiza ginebrina con quien el viudo Godwin se había casado en 1801

Charles y Claire: hijos de Mary Jane Clairmont.

William Godwin Clairmont: hijo de William Godwin y Mary Jane. Hermanastro de Mary Godwin.

Familia disidente del radical William Baxter.

Lord Byron.

Vocablos en notas al pie:

Plagoso: Vocablo de uso poco frecuente. Se entiende por plagoso el que hace y origina una llaga, absceso, lesión, herida, úlcera o postilla.

Broncíneo: Parecido al bronce.

Deslavazar: Desordenar.

Tirajo: Despectivo de tira de papel, tela, etc.

Pedernal: es variedad del cuarzo. Se compone de sílice con muy pequeñas cantidades de agua y alúmina. Es compacto, de fractura concoidea, translúcido en los bordes, lustroso como la cera y por lo general de color gris amarillento más o menos oscuro. Da chispas al ser golpeado con otro pedernal o un eslabón.

Gaguear: Hablar de forma entrecortada y repitiendo las palabras, sílabas o sonidos.

Vejiga: vasija de piel utilizado para contener cualquier clase de líquido

Ectoplasma: A finales del 1800 y principios de 1900, se creía que el ectoplasma era una manifestación física de los fantasmas del mundo espiritual. Es un fluido etérico semimaterial que supuestamente emana de los médiums durante el trance.

Erasmus Darwin: Nacido el 12 de diciembre de 1731, falleció el 18 de abril de 1802. Británico. Estudioso del lenguaje humano. Fue médico, naturalista, fisiólogo, filósofo. Escribió profusamente sobre temas de medicina, de botánica, además de libros de poesía. Fue uno de los miembros fundadores de la “*Sociedad lunar*”, un grupo de discusión de industriales y filósofos de la naturaleza. Abuelo paterno de Charles Darwin, fue uno de los defensores pioneros del evolucionismo.

EL HOMBRE DEL LÁUDANO

El pequeño Edgar correteaba entre las tumbas bajo un cielo encapotado. Las primeras gotas de la frenética lluvia empalagaron su anillado cabello oscuro, pero él seguía con su dedo índice dibujando las fechas de defunción de las susodichas lápidas; y lo encontraba divertido. El muy descosido se reía mientras trataba de memorizar todas aquellas fechas de defunción y, al hacerlo con tanta fuerza, la vejiga le jugaba una mala pasada: humedeciéndole la entrepierna. El enterrador (un anciano de aspecto tétrico llamado Anders) acababa de esconderse —arrastrando sus huesudos pies— en lo que parecía un *Santuario* plantado en el centro del cementerio, donde ahora alguien montaba un jolgorio sobre el silencio de los muertos.

Corría el año 1814 en Boston y la lluvia era igual que cien años antes, cuando su bisabuelo paterno, John Poe, emigró de Irlanda a Estados Unidos en pleno siglo XVIII. Ese hombre conoció a una bella mujer inglesa, se enamoró, la quiso y se casó con ella para formar una familia numerosa. Él creía y deseaba ser parte de una familia de ascendencia noble: ¡Qué bien sonaba eso! Pero con sus diez hijos, lo que consiguió fue ser granjero.

Edgar desconocía —mientras memorizaba aquellos números tallados en piedra— qué le depararía el destino, y en cuántos riachuelos debía nadar hasta llegar a su final trágico. Pero el miedo no iba con él y, aunque ya sabía lo que era la muerte, solo quería imaginar que formaba parte de una vida en donde dicen: “*que los románticos han muerto y los poetas desaparecen*”.

El cielo rugió: como si algo oculto y colosal —como un Dios imaginario de su mente enfermiza— hubiera estornudado justo encima de las nubes, cuyas caras se contrajeron ante una brillante luz que superaría la del sol. Después de esto, parecía como si dos *titanes* chocaran sus espadas y saltaran unas largas chispas que alcanzaban el suelo como dedos torpes, pero certeros.

Un árbol —no muy lejos del cementerio— cayó al suelo tras la elevación de un humo grisáceo. Entonces, los ojos de Edgar se habían dilatado; y, evidentemente, creía *que los románticos morían*. Imaginó que allí habría algún corazón tallado con algún nombre. *Era la magia del amor y el fin de los poetas*, cuyos corazones habrían dejado de latir.

Solo quería imaginar y olvidar sus pesadillas. Apoyado con una mano de dedos frágiles sobre una lápida, sentía el tacto áspero de los números y, casi sin esfuerzo, podía adivinar de qué números se trataban.

—Once —susurró tras el estruendo, y rompiendo el silencio absurdo que queda tras un rayo— “Fecha de defunción: El once del...”

Y el cielo lloró de nuevo.

Sus cinco años (dos años menor que su hermano William Henry Leonard) le daban la cordura para comprender: que aquello que había bajo el musgo, la tierra y el agua no le iba a coger del tobillo con una mano helada y grisácea. Ellos y ellas habían estado vivos, y ahora habían ido al lugar donde papá había desaparecido. Y su corazón se encogió dentro de su pequeño pecho cuando recordó lo pálida que estaba su madre antes de mirarle a los ojos; y, después, a la muerte. Eso fue en 1811, víctima de la tuberculosis. Palabra que, aunque no deletreaba muy bien,

comprendía de qué se trataba.

—Mamá..., ¿a dónde vas? ¿Qué ves? —le había interrogado cuando ella exhalaba su último aliento.

—Veo a tu padre —balbuceaba ella; y con la mano extendida, tocando un rayo de luz invisible para los demás (que la bordeaban en la cama), añadía—: Veo mucha luz.

—Pero ¿esa luz es de verdad? ¿Ves a Dios?

Y ella apoyó fuertemente la cabeza sobre la almohada de paja, con una grotesca mueca dibujada en sus labios; mientras, sus ojos se habían quedado abiertos, como los de un cuervo: vidriosos.

Y el pequeño Edgar se quedó con el retrato de su madre apretado contra su afligido pecho. Su hermano mayor estaba sencillamente sentado en un lado de la habitación, sobre un taburete destartado. A su hermana Rosalie, un año menor que él (lo estaba recordando todo sentado al lado de la lápida), le correspondió un joyero vacío, donde, según Edgar: «El alma de mamá estaba dentro».

Poco tiempo después, sus papás ya no eran ni David Poe (quien les abandonó un año antes) ni Elizabeth Arnold Hopkins. Desamparados, los hermanos fueron recogidos en distintas familias: William con su abuelo (con quien ya vivía anteriormente); Rosalie con la familia Mackenzie y Edgar en Richmond, con la familia Allan. Sí, ambas familias caritativas les conocían muy bien, porque eran vecinos, pero Edgar no encontró el mismo calor que necesitaba, marcándole para siempre Aunque su padrastro compartía las lápidas (él como un negocio); el pequeño, como una curiosidad morbosa.

—Solo tenía veinticuatro años —murmuraba Allan, y Edgar se contenía en sus sentimientos: dando impulsos severos durante las noches en forma de pesadillas crueles.

—¡Pequeño! ¡Te vas a resfriar! —le despertó el grito de Anders tras salir de su guarida con una extraña vestimenta.

Edgar reaccionó como si hubiera sido impulsado por un muelle y sus dedos dejaron de sentir los bordes de aquellos números. El de su mamá no estaba allí.

Y el cielo imploró una vez más: un estruendoso trueno que hizo vibrar el suelo. La caótica lluvia —casi empalagosa y mohosa en el olor— llenaba todos los poros del pequeño, hasta que su ropa se convertía en una esponja hinchada.

Le pareció ver a un enorme cuervo entre la pantalla de agua, que se acercaba con el pico abierto y oteándolo con unos ojos oscuros, enormes y profundos.

—Señor, no estoy haciendo nada —acució Edgar con los ojos entornados y el cabello fuera de sí, casi deslavazado, como miles de extensiones que se aplastaban en un cráneo excesivamente abultado en las sienes, como si de allí pugnara por salir unas jodidas ratas en silencio.

El hombre, que parecía furibundo por su aspecto, movió su pie derecho sobre las olas del riachuelo que navegaba bajo su bota. Su cara, con prominente mandíbula y labios anchos, casi le atraían al pequeño Edgar: porque nada era más perfecto que aquel rostro para dejar caer los ataúdes en las fosas mientras escupía sobre ellas.

—Chico. Estás empapado —vociferó aquel hombre larguirucho. Se podía escuchar el chapoteo de sus botas sobre el prominente ruido de las gotas de la lluvia. El cielo se iluminó, y las lápidas mostraron su cara oculta como la luna—. Además, ¿qué narices haces aquí? —Su voz grave respondió en aquellas piedras.

—Na... nada señor —exclamó tartajeando el pequeño Edgar. Ahora estaba sentado o casi flotando sobre una balsa de agua e hierba que se asemejaba a las algas del mar, como largos

dedos atrapándole para hundirlo en las profundidades.

—Pequeño, entra en casa o te morirás de frío —ladró aquel hombre que ya le había alcanzado. Era flaco, pero lo que le envolvía —un chubasquero de pescador tan negro como el culo de una marmota— le hacía parecer algo obeso. Sus ojos eran oscuros y estaban vacíos de felicidad. Su nariz era larga y puntiaguda. Las cejas se enarcaron en el momento que se agachó—. ¿Desde cuándo estás aquí? No te he visto nunca.

Edgar movió la mano como si le hubiera picado una avispa.

—Casi todos los días, señor Anders.

El hombre mostró un rictus casi babeante.

—Ahhh, de modo que sabes mi nombre, ¿eh?

Sus dedos se acercaron al delgado brazo de Edgar y lo rodeó con sus largos dedos.

—Sí. Pues claro. —Aquella vocecilla sonó por encima de la lluvia y un cuervo le miró con la cabeza ladeada desde lo alto de una cruz de roca verduzca.

—Cógeme la mano —dictó el hombre que estaba en cuclillas.

Edgar extendió la suya.

—¿De verdad es una casa eso que tiene aquí dentro del cementerio? ¿No hay muertos dentro?

El hombre plasmó una leve sonrisa en su rostro convertido en una catarata. Tenía una especie de capucha asomando por la parte superior de la cabeza.

—Los muertos no están dentro de casa, sino que están debajo de estas malditas losas. —Enmudeció unos segundos, dejando paso al ruido incesante del goteo de la lluvia y añadió—: Ellos están jodidos a dos metros bajo tierra. Siempre será así.

Edgar lo miró desconcertado. Su cabello estaba cada vez más aplastado y sus ojos se abrieron más, como el sol en un día de verano.

—¿Por qué dice que están jodidos? ¿Mi mamá está jodida?

Anders cabeceó.

—¿Tu madre está enterrada aquí?

Aquello se parecía una conversación surrealista y el pequeño sintió como si algo aporrease la tapa de su pecho: «DESPIERTA PEQUEÑO», decía una voz en su interior.

—No lo sé.

El cielo se rasgó en tres esta vez, y el rayo dibujó una forma caprichosa en el firmamento. En el tiempo que duró la luz cegadora, se pudo ver los mofletes de las bajas nubes. Era como si estuvieran cabreadas y soplaran con tanta intensidad que odiaran a la tierra.

—Bueno, a lo mejor he dicho algo que debería haber callado. Lo siento, hijo. —La mano de aquel vejestorio, que tenía un aliento a podredumbre, se posó sobre la cabeza de Edgar, quien cerró los ojos momentáneamente.

—No. No ha dicho nada malo. Solo que no sé dónde está mi mamá —replicó el pequeño, una vez había abiertos sus grandes ojazos.

Anders agachó la cabeza, como si de repente hubiera visto algo interesante sobre la bolsa de agua; quizá una rata flotando.

—Deja eso en paz ya, hijo. —Y su mano apretó ahora el cuello del crío.

—¿No me va a preguntar qué hago aquí, señor Anders?

Edgar miraba al cielo con ojos blancuzcos. Miraba esa tez oscura del hombre con barba rala.

—Eso es lo primero que he hecho, y me has dicho que nada. —Anders quiso sonreír un poco, pero no era ese tipo de abuelos con la estúpida sonrisa de un payaso plasmada en su rostro. Su mirada era profunda, y su cara todo un poema que recitaba los versos del cura cuando bajaban el

ataúd a la fosa.

—Sí, eso es verdad, pero le voy a decir lo que estoy haciendo aquí...

—Vale, está bien —le cortó la voz rasgada del enterrador. Se disponía a coger a Edgar de un brazo para levantarlo entre quejidos y crujidos de huesos húmedos.

Edgar se erigió sobre la tumba como si una rata le hubiera mordido el culo.

—Siempre vengo aquí. Bueno, siempre que puedo. Mi hermana Rosalie no quiere acompañar...

—¿Tienes una hermana? —le interrumpió de nuevo aquel hombre ya incorporado con un dolor en los riñones. El agua se deslizó como un manantial sobre la superficie del chubasquero y pensó que si toda esa agua, que parecía un torrente, habría calado en aquel niño: al día siguiente este estaría muerto.

—Sí. Es más pequeña que yo, pero vivimos separados.

Anders tiró del chico y empezó a moverse lentamente sobre el lago cubierto de hierbas, que se movían como miles de tentáculos pintados como la piel de las ranas.

—¿Y por qué quieres que venga tu hermana a un lugar como este?

Edgar le miró de soslayo y mostró unos labios casi sellados, que pronto se abrirían como una herida fresca. Desgarrándose en medio de la carne y los tejidos.

—Para que me ayude a memorizar todas las fechas de defunción.

Anders se detuvo en seco, como si un rayo le hubiera atravesado todo el cuerpo. Sintió cierto oscuro sentimiento de sensatez que se contrariaba a lo que había escuchado. Para él, aquel pequeño era toda una sorpresa y hablar con él: todo un descubrimiento antagónico.

—Eso no está bien —dijo, sin más. Y siguió el trayecto entre las tumbas hacia su guarida. Edgar le clavó la mirada y su mano era sostenida por una más grande de dedos huesudos y fríos—. No debes decirlo por ahí porque te tomarán por algo que no eres.

—¿Y qué se supone no soy?

Anders siguió tirando de él con suavidad.

—Lo voy a dejar como una anécdota.

—No. No es así —bramó el pequeño—. Soy capaz de memorizar todas las fechas y convertirlo en un juego en el que todos los números están cifrados. Me gusta la criptografía.

Anders se detuvo de nuevo, y el chapoteo cesó. Empapados hasta los huevos, lo miró fijamente e insistió:

—Pequeño, no debes hacer eso, y... ¿cómo has dicho que se llama eso? ¿Qué diantres, has querido decir?

La sonrisa burlona de Edgar apareció en su rostro, iluminado por la inteligencia contenida en un cerebro aún en modo de aprendizaje.

Edgar era un tanto extraño.

—Da igual. Nunca lo entenderías —replicó con entereza el pequeño, tirando ahora de la mano del anciano enterrador.

En un extremo del cementerio, el cuervo seguía observándoles bajo la manta de lluvia; y, algo más cerca, había un gato dibujado en una silueta (porque era negro).

Y le faltaba un ojo verduzco.

—Vienen tiempos difíciles —aseguró John Allan, el padrastro de Edgar—. Todos mis negocios se están hundiendo. Solo las lápidas me sustentan. El tabaco, los tejidos, mis té y cafés, vinos y licores, caballos..., e incluso los esclavos escasean. Todo para nada. —Tras terminar con su tormento, dio un puñetazo a la mesa, que hizo que los cubiertos saltaran como sapos.

Frances, su mujer, lo miró de reojo. Estaba acostumbrada a su mal humor y pedantería. «Era un día más», pensó. Y dijo algo:

—Siempre te quejas, y al final todo va bien. —Consciente de ello, Frances se sentía dolida con todos los negocios de su esposo. Sobre todo cuando se trataba de negociar con esclavos. Pensar en ello le hacía sentir como si una estaca se le clavara en el corazón y lo atravesaba sin piedad.

—Y encima el crío ese siempre anda por ahí jugando, como si el mundo fuera maravilloso. Me da asco verlo. ¿Sabes que no lo puedo ver? —Los labios de John se arrugaron como dos gusanos retorciéndose de dolor—. Nunca debimos adoptarlo.

—No está adoptado. Solo lo tenemos en casa como un invitado —se quejó ella mientras ponía ordenadamente los cubiertos alrededor del plato.

—¡Claro que no! —exclamó él, golpeando de nuevo la mesa—. ¿Acaso crees que voy a adoptarlo formalmente?

Frances le miró a los ojos y vio crueldad en ellos.

—Edgar es hijo mío desde que entró en esta casa, ya que tú no me has dado ningún hijo —espetó ella con cara sombría. Estaba de pie justo detrás de la silla que la separaba del borde de la mesa.

—¡Tú eres la que no me has dado hijos! —gritó él con los ojos inyectados en sangre—. Ese mocosito no es digno de ser tu hijo. Lo estás mimando demasiado...

—¡Cállate! —le cortó ella, y con la mano derecha zarandeó la silla, que se quejó de forma estrepitosa sobre el suelo de madera—. Siempre fuiste un grosero y un mezquino. No tienes compasión.

John apretó los dientes hasta rechinar.

—Tengo que decirte, esposa mía, que no me levantes más el tono de la voz —dijo con suavidad y de forma paulatina, como si contara cada consonante y vocal. Su voz —lejos de ser grave— sonaba como una chicharra, y las paredes de aquel comedor no respondían más que con un sordido silencio.

Frances apretó los puños.

Y en ese momento apareció Edgar: todo empapado y con los ojos desencajados.

John lo miró como un mocosito de mierda.

Esa noche Edgar soñó.

Mientras, el viento aullaba fuera de la mansión, como un lobo aupado en las esquinas y el morro apuntando a una luna llena: mezquina y sombría. Las sinergias de los sueños rasgaron su cerebro en dos; y su corazón palpitó durante lo que fue: una pesadilla en toda regla.

Anders aparecía de la nada, bueno, de la oscuridad, con los brazos abiertos. Estos eran tan largos que podía tocar con sus finos dedos todos los números de las lápidas, y entonces escuchaba cómo una especie de crujido se erigía hacia un cielo gris.

El cabello rizado de Edgar se ponía de punta como escarpas y sentía un fuerte escalofrío en todo su cuerpo, a pesar de que no llovía. Sin embargo, el aire era empalagoso, mohoso y húmedo. Sudaba. Sentía cómo sus piernas habían perdido todas las fuerzas de sus músculos. Estaba tan intacto como una estaca clavada en el suelo, pero su corazón le latía desaforadamente. Y aunque también sentía un hormigueo en la cara, creía estar despierto del todo. Sus ojos bailaban dentro de sus cuencas.

Y el gato estaba allí.

Mirándole con su único ojo, sobre una lápida, y el rabo apuntando al cielo. Era de color negro, quizá azulado, o a lo mejor grisáceo. No lo sabía a ciencia cierta, porque todo eran siluetas nacidas de las sombras que se movían como espíritus errantes.

Estaba en el cementerio.

Y más allá (en el fondo del todo) había un péndulo afilado que marcaba su ritmo de forma lenta y officiosa, cortando el aire. Ese corte producía un silencio atroz al mismo tiempo. Sus oídos se habían vuelto sordos, pero sentía el zumbido en ellos. Era tan extraño como mear hacia atrás. Un sonido sutil, pero tan jodido como el aleteo de una maldita mosca en el tímpano.

Era una guillotina, y sobre esta había un reloj rojo que marcaba solo los segundos, con su particular tictac que resonaba en todo el cementerio. Una densa y espesa niebla le rodeaba a él, a Anders, al gato y... al jodido cuervo.

Era tan grande que podría ser confundido con un avestruz, pero los avestruces no tenían esa mirada picarona.

—¿Qué haces aquí, Edgar? —había preguntado el señor Anders, quien se mostraba con una cara diferente, quizá más acusadora. O, a lo mejor, más siniestra. Era como el tipo que lleva un hacha en la mano y te mira de reojo el cuello.

Edgar no contestó.

Claro que no. Era una jodida pesadilla, y sus cuerdas vocales se habían liberado de su garganta, de modo que no emitió más que un ruido grotesco, pero casi inaudible.

—¿Cuentas las fechas? ¿Y qué haces con ellas? ¿Las sumas? ¿Descubres cuándo será tu muerte? ¡Ohhh, sí!, ahora que recuerdo: a tu madre la enterré yo. Recuerdo el gran escupitajo que dejé volar sobre la tapadera del ataúd. Ese día no llovía, ¿sabes? Nevaba. Y hacía un frío de mil demonios, por eso dejé el trabajo para el día siguiente. Sí, recuerdo que los cuervos habían picoteado la caja de madera. Una mierda de caja. Yo creo que se coló más de una rata dentro de ella. Y solo pude enterrarla con la nieve. De modo que podría decir que ahora es una momia

ennegrecida y acartonada. Ohhh, sííí...

Entonces, el gato empezaba a maullar y Edgar se llevaba las manos a los oídos. «Qué bien», pensó (porque se puede pensar en los sueños). Aquel maullido era como una tortura para su oído; y el ojo verduzco brilló como una piedra preciosa.

Lo más gratificante fue que pudo mover las manos y dejar de escuchar aquel maldito maullido de ultratumba. La niebla se acercaba más y más, así como el señor Anders; y cuando se detuvo en medio del camino, un ataúd se erigió de la nada para mostrar su contenido.

Era el rostro pálido y purpúreo de Rosalie, su hermana.

—Ven aquí, hermano —dijo con voz trémula mientras alargaba los brazos—. ¿Sabes mi fecha?

Edgar sintió como un martillazo bajo su pecho, que hizo que toda su sangre bombeara hacia su cabeza enorme. Las sienes se movieron de sitio y sintió cómo se le hinchaba la cabeza momentáneamente.

Y entonces...

Entonces se despertó lleno de sudor con un grito ahogado.

A lo lejos, rebotando por el pasillo, escuchó el grito de su padrastro que decía:

—¡Tú serás el siguiente!

El día amaneció esplendoroso y los rayos del sol entraban por las ventanas para acariciar el suelo con sus largos dedos dorados. Pero todavía se podía oler la humedad en el aire. A tierra removida. Algo realmente inspirador para Edgar, quien después de levantarse se apoyó en su escritorio de roble y manchó la pluma de qué sabe Dios qué ave era, en una tinta tan oscura como sus pesadillas.

El papel era lo más parecido a un pergamino, pues ya había escrito en él. Sacó la punta de la lengua más allá de sus labios rojizos, y mientras casi se le caía la baba, trataba de plasmar algo de lo que vio en el sueño perpetuo.

En ese instante, la puerta de la habitación produjo un chirrido habitual en las casas viejas. Las bisagras —o lo que quedaba de ellas— estaban oxidadas y, en alguna ocasión, partidas. El chirrido atravesó el vacío de la habitación y se quedó atrapado en las paredes como una masa fungosa.

—Buenos días, Edgar. —La voz era realmente agradable, aunque un poco aguda. Era Frances, que se acercaba hacia el pequeño con una taza de porcelana entre sus manos, que humeaba como una chimenea—. ¿Ya estás escribiendo otra vez?

Edgar cabeceó.

—Sí.

Su madrastra se acercó a su lado taconeando. El suelo repicaba en cada paso, como si cerrara una puerta nueva en cada movimiento.

—¿Qué escribes? ¿Poesía?

Edgar mostró una comisura latente.

—Esta vez, no. Quiero recordar una pesadilla que he tenido. A lo mejor es una historia buena, y puedo venderla en el barrio.

Frances mostró una amplia sonrisa, al tiempo que acariciaba el cogote de Edgar. Este siguió escribiendo y mojando la pluma en tinta. Una gota oscura y tétrica manchó el costado del papel y parte de la mesa. Entonces, bufó como un gato.

—No te impacientes, Edgar. Es solo una mancha. Cuando termines de escribirla, quisiera leerla. —Ella dejó la taza sobre el escritorio ante una desvinculada mirada del pequeño.

Edgar se mordió suavemente la lengua. Estaba babeando. En esa temprana edad, el pequeño ya sabía escribir, aunque con muchas influencias abocadas al fracaso de una redacción incompleta, falta de palabras. Pero había iniciado una carrera, y él sin saberlo todavía.

—¿De verdad, mamá?

La había llamado mamá. Era la primera vez que lo hacía y Frances pudo ver el reflejo del brillo de sus ojos en el espejo que había situado en otro extremo de la habitación. Toda ella florecía y era atrapada por los rayos del sol que la elevaban del suelo.

—Quiero creer lo que has dicho —dijo ella.

Edgar se detuvo, pero sin dejar de sostener la pluma, tan grande como una rama de árbol, y se giró.

—Me das mucho cariño. Como mi madre verdadera. Ahora solo te tengo a ti, porque John es

malo.

Un impulso de rabia se sostuvo en las venas del cuello de Frances. Era cierto que casi odiaba a su esposo: por todo ello y por ser consciente de que él tenía al menos cinco hijos fuera del matrimonio. Ella lo sabía y conocía bien a Edgar. Lo conocía tanto y lo amaba, que decidió que sería su ojo derecho. Ese petulante de John solo servía para gritar y abocar al pequeño al ridiculismo o al fracaso. En cierta manera, Edgar estaba sufriendo un cambio en su carácter, por la influencia de su padrastro.

Por ello, tenía una mente oscura.

Frances le cogió de la mano que no sostenía la pluma, y dijo:

—Es un viejo renegón. No vive la vida y da ascos al amor fraternal y al mío propio. Debes quedarte con lo que yo te quiero. Esa es la única razón por la que debes ser feliz, y no un niño con pensamientos oscuros y crueles. ¿Crees que no me he dado cuenta de ello? Tus cuentos te relacionan con un cambio brusco de identidad. Pero yo no permitiré eso, Edgar.

Él sonrió abiertamente, pero en su mente había una cosa en esos momentos:

JOHN CAYÉNDOSE POR LAS ESCALERAS.

—No pasa nada, mamá.

Y Frances le atrajo la cabeza hacia su regazo, gozando que la llamara mamá.

Edgar imaginó los brotes de masa encefálica resbalando por los escalones, junto a un riachuelo de sangre en cuero cabelludo. Sí, y podía oler un enigmático olor que profanaba más allá de lo mohoso o, quizá, empalagoso y dulce a la vez. Algo que no sabría describir en sus hojas escritas a tinta.

Hombre colérico e intransigente, John desempeñó —o más bien, creó— un lado negativo y oscuro en el pequeño Edgar. Si bien no leía sus relatos, también era cierto que los repudiaba.

—Nunca serás nada —decía, y apretaba tanto los dientes que podrían quebrarse dentro de la boca como rocas aplastadas.

Durante 1815, Edgar escribió pequeños retazos de relatos, todos sacados de un estado en el que le había tocado vivir, y acudía cada día al cementerio antes de ir hasta la escuela primaria. John era duro y constante, y eso contemplaba también la nula simpatía por la ambición del pequeño por la literatura.

Y el gato de un solo ojo le acompañó hasta que, a finales de año, la familia Allan se trasladara a vivir a Inglaterra. En la tierra donde su monstruo había nacido.

El nuevo colegio de Irvine (Escocia) le atrapó en todo su esplendor y durante la corta estancia que estuvo allí fue suficiente como para que Edgar se pusiera al día con la cultura, las letras y su arraigada imaginación.

Irvine era el pueblo donde, un día, una mujer había parido a John Allan; y, muchas veces, el pequeño pensaba que todas las personas de allí eran, sencillamente, monstruos.

AQUÍ SOLO HAY MONSTRUOS.

Ese rótulo se iluminaba en su gran frente, y gruñía al leerlo en su fuero interior. Un ejemplo de antipatía, miedo y oscuridad cubrió su débil corazón. Hasta que —apenas un año después— en 1816, la familia se trasladara a Londres. Allí Edgar estudió en un internado de Chelsea hasta el verano de 1817.

Y eso lo cambió todo.

El gato seguía restregándose ahora en sus pensamientos. Un gato negro, que algún día le compensaría. Un animal enigmático que solo le miraba con un ojo destellante y mágico a la vez.

Un gato que le sucumbió a la obcecación.

Y seguía viendo monstruos.

Antes de que sus pesados párpados se cerraran por la fuerza del sueño, Edgar recordó aquellos días lúgubres en Boston, en los cuales se pasaba las interminables mañanas y atardeceres contando y memorizando números. Anders siempre le había parecido un tipo un tanto peculiar y aún así ni se distanció de él, ni le atrajo. Edgar también era peculiar deslizando las yemas de sus dedos por las frías lápidas. Recordaba fechas talladas en las piedras. Recordaba la lluvia intensa y los rayos cegadores. Recordaba que no había encontrado la tumba de su madre, y fue en ese momento cuando cruzó el umbral del sueño.

¿Había alguien en este mundo que encontrara dicha línea entre estar despierto y dormirse?

Edgar no era una excepción.

Bajo el calor de aquel verano en Chelsea, y rodeado de decenas de camastros de chicos como él —pero no tan tristes ni decaídos, sino todo lo contrario— Edgar soñó de nuevo algo que, media hora después, le hizo saltar como un muelle mientras gritaba estrepitosamente y levantaba el murmullo de los demás, que terminaban en una jocosa carcajada, de esas que hacían eco.

Jajajaja, ohhhh, seguro que se ha meado en la cama... que sí... jajaja...

El señor Anders era una silueta dentro de aquel cuchitril adosado en una esquina del cementerio. Recubierto de maleza y enredaderas (o trepaderas, como también se las conocía). Alrededor de la puerta, que estaba cerrada, esperaba impaciente una densa neblina suspendida como el mar de la noche. El silencio era casi ensordecedor en sus tímpanos y su cabeza. Una serie de pitidos consternaba su sueño y, al final de todo, un bajo sonaba grave y rasgado.

Esta vez sus piernas se movían libremente sobre el lodo, y cada paso era un chasquido como si reventara una docena de sapos hinchados. Caminaba hacia el «Panteón» de Anders. Una mezquina luz amarillenta, como de mantequilla, sonaba sutilmente a través del cristal de la ventana. En lo que podría ser un alféizar (que no lo era), Edgar esperaba encontrarse con una rata moviendo su rutilante bigote, pero no había nada, salvo humedad y marcas profundas en la piedra por el paso del tiempo.

De pronto, escuchó el aleteo de un ave y pensó: «ya están aquí los malditos cuervos». Pero en el cielo oscuro, parecía ver sombras alargadas que se movían de un lado para otro: sombras perturbadoras. Y entonces, sintió cómo el frío le recubría todo el cuerpo. Cerró los puños y bajó la cabeza para mirarse los pies, cuando advirtió de que estaba en calzoncillos.

No tenía ropa, y eso le ruborizó en parte.

—¿Tu madre está enterrada aquí? —le encogió una voz grave.

Edgar se hundió en sus propios hombros.

«Quién ha hablado» pensó, y sus ojos se dilataban por momentos, con la intención de querer salirse de las órbitas como dos pelotas de golf.

—¿Es usted, señor Anders?

Había levantado la mirada de su calzoncillo para ver entre las sombras algo larguirucho que estaba apoyado en la jamba de la puerta. Se parecía a las siluetas que volaban sobre su cabeza.

—¿Tú qué crees, chico? ¿Todavía no me has olvidado, eh? Pequeño diablillo.

—Me lo suponía. Nunca olvido una cara —respondió Edgar con aire de valiente, ajeno a la pesadilla.

Anders se acercaba lentamente.

—¿Acaso me ves la cara, con toda esta oscuridad?

Abrió los brazos, y de nuevo sus dedos acariciaron las lápidas. Era un fiel recuerdo a otras pesadillas, pero todavía no era consciente. Y es que las pesadillas te arrastran en un río incontenido hacia los lugares más insospechados; dibujando un trazo irregular que a veces regresa al mismo sitio, una y otra vez. Es como un remolino en el interior del mar, que te atrapa por la pierna y tira de ti como una boca gigante que todo lo succiona.

Toda esta bobada venía a decir que no se acordaba de nada.

—Bueno... no exactamente... Te veo moviéndote entre toda esta negrura. Es como si, más que verte, te sintiera. Tu aliento está cerca de mí.

Exacto. Edgar tenía la sensibilidad de oler el aliento del señor Anders, que era algo así como aspirar de una chimenea donde ha ardido alcohol del bueno.

—¿Quieres ver a tu madre?

Eso le inquietó y sorprendió al pequeño.

Su corazón se desbocó bajo su pecho, que parecía una tensa piel en la que se ocultaban miles de cucarachas que pugnaban por salir. Bultos que se movían por toda el área del aplastado pecho desnudo.

—¿Sabe dónde está?

—Sí. Ella está aquí.

—Ella no está aquí. Usted me dijo que no la había enterrado, bueno, no sé, ya no lo recuerdo...

—Jajajaja. Ya no puedes recordar nada, pequeño Edgar. Tus miedos y tu tristeza te atrapan en una gran telaraña obstructiva.

El sonido de la carcajada se esturreó por todo el cementerio y, hasta los árboles que había rodeándolo fuera del muro, respondían con otras risotadas casi espectrales.

A Edgar todo le empezaba a dar vueltas, como si de repente algo enorme moviera una bola en la que estaba metido.

—No es verdad. No estoy loco —dijo el pequeño con voz trémula, algo impropio de él. Tampoco había respondido correctamente. En los sueños nada tiene coherencia, aunque no lo pensó.

La niebla se movió rápido desde el fondo del cementerio, de un extremo a otro, como las olas del mar zozobrando en la costa llena de piedras milenarias.

Y le rodeó.

Entonces, una aguda voz le obligó a darse la vuelta. Era como estar flotando dentro de las pulsaciones de su corazón. El señor Anders, que ahora era visible, mostraba un rostro escuálido y, según la luz que bailaba alrededor de ellos, purpúreo.

—Hola, Edgar. Hijo mío.

El pequeño se encontró con un ataúd apuntalado de alguna forma. Dentro de él estaba ella, pálida, y con la piel tan suave como la porcelana. Tan fría como eso. Sus ojos estaban inyectados de algún líquido oscuro. No eran lágrimas.

—Hola, mi pequeño. —sus manos estaban extendidas, como si la fueran a crucificar. Sus largas manos de dedos delicados horadaban el aire empalagoso que flotaba sobre la niebla. Ella estaba dentro de la caja de madera astillada y mohosa.

Edgar sintió como si alguien le removiera las tripas con un palo, y al mismo tiempo, como si una bandada de cuervos se agitara dentro de él.

—¿Eres tú, mamá?

—Sí.

Edgar la recordaba como el último día que la vio volver la cabeza hacia un lado en su cama. Para dejarlo huérfano. Era la misma mirada. La extraña inquietud que se formaba a su alrededor.

—¿Estás mejor ahora? —preguntó el chiquillo, mientras el señor Anders había enmudecido tras él como un espantajo. Su ociosa sonrisa todavía brillaba en su terso rostro.

Elizabeth se impulsó hacia adelante, aun manteniendo aquellos lánguidos brazos extendidos. La niebla se apoderaba de ella y trepaba hasta el pecho. Vestía un camisón blanco. Inquietantemente blanco. Tanto, que brillaba más que la despojada luna.

—Mucho mejor.

—Oh... —Aquello sonó como un estrangulamiento de sus cuerdas vocales.

Aquellas manos tan heladas le acariciaron el cabello sudoroso. Edgar sintió escalofríos, pero no miedo. Solo algo perturbador le corría por las venas. La depresión y la tristeza estaban todavía en esa jodida pesadilla, donde las ratas pululaban bajo la niebla. Se escuchaba corretear allá abajo. Y de vez en cuando algún grito se erigía ante la densidad de la nube casi grisácea.

—Tus dedos rozaron mi fecha de defunción. Justo aquí. En aquella mañana de verano — aseguró ella con voz pausada.

Le acarició la cara.

Y el jodido gato saltó hasta la parte superior del ataúd, como una figura de cristal, pero oscura. Su ojo brillante seguía siendo lo que más le atraía, un verde intenso, y los de su madre al acercarse a darle un beso: oscuros como la muerte.

Y se despertó.

El grito primero hizo saltar de la cama a sus compañeros y, después, alzar la ululante carcajada de decenas de dedos acusadores, y bocas tan abiertas que mostraban la carencia de dientes, en aquellas blancas dentaduras que destellaban en la penumbra.

Y entonces Edgar se imaginó cómo todas esas caras despectivas comenzaban a derretirse como la cera: primero doblándose; y después, formando ondas amarillentas. Como si el paso del tiempo hiciera mella en ellas.

Lo cierto es que: el contacto con su hermano William y su hermana Rosalie era escaso, por no decir nulo; y ello se iba fraguando en un carácter serio y deprimente en el pequeño Edgar. Siguió estudiando en el internado de Chelsea y tuvo más pesadillas, en las que, momentáneamente, sus compañeros ya no se reían para nada cuando el pequeño gritaba, a viva voz, que estaban todos locos.

En el patio interior del internado, Edgar solía dar largos paseos en círculo mientras susurraba solo. El verano no era muy caluroso y las tormentas eran habituales, en las que se escondía para experimentar el dolor y la desgracia en su corazón. Un dolor que no podría describir en ese mismo momento. Bajo la llovizna y la capa de la soledad, se forjaba una personalidad casi perturbadora, o mejor dicho: extraña.

Su profesor de literatura (llamado Van como diminutivo), al que tenía que soportar, le enseñó buenas artes en la escritura, y Edgar las valoraba de forma positiva. Aunque era filósofo, el pequeño vagaba por mundos oscuros en contra de las ideas de Van. Posiblemente, por lo que podía escuchar entre los pasillos: en los que aquellos profesores hablaban de apariciones, fenómenos extraños y fantasmas.

Pero cuando creía saberlo todo, el tiempo se eximía del reloj y, poco más de la llegada del invierno, ingresó en el colegio del Reverendo John Bransby, ubicado en Stoke Newington.

Allí vio un mundo de emociones que le cambiarían para siempre. Sus escritos ya contaban con esas deprimentes letras y la lúgubre teoría de que todo giraba en torno a la tristeza y la desgracia.

Por ello, no tenía amigos en los que apoyarse.

Excepto sus pequeñas locuras.

Y su madrastra.

Edgar era un muchacho muy guapo para las chicas, a pesar de su abultado cráneo. No muy hablador que, sin embargo, acariciaba la conversación agradable cuando sus labios se movían. Su comportamiento —como así lo definirían todos desde bien temprana edad y, más aún, en esos momentos— era opresivo y más bien triste. Lo más preocupante es que siempre vivía en soledad. Y una cosa que destacaba de él, es que nunca hablaba de sus padres: ni de los fallecidos ni los vivos. Edgar siempre estuvo, sin embargo, muy ligado a la señora Allan, mostrándole en todo momento su afecto oscuro, así como ella a él con muchas carantoñas y sobreprotección. En esa época, en la cual estudiaba en Stoke, Edgar ya parecía ser más entusiasta, pero con un claro componente impulsivo, que no soportaba la menor grosería verbal en sus limitadas conversaciones o fuera de ella.

En Stoke aprendió a razonar, a hablar francés y a escribir en latín. Siguió con las pesadillas, pero ya no se despertaba empapado en sudor. Sencillamente se despertaba con un jaleo. Su corazón, embalado como una piedra pesada que cae por una pronunciada cuesta, y cierto entendimiento de sus propios sueños. De estas vivencias, y de la contemplación de los paisajes y arquitecturas góticas de Reino Unido, nacerían años después —en forma de relatos— sus mayores éxitos, basados en el arte de sentir miedo, leyendo y pensando en lo que podría pasar, si eso sucediera de verdad.

De momento, su padrastro no iba con sus relatos; y no dudaba en morderse los labios mientras le despreciaba y decía que era solo un simple desgraciado, con la suerte de haber sido acogido por él. John empezó a estar más malhumorado que de costumbre, cuando las cosas iban a peor.

—¿Sabes lo que más me sorprende de ti? —preguntaba con aire de despechado—. Que sigues siendo idiota y te crees que sirves para algo. Creo que fracasarás en esta vida.

Pero el que vivía momentos difíciles, era John.

Tanto, que empeoraron más que las pesadillas de Edgar. De esta manera, el lobo (que representaba para él su padrastro) tuvo que regresar con su familia, que vivía en Richmond, durante el inicio del año 1820.

John estuvo fuera de su vida durante varios años.

Edgar casi jaleó cuando conoció esta noticia.

—No soy propicio a hablar, pero me expreso con el don de las letras y estas, junto a mi vida hasta ahora, me integran a un mundo triste, vacío y oscuro. Sin embargo, me gusta —musitó Edgar a la pared de su habitación. Las palabras rebotaron en la rugosa superficie y se multiplicaron a lo largo y ancho de aquella estancia fría en ese momento.

Fuera del English Classical School, el viento lloraba sus penas, como alma que se parte de la tierra hacia ese lugar que todos desconocen. Después, un trueno se subía a lomos sobre esos lloriqueos de la naturaleza y hacía vibrar el suelo. El rector John H. Clarke le había ofrecido su propia habitación y, con ella, su propia ventana desde donde miraba a lo lejos cómo las aves no se escondían de la oscuridad, el viento, la lluvia o los relámpagos.

Sentado junto a la ventana y con los ojos clavados a la inclemencia, Edgar seguía hablando solo: no ya a la pared, sino al cristal noble que mostraba varias figuras en ambos lados. Era casi opaca por esto, pero su imaginación no tenía límites.

—Siempre te echaré de menos, mamá. Allá donde estés —con cuervo o sin él—, sé que estarás mirándome como lo hace Frances. Con buenos ojos. Lejos de esa grotesca mirada del gato de un solo ojo, al cual veo todas las noches aparecer en mis sueños. Y ahora, que ya estoy creciendo, me enriquezco de palabras que permiten expresarme con mayor lucidez, pero el ambiente de mis escritos, son como yo: tristes y dramáticos.

Ahora aquellas palabras rebotaron con fuerza desde el cristal de la ventana, como si miles de proyectiles hubieran impactado sobre la superficie lisa. Y fuera, el viento aullaba todavía más, como si hubiera escuchado su discurso.

En el fondo de todo. A lo lejos de los edificios cercanos, y casi llegando al frondoso bosque veía una silueta.

La del jodido gato negro.

No fue alumno de una sola escuela. Después, llegó a las puertas abiertas, de par en par, de los colegios William Burke, y del Dr. Ray Thomas y su esposa. Eso fue entre los años 1821 y 1825. Allí conoció verdaderos relatos horribles y la insistencia de fantasmas en los pasillos. En la soledad, seguía escribiendo e imaginando (por no decir, reproduciendo) aquello que escuchaba en los pasillos. Su habilidad para escribir una narrativa ágil —a pesar de haber conocido ya las obras clásicas de poetas: como Ovidio, Virgilio, César, Homero, Horacio o Cicerón entre otros—, su estilo dejaba mucha distancia en los sentimientos y el sinsentido de las cosas. Sinceramente, no hablaban de lo mismo; y tampoco pensaban igual.

En aquellos años, también se nutrió de revistas inglesas que encontraba en los almacenes de su padrastro. Edgar quedaba atrapado por el contenido de estos, que cautivaban su imaginación. Aquellos escritos hablaban de las leyendas marineras que contaban los capitanes de veleros que se acercaban a Richmond. Para Edgar eran apasionantes y oscuras a la vez.

Su mente febril se impulsó como una ballesta, y creó un universo paralelo que le permitiría hacer sus verdaderos pinitos en la literatura en esos años; ya que, hasta la fecha, habían sido simples relatos que solo su madrastra podía haber leído.

Ajeno a todo, Edgar supo —después de un tiempo— que algunas de estas leyendas le inspirarían para debutar como escritor con gran talento, algún tiempo después: asentándose en las bases que le inspiraron dichas historias.

Asimismo, y como sucedería de forma habitual, Edgar se nutrió de las conversaciones: siempre se repetían en los rincones, en los que mencionaban apariciones espectrales, junto a la explícita descripción de cadáveres y la existencia de cementerios en los barracones de los esclavos negros. Esto último dejó soltar el resorte de la ballesta. En 1823 tenía catorce años, y era obvio que desconocía su destino.

Así que había una cosa más que no era la última.

Su debut.

Y su primer amor.

Y a sus catorce años Edgar sintió mariposas en su estómago, en lugar de dolor. Se había enamorado perdidamente de una señora de treinta años. Madre de uno de sus mejores amigos, esta mujer aislada de sus pensamientos y deseos, se hacía llamar Mrs. Stanard. Su cautivadora belleza le había atrapado como una mosca en la red de una telaraña, y por primera vez en su vida sintió cómo los escrotos se ponían tan duros como una piedra, sintiendo deseos lujuriosos, libidinosos y un éxtasis que le llevó a escribirle un poema contradictorio a sus condiciones, titulado «To Helen».

—Geoffrey ha sido muy cortés al invitarme a un té —dijo Edgar, alucinado. Sus comisuras se estaban abriendo y, después, la sonrisa que nunca se dibujó, hasta ahora, en su rostro.

La señora Stanard lo miró con sus grises ojos, y dijo:

—Mi hijo es siempre muy amable con sus amigos. Y créeme. Tiene pocos amigos. Debes de ser especial para él.

Edgar giró la cabeza hacia la ventana, bajo la cual había un sofá donde se había apostillado Geoffrey entre dos cojines rojos. El sol bañaba, curiosamente, el suelo del salón ese día. Unas sombras alargadas, que se parecían a unas garras como espátulas, no fueron de la misma manera esta vez para Edgar, quien vio solo el brillo de los rayos del sol atravesar la ventana e impactar la delicada piel de Stanard.

—Nos llevamos bastante bien —sonrió Edgar, con la taza humeando entre sus manos. El aroma le pareció la fragancia de ella y aspiró todo lo fuerte que pudo hasta escucharse un sutil ruido en su garganta.

—Sí, claro —sonrió Geoffrey.

Ella levantó la mirada y mostró su perfil más acariciado por Edgar: una nariz casi respingona, corta; unos labios carnosos y húmedos, y una barbilla dibujada por un arquitecto. Al verla brillando con sus grandes pestañas, Edgar sintió cómo la polla se le ponía dura y tuvo que cruzar las piernas en una frescura de sonrisa. El cabello ondulado negro azabache de ella le caía laxo sobre sus hombros, y sus pechos eran perfectos de lado.

Tetas que se podían coger con una mano —bueno, dos— y erectas como si estuvieran heladas. A pesar del vestido, que parecía cosido hasta el cuello, el joven escritor pudo adivinar dos bultos en los pechos que, se imaginó enseguida, eran los pezones. Bajo la nuez de Adán (inexistente en las mujeres), la piel suave y resbaladiza del cuello le guiaba hacia una canaleta que le mostraba el abismo entre los dos pechos.

El sol brillaba en ellos, y Edgar podía verla desnuda con sus ojos agrandados.

—Oh, lo siento. No te había preguntado nada. ¿De dónde eres? —La aterciopelada voz de Stanard era música para Edgar, quien no pudo esconder su pudor ante ella.

Tenía la mano laxa entre la pierna.

—Soy de Baltimore —respondió de inmediato, y añadió—, pero ya llevo un tiempo viviendo aquí. La mayor parte de mi aprendizaje en las escuelas ha sido aquí... he estado en muchos sitios... —Edgar estaba casi tartamudeando. Algo impropio de él. Su naturaleza era mostrar un rostro triste, pero ahora era todo luz.

Sus ojos brillaban.

Stanard se sentó en otro sofá enfrente a Edgar, que estaba en un sillón. Al hacerlo, ella separó sus largas piernas, ocultas bajo una falda interminable que mostraba unos tobillos y —con la imaginación de él— las rodillas. El acto siguiente fue cruzar ambas piernas. Él vio algo húmedo en su entrepierna.

Su imaginación volaba, como sus propias pesadillas.

Geoffrey, ajeno a todo esto, sorbió (con un respetable ruido) de su té. Su madre se inclinó hacia adelante, para atrapar con sus dedos delgados el asa de una de esas tazas de té, ya que había hecho uno de más. Y, en ese momento, Edgar corroboró que sus tetas eran... eran...; su polla se convirtió en una barra de metal.

Dios, ¿es esto amor, o lujuria de una mente enferma?

Pero nadie le contestó dentro de su cabeza, y su cabello rizado pareció espigarse por momentos. Sus manos temblaban, y dudó de que todo aquello que sentía fuera correcto.

—Muy interesante —dijo ella mientras acercaba sus húmedos labios al borde de la taza. Iba a darle un beso carnoso. Un beso que quiso robarle Edgar.

Las visitas a la casa de su amigo Geoffrey fueron muy recurrentes en los siguientes días, y Edgar trataba de ir con un pantalón oscuro; negro. Para que no se le notara eso de ahí abajo. Ahora, complacientemente fascinado por esa mujer, sus recurrencias a lo sobrio y la tristeza habían quedado atrás, como si todo ello se hubiera olvidado de repente.

Sin embargo, seguía teniendo sueños: pero eran eróticos, y se despertaba con un líquido resbaladizo en su pene. Con las propias sábanas se la secaba, y apoyaba la cabeza en la almohada con un regocijo entre sus pensamientos (que solo veían el rostro de ella, y las tetas).

—Edgar. Qué bien que estás aquí de nuevo —acentuó la señora Stanard, con su espectacular sonrisa grabada en su rostro. Los ojos parecían húmedos, pero solo era la sensación. El color gris le atrapaba toda la atención y brotaba de su mente todo tipo de comparaciones.

—Buenos días, señora Stanard —dijo Edgar casi sin titubear. Si algo tenía bueno, era su capacidad para ocultar la alegría. Siempre había sido tan triste y opaco que su cara se había quedado enmarcada en el fondo de un pozo. Sin embargo, su corazón latía de alegría y podía escuchar el retumbar de los latidos en sus sienes, pero sin dolor—. Vengo a ver a Geoffrey —mintió.

—Hoy no está —acució ella. Solo llevaba una bata que podía ser de seda. Era floreada y roja como la sangre. Estaba descalza, y ahora sus pechos eran más visibles a los ojos de Edgar, que poseía una gran visión por debajo de las prendas de vestir—. Me dijo que tenía que estudiar algo contigo. ¿No ha ido a verte?

Edgar meneó la cabeza en sentido de nones.

—Oh, lo siento. A lo mejor me estará esperando en la puerta de mi habitación —expresó él mientras movía una mano en el aire, haciendo círculos como un acto instintivo.

—Bueno, da igual. Ya vendrá en cuanto descubra que no estás. Seguro que estará a punto de llegar. Entra en casa, Edgar —acució ella, atrapando el borde de la puerta con sus largos y finos dedos. Esta chirrió un poco al moverse.

—Gracias, señora Stanard.

—No hay de qué. Al fin y al cabo, eres el mejor amigo de mi hijo.

—Está... ¿Está usted sola?

Ella le había dado la espalda para recorrer la entrada de un inexistente pasillo. Al escuchar esto, se detuvo y volvió la cabeza. El cabello largo la hacía parecer... más hermosa.

—Sí.

Eso fue todo.

Edgar se reprimió por haber preguntado eso y no supo por qué lo había dicho. ¿Acaso tenía pensado algo? No. Quiso disculparse en alto, pero lo hizo en voz baja.

—Siento hacer ese tipo de preguntas.

Pero esa cálida voz, que se vuelve grave al pasar de los catorce, se regodeó en los tímpanos de ella.

—Voy a darme un baño —explicó ella.

Edgar se quedó asombrado.

Ambos continuaron caminando hacia el salón. Ella, casi chapoteando con las plantas desnudas de sus pies; él, taconeando por sus bastos zapatos. Aparte de eso, reinó el silencio entre los dos. Un sonido imperceptible, pero que sabes que está ahí. Hasta el silencio penetra en los tímpanos, y en esta ocasión iba envuelta de magia: era como si la luz del sol se riera ante ellos.

Ya, desde ese momento, había nacido una especie de complicidad entre los dos.

—Está bien, señora Stanard. Esperaré sentado. Geoffrey volverá pronto. Yo mismo abriré la puerta.

—A veces, viene mi marido —sonrió ella, sabiendo que había dado en el clavo.

A Edgar se le encogió el pecho. Se llenó de celos que nunca había experimentado. Para él, era una sensación extrema e incomprensible; mucho peor que el miedo.

—Sí, claro. Podría ser su esposo.

Ella lo miró de soslayo con una risa dibujada en los labios y, al volverse, su cuerpo se contorneó marcando su silueta, que parecía una guitarra española. Las curvas eran de escándalo y Edgar podía imaginársela desnuda tal y como vino al mundo.

Picaresca ella, se tocó el cabello.

Quería jugar.

En alguna parte de Inglaterra John manifestaba en una carta su desistimiento contra la conducta de Edgar. Criticaba a sus amigos y al estilo de vida que llevaba. Despotricaba sin tener razón, pero se volcaba en empeorarlo todo. De igual manera, John decía en sus cartas que la relación de Edgar con su hermana Rosalie estaban fraguando.

—Este chico es incorregible. Su carácter triste y ansioso no es propio de él. Son la calaña de amigos que tiene. Los colegios y los maestros que están influyendo de forma negativa sobre él —ladró al papel mientras apretaba con fuerza la pluma.

Unas manos sonrosadas —que no eran las de Frances— acariciaban el cuello de este. Y después, unos labios húmedos se templaban en el cuello produciéndole verdaderos escalofríos y un aumento de testosterona.

Ella se llamaba Elizabeth, y era una más.

En la carta John había escrito:

Querida Frances. No es momento de hacer críticas, pero me han llegado quejas por el comportamiento de tu bastardo Edgar desde todos los colegios que ha asistido. Su carácter triste y nervioso hace de él un mocoso que no puede tener amigos. Sus notas en los estudios son nefastas. Los profesores han sufrido constantes ataques de ira de Edgar. Sí, tu hijo al que tanto proteges. Rosalie está fuera de la vida de él, así como William. No quieren saber nada de él. Sería preferible enviarlo a un centro educativo que tenga la mano un poco más dura. Ahora no se me ocurre ningún sitio, porque estoy de trabajo hasta el cuello. Las cosas van bien por fin. Y solo pienso estar en tus brazos.

Bueno, es hora de despedirme y

La carta acababa sin el punto final, ni la firma, porque Elizabeth le había cogido de la mano y eso provocó que soltara la pluma. Mientras esta caía como una hoja perenne sobre la hoja dejando una mancha extenuante, le dijo:

—Vamos a la cama, John. Estoy excitada.

John Allan se levantó de la silla, sonriéndole.

Sin duda, todo lo que había escrito en la misiva era una sarta de mentiras que nunca llegó a las manos de Frances.

Tenía un odio irracional.

El suave eco de su voz rebotó en el pasillo que daba al cuarto de baño que, de forma intencionada, tenía la puerta entornada.

—Puedes prepararte un té si quieres. Está todo sobre el fogón. —Su voz se vio amortiguada por el chapoteo del agua del grifo.

Edgar tenía los ojos tan abiertos como un Búho. Inquietos, mirando fijamente por el hueco de la puerta. Su corazón se expandía en su interior como un globo y volvía a tener esa sensación de barra dura en sus partes.

Ella estaba de espaldas, y sus manos habilidosas trataban de soltar todas las cuerdas del vestido en esa parte. Debajo había un corsé con las mismas cuerdas: tan apretadas que parecía que una se iba a estrangular allí dentro. Sin embargo, parecía presentar problemas para desatarse de tal pesadilla.

—No me apetece —mintió Edgar con una voz que le modulaba como una nota musical. Tensó el cuello y trató de mirar sobre un muro que no existía.

De pronto, ella le pidió lo inesperado.

—¿Puedes ayudarme, Edgar?

Dios, ¿qué hago yo ahora? Si esto es amor, mi corazón es un río que fluye, pero mi polla es una obsesión perturbada. Estoy pensando en el sexo, y eso no está bien. Si bien siento grandes emociones cuando la observo, también es cierto que siento un cosquilleo en mis huevos, que me empujan a levantarme e ir corriendo hacia ella para desearla y consumirla como un vampiro. Me lo está pidiendo. Ella lo sabe. Lo sabe.

Se despertó del letargo.

—No sé si esto es correcto —respondió casi como un murmullo.

—No te he oído.

—¡Que voy, señora Stanard! —exclamó, al tiempo que su culo saltaba del sillón como si se hubiera roto un muelle.

Ella meneó la cabeza para apartarse con los dedos el cabello ondulado. Sus pestañas afrontaron una larga sombra en el suelo y Edgar estaba trotando por el pasillo, con el corazón palpitándole en las pelotas.

¿Y si de repente viene su marido? ¿O Geoffrey? Bueno, quien algo quiere, algo debe arriesgar. No era un paisaje de ninguna poesía, ni una línea de ninguno de los libros que había devorado. Tampoco formaba parte de alguno de sus relatos.

Había brotado así, y sabía que iba a hacer algo prohibido en el siglo XVIII. Pero también lo estaba estar enamorado de una mujer mucho mayor; y eso qué importaba ahora. Había otras cosas, mucho peores, que había visto.

Edgar pensó en todo eso hasta llegar donde estaba ella: quieta, de espaldas, escuchando el agua

del grifo o quizá pensando en él. Se detuvo justo a su cuerpo ardiente. El vestido estaba caído por el lado derecho del hombro; Los cordones, casi sueltos. Ella sonreía en silencio y escondía la belleza de sus ojos en cada parpadeo.

—¿Puedes ayudarme a quitarme estos cordeles? Normalmente me los quito yo sola, pero esta vez, no sé por qué, me he liado con ellos.

Edgar sintió cómo ese globo interior explotaba y derramaba toda su sangre, entre los pulmones y el hígado. De repente —y por primera vez en su vida—, estaba delante de una mujer a la que amaba y deseaba a la vez, e iba a quitarle los jodidos cordones. Y quizá le vería la espalda. Solo quizá. Después se marcharía, y ella cerraría la puerta lenta y oficiosamente mientras la luz de sus ojos lo abrumaría.

—Creo que sí. —La voz de Edgar temblaba con una acusadora mueca de acompañamiento.

Ella no le vio la cara enrojecida y su frente sudorosa.

—El agua está llegando al borde de la bañera. Date prisa, Edgar.

—Oh, sí. Claro, señora Stanard.

—No me llames señora. Solo Stanard.

—Está... bien... señora, digo... Stanard.

Ella se echó a reír. Una risa contagiosa. Edgar sonrió a sus espaldas, y sus dedos se cruzaron con los cordones de las narices, tirando de ellos con suavidad. Los ojos se le caían, literalmente, al suelo, por el esfuerzo de verle la nuca y la espalda y, quizá, algo de sus pechos bajo el sobaco.

«Siempre se ve algo en esa parte», pensó.

Y era cierto.

Es la primera vez que me enamoro de una mujer. Es la primera vez que me acerco tanto a ella. He tenido el cariño y la correspondencia, así como el asentimiento de una madre, pero esta vez siento algo que ya no es perturbador ni espantoso dentro de mí. Mi imaginación flota en un cielo lleno de nubes blancas que se parecen al algodón. Siento cosquillas en mi interior y busco la manera de saciar mis deseos más humanos. Ya no veo cuervos ni siluetas en la sombra, sino que veo el resplandor de sus ojos grises y su sonrisa. Toda su belleza me hace escribir cosas hermosas que ya no son oscuras. Ahora hay color en mis pensamientos, y creo que mi rostro ha mejorado. Ya no tengo el aspecto triste y de mirada profunda que siempre me ha acompañado. Creo que estoy sonriendo todo el día, aunque no lo vean. Esta mujer ha despertado un letargo dentro de mí, que no sé lo que es. Sencillamente estoy feliz. Mi primer amor.

Cuando hubo acabado con esta carta escrita en su febril mente, los cordones ya estaban colgando a ambos lados de la espalda de ella (que se mantenía en dicha posición, pero moviendo la cabeza de un lado para otro). El cabello jugaba con su rostro, pero su respiración estaba cerca de la boca de Edgar quien se resistía a que aquel olor fresco y dulce no desapareciera en unos momentos.

—Ya puedes volver al salón —ordenó ella con esa mirada pícaro—. Ya puedo quitarme el vestido y el corsé.

Edgar se quedó como una estaca clavada en el cuarto de baño mientras su corazón explotaba de nuevo. Sus ojos habían visto algo. Su espalda. La piel suave y sonrosada de sus hombros hacia abajo. Miró por debajo de sus brazos, en busca de esa parte bella que oculta la leche materna. Ella movió los brazos, y un pecho se ladeó hacia un lado. Los ojos del muchacho explotaron.

Tras unos segundos sin reaccionar dijo:

—Sí.

Y, dándose la vuelta, regresó al salón por el mismo pasillo que le había dado esperanzas. Sus pies se arrastraban por el duro suelo produciendo un ruido casi estrepitoso, pero sentía algo muy intenso dentro de sus entrañas. Algo desconocido, y empezó a sonreír de nuevo mientras se alejaba de ella.

El sonido del agua cesó tras una jauría de grillos.

—No tardaré mucho —aludió la voz de ella. Tan dulce y distante ahora.

Edgar se sentó en el sillón muy despacio. Cruzó las piernas y, con una mano laxa sobre la rodilla, sacó el cuello de su caparazón. La puerta seguía entreabierta y la señora Stanard seguía de espalda, pero casi desnuda. Ahora su espalda era visible aún en la distancia. El silencio estaba latiendo dentro de los sesos del muchacho.

Ella parecía darse cuenta de todo, y su picaresca sonrisa no desaparecía de sus labios. Él la veía de perfil solo cuando ya estaba a punto de bajarse la falda. Sus pechos eran perfectos, tal como imaginaba él. Ahora sí que los veía y sentía cómo su aparato reproductor estallaba a golpes. Por fin la falda se bajó por debajo de la cadera, y la rosada piel de aquel culo le hizo tener una eyaculación mientras ella se movía con destreza. En realidad, se movía con una armonía sensual calculada. Ella se había dado cuenta de que aquel chico tímido sentía algo por ella. Sus ojos se lo expresaban. Tristes el primer día que los vio, y brillantes ahora.

Se bajó la falda.

Y Edgar se sintió húmedo dentro del pantalón.

Una nueva explosión había sacudido sus entrañas.

Esto es puro de sexo. Aquí sobran las palabras que hablan del cielo o las rosas. Aquí hay fuego y deseo. Es un paso más de sentirse enamorado. Es una atracción casi fatal. Como los misterios de los muertos. Como el lúgubre cielo que llora para vaciarse de dolor. Pero esto es más intenso y mejor, pues la tristeza y el dolor se esfuman como el humo. Desaparecen. Siento verdadero placer al contemplarla y se cae el corazón a la vejiga cuando la tengo delante de mí y ahora, oh, ahora... me estoy meando...

Edgar había escrito otra carta en su febril mente y dejó claro lo que sentía por esa mujer mayor que él. Que el amor es la mejor experiencia que se podía vivir, y que el deseo iba tras él.

Ella jugaba con él.

Pero todo acabó repentinamente.

—Lo siento mucho, Geoffrey —dijo Edgar, y lo abrazó como si fuera su hermano—. Acepta mi pésame.

Geoffrey era una cara llena de mocos y lágrimas. Su boca estaba desvirtuada y su corazón roto, pero no más que el de Edgar.

La lluvia era copiosa y marcaba un repiqueteo constante sobre la tapa del ataúd cuando bajaba hacia el foso, y el muchacho se preguntó por qué Dios se la había llevado tan pronto. Solo la había visto desnuda tres veces, y solo habían pasado unos tres meses desde que había perdido la cabeza por ella.

Ahora su alma lloraba en pena.

Y sintió la necesidad de cubrirse el rostro con el velo de la tristeza, la soledad y el dolor.

El reverendo bajó la mano con la cruz sin brillo.

Su esposo y familiares, así como amigos, repicaron como puertas al unísono; solo que el ruido no era un *plaf* o *clac*, sino un «Amén».

Y la tierra comenzó a gruñir sobre el ataúd.

La maldita tierra y las flores marchitas que nunca debían llegar abajo.

A los quince años Edgar era un joven pacífico, aunque no del todo sociable. Su primer amor lo retuvo de tener peleas, pero sin embargo, algunas veces entraba en conflictos con sus compañeros de clase.

—Si esto es lo que me espera, mejor será pasar desapercibido de todo, aunque no toleraré nada en todos los aspectos —murmuraba cuando se levantaba del pupitre con los libros bajo el brazo. Su rostro rezumaba lo más oscuro que un amargado podía enseñar.

—¿Qué te sucede, Edgar? ¿Te duele la barriga? —preguntaba un tal Donald. Un chico obeso y con el cabello muy rubio. Tanto que quizá Edgar pensase que se parecía a una mazorca de maíz, pero era escocés. «Quizá sería eso», pensaba mientras escuchaba la voz quebrada de aquel niño.

—¿Quieres que te arranque los ojos y se los eche a los cuervos? —rezongaba Edgar con la mirada clavada en él. Siempre apretaba un puño y, aunque su adversario fuera más fuerte, Edgar se permitía el lujo de lanzarse a la pelea.

Siempre ganaba él.

Su odio, su implorable asco por la vida, lo hacía más fuerte.

—¡Lo vas a matar! —gritaba uno.

—¡Para ya! —se desgañitaba otro.

Todos jaleaban.

Y el puño de Edgar se descargaba con furia sobre el rostro blando de Donald, tornándole el cabello de color rojo.

—Estaba esperando a que te cansaras de pegarme, para darte tu merecido —aseguraba Edgar con los labios prietos.

Esa era su táctica: después de recibir los primeros golpes, esperaba a que su adversario se quedara sin fuerzas, para entonces golpearle con toda su furia.

A sus quince años, y recuerdo, Edgar era un joven nervioso e irritable, con un brillo de ansiedad y tristeza en sus ojos. Un muchacho al que se le acusaron las pesadillas y que explicaría definitivamente el complejo de inseguridad que sentía, y el carácter que había formado a través de lo vivido.

Después de pegarle la paliza, se dedicó a hacer deporte o más bien a nadar para reprimir esa inseguridad que sentía. Un buen día de verano, atravesó a nado y a contracorriente la travesía de ocho kilómetros del río James, ubicado en Richmond. Lo hizo para seguir a su gran héroe: llamado Lord Byron. El mismo que retó a Mary Shelley, durante una tormenta de verano, a crear una historia de terror junto a Polidori.

Qué pequeño era el mundo.

Edgar tenía toda una vida por delante que descubrir.

Sarah Elmira Royster tenía quince años, cuando los ojos de Edgar se clavaron en los de ella. Eran amigos de la infancia, pero ahora Edgar —con sus dieciséis años— la miró de otra forma. Sentía atracción por ella, y se acercó.

—Hola, Sarah.

Era parco en palabras.

Ella misma lo describió más adelante como un muchacho poco hablador, con la mirada triste, y que nunca hablaba de sus padres. Excepto Frances, que la tenía en mente siempre.

—Hola, Edgar.

Ambos se quedaron tan tiesos como una estaca en un cementerio, pero bajo la atenta mirada del sol, que los iluminaba como si decenas de ángeles los enfocaran con todos los candiles del mundo.

Edgar sintió latir su corazón un poco acelerado y casi expresó el deseo de escuchar el corazón de ella. A decir verdad, ambos latidos se unían en el hueco que los separaba. Podían escucharse el uno al otro sin hablar. Estaban convencidos de sus sentimientos y ahora mostraban deseo y ansiedad.

—Hace un bonito día —escupió Edgar, repentinamente nervioso. A su cabeza le llegó el recuerdo de Stanard, y se sintió triste. Una punzada le atravesó el corazón, pero sintió algo más: que ahora esa punzada duraba menos en extinguirse. Sentía hormigueo en su estómago.

Sarah era rubia, de ojos claros. Azul celeste. El cabello le llegaba a los hombros, y no tenía los senos de Stanard. Eran más bien pequeños. Se podían atrapar con una sola mano. Era delgada, pero de estatura media. Edgar tampoco era muy alto ni corpulento.

Hacían buena pareja, pero ella era un torbellino hablando.

—Sí. Es magnífico, Edgar. El sol brilla sobre nuestras cabezas, y creo que nuestros sentimientos cabalgan sobre esos rayos dorados. Creo que quieres decirme algo, Edgar, ¿es así? Estoy esperando.

Ella sabía lo que deseaba él.

Edgar no contestó de inmediato.

Tenía los brazos laxos a ambos lados de su torso. Ella los tenía cruzados por debajo de sus pechos, que se escondían bajo el vestido violeta.

Bordeándoles, pasó un compañero de clase, de cabello moreno y estatura muy alta. Era un muchacho delgado que estaba casi encorvado. Tenía la mandíbula ancha y estaba moviendo los labios.

—Buenos días, Edgar. Las clases empiezan pronto.

Y se alejaba mostrando el rictus del final de su boca. Sus ojos se habían movido hacia atrás junto a la cabeza, y los vio demasiado «juntos» para esa edad. Dedujo que allí había algo que brillaba en pecado.

Sarah levantó una mano y respondió:

—Buenos días.

Edgar soltó algo parecido a un eructo.

—Crrrogroup. —Eso solo era un sonido. Un ruido. Un quejido de su garganta.
Ella sonrió.

La brisa se enrolló en sus cuellos como unos lazos de seda y sintieron cosquillas. Edgar se preguntaba si en esta ocasión se había enamorado otra vez o sencillamente era el comiendo de una amistad. Creía que era una mezcla de ambas cosas. Si en la primera vez sintió unos fuertes impulsos, tanto motivadores como sexuales, en esta ocasión se sentía como un niño delante de una niña. Ella, sin embargo, sabía lo que sentía. Una atracción.

A veces las emociones se trasforman en mi interior. No sé cuándo es miedo, amor o deseo. He vivido en la soledad y la tristeza. Todo me parece oscuro y bello a la vez, porque esa inquietud que se siente de noche, cuando estas solo, es algo mágico. Estas sensaciones que siento ahora serán el despertar de un muchacho que ha pasado de ser un niño a un joven con algo importante en el corazón, la mente y la entrepierna. Es parte de la vida.

Con esas palabras, Edgar se meció en el viento que se había levantado. No soplaba con mucha fuerza, pero él se movía, como si se embistiera con unas olas enormes, que zozobran a la proa de un barco.

—Di algo, Edgar. No te quedes callado para siempre —acució Sarah, que estaba impaciente.
Esto despertó del letargo al joven aspirante a escritor.

—Ah... Pues que me gustaría salir contigo.

Y el sol brilló en todo su esplendor en un cielo alto, azul y atrapado entre la tierra y el universo; aunque Edgar sabía dónde estaba el sol en realidad.

Él le tendió la mano.

Temblorosa.

El traqueteo de la cabecera de la cama contra la pared era incesante, al ritmo de una taladradora. Edgar estaba empujando y saliendo: una y otra vez, con los testículos tan duros como piedras. Dentro de él sentía como si algo brotara de allí abajo, pero que estaba condenado a quedarse atrapado. Ella jadeaba y se agarraba a los barrotes de la cabecera con fuerza. Su cabello se desparramaba sobre el colchón como las algas en la orilla del mar. Cada vez que Edgar empujaba, Sarah le apretaba con sus largas piernas desnudas. Sus nalgas lo mantenían dentro de ella, y soltaba un gritito.

Entonces, alguien aporreaba desde el otro lado de la pared y gritaba:

—¡Parad ya! ¡Maldita sea! ¡Parecéis unos salvajes!

La voz, aunque amortiguada por la propia pared, se escuchaba a viva voz en la habitación de Edgar.

—¡Vete a la mierda! —vociferaba Edgar, y seguía empujando dentro de ella. Los senos se movían como flanes, de un lado para otro, como si en cualquier momento se salieran de su pecho.

—¡Sigue Edgar, no te pares! —vociferaba ella, y con sus uñas le arañaba el culo. Una minúscula línea de sangre emergió de la piel y recorrió unos centímetros más abajo, pero la sangre se coaguló de inmediato.

Los golpes en la pared aumentaron a medida que Edgar sentía que llegaba a explotar. Su pene era una barra resbaladiza que se hinchaba por momentos y parecía clavarse en la próstata. En teoría, a su edad debería saber lo que era una eyaculación, pero no lo supo hasta que los muelles de la cama se desgañitaron en unos chirridos, tan intensos que espantaron a las palomas de la ventana.

Con tres o cuatro espasmos sintió que algo fluyó dentro de ella, y su corazón quería latirle en la punta de la lengua, como un sapo respirando agitadamente.

Era su primera vez.

Y la de Sarah: que acabó por abrirse de piernas, en un jadeo prolongado mientras sus ojos bizqueaban al techo.

Alguien más, en el pasillo, gritó algo, pero no se escuchó, y ambos se echaron a reír juntos. Una risa contagiosa. Algo desconcertante y misterioso. El placer de echar un buen polvo por primera vez. El honor de desvirgarse.

Y Edgar se preguntó si Stanard lo hubiera hecho mejor.

Antes de la llegada del ingreso en la Universidad Virginia (Charlottesville, febrero de 1826), todos los días se repetía este juego, al menos, tres veces consecutivas.

Pero la primera vez, Sarah descubrió alarmada un charco de sangre en la sábana.

Edgar, muy erudito, se echó a reír.

Thomas Jefferson fue el anti-sistema de Edgar, es decir, el presidente de los Estados Unidos de América que había creado una base de ideales, que pronto el joven escritor rechazaría, aunque se importara en la Inglaterra del siglo XVIII. A la postre, la Universidad de Charlottesville amparaba estos ideales, en los que se moderaba todo lo concernía a los caballos, el juego y los vicios (como el tabaco y el alcohol).

Pero ni Edgar ni la mayoría de los estudiantes respetaban estas normas, creándose una atmósfera de caos. El modelo de autogobierno que permitía a los estudiantes elegir sus materias de estudio, crear o gestionar su propia manutención, no era del todo bien visto. Pero lo peor era la idea de que un estudiante tuviera la capacidad de informar a las autoridades de las irregularidades y faltas que cometiesen sus compañeros.

En estos momentos, Edgar fue un rebelde más y ya caminaba por el horizonte, sin el traqueteo de la cama de hierro, chocando contra la pared. Sencillamente se estaba alejando de Sarah.

Entonces, también se rebeló contra su padrastro, y perdió el vínculo familiar y económico. Edgar había optado por esta decisión, en un momento en el que tampoco estaba interesado por la política —que en nada tenía que ver— y manifestaba su rechazo a la democracia. Poe, que así ya lo llamaban sus compañeros (los pocos que tenía) consideraba esta nueva prosperidad —entre comillas— como algo socialmente nefasto y engañoso.

Los ideales de Edgar morían más lejos de los que se acababan de implantar y, antes de entrar en delirio de grandeza, expresó en numerosas ocasiones que ya no tenía fe en la perfectibilidad humana. Sus pesadillas y su mirada triste, de nuevo: le empujaban a creer que la igualdad no existía en esos momentos, ni el progreso o la mejora social; que, una vez más, el joven Poe tildaba de pérdida de tiempo en la época de Jefferson. Así se constató que Edgar llegó a ser un «anti-jeffersoniano»; a veces lo llamaban sudista.

Y mientras tanto, Sarah se iba alejando más y más, y su corazón no latía por ella. Era como si una rosa se convirtiera en pétalos marchitados, y aquellos traqueteos de cama solo hubiesen formado una parte más en su vida. De quien realmente seguía estando enamorado era de Stanard.

Entonces, estalló en cólera.

—No puedo comprender este mundo —murmuró a la ventana mientras sus puños se convertían en mazos. Una uña del dedo corazón derecho se le hincó en la piel, formándole una herida en forma de medialuna; y la sangre brotó, con energía suficiente como para hacer resbaladiza y dejar caer al suelo, una gota del preciado oro rojo.

Poe casi escuchó el débil sonido de esta al estrellarse contra el suelo de piedra.

Y recordó al enterrador Anders.

Y es que detrás del cristal de la ventana, las gotas de la lluvia lloraban sobre una superficie lisa y casi opaca; aunque nada tenían que ver con el enterrador.

El cuervo estaba sobre el hombro de Anders.

Él, es decir, Edgar, estaba correteando por el cementerio bajo un cielo encapotado, y el sol se había marchitado contra las montañas que quedaban lejanas. Tan distantes que apenas se podía ver más que un sangrado en el cielo envuelto de algo amorfo y negruzco.

Era la muerte del día.

Pero en el cementerio había más almas errantes arrastrando sus pies, de muerte. Había esperanza e inquietud. Estaban atrapados entre este mundo y el otro, *si es que existía algo*. Le dio tiempo para pensar en ello. Mientras, de nuevo sus piernas se habían convertido en estacas secas: astilladas.

—No puedo andar —se dijo a sí mismo, y sus ojos se dilataron desmesuradamente. Después movió las manos y, eso sí, respondían, pero era como moverlas dentro de un gigantesco cubo de agua.

Miró hacia el fondo del cementerio y el señor Anders seguía estando frente a él. Intacto. Laxo sobre la húmeda tierra removida. Una de sus manos reposaba sobre la empuñadura de una pala que estaba hincada como un diente en el suelo. Su mirada era fría y oscura. ¿Cuándo había sido todo lo contrario?

—¿Qué pasa, Edgar? ¿No estás cómodo con tu vida? ¿Quieres morir ya?

Aquella voz retumbaba entre las lápidas, que respondían con un eco estruendoso.

—Señor Anders. ¿Todavía sigue usted vivo? —le reprimió el joven escritor. Ahora su rictus se marcó al final de la comisura. Parecía que iba acompañada de algo malévolo en la mirada.

De repente, sonó una estruendosa carcajada, y el cuervo empezó a chillar mientras aleteaba. El ojo —que ni siquiera estaba oculto bajo la cicatriz— pareció mirarlo con avidez. Desde el suelo, una espesa niebla estaba surgiendo como si se estuvieran quemando las entrañas de la tierra.

Edgar cabeceó muy lentamente al ver la mierda de la niebla. *Siempre se recurre a lo mismo para crear una aparente atmósfera tétrica*. Quiso reírse, pero no lo hizo.

—Ya ves, y enterrando a más fiambres. Yo no voy a morir nunca. Este trabajo me ha sido encomendado del cielo. —En su voz había algo de grosería y bizarro. El cuervo aleteó una vez más y rajó el aire con su denso pico.

Edgar vio cómo de pronto la tierra (que había debajo de la pala apoyada) empezaba a moverse, y mostrando unos bultos grumosos como si algo quisiera salir de allí debajo. Pensó en las ratas, que las había a miles. Ratas que se alimentaban de los muertos. Lo sabía porque —cuando era más niño e iba a contar y sumar las fechas de defunción— las veía con algo de carne en sus pequeñas bocas. Eran trozos purpúreos, y también se comían el cabello o la ropa.

—Yo tampoco voy a morir —murmuró Edgar, sin seguir poder moverse del centro del pasillo —uno de tantos— que estaba delante de la caseta del enterrador. Lúgubre y ominoso, la visión de todo cuanto sus ojos captaban era cuanto menos perturbador y, a la vez, enigmático.

La muerte siempre escondía un secreto.

El enterrador se cayó de espaldas, sin escupir por su boca algún improperio, grito o risa alguna. Sencillamente se cayó de espaldas. Como si fuera una tabla; y el cuervo se entregó a la

oscuridad del cielo volando en círculos.

La tierra se erigió como una roca desgranada, pugnando hacia arriba. Abriendo un cráter voluminoso, pero para nada circular. Era como si el señor Anders hubiera cavado una fosa de repente.

Y después, se enderezó eso.

Algo que le hizo a Edgar retroceder. y se sorprendió de haber podido mover las piernas. Sus ojos estaban más abiertos ahora. y las ratas chillaban detrás de las tumbas: agazapadas como un retén de soldados.

Era un ataúd abierto, de madera astillada y mohosa.

En el interior, unos ojos acuosos resplandecían entre la penumbra, y ahora la luna proyectaba su mezquina luz sobre el cementerio. El cuerpo hediondo y amorfo que había dentro del ataúd se movió como si fuera guiado como un títere.

—Hola, hijo.

Los tímpanos de Edgar retumbaron como si hubiera escuchado una explosión. Era su corazón, que había martilleado dentro de sus venas, inyectándolo todo con una presión de una máquina de vapor.

Edgar no dijo nada.

David Poe abrió sus brazos menudos y dejó a la vista una barriga hinchada y putrefacta, de donde salían ratas. Sus labios estaban hinchados y su nariz había sido mordisqueada.

—Putas ratas —se quejó mientras sus dedos de la mano derecha atrapaban la cola de una de ellas. La rata se retorció en el aire como un gusano y emitía un febril grito de niña.

—¿Entonces estás muerto? —Preguntó el muchacho, al tiempo que sentía un doloroso nudo en la garganta—. Nunca nos abandonaste.

—No es tan sencillo, hijo. Hablemos de ti. ¡Mira en qué despojo te has convertido! Todos tus escritos son tristes, oscuros e inhumamos. No tienen sentido. Ya nadie te quiere, y la rebeldía ha trepado sobre tu piel blancuzca. Tu padrastro no te quiere. Yo tampoco. Has fracasado. No conoces el amor verdadero. Todo es una mierda porque no crees ni en las reglas de la vida. Estás hundido.

El señor Anders seguía en el suelo, bocarriba: sonriendo.

Todo era ridículo, más propio de una pesadilla que... Edgar se centró en algo y cuando fue a hablar, todo desapareció de repente.

Sus ojos vieron el techo de su habitación y la luz de la luna reflejada en ella. Estaba sudoroso y se había sentado sobre la cama. Y de sus ojos brotaron unas lágrimas olvidadas.

—No sé a dónde irás a parar —dijo el chico de pecas tan grandes que parecían lentejas pegadas a su piel.

Edgar tenía la mano izquierda sobre su cabeza, y esta estaba casi apoyada en el borde de la jarra de cerveza. Su mano derecha tenía todos los dedos agarrotados cerrando la jarra de cristal grueso. Tenía vértices que raspaban, aunque no llegaban a cortar. El líquido del color de una meada estaba casi ausente, por la inmensa cantidad de espuma de un mar zozobrando. La mesa era de madera y en ella había todo tipo de inscripciones hechas con una navaja.

El ruido de los murmullos de los que estaban dentro de aquella taberna inundaba el poco oxígeno que quedaba atrapado sobre sus cabezas. Eructos y pedos eran la tónica de aquella mañana de domingo. Afuera, el sol irradiaba con tal intensidad que los borrachos se caían de culo al salir de aquel tugurio. Sus ojos no aguantaban tal intensidad bronceada y el dolor les atravesaba las sienes hasta ver miles de puntos negros como moscardas volando a su alrededor.

—¿Sabes? —inquirió Edgar levantando su pesada cabeza como una bola de hierro—. Yo soy más listo que tú. ¿Lo sabías?

El chico, que se llamaba Paul, no contestó de inmediato porque se había quedado desconcertado, bueno, en parte. Solo en parte. Porque ya había oído hablar de los delirios de grandeza de Poe. El chico que lo sabía todo. El más inteligente de la clase y anti-sistema. Edgar mismo se autoproclamaba así.

—Bueno, es una suerte contar con un compañero tan inteligente —contestó Paul dándole unas palmaditas en el brazo. Edgar se movió como un muñeco de trapo a cada golpecito de mano.

El tono de Paul sonó con cierta alevosía en la elección de cada una de las palabras.

¿Yo soy más tonto que tú? No. Lo que pasa es que eres un obcecado de los libros y te crees que ya todo lo sabes. Sí. Es cierto que progresas el primero en clase. Claro, también escribes muy bien, pero tu cara te delata amigo, oh, ¿qué decía?... Jajaajaja

—Ya sabes que estoy considerado como el alumno más brillante de la Universidad. Soy constante y aplicado y se me meten muy fácilmente las cosas por aquí. —Su dedo índice apretó su sien derecha y sintió algo de dolor. Se había apretado demasiado fuerte mientras su cabeza parecía estar sujeta en un muelle.

—Sí, claro que lo sé —acució jocosamente Paul y mostró una sutil sonrisa de payaso mezquino. Estaba sentado frente a Edgar, pero erguido.

—Sííí, claro que lo sabes —enfaticó Edgar y añadió—. No suelo emplear toda mi capacidad y por ello me han dicho que pretendo llegar a mostrar un estado de...—pensó un poco—. ¿Erudición? Te lo puedes creer.

—Bueno, a la vista está.

—¿Qué?

—Oh, nada. Sigue hablando si quieres. Este es un buen lugar para ahogar las penas.

Edgar se apoyó en sus manos con mucha dificultad y temblando dijo:

—Ya de niño devoraba decenas de libros. Eso me hacía sentir un hombre mucho antes de tiempo. He adquirido mucha sabiduría leyendo...

—Qué engreimiento —le cortó Paul casi en un murmullo.

—¿Qué dices?

Edgar dejó de estar apoyado sobre sus manos para repantigarse o mejor dicho, derrumbarse sobre la silla de madera que estaba coja.

—Yo no he dicho nada —mintió «el pecas» mientras movía las manos como aspavientos. De haber fluido un chorro de aire allí dentro, sus manos lo habrían dispersado por todos lados cortando los pedazos del viento como esquivarlas.

—¡Ah! Creía que habías dicho algo adverso. —No tenía sentido aquel vocabulario, pero lo soltó sin más. Adverso—. ¡Quiero otra de estas! —vociferó empuñando la jarra y elevándola sobre su gacha cabeza.

Inmediatamente se acercó un tipo alto y con una prominente panza. El tipo estaba grueso y su cuello mostraba las enervadas venas que latían de forma constante. Sobre su mano derecha un enorme platillo de madera soportaba el peso de tres jarras de cerveza.

—Escoja la que quiera —dijo el tipo de espesa barba. Era escocés. Edgar lo había adivinado por el acento. Aún a pesar de estar borracho, distinguía ciertas cosas.

—Gracias, grandullón —argumentó Edgar tirando del asa de una de aquellas jarras. que salpicó con la meada y la espuma la superficie de la mesa.

Paul se hizo a un lado.

—¿Quiere otra? —preguntó el hombre con facciones alargadas y mirada ociosa.

—No, gracias —contestó Paul moviendo el índice de su mano derecha.

A Edgar le pareció estúpido.

El hombre gigantón se dio media vuelta y horadó el gentío que había en la taberna. Los murmullos eran incesantes y pronto acabaron por canturrear tonterías. Ese hombre tenía la fuerza de un oso para poder enviarlos a todos a la puñetera calle, pero su vida era esa. Poe estudiaba y ese tipo servía cervezas.

—¿Sabes que incluso me han dicho que tengo afición a la mistificación?

—¿Qué es eso? —observó Paul con la cara contraída.

—Yo lo sé, pero no te lo digo. —Edgar soltó un eructo como un ladrido de un lobo y. después, se llevó la jarra a los labios.

El gorgoteo saciando su sed era a la sazón, asqueroso.

Paul se echó para atrás y. al hacerlo, alguien no muy firme le dio con el codo en el cogote. Edgar explotó en una risilla de niño travieso, algo que nunca había sido, sino, diferente.

—Tenga cuidado por donde va, amigo —ladró Paul volviéndose como uno de los monstruos de Edgar. Aquellos que poblaban sus fuerzas oscuras de la noche.

—¿Sabes otra cosa? —El alcohol le sentaba realmente mal a Edgar, dada su constitución débil—. Tal como hizo el poeta Lord Byron, he viajado hasta San Petersburgo, Grecia, España y Arabia. Allí hay cada mujer que... Y en el mediterráneo las hay también... —Sus dedos, estrangulados en el aire, formaban una unión de fuerza con las uñas apuntando el techo. Ese movimiento indicaba abundancia. Sus dedos se abrían y cerraban como una pajarita de papel.

La luz de mantequilla del candil, que había en el centro de la mesa, roció una mezquina serie de formas en su rostro pálido. Sus ojos estaban casi cerrados, pero era mejor verlo así, que no tener que soportar aquella mirada triste y delirante

Paul ya había vuelto a su estado normal. Estaba hincado de codos en la mesa, con la jarra entre

los antebrazos y su mirada estaba clavada en la espuma que rezumaba por el borde. El murmullo de aquellos idiotas ahora eran gritos, y alguien se tiró otro pedo a lo cual le siguieron unas risas.

—Esta gente solo sabe ventosear —aseguró Paul entornando los ojos.

Edgar se bebió media jarra de un tirón y su cuello se llenó de espuma al tiempo que parecía una cañería tragando agua de la lluvia.

—Déjalos ventosear. Es lo mejor del mundo —profirió una vez se apartaba la jarra de sus labios. Un bigote blanco apareció debajo de su nariz y Paul se lo imaginó de mayor con un pequeño bigote.

—Edgar. Ya tengo suficiente. Tengo que marcharme —explicó Paul, levantándose del taburete. La mano de Edgar le agarró de la solapa de la chaqueta, también conocida como casaca. Este lo hizo con fuerza y le obligó a sentarse de nuevo. La casaca estaba ceñida al torso de Paul, pero ahora se había descosido.

—No sabes lo mejor de todo.

—¿El qué?

—Que Elmira Royster se ha distanciado de mí. Ya no hacemos tanto el amor, bueno, ya no nos vemos...

—No me extraña —le cortó Paul, visiblemente disgustado ya.

Edgar le clavó la mirada.

—Temo que se aleje definitivamente de mí. Estoy inseguro.

Paul hizo una mueca de cierta complicidad. Sabía que lo haría dado el historial de Poe. Sí, claro que lo haría.

—Y lo peor de todo es que ya no puedo sostenerme, ni en pie, ni económicamente. El dinero que me envía el cabrón de mi padrastro no me llega al final del día, por eso tengo que apostar unas cuantas monedas en los juegos...

—¿Qué? —le interrumpió de nuevo su supuesto compañero. Tenía los ojos como dos bandejas llenos de jarras de cerveza.

—¿Te has viciado en el juego? ¿Cuándo fuiste así?

—Shhh... —El dedo índice se cruzó de forma vertical delante de sus labios y el bigote de espuma—. Técnicamente estoy acabado y voy a decidirme por algo —explicó.

A lo que Paul no se asombró de nada, ahora.

De repente, Edgar se derrumbó hacia atrás en un golpe carnosos que pasó desapercibido ante tal griterío de los borrachos. Los pies sobresalían justo en el borde de la mesa, apuntando como dos fusiles hacia el techo. Hacia esos cuervos que siempre tenía en mente.

Paul se levantó a recogerlo con premura.

Aquello fue el final de otro ciclo para Edgar. Apenas unos meses después abandonó la Universidad, alegando que no se sentía a gusto en Richmond; y viajó junto con sus libros de lectura (de todo tipo de género) hacia Norfolk, para terminar en Boston (en abril de 1827). La novela, poesía y las matemáticas le acompañaban en su sabiduría; pero fue en Boston cuando probó suerte con el periodismo. En esa época escribió bajo el seudónimo de 'Henri Le Renet'.

Edgar se hundió del todo cuando se enteró de que Elmira había decidido casarse en ese mismo tiempo, en la distancia que había crecido entre ambos. Lo había hecho con un tal Alexander Shelton (le dictaba su mente), y al pararse a pensar en profundidad, se cagaba en sus... enterrados.

Batiéndole el corazón

(Ese mismo año: 1827). Poe se vio incapaz de sostenerse y vivir como uno más en Boston. El fraguar de su vida había hecho mella y todo le parecía horrendo. Escribía y casi carecía de sentido. La impotencia de aquel momento le llevó a alistarse en el ejército.

—Así que quieres alistarte en el ejército, ¿es así? —El hombre de barba rala, y atuendo disfrazado como Lord Byron y la saga de los vampiros de *Vlad el empalador*, le clavó la mirada hasta que Edgar se hundió en sus hombros, con un movimiento como si todo funcionase a través de un mecanismo de bolas engrasadas.

—Sí.

Edgar no tenía en mente más que esa consonante y vocal. Eso era todo. Su corazón vibraba como un pequeño terremoto de forma cáustica.

—Está bien. Me gustan los muchachos decididos —dijo aquel hombre que sostenía una pluma entre sus dedos. Su voz cada vez era más grave. Su mirada no distaba mucho de la de Edgar: triste.

—Sí. Soy un hombre decidido —repitió Edgar temblándole los pies. En cierto modo, pensó que aquello no podía ser peor que un cementerio. Al fin y al cabo no había en ejecución ninguna guerra en ese momento, y cuando el ínfimo aire caliente de mayo se arremolinaba en su cabello, dejó claro que el final de todo es la muerte.

—Serás un soldado raso y sabrás combatir al enemigo cuando haga falta. ¿Entendido? —La abrumadora voz de aquel sargento o coronel (o qué sabe Dios qué rango era) le hizo resignarse mentalmente—. ¿Qué edad tiene?

—Veintidós —mintió Poe.

Solo tenía dieciocho.

Y la primavera de aquel año se burlaba de él de alguna manera. Por una paga de cinco dólares al mes se fue de cabeza al Fort Independence, en el puerto de Boston. Su padraastro seguía siendo aquel hombre abominable de sus pesadillas, junto al señor Anders.

El enterrador

—Tamerlán y otros poemas —dijo Edgar mientras lo escribía en un folio en blanco, que bien visto parecía amarillento —o cuanto menos—, polvoriento.

Su arrogante compañero, un tal Benjamín con aspecto rudo y al que no le sacaban el apellido ni tirándole de la lengua, lo miró despectivamente. Sus labios eran extremadamente finos y su nariz puntiaguda, que contrastaban con su cara hinchada.

—Cosas de marica —protestó.

Ambos estaban sentados en una de las habitaciones del cuartel general. Poe estaba encorvado sobre una pequeña mesa, con la punta de la lengua mostrándola como un niño que quiere probar una golosina. El olor a tinta embriagaba el corto espacio que les separaban, entre las dos literas. Los demás soldados estaban echando la siesta en ese momento.

—No creas. Estos poemas los escribí cuando tenía catorce años —aseguró Edgar mostrando una medialuna en sus ojos balanceados.

—Claro, y yo me tiré a tu hermana a los doce —rezongó aquel desgraciado.

Edgar agachó la cabeza y dijo:

—Y yo a tu madre con trece.

Benjamín inclinó su cabeza hacia atrás y soltó una gran carcajada. Tan fuerte que algunos soldados se despertaron de súbito.

—¡Ese imbécil! ¡Que deje de reírse! —gritó uno.

—¡Serás capullo! —exclamó otro.

Pero todas las voces provenían del fondo. El sonido estaba fraguado de aire caliente y olor a pies. Y llegaba a sus oídos como un susurro inexorable. Y en intervalos de tiempo, notaba que el sonido tenía consistencia. Como un gas.

Edgar sonrió levemente, mientras Benjamín tenía la cabeza del revés y los ojos saltones para descubrir quiénes habían sido los idiotas de turno.

—El próximo que diga algo lo pateo —vociferó y como un muelle, su rostro volvió a estar enfrente de la coronilla de Edgar, quien seguía con la cabeza gacha. Casi apoyada en la pluma o aplastando el folio.

—Firmado por un bostoniano —dijo.

Ya no tenía la lengua como un lagarto: al aire y visiblemente sonrosada.

—¿Y vendes esas mariconadas? —preguntó Benjamín todo serio.

—Todavía no lo he impreso, pero estoy seguro de que mi primer libro será un éxito —aseguró Edgar, sin pasión alguna en su rostro. Era inteligente, pero no gilipollas como para mostrar la sonrisa de un bufón que lo sabe todo—. Es un opúsculo de poesía de cuarenta páginas —terció.

Benjamín empezó a mover la cabeza como un columpio redondo. Pero no mostró ningún cambio en los rasgos de su cara. Era extremadamente inexpresivo: como los ojos de Edgar.

Antes de ser destinado a Fort Moultrie (Charleston), el 8 de noviembre de 1827 —día en el que llegó su regimiento—, Poe había mandado publicar el libro. La editorial sólo imprimió cincuenta copias, y el libro pasó prácticamente desapercibido. Esto fue un revés para Edgar que, sin embargo, se alegró al ver duplicada su paga a diez dólares al mes, tras ascender a artificiero.

Ahora, lejos de las palabras sibilantes de la poesía, la tristeza o la conjunción de los sentimientos, Edgar tenía que preparar los proyectiles de artillería mientras pensaba en hombres y mujeres desmembrados.

Pero eso solo sucedió en su mente febril.

Pasó dos años más en el ejército mientras las cosas, lejos de solucionarse, parecían complicarse por la dureza de Edgar e inflexibilidad a las reconciliaciones.

Y pasó lo peor.

Edgar continuó ascendiendo de galones y dos años después ya obtenía el grado de sargento mayor de artillería. Muy debilucho sí debía estar, pero sus neuronas eran anormales, pues ese destacado enfilamiento en alcanzar el más alto nivel de suboficiales no era satisfactorio; y como ejemplo, Benjamín se quedó como soldado raso.

Sin embargo, esto le preocupaba sobremanera, porque debía estar cinco años más en el ejército. Lejos de la escritura, ahora solo veía uniformes de militar y armas de guerra pesadas, para disparar proyectiles de gran tamaño a largas distancias, empleando una carga explosiva como elemento impulsor. Aunque eso le fascinaba, estaba supeditando la idea de acortar su estancia allí. Sí, eso era todo lo que veían sus ojos, y atrás quedaron aquellos números de las lápidas y el viejo cementerio; bueno, era un decir, Edgar estaba seguro de que el cementerio seguiría existiendo. No así el señor Anders, que se colaba todavía en sus mejores sueños.

En una tarde calurosa de verano pidió permiso para hablar con el oficial que estaba al mando de su unidad. El teniente Howard. Un hombre astuto, con bigote como si fuera la jodida cola de un gato peludo, y un rostro arrugado por el estrés.

—Señor, tengo que pedirle una cosa. —Edgar estaba de pie, frente a la mesa metálica. Brillaba como un condenado atrapado bajo los rayos del sol que se colaban por el hueco de la ventana. El aire era denso y pegajoso y Howard estaba empapado de sudor.

—Habla. —Como todos los militares, Howard era parco en palabras.

—No puedo estar cinco años más en el ejército, señor.

Aquella frase cayó como una losa fría sobre la espalda del teniente. Se puso de pie y la silla chilló a ser desplazada hacia atrás. Se escuchó un golpe metálico al chocar contra la pared. Pero no dejaba de ser como un ruido seco: como si hubiera crujido algún hueso.

—¿Qué está diciendo!?

Poe cruzó sus manos con los dedos titilando en el aire.

—Lo que ha escuchado, señor.

Ahora Edgar estaba temblando de pies a cabeza.

El teniente parecía una fiera furiosa con los labios apretados, mordisqueándose los labios. Se sentó de nuevo y puso los nudillos sobre la mesa.

—¿Y por qué quiere desertar, si es un destacado suboficial?

Edgar no contestó de inmediato.

—Cuando me alisté en el ejército no di mi edad correcta, ni tampoco mi nombre completo. Soy Edgar Allan Poe. Hijastro de John Allan.

Como el denso y empalagoso aire de aquel verano, transcurría la conversación, pero John Allan era muy conocido en el lugar y hombre de mucho poder y reputación. Howard lo sabía y lo conocía.

—Siéntate, Edgar —dijo en tono más pausado—. Voy a escribir a John. Le contaré lo que quieras.

Edgar tiró de la silla hacia él y esta, sin hacer ruido, se separó de la mesa medio metro. Después de esto, Poe se sentó lenta y oficiosamente con las manos cruzadas como un niño.

—Le escucho —dijo.

Howard empezó a hablar largo y distendido, pero sus promesas no se cumplieron por parte de Allan. Aquellos días de sol se oscurecían con los rechazos constantes por parte de su padrastro. Pasaron los meses y las súplicas volaron como las hojas en medio de una tormenta de otoño. Allan ni siquiera le contestó para darle la mala noticia.

Algo que despertó en Edgar una profunda depresión.

Frances Allan murió el 28 de febrero de 1829.

Preso de la tristeza, Edgar solo pudo acudir a su casa el día después de la muerte de Frances. Ella estaba pálida y casi purpúrea, con los ojos cerrados como si durmiera. La vio entre un resquicio de la puerta y su corazón se rompió en dos. Sentía que había llegado demasiado tarde. Justo en el momento del entierro. Y tal fue su dolor, que se desmayó.

Cuando volvió en sí, ella ya estaba enterrada, a lo cual Edgar fue corriendo hacia el cementerio; y cuál fue su sorpresa que el señor Anders estaba allí todavía: algo más raquítico y gruñón, pero estaba vivo. Algo que no sucedía con su madrastra. Ahora recordaba, rodeado de cuervos, las suaves caricias de las manos de ella. Tan calientes y suaves.

—Lo siento, pequeño Edgar —dijo el enterrador. Estaba al lado de la tumba. A un metro de él.

Edgar era todo mocos y lágrimas que se escurrían sobre la piel de su cara, su chaqueta, y caían al suelo como las gotas de una lluvia fortuita. Casi podía escuchar el chapoteo; y en el final de las montañas, elevarse el ruido de un trueno.

Edgar Allan Poe se apoyó en la tumba; y con mucho dolor en su interior, cayó inanimado. Sus dedos no pudieron leer la fecha de la defunción.

Esta vez no.

Allan, forzado por la situación, accedió finalmente a ayudar a Edgar. Ahora le permitiría obtener el licenciamiento, aunque como siempre hacía, proponía una condición: que se alistase en la Academia de West Point.

Pero eso sucedió dos meses después.

Y Edgar Allan Poe habló de su Frances Allan todos los días; dirigiéndose a ella como una gran madre y manifestaba su gran admiración por ella de forma muy cariñosa.

No superada la pérdida de su amada Frances, su madrastra, Edgar fue licenciado finalmente del ejército el 15 de abril de 1829, justo en el momento en el que la primavera brillaba sobre la tumba de ella. Derrotado, decidió trasladarse a Baltimore para pasar un tiempo con su tía Maria Clemm, viuda acompañada de su hija llamada Virginia Eliza Clemm (que a su vez era su prima). Con ellos estaban conviviendo su hermano William y su abuela inválida llamada Elizabeth Cairnes.

—Hola, hermano —saludó William con una estúpida sonrisa en la cara. Por dentro, le separaba la distancia y el poco roce que había tenido con Edgar. Sutilmente, le tendió la mano, que más que un brazo estirado parecía una cuerda bailando en el aire.

—Hola, William. —Poe al menos pronunció su nombre. No muy afortunado en sentimientos tampoco, pero supo disimular con la tristeza plasmada en sus ojos.

La puerta estaba entornada y el viento la mecía hacia adentro hasta que se hacían escuchar los chirridos de los goznes. Broncíneos todos aquellos clavos en la madera, brillaban ante el esplendoroso sol, y una lengua dorada lamió el suelo hasta alcanzar la silueta de una silla de ruedas.

Sin duda era ella.

La abuela.

—¿Así que eres tú el hermano de William? —preguntó su prima Virginia. Estaba dando saltitos a sus apenas once años de edad. Era morena y tenía el cabello largo y rizado. Su belleza ya impresionaba a Edgar, pero la miraba con otros ojos.

William, manteniendo su estúpida sonrisa, movió la cabeza hacia ella y dijo:

—Sí. Este es mi hermano. El alistado en el ejército. El que el señor Allan no respeta. —El timbre de voz en esta última frase pareció marcar un antes y un después. Había celos en el tono flagelado.

Virginia extendió su pequeña mano. El sol la rodeó de luz. Era como un diamante en bruto, pero brillaba bajo toda esa inmensidad del día.

Edgar Allan Poe le estrechó la mano y se inclinó hacia adelante, en un acto de reverencia. En ese momento sintió algo hermoso al apretar aquella delicada mano. Era como si una descarga de energía fluyera por la piel del dorso de la mano y las yemas de los dedos.

Era muy pequeña, pero Poe —sorprendido por su habilidad mental— descubrió o presintió que algo iba a suceder con ella. Tras dejar de apretar la mano, sus pensamientos volvieron a Frances y el ejército que había dejado atrás; aunque siempre podría volver. Siempre.

María rompió el hielo.

—No te quedes ahí parado, Edgar. Entra en casa. —La única sonrisa verdadera era la de ella y la de su hija.

La puerta graznó como un ser vivo, dejó pasar el flujo del sol, y la sombra alargada de Poe se dibujó como un fantasma en el suelo. Y, entrando en la casa, se le ocurrió que debía escribir —en esta nueva etapa— su segundo libro.

Fue durante su estancia en esa casa cuando Edgar publicó su segundo libro. El título, lejos de ser escabroso o espantoso era sutil: *Al Aaraaf, Tamerlane and Minor Poems*. Poe repetía, así con sus poemas que distaban mucho de sus pensamientos reales, su profunda tristeza o la admiración por lo macabro.

—Soy un autor incomprendido —dijo mirando fijamente a la ventana. El sol del verano hacía mella en su rostro, y estaba empapado de sudor.

En su habitación no había nadie más.

—No entiendo qué quiere decir —había escuchado decir a un hombre canoso mientras sostenía el libro abierto entre sus manos, sobre la mesa de una cafetería.

Edgar se sintió fustigado, y con la cabeza gacha se levantó y se marchó de aquel lugar.

«Al menos han comprado una copia», pensó mientras su silueta se desvanecía a lo lejos.

Sin embargo, alguien con visión de futuro: un tal John Neal, (famoso crítico) dijo de él que había potencial, y que pronto todos hablarían de sus obras. Tenía fe en ellas, y dijo asimismo que sería el primero de su clase. Sarah, su anterior relación frustrada, también había dado su propia opinión: «Edgar no es un poeta menor que Shelley».

Aunque Poe no lo escuchó de su boca, se dio por enterado unos meses después, por el chismorreo. Y cuando eso sucedió, se sintió algo útil y reconfortado.

—Bien. Soy un poeta con futuro —susurró esta vez al techo, mientras tenía las palmas de las manos en su nuca—. Frances. Esto va por ti.

Y brindó con una copa invisible que sostenía en una mano que tampoco era suya.

Tampoco.

Las pesadillas eran recurrentes.

El jodido gato tuerto estaba sobre la tumba de su madrastra. Su único ojo visible en la oscuridad parecía latir entre el empalagoso silencio de un cementerio. Él se encontraba caminando entre las tumbas: bordeándolas y palpando las fechas de defunción, como siempre había hecho de pequeño.

Una espesa niebla había crecido delante de sus narices y podía oler la humedad fétida de aquel gas opaco. Rodeándole el cuello, parecía una mano que le masajeaba con suavidad, pero era tan cruel como helada. Su corazón latía impasible en ese momento y tenía la sensación de que toda la sangre de sus venas se había detenido como la de un zombi.

Miró hacia una esquina del cementerio, más allá de las lápidas, en dirección a la puerta y no vio nada. La casa del sepulturero estaba cerrada, o al menos eso pretendía ver. El señor Anders no estaba allí. Ni la pala que tantas veces había brillado hincada en el suelo.

Y el graznido de una bandada de cuervos inundó el aire cuando él quiso darse la vuelta para mirar de dónde procedía. Ahora le costaba moverse más. Eran movimientos lentos y nada dolorosos, pero incomprensibles en el fondo. Los vio. Eran negros y se podían adivinar las siluetas marcadas en un cielo grisáceo, donde la luna brillaba con toda su mezquindad.

Entonces, de repente, cuando los cuervos trazaron una línea sobre su cabeza, del suelo emergió una mano con los dedos estrangulados como si todos los huesos estuvieran rotos. Más allá de la muñeca y el antebrazo, brillaba un camisón blanco. Edgar se sorprendió de que no estuviera lleno de barro, pues recordaba, incluso en los sueños, que había pisado el lodo en algunas esquinas.

—Esos poemas son excelentes, hijo —hablaba alguien desde todas partes, pero sus ojos se habían clavado en aquella mano que se removía sobre la tierra. Después, el suelo se convirtió en un globo hinchado y, tras rajarse como un cráter, salió otra mano que se apoyaba en la tierra.

Algo estaba saliendo de su tumba.

Evidentemente, era alguien.

¿Quién?

—Esto no puede ser —jadeaba él, y con un incomprensible tono de jocosidad añadía—. Soy el poeta Edgar Allan Poe y no un escritor de historias de miedo.

—Eso es lo que crees tú —dijo aquella voz, que ya tenía procedencia. El cuerpo que salía de debajo de la tierra. Era una mujer. Estaba en avanzado estado de descomposición y Edgar no podía saber quién era.

—¿Quién eres?

Qué ocurrencias tenía en las pesadillas.

—Soy yo. ¿Es que no me reconoces?

La voz cascada resonó en todas las lápidas y el gato maulló en mitad de la noche. Los cuervos se habían rezagado en el suelo; junto al cadáver, que se apoyaba sobre sus huesudas manos. Algo amorfo y hediondo.

—No.

—Soy Frances, hijo mío.

Y de repente, la boca de Poe se transformó en una O mayúscula, mostrando los ojos vidriosos ya abiertos como platos. Quiso gritar, pero las cuerdas vocales se habían escapado de su garganta. La mueca de su boca se agrandó, y por los labios dilatados podría restregarse el jodido gato. Su corazón saltó de repente en la punta de su lengua y podía verlo latir desaforadamente. Aquellos jodidos cuervos torcieron sus cabezas para mirarle mejor. Y el gato le guiñó el ojo verduzco.

Finalmente, cuando las cuerdas vocales habrían regresado a su sitio, profirió un alarido y, al mismo tiempo, de sus ojos brotaron dos torrentes de lágrimas que sufrían en la caída libre, resbalando sobre la piel helada de su cara.

—No escribirás siempre poemas —aseguró Frances, con el cuerpo ya de pie sobre la fosa, y le señaló con el dedo.

Con el jodido dedo que ya no era como antes.

El 1 de julio de 1830, Edgar Allan Poe viajó de nuevo hasta West Point para inscribirse como cadete. El ejército parecía ser su eje en cuanto había cumplido la mayoría de edad. Sin embargo, no había soportado las medidas tan estrictas en la casa que compartía con su hermano William. Aunque allí se dejase algo muy importante en su vida.

Algo que sucedería poco después.

Su padrastro se casó en segundas nupcias, en octubre de ese mismo año. John Allan. La desafortunada mujer se llamaba Louisa Patterson, y pronto fueron patentes sus discusiones diarias sobre los hijos de Allan. Edgar pensó, en la distancia, que eso no era nada nuevo, y acertó. El matrimonio se distanció como el agua del aceite.

—No puedo seguir así —ladró Louisa, y su cabello anidado en un moño le daba un aspecto fantasmal.

—Es mi hijo —rechinaba John—. Debe ser mirado antes que nadie. Para mi es más importante que tener un nuevo hijo.

—Nunca mencionas a Edgar —le fulminó ella con la mirada.

John no había contestado, y en su lugar había asentido con la cabeza, y supo que todo aquello estaba en la recta final.

Y mientras tanto, el todavía joven Edgar, en otro extremo del país, no soportaba la disciplina militar. Se había negado a cumplir con las reglas y su rebeldía había vuelto a aflorar como sus poemas tristes. Esa conducta le llevó a ser juzgado por una corte marcial. El 8 de febrero de 1831, fue acusado por romper con las reglas de la disciplina que incluían desobediencia, abandono del servicio y la negación de ir a la iglesia.

Edgar Allan Poe tenía una carta en la manga y se declaró inocente, para que se decidieran por su expulsión inmediata del ejército.

Aunque todavía le faltaba una cosa por hacer dentro de este cuerpo.

Edgar fue tremendo en su historia, sin sacar escenificaciones de sus pesadillas. Las reales eran más crueles, y poco a poco se enderezaba sobre un camino angosto e impredecible. En febrero de 1831 se fue hacia Nueva York, ciudad con la que no había contado pisar nunca.

Y fue allí donde logró ver publicada su tercera obra. A la sazón era más de lo mismo: poemas. De modo que lo tituló simplemente Poems.

Edgar, tienes sueños angustiosos, pero escribes poemas oscuros con tintes de romanticismo. Edgar, no eres tú. Estás flagelándote toda la vida con tus desesperaciones y dramas. Estás perdido en un mundo cruel que no te otorga la bendición. Edgar...

Pero esas palabras rebotaban en su cabeza como gotas de agua de lluvia dentro de un cubo. Seguía siendo irritante y poco hablador. Sus ojos escondían una profunda tristeza que todavía perduraba. Y John estaba siempre en su boca por la necesidad económica. «Un genio en apuros», pensaba y casi se reía con unos labios tan estrechos como una cicatriz.

—Edgar. He pensado que si todos aportamos algo de dinero, tu libro podrá ser editado —le había explicado un compañero de West Point, cuyo nombre y aspecto no venía al caso.

El muchacho estaba apoyado en la pared de una casa y Edgar tenía las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón. Daba la impresión de que su cabeza se había hundido literalmente entre sus hombros. Parpadeó y dijo:

—Oh, eso estaría bien, pero no...

El muchacho le cogió del brazo y terminó la frase de Poe.

—Casi todos hemos donado algo, y ya tenemos unos ciento setenta dólares. Con menos de un dólar cada uno ha sido posible. ¿Sufragará esto la impresión de tu libro?

Edgar se encogió de hombros.

—Sí, creo que sí —y por un momento pareció mostrar una débil sonrisa que brillaría más que el propio sol.

—¿Estas contento, verdad? ¿De qué trata el libro?

—Es un conjunto de poemas románticos.

Hasta el aire que discurría por la calle cesó y se convirtió en hielo.

El chico empezó a reírse y dejó de sostener el brazo de Edgar.

—Venga ya. ¿No has escrito esos poemas satíricos en los que pones a parir a todos los oficiales del mando?

—Pues no. He de decir que esta vez no he escrito sobre ello.

El compañero se quedó perplejo.

Unos días después de dicha conversación, Edgar vio impreso su libro a través de Elam Bliss, una imprenta de la ciudad de Nueva York. Un dato que tuvo en cuenta es que apareció como «Segunda edición», para así dar más consistencia a la obra y que los lectores se interesasen por ella.

El muy jodido puso en la solapa una dedicatoria más o menos así: ESTA OBRA ESTÁ DEDICADA Y ESCRITA PARA LOS CADETES DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Aquello supuso una broma que no pasó inadvertida, pero Edgar tenía ganas de escribir más y más, hasta que sucedió algo terrible.

¿Y cuando no sucedía esto en su vida?

Aquel hombre de traje oscuro y enclenque tenía que afrontar nuevos retos de la vida y la muerte. Una vida que, según él, no se la merecía, pero seguía adelante a pesar de sus decepciones, cuestas angostas y hechos dramáticos.

Su vida iba a cambiar de nuevo.

Edgar Allan Poe regresó a casa de su tía de Baltimore, en la primavera de 1831, concretamente en el mes de marzo. El viento soplaba todavía con cierta sensibilidad fresca. Su chaqueta estaba acordonada del todo y tenía los puños de la camisa atrapados por sus destartados dedos.

Sabía que su hermano estaba delicado de salud.

La puerta de la casa se abrió para Edgar con una desgarradora halitosis de muerte. Eso fue lo primero que pensó. No era prosa, ni mucho menos poesía, pero era una combinación de palabras que te dejaban pensando.

—Buenas tardes, tía —se presentó con la voz temblorosa.

—Qué bien que estás aquí de nuevo. Te echábamos de menos —y ella lo abrazó como si fuera su hijo menor.

Él, incómodo por ello, se apartó sutilmente.

Virginia estaba detrás de su tía con la mano agarrada en su falda, tan larga como la red de los barcos pescadores. Visiblemente mejorada y desarrollada, no pudo esquivar una leve sonrisa. Sus ojos estaban fijos en los de Poe.

Sentía cierta sensación de modestia y alegría juntas.

—¿Cómo está mi hermano? —preguntó Edgar mientras miraba de reojo a Virginia.

—Entra y lo veras, hijo —acució su tía. Su mano se cernió en la muñeca de él y tiró con fuerza. Su cuerpo se dobló como un árbol desvencijado y viejo.

Virginia se llevó la mano a la boca para apresar una sonrisita después de todo.

Edgar le guiñó un ojo.

El estado de su hermano era delicado. Cuando subió por las escaleras hacia su habitación, parecía que trotaba como los caballos. Ellas se quedaron abajo, en el salón. Su tía María había ido a la cocina a preparar unas infusiones relajantes. En aquellos momentos no había para té y mucho menos, para café.

Elizabeth, la abuela tétrica que estaba clavada en la silla de grandes ruedas como las de un tren, parecía una muñeca de porcelana, con una grotesca mirada que solo brillaba en la oscuridad. No hablaba. Ni movía los ojos. Su cabello deslavazado le daba un aspecto aún mucho más perturbador. Mirarla era como ver a un fantasma del pasado.

Virginia apartó la mirada de ella, visiblemente inquieta.

—¿Qué tal te encuentras, Henry? —le preguntó Edgar mientras se acercaba a la cama con el respaldo metálico. Las barras, que parecían doblegadas de aguantar su peso al estar recostado todo el día, brillaban como la mantequilla; es decir, con la misma mezquindad que las velas.

No le había llamado hermano.

Henry movió la cabeza muy lentamente, como si de un extremo le tiraran unas gomas pegadas a los barrotes del cabecero.

—No muy bien. El médico dice que me recuperaré pronto. —Y esbozó una sonrisa, presagio de que sabía que aquello no sucedería.

En el siglo XVIII la gente enfermaba sin más, y se moría.

Esa era la única verdad.

—Seguro que si hermano —dijo esta vez Edgar, apoyando su rodilla al borde de la cama. El colchón de pluma se hundió por este lado como un barco escorando—. ¿Es por el alcohol?

Henry lo miró con unos ojos casi desencajados. Estaba sudando. Tenía la frente y los pómulos húmedos y brillantes. El sol penetraba por el hueco de la ventana como una lengua de fuego y moría en el mismo borde de la cama. En el suelo no se dibujaba ninguna sombra. Ni siquiera la de un pájaro picoteando en el alféizar.

—¿Es que insinúas que soy un vil borracho?

—Yo también bebo.

—Eso lo harás tú, pero yo no.

Edgar desvió la mirada hacia la mesilla. Había un botellín espantosamente feo. No era circular sino cuadrado y tenía un tapón dorado. Él sabía qué era eso.

—¿Y eso?

Henry no contestó.

El 1 de agosto de ese mismo año, Henry murió.

El sol brillaba en lo alto de un cielo azul intenso, donde se veían las pequeñas siluetas de los pájaros atravesarlo, como proyectiles disparado por un pelotón de artillería. Los cuervos, sin embargo, estaban cerca del reverendo, el cual tenía las manos en alto y la cabeza inclinada para implorar a un Dios que ni él mismo había visto. El jodido gato seguía estando allí, escondido tras una tumba, mostrando su cicatriz perturbadora.

Cuatro hombres fueron necesarios para bajar el ataúd al fondo de la fosa. Dejarlo caer sería una locura y entre ellos estaba Anders. El muy hijo de puta seguía vivo y con los dedos destartado alrededor de la cuerda del lado derecho. Su espalda ya no estaba para soportar el peso del ataúd y, levemente, dejó deslizar la cuerda más de la cuenta, haciendo que el ataúd se inclinase penosamente hacia un lado.

En ese mismo instante, se elevó un murmullo entre los familiares y amigos. Allan, el muy jodido, no estaba presente y su corazón latía en la distancia en los brazos de otra mujer.

—Oh, señor. Te confiamos esta nueva alma —decía el reverendo con sus ojos clavados en la expansión del cielo, como si tratase de descubrir el rostro de Dios.

—Hermano —musitó Edgar visiblemente triste, pero de pie, con firmeza, en el borde de la fosa. Su corazón no latía con dolor, pero sentía como si algunas de sus venas estaban siendo arrancadas de cuajo. Era como si de repente le faltara sangre, aire y alcohol.

Un *toc* indicó que el ataúd había tocado fondo y los cuatro hombres lanzaron unos bufidos como los de un gato. Estaban extasiados. Las cuerdas cayeron inertes sobre los labios de la fosa, y en ese momento las damas y señoras lanzaban al vacío sus rosas, que lloraban la pérdida de un ser querido o, quizá, temían a la propia muerte y todo eso era pura superstición.

—¿Echamos la tierra ya? —preguntó uno de los cuatro hombres con voz tronadora y sin sentimiento alguno. Por algo era su trabajo.

El reverendo, tan oscuro como los cuervos que se acercaban hacia ellos, puso cara de enfadado. El hombre apretó los dientes y sus labios se cerraron como un ojal dentro de un botón.

Edgar se dio media vuelta y atravesó los pasillos formados entre las tumbas que tanto había recorrido de pequeño. Y esta vez ni miraba los números de las lápidas. Ni los nombres. Y fue cuando decidió hacer dos cosas.

Edgar decidió quedarse mucho más tiempo en casa.

En lugar de ocupar la habitación de su difunto hermano, decidió que era buena idea ocupar la buhardilla que había compartido con él antes de fallecer. Poe había sido un trasiego en un ir y venir a la casa, y cuando subió las escaleras polvorientas y astilladas, le recordó de nuevo.

Su sonrisa, pero parco de palabras.

Desde ahora, Edgar cambiaría el género de su escritura y en lugar de escribir poesía lo intentaría con la novela. Algo que, según él, podría darle más salida y dinero, pues aunque escribió de forma arrolladora, las novelas no salían de su febril mente, sino que se quedaban en el camino de los cuentos.

—Bien, pues escribamos cuentos —susurró bajo el caramelo de la luz del candil.

Y siguió escribiendo durante los próximos cuatro años en los que el hambre se había aposentado en la mesa de los Poe.

En 1832, Edgar consigue publicar cinco cuentos también llamados relatos, en el prestigioso periódico Saturday Courier, de Filadelfia. Entre el material escrito se encuentra lo que Edgar conoce y bautiza como un cuento gótico: lo había titulado «Metzengerstein».

Y es aquí donde empieza de verdad la carrera del escritor que tenía fija en su mente una idea: vivir de la literatura. Pero a la sazón, antes de lograr esto, la familia pasó penurias, y el mundo literario no estaba protegido.

—Esto es inaudito —casi gritaba Edgar.

El hombre regordete le miró con alevosía.

—Es lo que hay. La gente no lee mucho y tenemos que reducir gastos. Esto es un oficio muy duro y tú lo sabes. ¿De qué te quejas?

Edgar se acercó a la mesa repleta de montones de papeles y manuscritos. Tenía el puño apretado y sus nudillos estaban tan blancos como la cara de la luna.

—Pero es preferible copiar obras inglesas que dar de comer a los que somos de Estados Unidos, ¿verdad? ¿Es eso mejor?

El hombre que tenía el poder en su mano lo miró crispado.

—No hay una ley de derechos de propiedad intelectual y podemos hacerlo.

—¿Así te lamentas?

—Es lo que hay.

—Ya lo veo.

Y Edgar se marchó de aquel despacho dando tal portazo que el marco de la puerta se dobló como una hoja.

Durante el camino de regreso a casa rumió sobre la posibilidad de vivir realmente de la literatura, a pesar de todos los contratiempos. Eso era como vencer a una tormenta de otoño, donde el frío, el viento y el agua se unen reforzándose. Al llegar a casa, Poe empezó a trabajar en su único drama, que nunca terminaría. El título era: Politian.

Y por las noches soñaba despierto. Dormía en pesadillas y escribía subido en los quebraderos de cabeza. El dinero escaseaba en casa porque muchas veces no cobraba y se veía continuamente constreñido a pedir dinero a sus empleadores. Eso era vergonzoso para él, pero debía hacerlo.

Sin embargo, este estado no cambiaría en toda su vida.

Pero Poe no perdía las esperanzas.

Claro que no.

Hasta que no pudo más, y en el mes de abril de 1833 escribió la que sería la última carta a su padrastro John Allan, en la que le pedía —como nunca antes lo había hecho— ayuda de forma urgente y desesperada, como quien quiere suicidarse por todos los problemas del mundo. En la misiva decía: «En nombre de Dios, ten piedad de mí y sálvame de la destrucción».

Por supuesto, Allan no le contestó.

Edgar, abatido como un pájaro por un perdigón, se dio por vencido justo en el momento en el que la vida le parecía sonreír por primera vez, bueno, tras Stanard. Aquella mujer escultural, ante sus ojos acuosos después de llorar con intensidad, era la única alegría que había tenido en toda su vida; y el cariño de su madrastra; y ya —por qué no—, el traqueteo de la cama de su primera pareja. Todo eso bullía en su cabeza, como una caldera de agua caliente que estaba a punto de estallar. Su hermano había muerto. Su padrastro lo ignoraba. No tenían dinero y los tiempos eran muy difíciles, por lo que concentrarse a escribir algo serio, se le hacía cuesta arriba.

Eso sí que le daba asco.

Pero afortunadamente, en esa época, el *Saturday Visiter* (un periódico semanal de Baltimore) tuvo la consideración de otorgar al escritor en ciernes un suculento premio de cincuenta dólares por el que sería su primer cuento, respetado y amado por todos desde la fecha de su publicación hasta donde él podía imaginar tan solo en sueños.

—Estamos muy satisfechos con su cuento. Es muy bueno. Supera con creces a toda esa mierda que nos envían muchos escritores. —El hombre con sombrero, algo muy peculiar dentro de la oficina, movía la cabeza como la de un muñeco de trapo. Tenía bigote y sus labios apretaban un puro o algo que parecía una rama gruesa que estaba humeando como un tren de vapor. Aquello tan grisáceo que trepaba con uñas por el aire y se enredaba en su cabeza no le permitía a Edgar ver el brillo de su mirada.

—¿Y qué quiere decir con esto? —inquirió el escritor con las manos cruzadas. Su chaqueta negra se oscureció ante los rayos del sol que se colaban por las ventanas en formas de largas tumbas, tan rectas como rectangulares.

—Su cuento, «Manuscrito encontrado en una botella» —El hombre enmarcó con su voz grave el título con sus cursivas en el tono— tiene un potencial enorme. Nos ha encantado y queremos publicarlo.

El corazón de Edgar latió de verdad, por primera vez en su vida. El cuento no era un poema, sino una historia bien distinta. Se trataba de una historia de terror. Un género que ya no podría dejar de lado si quería vivir de ello.

—Gracias, señor... —Edgar esperaba que el hombre le dijera su nombre. No lo hizo. En su lugar se inclinó sobre la mesa y le sorprendió:

—Te pago cincuenta dólares por este relato.

Los ojos de Edgar brillaron como los de la luna que los oculta al mirarnos. Tan blanquecinos, pero a la vez tan atrayentes para ser una luz vacua y como de ceniza.

Edgar nunca olvidaría así la posterior fecha de la publicación del relato, que sería el 19 de octubre de 1833.

Tampoco olvidaría el año 1834, fecha en que murió John Allan.

El cabrón de su padrastro.

John Allan no le dejó ninguna herencia. Edgar se resistía a creerlo, pero el resto de la familia sí. Su hermana menor era la olvidada, de la que no sabía nada. En lo económico esto fue un duro golpe para la vida de Edgar, quien tuvo que seguir su olfato para escribir y ganar algo de dinero para sustentarse. Habitualmente, Edgar aparecía ebrio y despotricaba de su padrastro.

Críticos y escritores ya hablaban de la vida de Poe. Así, un tal Wilson dijo que Edgar buscaba siempre con ahínco el éxito literario como recompensa por la pérdida del prestigio social.

En el siglo XVIII ese prestigio era todo.

Su relato, con lo que podría decirse había hecho su debut literario, había llamado especialmente la atención de un acaudalado caballero de Baltimore. El hombre se llamaba John P. Kennedy y decidió que era buena idea ayudar a este joven escritor, que en realidad era toda una promesa.

El señor John, repantigado en el sillón con un visible reloj de oro colgándole del bolsillo de su chaqueta, del cual Edgar no le quitaba el ojo, le dijo algo que cambiaría la vida de Poe al menos emocionalmente.

—Eres joven. Tienes talento y el relato está bien escrito. Buf, pone los pelos de punta. Es, sin lugar a dudas, de lo mejor que he leído. No porque sea de terror, sino porque dominas la prosa y tienes un estilo que atrapa al lector. Vuelvo a repetirte que tienes talento. Tus obras podrían llegar muy lejos. De modo que he pensado en presentarte a un buen amigo, editor, que podría sacarte de apuros.

El hombre tenía una copa de Whisky escocés en una mano, en la que los dedos parecían sustentar el mundo encerrado en aquella bola de cristal.

—Oh, es muy amable —dijo Edgar con su particular forma de hablar casi en silencio, o dicho de otra forma, siempre en estado triste. Apenas se le podía ver una estúpida sonrisa en su cara y sus facciones se iban quedando acartonadas. Era como si todos los músculos de la cara se hubieran convertido en cera. Su mirada era inexpresiva, tanto que John formuló una pregunta.

—¿No estás contento?

Edgar Allan Poe asintió con la cabeza.

—Sí. Sí. Claro que lo estoy. Deseo esto más que nada, señor.

—Entonces, no se hable más —respondió John mientras la copa iba a dar un viaje meciéndose hacia sus labios secos.

A su lado, la chimenea estaba encendida. La leña ardía con estrépito y el humo se enrollaba como un tifón por la subida de la misma. La luz de las llamas bailaba en sus rostros y algunas figuras danzaban en ellos.

Llegó la criada con una bandeja de plata, que brilló bajo la luz del sol que entraba en el salón de forma despiadada, y le sirvió la taza de café a Edgar sin mediar palabra. El joven escritor ni la miró de soslayo, a pesar de la belleza de esa joven.

—Tengo muchas ideas —consiguió deletrear al fin Edgar, tras un ominoso silencio.

Pero lo que tenía era hambre.

Una vez más, como una cuchara a un plato de sopa, Edgar tenía que viajar, y eso significaba salir de casa y dejar a su tía sola y a la pequeña Virginia con la abuela espantosa como una momia en un panteón.

John lo envió a Richmond y le presentó al editor del Southern Literary Messenger. El editor se llamaba Thomas W. White. Desde ese momento, Poe vio publicadas todas sus historias, bueno, las que escribió en el tiempo que estuvo en Richmond en Virginia.

En 1835, al llegar Edgar a ser redactor del periódico, fue despedido al ser sorprendido borracho en numerosas ocasiones.

—Edgar. Estás borracho —rezongó White con cara de mala leche.

—No señor, eso no es cierto —espetó Poe, apenas sosteniéndose de pie y trabándose con la lengua. Sus ojos, ya de por sí tristes, estaban apagados como un candil tapado con un trapo. En el lugar de las retinas, estaba el párpado interponiéndose en la mirada como una medialuna.

Todo le fluía a su alrededor.

—Ya es la tercera vez que te encuentro así, Poe. —El editor estaba encolerizado, y su puño tan cerrado que sus nudillos se marcaban como la tez pálida de un muerto.

Edgar se sentó en la silla y esta se desplazó por el sucio suelo, formando un quebrantamiento del silencio tal, que parecía que estaban matando a un perro a patadas. Indudablemente esto no lo pensó, solo era una transcripción que harían biógrafos en la posteridad.

—Eso no es cierto.

—No puedes seguir así, Poe.

Los ojos de White estaban inyectados en sangre.

—Sí. Sí que puedo. ¿No vendes más periódicos ahora? Desde mi relato de terror, de cuyo título ya no me acuerdo, vosotros, los editores, que siempre habéis pasado hambre, podéis presumir de haber vendido unos cuantos puñados de periódicos a miles de ellos. ¿Es así?

White apretó los dientes tanto que parecía que masticaba cacahuetes. Una punzada de dolor de una muela picada laceró parte de su cara y se estrelló como un pellizco en las sienes.

—Si bien es cierto eso, siento decirte que ya no puedes seguir aquí. Tus relatos carecen de sentido ahora.

Poe lo miró con los ojos casi cerrados y los labios embotados en un hormigueo placentero.

—¿De veras crees eso? ¿Crees que me lo voy a tragar? No sabes de lo que hablas.

Y se cayó al suelo en un golpe carnosos.

White ni se movió de delante de la mesa.

Y allí había tres escritores más que lo habían presenciado todo, totalmente absortos.

Más adelante le contaron a White que había sucedido más veces, pero que los relatos eran jodidamente buenos

Edgar regresó a Baltimore un día después.

—Oh, bendito seas Edgar. Esta puerta siempre se abre para ti, hijo —se ilusionó Mari Clemm, su tía. Tenía los brazos abiertos y ese día el sol no brillaba. Estaba oculto en algún lugar del cielo encapotado, aunque no lloviznaba.

—Estaba deseando regresar —mintió Edgar mientras la abrazaba con fuerza.

Virginia, su prima, había crecido considerablemente y miraba a su primo con otros ojos. Las de una chiquilla que despierta las mariposas de su estómago. Sabía que eso estaba mal, pero a ella no le importaba. De cualquier manera no lo gritaba en voz alta y Poe no tenía poderes para leer su mente. Aunque sí, sus ojos.

Sus esperanzas e ilusiones.

Su felicidad.

—Hola, primo —se jactó ella.

Tras un chirrido de la puerta, las botas de Edgar sacudieron el suelo pétreo del pasillo mientras se dirigían hacia el salón. Los candiles brillaban en las esquinas como lamentables velas que estaban a punto de apagarse para siempre. Como la muerte. Los candelabros estaban apagados en ese momento, aunque Edgar se fijaba siempre en ellos con cierta sensación de inspiración.

—Hola, Virginia —había respondido él tomándole de la mano una vez habían llegado al salón.

Ella hizo una reverencia y le sonrió abiertamente.

Edgar escuchó su corazón latir desaforadamente.

Tres días después, todas las tumbas brillaban como gigantescos lingotes de oro y Edgar estaba apoyado sobre la tumba de su madre. La cabeza laxa y fría sobre el vértice de la piedra. Su brazo estaba sobre el resto de la caliza y el sol quemaba el dorso de su mano. Ella estaba sentada al lado de él.

Virginia, con tan solo trece años de edad.

Su deslumbrante cabello rubio reflejaba los rayos del sol como un espejo rodeado de un marco bronceado. Sus ojos claros, eran una belleza visual para Poe, quien a pesar de tener la cabeza tirada sobre la tumba, la contemplaba con unos ojos que no paraban de moverse en sus cuencas.

—Sé que sientes algo por mí —dijo él. Sus palabras fueron casi como un susurro y casi se las llevó la brisa de ese mediodía.

Virginia ladeó la cabeza y empezó a sonreír. Sus labios finos estaban humedecidos, pero se los mordía con suavidad. La punta de su lengua rosada asomaba de su boca como un pequeño conejillo de su madriguera.

—Primo. ¿Cómo puedes llegar a esa conclusión?

—Lo veo en tus ojos.

Virginia se encogió de hombros y su sonrisa se hizo audible como una melodía.

—Eres guapo. Inteligente y muy romántico. Quizá sea eso lo que admire de ti. Solo eso.

Edgar se apoyó sobre el codo izquierdo y la mano sustentó su cabeza. A sus veintiséis años ya tenía un peculiar bigote oscuro, fino y corto. No era un bigote de la época que cubría de oreja a oreja.

—Bueno, eso es algo, pero yo puedo ver más allá de todo eso. Veo felicidad en tu mirada. Veo incluso deseo, y puedo verte como una rosa fresca brillando bajo el sol radiante de primavera. Eres una niña adulta que siente el irrefrenable deseo del ser humano. Ese deseo libidinoso.

Ella giró la cabeza casi avergonzada.

—Eso no es cierto, primo —acució ella. Ahora su voz se montaba sobre el sonido de la brisa.

Edgar seguía sosteniéndose la cabeza con una punzada en su codo.

—No me llames primo, pues aunque lo seamos, sincérate. Sé que los ambos sentimos algo el uno por el otro. No solo es admiración.

Aquellas palabras calaron tan hondo en la pequeña que su cuerpo empezó a temblar. Se volvió hacia él y dijo:

—Solo siento admiración. Es verdad. Cuidas de nosotras y tienes talento. Además, yo soy muy pequeña para pensar en esas cosas...

—Sabes que no es así —le zanjó él, sin alzar el tono de su voz.

Ella sonrió de nuevo, pero estaba como un flan. Su piel delicada parecía arrugarse como una sábana que resbala por una pared hasta caer al suelo. Su corazón se agitó tanto que el propio Edgar pareció escuchar un tum, tum en el aire.

De mirada triste, el escritor mostró la comisura de sus labios. Era el comienzo de una sonrisa. Y efectivamente fue efusiva, con un gran valor. Alrededor de ellos revoloteaban los cuervos. Esos que tanto Edgar había visto desde pequeño en lugar camposanto, y se preguntó si serían los

mismos o la descendencia cuarta de ellos.

—Digamos que mi corazón está latiendo —cedió ella. Se había puesto la mano en el pecho. El cabello le caía como borbotones de agua sobre sus hombros.

Él escuchó de nuevo ese pulso acelerado, y el aire —lejos de ser empalagoso como en sus pesadillas o los entierros— era ahora fresco, lleno de olores caprichosos. Desde el perfume más suave al más desatado.

Era hora de alargar la mano sobre la ya caliente piedra de la tumba de su madre. Unos dedos rosados titilaron sobre la superficie casi rugosa en busca de ella. Y la mano de Virginia estaba vagando hacia su destino. Buscándole con ansias, después de todo. En su interior, alguien le acariciaba el estómago con una pluma de, ¿un cuervo?

Como dos idiotas, sonriéndose el uno al otro, rozaron sus manos, entrelazándose al fin los dedos que habían empezado por ser casi ausentes en los tocamientos. Eran suaves tics y la sensación era buena para los dos.

—Escucho tu corazón y está latiendo tan intensamente que hace que el mío siga los latidos del tuyo. Ahora son solo uno —aseguró Edgar, con la tan esperada sonrisa en su rostro que había borrado de un plumazo aquella mirada triste. Impropio de él, sus oscuros ojos brillaban ahora.

—Qué cosas dices, Edgar. —Ella se inclinó hacia adelante, bajando su pecho y la cabeza, mientras él sacaba la cabeza del caparazón de tortuga.

Estaban destinados a encontrarse desde el principio.

Y el sol, los cuervos y el jodido gato tuerto fueron testigos de un largo y cálido beso entre dos bocas desesperadas y deseosas. Ella sintió que estaba húmeda y le palpitaba el corazón de alegría. Él sintió un oscuro deseo que no conocía en ese momento.

Sobre la lápida había un ramo de rosas frescas que Edgar había llevado consigo para su madre, pero finalmente fueron a parar a las manos de ella. Los pétalos parecía que soltaran lágrimas, pero de alegría contenida.

Virginia Eliza Clemm se casó con Edgar Allan Poe el 22 de septiembre de 1835, y tenía solo trece años. Él, veintiséis.

No fue ni la primera noche de bodas, ni la segunda, ni la tercera. Cuando la luna apenas se dejaba notar en un mar negro de oscuro cielo, y el viento lloraba en las esquinas del tejado, Edgar no conseguía consumar el matrimonio. Sencillamente, aquello de abajo no le funcionaba.

Ella tenía trece años y ,quizá, solo quizá, eso le frenaba.

—¿No me deseas? —preguntó ella tumbada sobre la cama. Estaba desnuda y sus senos parecían dos limones. Su piel rosada y, sin ningún tipo de imperfección, estaba caliente.

Él, apoyado con la mano sobre el colchón a un lado de ella, la miraba compasivo y movía la cabeza tratando de buscar aquellas palabras que no la hirieran como esposa.

—Sí claro, Virginia. Quizá sea que estoy temeroso de hacerte daño —explicó él, sin demasiada convicción. El candelabro de la mesita de noche brillaba de forma fluctuante y resplandecía en sus rostros acalorados.

—La primera vez duele, pero eso es algo natural...

Edgar le puso la mano sobre sus labios, que quedaron sellados de repente. Sintió que estaba casi jadeando y su corazón galopando como un caballo bajo sus pechos. Los miró y después a sus ojos. Los de ella estaban brillantes a pesar de la luz de mantequilla.

—Yo sé que duele. Ya he estado con otra mujer antes. Solo tengo que tener cuidado. —En ese momento, retiró la mano de la boca de ella y con malabarismos siguió sobre ella, a cierta distancia, con el único soporte de su brazo derecho.

—¿Entonces, a qué esperas Edgar? Te deseo con toda mi alma.

Él pensó que iba a decir «te deseo con todo mi coño».

A esa edad, el despertar sexual era una realidad, y lo hacía con una fortaleza inusitada. Como cuando una rosa se abre al salir el sol por la mañana bien temprano. Como cuando el sol sale de detrás de las montañas cada mañana, para colocarse en lo alto de tu cogote al mediodía. Como un volcán en erupción.

—Nada. No espero nada. Pero tenemos toda la vida por delante —dijo él.

Ella abrió los ojos como los sapos.

—¿Estaremos todo el tiempo juntos?

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

Ella sonrió.

—Para saber cuántas veces podremos hacer el amor y cuántos hijos podre darte.

Edgar enarcó las cejas.

—Vas muy deprisa. —acució y se inclinó para besarla.

Ella le esperaba con la boca abierta. Los labios resbaladizos y carnosos estaban listos para besarlo apasionadamente, y sus largos dedos le arañarían la espalda.

Sí, claro que lo haría.

El graznido de un cuervo rompió con la tregua que había dado el viento acusador.

Esa noche tampoco consumó la relación marital.

Meses después, el certificado de matrimonio llegó a las manos de Virginia. En el documento figuraba ella como esposa de Edgar Allan Poe, con veintiún años de edad. Eso fue tres meses después, y todavía no había consumado una sola jodida relación marital y eso le hacía sentir en cierta manera: infeliz.

—¿Qué es eso? —preguntó Poe mientras tomaba café al lado de la chimenea.

Ella estiró el brazo.

—Es nuestro certificado de matrimonio.

—Ah, está bien —se aclaró la garganta. Hablaba con rapidez, algo impropio en él. Aquellas palabras pausadas se habían quedado relegadas a un segundo lugar, de momento. Sus ojos se clavaron en el documento—. Está todo correcto, ¿verdad? —y levantó la mirada del certificado para mirarla a ella a los ojos.

Virginia, convincente, sacudió la cabeza.

—Sí, claro —musitó. Tenía la espina clavada en su casi dolorido corazón.

—¿Te sucede algo, cariño?

—No. No es nada.

—Vamos. Eres mi mujer. Puedes decírmelo.

—¿Soy de verdad tu mujer?

—Sí, claro que sí, ¿por qué lo preguntas? ¿No has leído este certificado?

—Es que no hemos consumado el matrimonio.

De repente, hasta las llamas de la leña que ardía en la chimenea dejaron de crepitar, y todo se envolvió en un absurdo silencio como si estuvieran flotando en el espacio. Se decía que allí arriba no se escuchaba nada. Eso se decía.

—Pero yo te amo, Virginia.

Ella, pasmada como una estatua frente a él y de pie, meneó la cabeza asintiendo.

—Eso ya lo sé, Edgar. Pero yo quiero darte un hijo.

Edgar dobló con premura el certificado que bailaba entre sus dedos.

—Eso... eso, ya vendrá pronto —murmuró.

Ella esbozó una leve sonrisa nada convincente.

Chico, díselo ya. La has tomado como esposa, pero en realidad tú eres su padre, hermano e hijo. Y ella es para ti la hermana menor que debes cuidar. Tócale las tetas y su parte húmeda y a lo mejor así te excitas y eso que tienes colgando se pone como una barra de hierro. A lo mejor sufres de edipismo. Ohhh, sí, claro que sí, es eso... ¿O eres impotente ahora?

Esa fugaz voz que parecía salir del subsuelo le atravesó toda la masa encefálica, retumbando como un tambor. «Palabras inútiles», pensaba ahora. Palabras que no tienen sentido.

—He leído todos tus poemas, Edgar y en ninguno de ellas ensalzas un pasaje sobre la lujuria o a los goces sensuales. En ninguna de ellos, Poe.

—Mis poemas son oscuros, y eso no tenía sitio en ellos —sugirió él, todavía sentado en el

sillón. Tenía las piernas ardiendo por estar demasiado cerca de la chimenea. En cambio, las de ella estaban frías e inquietantemente rígidas.

—¿No habrá nada entre nosotros, Edgar? —insistió ella.

Poe agachó la cabeza.

Menos mal que estaban los dos solos en el salón.

En el futuro, estudios sobre Poe indicaron que este matrimonio resultó ser un poco insatisfactorio.

Meses más tarde de tener esta conversación, Edgar recibió una nueva oferta de su antiguo jefe White, del periódico *Southern Literary Messenger*: había sido readmitido.

—Esto es fenomenal —exclamó el escritor mientras daba vueltas en círculo en el salón. La carta estaba abierta y la misiva la tenía en la mano derecha, estando el sobre bamboleándose por el aire en la mano izquierda—. White me ha readmitido de nuevo. Esto significa que tendremos que mudarnos todos de hogar —explicó.

Maria Clemm abrió los brazos en cruz, como si fueran a crucificarla, y sus ojos casi reposaron en las vigas de madera del techo.

—Oh, Dios. Nos has bendecido —dijo.

Virginia estaba sentada en una silla, justo al lado de la mesa ornamentada de fruta y un candelabro, con tres velas derretidas y consumidas.

—Sí, eso es una buena noticia —jaleó ella. No movió las manos, pero su felicidad era vinculante al estiramiento de sus labios y ojos.

—Esta vez me portaré mejor. Dejaré el mal humor arrinconado con las ratas —En ese momento, su suegra hizo una mueca—, y escribiré hasta caer agotado.

Todavía con la carta en la mano, giró sobre sus talones, y su oscura chaqueta abotonada miró con vistas al sol que horadaba el hueco de la ventana. Su corazón volvió a sentirse vivo.

Poe volvió así, y esta vez no solo, a Richmond. El reencuentro con el señor White fue efusivo y se puso a trabajar inmediatamente. Durante los días siguientes, semanas y meses, las plumas no dejaban los dedos inquietos del escritor y la tinta se evaporaba como el agua de los lagos en un largo verano caluroso.

Escribió todo tipo de género como sus antiguos poemas, críticas, reseñas de libros escritos por otros y relatos de ficción. Estos últimos, ya con su marca gótica en cada renglón o párrafo. Por todo ello, Edgar no pasó desapercibido y sus duras críticas a otros manuscritos le crearon cierta enemistad con escritores. Sin embargo, esto no fue una gran piedra cruzada en su camino, sino que alcanzó más popularidad en la escena literaria. En su haber premiaba su estilo propio, que nadie pudo imitar. Además, Poe seguía siendo un joven «atractivo, inquietante y estimulante».

El señor White vio de nuevo cómo las tiradas de 700 ejemplares de su periódico se elevaron a varios miles, y ya con carácter nacional, gracias a la fama del escritor. Parecía que al fin la vida sonreía de nuevo a Poe.

Siguió teniendo pesadillas, y sus ojos estaban puestos en su esposa Virginia como la madre y amiga que seguía necesitando, aunque ambos se acostaran desnudos en la misma cama y a lo sumo que sucediera fueran caricias y besos.

Algo de lo que, por el momento, Virginia no se había hartado.

En mayo de 1836 sucedió algo.

Sucedieron dos cosas: escribió un libro que reunía una buena cantidad de relatos que lo tituló «Cuentos del Folio Club», que nunca llegó a publicarse como tal —aunque sí se aprovecharían los relatos de forma individual más adelante—, y se celebró el segundo casamiento con Virginia. Esta vez de forma pública.

Pero en enero de 1837, Poe abandonó el periódico del señor White.

En el mismo mes de enero, y con la nieve pesada en lo alto del cabello, Poe, su mujer y su suegra, se trasladaron a Nueva York. Ciudad de las grandes oportunidades.

—Edgar. Estabas muy cómodo en Richmond, ¿por qué viajamos tanto?

—Necesito crecer —ladró él, mientras bajaba del vagón del tren. Su suegra estaba ya en el arcén y Virginia iba tras él—. Además, en esta hermosa ciudad seré más famoso todavía. —Solo le faltaba desplegar sus cortos brazos y tratar de volar con el débil impulso de sus piernas.

Pero su pronóstico no se cumplió, una vez más. Ya instalado en la ciudad, quiso publicar sus cuentos reunidos en «Folio Club», a través de la editorial más importante del momento (como Harpers), y vio el fondo oscuro de un pozo, con miles de ratas chillando en un jolgorio que se transformaba en risillas asquerosas. Los editores le aconsejaron que escribiera una novela, algo tangente como una historia larga, si quería triunfar.

Entonces, Edgar se puso manos a la obra y escribió «La Narración de Arthur Gordon Pym». Fue el cuarto libro publicado del escritor. Primero fue por entregas y, finalmente, como una novela, pero las escasas ventas no obtuvieron beneficio alguno y el hombre de la mirada triste se hundió en las arenas removidas de su propio cementerio de Baltimore.

Era la primera vez que había escrito con prosa.

—¿No dijiste, nada más pisar estas calles, que triunfarías? —le recordó su suegra en una tarde helada.

A lo que Poe respondió con cierto tono maquiavélico:

—Todavía no he empezado.

Y la nieve seguía cayendo de forma copiosa sobre los tejados y las calles, aunque la primavera estaba muy cerca, tanto como el cariño que le tenía su esposa Virginia, que lo animaba siempre.

—Poe. Esto es un trozo más de nuestras vidas. Recorrámoslo juntos.

Y Poe recurrió a las pesadillas del cementerio, del señor Anders, los cuervos y el jodido gato tuerto.

En la ciudad de Nueva York, a pesar de que seguía publicando algunos relatos y reseñas de otros libros, su situación económica se volvió tan insostenible y desesperante como estar atrapado en una gran tormenta en medio del mar, en la que te sujetas solo al mástil que encima ves que se va a romper.

Las noches con Virginia eran largas y aunque había besos apasionados y cariño por parte de su esposa, Poe no dejaba atrás esa mirada característica suya de total tristeza y mirada profunda.

—Tenemos que mudarnos —dijo Poe en un tono reforzado en la robustez de su decisión.

Virginia le estaba masajeando el pecho con sus calientes manos. Ella estaba sonriendo, pero al escucharle, esta se disipó como la vida en la última exhalación.

—¿Otra vez?

Casi se pone con los brazos en jarras a pesar de estar recostada en la cama. Algo debajo de ellos crujió: eran los jodidos muelles, y la luz del candelabro titiló como si estuviera asustada.

Edgar le clavó los ojos.

—Mi lugar está en el centro de la literatura. Allí donde se aprecia —explicó.

—¿Y cuál es tu lugar? —preguntó ella visiblemente enfadada.

—En la actualidad el centro literario norteamericano está en Filadelfia —y esbozó una ligera sonrisa. Muy pocas veces le había visto sonreír de aquella manera—. Pensilvania —concluyó.

La sonrisa volvió a abordar los labios de ella, apoderándose del resto del rostro que brillaba bajo las velas derretidas.

Dos días después los Poe se instalaron en una pensión de poca monta en Filadelfia.

El camino no fue fácil desde un principio.

Poe escribió textos impropios a su estilo o su género. De ahí surgió un ensayo sobre la «conquiliología», algo que generaría verdaderos quebraderos de cabeza (no por el contenido, sino problemas derivados de la obra, ya que fue acusado de plagio). Pero esta obra fue su quinta publicación, pese a todo.

—Edgar. Sé que no lo has plagiado. Eso es la envidia que tienen de tu talento, que eres capaz de escribir sobre cualquier cosa; pero también te dijo que echas raíces en una sola editorial. Será mejor para tu reputación. —Esta verborrea sonó como una letanía para el escritor. Virginia era su esposa, que ayudaba siempre a su marido en todo. Pero en realidad era su gran dirigente.

—No te preocupes —dijo él cogiéndola de la mano. Estaban sentados en el borde de la cama, ya que no disponían de sofá ni sillones, ni mucho menos de una jodida chimenea humeando en ese motel mísero. Solo había ratas. Animales que hacían ruidos por las noches—. Voy a permanecer en el Burton's Gentleman's Magazine.

—¿Qué?

—Demasiado largo el nombre para ti —y sonrió de nuevo. Algo que se estaba adaptando a su rostro acartonado y rígido.

Su tenacidad le permitió convertirse en redactor jefe de la revista Burton's Gentleman's Magazine. Eso fue en el verano de 1839. El sol calentaba como un condenado y él escribía al ritmo más frenético de toda su vida. En esta editorial escribió numerosos artículos, relatos y sobre

todo, las puñeteras críticas literarias. Pero ahora Poe era un escritor respetado, y levantaba toda una horda de lectores, por lo que su reputación creció sobremanera. Una reputación que había empezado en Richmond, en el Southern Literary Messenger del señor White. «Qué recuerdos», se paraba a pensar a veces.

—Voy a publicar mi sexto libro —anunció Edgar mientras cenaban algo de fruta. Todavía no había crecido el dinero en sus bolsillos al ritmo de su reputación.

María lo miró aviesamente.

—Oh, eso es una buena noticia. A ver si esta vez tienes más suerte.

Virginia la miró seria.

—La tendrás —afirmó su esposa cogiéndole de la mano.

Edgar no sonrió esta vez.

—¿Has elegido ya el título? —preguntó su suegra, mostrando una forzada sonrisa en sus labios secos. Sus ojos parecían haberse hundido en sus cuencas, como a los muertos pasado un tiempo.

—Sí. Se titula Cuentos de lo grotesco y arabesco...

—¡Me gusta! —exclamó su esposa cortándole de cuajo. Era todo brillo en sus ojos.

—Creo que serán dos volúmenes, y se publica de nuevo el relato que me impulsó a seguir escribiendo misterio. “Manuscrito hallado en una botella”. —El sonido seco del bocado a una manzana creció, como si una rama de un árbol marchitado se hubiera terminado de romper.

—Entonces sí que tendrás suerte esta vez —abrumó la suegra.

Virginia la arañó con su mirada.

Y es que Poe no cumplió su promesa de estabilidad. El libro le dio pocas ganancias, a pesar de repetir con su relato estrella y añadir también su relato inédito «La caída de la Casa Usher». La colaboración duró solo un año y Poe dejó Burton's Gentleman's Magazine.

—No has cumplido tu promesa, yerno —dictaminó el día que Edgar anunció su decisión. Todavía estaban pasando penurias, y el escritor se reforzaba en el calor de su esposa, con la cual todavía no había mantenido relaciones sexuales.

—Espera y verás —rezongó él.

Poco tiempo después, y habiendo acabado sus ahorros, Poe se enroló, como un marinero en un barco, al Graham's Magazine. Y de nuevo los escritos de Poe repuntaron en las ventas de esta revista, que vio crecer su tirada en miles de copias.

Y aquí algo cambió en la vida del joven escritor de ojos tristes.

George Rex Graham, el editor de Poe, administró tan bien el dinero, la inversión y la publicidad, que le permitió al joven escritor escribir sin limitaciones. Fue en esa época cuando publicó «Los crímenes de la calle Morgue» y «El escarabajo de oro», entre otros. Entre sus lectores ávidos —que ya los tenía—, estos relatos tuvieron una repercusión positiva en su crecimiento como escritor, y en lo que a económico se refiere. Vendía tanto, que por fin dijo:

—Ahora soy un escritor que vive de la literatura. He sido el primero en demostrar que esto se puede. —Y, tras esto, miraba la fachada de su nueva vivienda: una casa grande y agradable. La primera vivienda digna que tenía desde los tiempos de Richmond. Ahora su suegra no era tan despectiva, y se abrazaba a él como una lapa, mientras su esposa seguía pidiéndole que le hiciera el amor.

La casa estaba algo retirada de su trabajo, por lo que Poe debía caminar un buen rato todas las mañanas, mientras rumiaba las siguientes historias que hicieron que se fraguase el germen de la nueva ola de novelas policiacas. Algo que le valía en oro sus publicaciones. Escribió otros relatos en Godey's Lady's Book mientras seguía con Graham, y publicó obras como «La cita», «Un

cuento de las Montañas Escabrosas», «La caja oblonga» y «El barril de amontillado».

Edgar estaba creciendo como autor de pleno derecho.

Era a finales de los 30 (1839).

—Voy a crear mi propia editorial —anunció Edgar un buen día mientras comía pollo. Sus dientes estaban llenos de trozos de carne cuando estaba hablando con la boca llena, y un entusiasmo le cubría todo su rostro como una sábana mágica.

—¿Estás seguro de ello? —inquirió su suegra. Esta vez no con un tono despectivo, sino de curiosidad.

Él sacudió la cabeza como un crío.

Virginia lo miró de reojo sonriéndole. Estaba de su lado. Se lo decían sus ojos brillando bajo cuatro lámparas de aceite hechas de bronce.

En 1840 publicó el anuncio, pero la idea no prosperó a pesar de que en el escrito había remarcado en negrita su propio nombre.

Y la vida le dio un vuelco más.

Parecía que las pesadillas que todavía tenía con el gato tuerto, le habían sacudido de lleno en su propio destino.

Una tarde de enero de 1842, el viento soplaba fuerte, como si el mar zozobrado se hubiera trasladado al centro de Filadelfia por una extraña situación de la naturaleza. Y su espuma era la nieve pesada que lo cubría todo con una manta gigantesca. Edgar estaba cerca de la chimenea, que destellaba como un incendio en medio del bosque. El humo se retorció de dolor y se encaramaba por el hueco ascendente como una criatura grisácea cuando, de repente, sucedió algo.

Tenía invitados en casa, cada uno con una taza de té humeando en sus manos, mientras su suegra estaba sentada en el sillón más próximo a la susodicha chimenea. Todos estaban charlando distendidamente, y creando una nube de murmullos como un enjambre suelto de abejas, cuando Virginia se dispuso a tocar el arpa: un instrumento melodioso y que era más grande que ella.

Era su pasión, y cuando sus dedos se acercaron a las cuerdas —tensas como los pinos de los cementerios—, y empezó a cantar con su gracia infantil la melodía que más le gustaba a su «Eddie» (que era así como lo llamaba a Edgar), el tono de su voz aguda se perdió en el aire denso del salón.

Todos se giraron hacia ella y descubrieron a una Virginia con la boca abierta, pero muda, aunque no exenta de notas sangrantes. Sorprendidos, todos vieron cómo la sangre brotaba de su boca y le recubría el mentón, así como el pecho en un repentino riachuelo de una furiosa lluvia.

Los ojos de Edgar se abrieron como platos y la tristeza en ellos era ahora cada vez más invasiva. Él no sostenía ninguna taza de té entre sus manos, y por eso las extendió en un acto de desesperación incontrolada.

—Estás sangrando, Virginia —dijo con voz temblorosa.

El murmullo cesó para pasar a un jaleo de voces que se manifestaban como alborotadas y angustiosas. Ahora, en lugar de abejas, parecían críos chillando en el bosque en pleno verano, junto al lago, dispuestos a darse un chapuzón.

—Edgar su mujer está... —quiso explicar uno de sus amigos, pero enmudeció cuando Virginia se quedó pálida al tiempo que manaba más sangre de su boca.

Edgar pensó que aquello había sido una rotura de sus cuerdas vocales que habían producido la hemorragia. «La simple rotura de un vaso sanguíneo», reiteró su mente. En la poca distancia que le separaba de ella, apenas cuatro metros, le pareció una eternidad que sus piernas le llevaran a ella. Extendió sus brazos y Virginia se desplomó en ellos, presa de un ataque de ansiedad.

El escritor exitoso era ahora una forma humana arruinada en pena y alma. Su corazón palpitaba por ella, mientras todos los invitados se acercaron, ya sin las puñeteras tazas de té en sus manos.

El suelo estaba teñido de rojo.

—Siento decir esto, amigo Edgar, pero me parece que su esposa está enferma —prorrumpió uno de ellos, y añadió—. Esto son los síntomas de la tuberculosis.

Entonces, Edgar se hundió en el suelo de piedra junto con ella en brazos, y los ojos blancuzcos, como si se hubieran dado la vuelta. Acercó su oído a su pecho teñido de rojo y escuchó el débil latido de su corazón. Ya no eran tambores de guerra, sino un simple repiqueteo de aguas de lluvia. Algo casi imperceptible.

La mano de él acarició el rostro de ella, y después la palmeó con suavidad, y ante la

incapacidad de reacción por parte de ella, le dio un cachete en la mejilla, al tiempo que de su boca se escapaba todo el dolor que sentía en ese momento. Edgar estaba destrozado. Su esposa, amiga y hermana se estaba muriendo.

Virginia parpadeó levemente y él sollozó como un crío apretándose contra ella, ante la atenta mirada de todos. Desde ese momento, todo cambió para ambos. Aunque ella pareció mejorar momentáneamente en los días posteriores a la visita de médico, Edgar se sumió en una profunda depresión que le llevó a beber más de la cuenta. Incluso, probó el láudano, una tintura alcohólica del opio.

Recurrió a ello para superar la depresión, aplacar la ansiedad que le producía ver a su mujer enferma, dejar la pluma a un lado de forma temporal y ver cómo también su salud empeoró con ella.

Pero sus pesadillas en el cementerio, los cuervos y el gato tuerto se mantenían intactos. Y la nieve, arrastrada por el viento helado como el metal, no pudo hacer nada para barrer todo aquel destino perturbador.

Poe había caído enfermo también.

Pero la vida continuaba.

Y mientras sufría de dolor por la enfermedad de su mujer, Poe quiso alistarse en el estúpido negocio del poder de la política. Asimismo, tanteó la posibilidad de acceder a un puesto en la administración del presidente John Tyler.

—¿Cómo vas a conseguir esto? —le preguntó su mujer mientras desayunaban una mañana de sol radiante.

—Tengo un amigo dentro de la presidencia —explicó Edgar mientras masticaba una tostada con mantequilla.

—¿Y se puede saber quién es? —quiso saber ella. Su aspecto deslumbrante no la asociaba a su enfermedad. Todavía tenía la piel rosada.

—Robert. Su hijo. El hijo del presidente —enfaticó el escritor, limpiándose ahora los labios con una servilleta.

—¿De veras conoces al hijo del presidente? —se quedó perpleja ella.

—Bueno, no exactamente. Es amigo de un amigo mío.

—¡Ah!

—Mi amigo, que es Thomas Frederick, está prácticamente con él todos los días.

Virginia se hundió en sus propios hombros.

Pero los bandazos en la vida de Poe eran constantes, y sucedió algo.

A mediados de septiembre de 1842, no se presentó en una reunión que tenía concertada con Thomas para hablar del asunto y poder optar por su posible nombramiento. Edgar alegó que se encontraba indispuerto, cuando en realidad estaba embriagado.

Borracho.

Sus problemas con el alcohol no habían desaparecido.

En un segundo intento, Poe llegó tarde: no a la reunión, sino al momento en el que ya estaban todos los nombramientos cubiertos. Así fue cómo la ilusión se consumió como la leña de la chimenea: lenta y oficiosamente en una espiral de rabia contenida y dolor. Y esto desencadenó toda una serie de consecuencias: seguir bebiendo y abandonar Graham's por disputas con su editor, que tanto le había ayudado.

Entonces, Poe se vio de nuevo abocado a buscar un nuevo empleo, y mientras esto no llegaba, la familia empezó a vivir penurias de nuevo. Edgar era cada vez más adicto al ejercicio del codo «Beber» y a ser irascible. Al final del horizonte, cuando el sol se estrellaba en el infinito de las montañas, Poe logró un nuevo empleo como escritor *FreeLancer*, pero eso no le daba ni para las velas de los candelabros, que estaban oxidándose por falta de aceite para limpiarlos.

—Necesito mis medicinas —se quejó Virginia—. Cada vez me encuentro más débil.

Él la miró con sus eternos ojos tristes. Tenía bolsas tan grandes como vejigas de cuero, bajo sus ojos. Y estaban empezando a ennegrecerse, como el suelo de la chimenea que dejaba de recibir leña.

—Edgar. Mi hija está enferma. ¿Por qué dejas pasar todas las oportunidades de tu vida? Con lo bien que estábamos.

—Yo no lo decido así —espetó él furioso.

—No, claro que no. La bebida lo decide por ti.

Edgar apretó los puños.

—Compraré las dichasas medicinas.

Finalmente, tuvieron que regresar a Nueva York.

Como el viento siempre va al sur.

Vio de nuevo al enterrador. Al señor Anders. En el cementerio de Baltimore, y la pala estaba hincada sobre un remolino de tierra. Una tierra húmeda y oscura. La puñetera niebla había aparecido de nuevo. Era una constante en todas las situaciones de suspense, quizá melancolía, y el corazón de los viejos cementerios.

El puñetero gato tuerto también estaba allí. Subido en el hombro de Anders. Tan tieso como una figura de piedra, pero el jodido gruñía como un perro. Al contrario que Anders, que estaba en silencio en ese momento. En el que Edgar se acercaba a él y a un puñado de gente con caras alargadas, bordeando una fosa.

Miró hacia abajo y vio un ataúd de madera muy resplandeciente, como si aquello fuera un jodido espejo que reflejara la luz de la luna. Y descubrió algo. Había una sola fecha y tres nombres: Virginia, María y Edgar.

Entonces de repente, la voz grave del señor Anders se hizo con la atmósfera del lugar.

—Has perdido, pequeño Edgar.

—¿Qué significa esto?

—Es lo que has conseguido a lo largo de tu vida. Tus padres están enterrados aquí. Los biológicos y los adoptantes. Tu esposa está enterrada aquí. Tu primer amor, la señora Stanard. Tu suegra y tú mismo. Mira lo que has hecho, negligente.

Edgar se pellizcó la cara, y un dolor lacerante le recorrió desde el moflete hasta las sienes; y pensó que estaba despierto y que todo era verdad.

Pero no fue así.

Se despertó chillando, con el cuerpo empapado en sudor, después de decir adiós a la resaca. Recordó que había tomado láudano mezclado con alcohol la noche anterior, y se preguntó cuánto tiempo habría estado así.

Miró a su lado y la vio a ella.

Virginia estaba durmiendo profundamente, pero su piel estaba pálida, y una gota de sangre había manchado la almohada que apretaba contra su boca.

Una vez instalados en Nueva York, Virginia Clemm iba a ser una carga para Poe, pasando a ser una «invalida», ya que no le quedaban fuerzas para estar de pie. Edgar tenía constantes achaques de tristeza y profunda depresión, pero miraba hacia adelante. Encontró un trabajo muy breve en el Evening Mirror, y más tarde se convirtió en redactor jefe —una vez más en su vida—, pero esta vez del Broadway Journal, del que, con el tiempo, llegó a ser incluso el propietario del mismo.

Y, como no podía ser de otra forma, se rodeó de la enemistad de muchos autores, escritores y poetas. Una de las causas más sonadas fue por acusar de plagio, de forma pública, al poeta Henry Wadsworth Longfellow. Sin embargo, este no respondió nunca a su acusación.

—Edgar, eres muy egocéntrico —le recriminó su esposa cuando supo de esto. Ella ya estaba en cama durante el día y la noche, pero tenía fuerzas para hablar todavía. Tosía de forma constante y la sangre salpicaba la cara a su esposo. Este se limpiaba con la mano, sin hacer muecas.

—Soy un escritor de renombre —alegó él, sin sonreír. Siempre ataviado con su traje oscuro, ahora parecía un cuervo al borde de la cama—, y el único que ha demostrado que se puede vivir de la literatura. Mis relatos tienen éxito, así como mis poemas, y no quiero tener a autores que copian el trabajo de los demás en mi negocio. Eso sería manchar mi reputación como escritor referente en este país.

Después de la cháchara se sentía poderoso de verdad.

El poema que más éxitos cosechó fue «El cuervo». Fue publicado el 29 de enero de 1845, y nunca dijo nada sobre en qué se había inspirado para escribir este talentoso contenido, que solo le reportó nueve dólares, a cambio de una celebridad que le permitiría frecuentar los más importantes salones literarios de Nueva York.

—Le felicito señor Poe —dijo un poeta frecuentando uno de esos salones.

Edgar inclinó la cabeza.

—Gracias, señor... —Estaba esperando a que le dijera el nombre. El tipo era un hombre obeso y con barba espesa y grandes cejas.

—Warren —dijo con una sonrisa que marcaba los dientes blancuzcos, impropios de esa época.

—Señor Warren, ¿ha publicado algo interesante? —inquirió Poe, con las palabras ácidas que brotaban de su boca cuando el delirio se montaba a lomos sobre su cráneo.

A lo que Warren le contestó con otra pregunta.

—¿Se ha inspirado usted en algún escrito? Tengo entendido que ha tomado prestado al pájaro parlanchín de la obra de Charles Dickens —y terminaba con una socarrona sonrisa.

—Está usted equivocado. El poema nació a raíz de un cuervo que me siguió desde pequeño, en Baltimore, y que está presente en mis sueños.

Entre ambos se abrió un muro de silencio, mientras los demás invitados —a lo que se podía llamar vida social— hablaban a viva voz; y más que un lugar literario parecía una taberna lujuriosa.

El poema se publicó en el Evening Mirror.

Ella le brindó una sonrisa, a pesar de conocer los malditos rumores.

—Hoy estoy inspirado —dijo Poe, mirando a los ojos a su esposa que ya estaba de color mantequilla.

—Sí. Sé lo que vas a decir. Que tienes que irte a escribir —acució ella.

El cuello de Edgar ribeteaba sudor.

—Necesitamos dinero —explicó él, con voz como si estuviera cansado.

—Sé lo de esa mujer —le reprimió ella.

—¿De qué estás hablando cariño?

En el salón, los rayos del sol no jugaban a nada. Las formas dibujadas en el suelo eran totalmente rectas. Virginia estaba en el sofá porque la había llevado en brazos su marido.

—Sé lo de esa mujer. Creo que se llama Frances Sargent Osgood. Mira qué bien, si hasta me sé los apellidos. Ella es poetisa. ¿Escribe bien? —Virginia evocó un silencio ominoso, y continuó con una estela de tristeza en sus ojos—. ¿Ella te hace el amor?

—No sabes lo que estás diciendo Virginia. Eso sería un escándalo. No sé cómo puedes pensar en ello.

—Pero la conoces, ¿verdad?

Poe se sintió rígido e incómodo.

—Pertenece al círculo literario y sí, sé que está entre todos nosotros.

—Me quieres a mí y, sin embargo, con tus poemas le susurras a otra. Aunque da igual. A mí me queda poco. Puedes seguir con ella. Creo que te viene bien seguir al lado de ella, incluso en lo literario.

Poe no respondió.

Agachó la cabeza y se encaminó hasta la puerta.

En verdad eso había sucedido así: Poe había iniciado una relación —que él la denominaba como platónica desde el principio—, pero que suscitó uno de los mayores escándalos de su vida. La chispa la encendió la escritora llamada Elizabeth F. Ellet, la cual pertenecía al club literario; pero que Poe la había desdeñado.

Esto había sido suficiente como para crear un lío amoroso entre Poe, Osgood y otras personas del círculo. Tal fue el estallido de los dedos inquisidores, que Poe tuvo que terminar con la relación que había empezado con Frances Osgood.

Eso fue en 1847.

Pero antes, en 1846, la editorial Broadway Journal había cerrado sus puertas por falta de liquidez, y obligó a la suegra de Poe a hacer algo que nunca estaba presente en sus pensamientos.

Era una casita de madera, al estilo gótico, pero con unas dimensiones bastante reducidas. Estaba rodeada de maleza y los árboles estaban a cien metros de ella. El tejado era oscuro y las paredes blancuzcas.

Poe la llamaba *una casita de campo* y, a la vez, su *Cottage*, donde estuvo meses recluido con su cada vez más enferma mujer, que teñía de rojo todo aquello que tocaba.

La casa estaba situada en Fordham, dentro del barrio del Bronx, Nueva York. Sin lugar a dudas, no había salido de la ciudad de las promesas, pero el hambre obligó a su suegra a buscar sustento para los tres. Por ello, durante las horas nocturnas, cuando los gatos campaban por las calles y los campos, su suegra se ganaba el pan de forma clandestina, recogiendo las frutas y verduras de los huertos de sus vecinos. Eran tiempos de extremada penuria, y Edgar estaba sumido en la más profunda de las depresiones mientras las pesadillas con el jodido gato tuerto eran muy recurrentes.

—¿No te da vergüenza que tenga que trabajar de noche para mantenerte? —le echó en cara María en cierta ocasión. Le brindó una sonrisa que mostraba una ventana de enfado.

Poe, de espaldas a ella, y con una pluma tintineando en su mano derecha, no contestó. Sencillamente se encorvó para escribir sus penas sobre un papel húmedo por las lágrimas de este.

Fatídicamente, el 30 de enero de 1847, cuando la nieve reposaba laxa en lo alto del tejado de su Cottage, la tuberculosis se llevó a su amada Virginia.

—No puedo reprimir mi tristeza, amor mío —sollozó él, mientras le besaba la frente y después, con arte de prestidigitador, se había puesto la cabeza de ella sobre su regazo, cuando los ojos claros de Virginia estaban cerrados para siempre.

Su suegra estaba en su cama, dormitando después de un desmayo, y en la ventana la nieve se estrangulaba en el cristal que parecía vibrar a cada golpe.

—Virginia está muy mal —había dictaminado la noche anterior la señora María.

Y Poe, consternado, sabía que decía la verdad, pero no estaba preparado para ello; y recordó su obra «El cuervo» cuyo contenido parecía presagiar la pérdida de sus amores en toda su vida. La pasión por ellas y la delicadeza con que las trataba. En ella había vertido sentimientos sobre su madre biológica, su madre adoptiva y su esposa.

Edgar Allan Poe, enfermo también, ya no se repondría de ese estado en el resto de su vida. La chimenea estaba apagada y el halo de su respiración parecía el humo del fuego; pero de la boca de ella, solo brotaba sangre. Unos minutos más tarde solo era un coágulo que envolvía su barbilla y cuello.

—Mi corazón se ha roto como un cristal lanzado desde lo alto de un castillo, y ya no puedo encontrar ningún trozo del espejo porque se han dispersado hacia la eternidad, como tu alma, Virginia —musitó, mientras la mecía.

Al día siguiente, se celebró el entierro.

Durante los últimos meses, dadas las penurias que habían pasado, su esposa Virginia se ocultaba del frío con la capa de cadete de su esposo, ya que no tenían para mantas.

Durante el largo camino al cementerio, y siguiendo a la carroza —con cierta cojera que trasladaba el ataúd—, Poe estaba envuelto con su vieja capa de cadete.

Al descender el ataúd en la fosa, su puño encerraba un puñado de arena y nieve que dejó caer sobre su valerosa Virginia. Sus ojos tristes arrojaron las lágrimas suficientes como para humedecer la tapa que no llevaba ningún crucifijo.

Y pensó en el tinte de láudano para arrancarse ese dolor que sentía en sus entrañas y que no podía describir con letras, por vez primera en su vida, por más que viera el rostro de su esposa en el folio.

Aunque Poe no fue nunca un hombre fuerte, ahora, después de la muerte de Virginia se había convertido en rastrojo humano. Se hundió en las letras que a menudo eran hirientes, casi mortales, como si combatiese con la vida misma. Y sucumbió una vez más (si es que lo dejó alguna vez) al alcohol. Tanto que si se acercaba a un candelabro encendido, podría prenderse fuego como una antorcha humana.

—Estás destruido —le había dicho María.

Poe levantaba la cabeza en un mar de tristeza, en el que podías nadar como si lo recubriera una capa de algas que tiraba de ti, hacia las profundidades del dolor y del amor arrancado de cuajo de su corazón.

Ese sentimiento, a veces agónico, le llevó a coquetear con las mujeres en busca de un apoyo en el que secar sus lágrimas, y recuperarse de su destrozada alma. En esos tiempos, los pocos meses que le siguieron a la muerte de su esposa, Edgar intentó cortejar a otra mujer: Sarah Helen Whitman.

No es muy buena como poetisa, pero me deslumbra con su belleza. Yo solo necesito eso. Alguien en quien apoyarme. Alguien que me comprenda. Un hombro. Esta es una mujer como las que pueblan mis poemas... oh, sí, jajaja...

Se estaba volviendo loco con míseros pensamientos.

Cada vez más inestable con sus problemas con el alcohol, Poe no llevó a buen puerto el cortejo, y Sarah lo dejó. Ella vivía en Providence, Rhode Island (una de las referencias en la obra de Poe).

—Lo siento Edgar, pero tu comportamiento es muy errático y además...

—Además, ¿qué? —había gritado Poe, en un atardecer de primavera. El sol seguía siendo siempre lo mismo. Un bálsamo de sangre en el horizonte. Como todas las estaciones de año. Siempre acababa muriendo sangrado.

—¡Por mí te puedes ir al infierno! —gritó ella, ante un desequilibrado Poe. Apenas se sostenía en pie y tenía la ropa arrugada y, lo que era peor,apestaba a láudano.

La madre de Sarah, llamada Whitman, salió al rellano de la puerta. Las sombras eran desvaídas, pero el rostro del escritor era bien visible. Se movía de forma constante.

—Ya has oído a mi hija. ¡Márchate! No queremos que estés aquí —y cerró la puerta de un portazo, tan fuerte que la madera repicó en el encuadre como si le hubieran dado un martillazo.

Poe soltó un gruñido, o más bien se le desgarró un ruido trepando a través de su garganta, que pareció algo similar a un eructo, y sintió náuseas mientras se encorvaba hacia adelante y agachaba la pesada cabeza que parecía tener llena de tierra.

Un mes más tarde, Poe buscó refugio en otra mujer. Esta vez era ya de la familia. Se trataba de Marie Louise Shew, quien había cuidado de ellos en 1846. Esta relación tampoco fraguó. Ni tampoco el intento con Annie Richmond, ni de ningún modo con...

Oh, Poe. ¿En qué te has convertido? En un harapo empapado de láudano que persigue a las mujeres para buscar compasión, que no amor, porque ya no lo sientes dentro de ti. Eso ya se acabó para ti, oh, sí... el gato tuerto tiene la culpa de todo, y los jodidos cuervos.

Mientras esas voces le martilleaban la cabeza, Edgar escribió y publicó hasta su décimo libro. Pero el destino seguía siendo el mismo. Penuria y desavenencias. Comedia trágica y drama en el fondo. Muerte y tristeza. Ese fue su último libro: se titulaba “Eureka”.

En noviembre de 1848, Poe tomó la decisión más dura de su vida y la que menos le costó realizar. Lejos de los miedos, las sombras y la tristeza —que arrastraba como cadenas pesadas durante toda una vida llena de penurias y altibajos—, el escritor intentó suicidarse con el tinte de láudano; pero en esta ocasión, Dios se interpuso entre su deseo y la muerte, y en lugar de ver cómo se detenía su corazón: empezó a vomitar violentamente. Esto le salvó la vida, pues el láudano esta vez había actuado de emético.

Y la vida continuó para él y su suegra.

¿Continuó?

En parte sí.

De regreso a Richmond, Poe se reencontró con su antiguo amor de juventud: Sarah Elmira Royster. Ella le animó a casarse de nuevo.

Edgar Allan Poe no contestó de inmediato.

—Creo que es una propuesta muy tentadora —dijo al fin.

Ambos estaban sentados alrededor de una mesa redonda en un restaurante. Sobre la mesa humeaban dos cafés, y el humo retorcido e inquietantemente blanco fue testigo de la decisión tomada en esa mañana de septiembre, cuando el verano se resistía a desaparecer del mundo.

—No te decepcionaré, Edgar, pero te pongo una condición.

Él sabía lo que iba a decir, pero aún así preguntó:

—¿Qué condición?

Cogió la taza de café con ambas manos y se la llevó a sus secos labios.

—Quiero que abandones tus malos hábitos y cambies algo tu carácter.

—¿Te refieres al alcohol? ¿Al láudano? ¿A mis cambios de humor?

Ella asintió con la cabeza mientras mostraba una amplia sonrisa de oreja a oreja.

—Sí.

Él sorbió un poco de café. El ruido era similar al desagüe de un lavabo.

—Está bien. Lo intentaré. ¿Cuándo será la fecha de la boda?

Ella explotó radiante delante de los rayos del sol que se colaba por los grandes ventanales que gobernaban el restaurante. Su rostro brilló como el astro rey.

—Cuanto más pronto mejor —jadeó. Su taza de café se estaba muriendo sobre la superficie de la mesa, y no salía humo que pudiese escalar las escaleras del aire.

—El 17 de octubre —dijo al azar Poe.

Un perro ladró a lo lejos como una mala premonición. Aullaba no, lo siguiente: lloraba al cielo.

—¡¡¡Sí!!! —exclamó ella, dando un extraño saltito de la silla, que ni se movió.

Aunque se vio a Poe por Richmond feliz y sonriendo (algo impropio de él), al siguiente día se le perdió la pista, hasta que apareció en Baltimore varias semanas después.

El 3 de octubre de 1849, Poe fue hallado en las calles de Baltimore. Estaba débil y se tambaleaba como un muerto viviente. Sus ojos parecían acuosos y tenía la boca embadurnada de baba. Su ropa estaba sucia y rota, y además no era la suya. La gente lo señalaba como a un vil borracho de poca monta, pero en realidad estaba en un estado de delirio. La angustia le acompañaba y tenía momentos lúcidos, casi al mismo tiempo como trágicos rastros de pena. Estaba desesperado.

Su viejo amigo, James E. Snodgrass, fue informado de ello y no tardó un minuto en acercarse al lugar de los hechos, para posteriormente trasladarlo al Washington College Hospital.

Cuatro días más tarde, a las cinco de la madrugada, Poe expiraba sin dejar claro cómo llegó de esa forma. Su vida se había apagado para siempre, y se reencontró con sus madres, su padre, y su esposa. En el cementerio donde aún vivía el gato tuerto y esta vez abrió el ojo vacío que mostró una destellante luz verde. Los cuervos también estaban allí: sobre los hombros y la cabeza del señor Anders.

—Has venido, chico —dijo aquel enterrador que lo vio jugar desde pequeño, memorizando las fechas de defunción.

—Ya puedo seguir jugando —dijo Poe mientras la niebla se retiraba como haciendo una reverencia—. Y ya tengo todo el amor del mundo. Mis mujeres más amadas.

Y, en ese momento, el jodido gato maulló sutilmente. Fuente de inspiración en toda su carrera, compañero de sueños, le guiñó el ojo tuerto que volvió a apagarse. Él siempre estuvo ahí, esperándole. Todos estuvieron ahí. El relato «El gato negro» se había publicado en el Saturday Evening Post el 19 de agosto de 1843.

Todos.

—¡Que Dios ayude a mi pobre alma! —había exclamado antes de fenecer.

Pero no explicó por qué había llegado en ese estado.

—Ha fallecido de muerte cerebral —dijo uno de los médicos que lo atendió—. Un colapso de sangre en este órgano.

—Qué va. Ha sido la borrachera —graznó despectivamente otros matasanos que lo miró de reojo.

—De pena —dijo su tía, mientras lo contemplaba como su hijo.

Y ella recordó cómo días antes Poe le pedía a gritos que ya le había llegado la hora, y que debían morir juntos, uno al lado de la otra, porque no quedaba más mecha en la vela de sus vidas. Se lo había pedido con una tierna afectividad.

«No tengo deseos de seguir con vida», le había confesado.

Por lo tanto, su final lo escribió él mismo.

Y María Clemm lo abrazaba llorando.

—Ha muerto de un infarto —aseguró otro médico. La jodida sala blanca estaba llena de médicos lanzando dardos sobre su muerte, pero Poe lo había dejado bien claro en una carta.

—De sífilis —acentuó otro.

Y María siguió recordando, ahora, el contenido de la carta:

María, no nos que nada más que morir juntos. Ahora ya nada me sirve en esta vida y ya no puedo razonar. Yo ya no puedo más, de modo que tengo que morir. Ya no tengo deseos de seguir con vida. Ahora soy incapaz de crear nada bello. Es todo monstruoso. Y, aunque por tu amor podría seguir viviendo, te pido, por favor, que muramos juntos.

¿Y sabes una cosa?

Cuando estuve en prisión no fue por estar borracho, sino por Virginia.

Y cuando María recordó esto, se sintió de nuevo sorprendida.

Pero sabía que Edgar Allan Poe ya estaba con su hija y esposa: Virginia.

Siempre juntos.

Siempre.

FIN

Nota del autor

Esta es una novela corta basada en la vida del escritor más popular del mundo por su estilo y su fuerza creativa: Edgar Allan Poe. Al terminar esta novela me he dado cuenta de cuánto necesitó el escritor y cómo fue su vida tan dura y dramática. En lo referente a la literatura, demostró ser el primer escritor en vivir de ello, y nos ha dejado un legado muy intenso, que incluso el propio Stephen King ha tomado prestado. Yo también. Este es un homenaje a Poe.

[1] Vocablo de uso poco frecuente. Se entiende por plagoso el que hace y origina una llaga, absceso, lesión, herida, úlcera o postilla.

[2] Parecido al bronce.

[3] Deslavazar: Desordenar.

[4] Tirajo: Despectivo de tira de papel, tela, etc.

[5] Pedernal: es variedad del cuarzo. Se compone de sílice con muy pequeñas cantidades de agua y alúmina. Es compacto, de fractura concoidea, translúcido en los bordes, lustroso como la cera y por lo general de color gris amarillento más o menos oscuro. Da chispas al ser golpeado con otro pedernal o un eslabón.

[6] Gagüear: Hablar de forma entrecortada y repitiendo las palabras, sílabas o sonidos.

[7] Vejiga: vasija de piel utilizado para contener cualquier clase de líquido

[8] Ectoplasma: A finales del 1800 y principios de 1900, se creía que el ectoplasma era una manifestación física de los fantasmas del mundo espiritual. Es un fluido etérico semimaterial que supuestamente emana de los médiums durante el trance.

[9] Erasmus Darwin: Nacido el 12 de diciembre de 1731, falleció el 18 de abril de 1802. Británico. Estudiante del lenguaje humano. Fue médico, naturalista, fisiólogo, filósofo. Escribió profusamente sobre temas de medicina, de botánica, además de libros de poesía. Fue uno de los miembros fundadores de la "Sociedad lunar", un grupo de discusión de industriales y filósofos de la naturaleza. Abuelo paterno de Charles Darwin, fue uno de los defensores pioneros del evolucionismo.